



CANALLA

KATY EVANS

CHIC 

SAGA REAL 4

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Canalla

Él

Cero

Héroe

Ella

Él

Cuesta trabajo ser un capullo

Cinco para seis

Marcado de por vida

Mensaje

Inquieto

A la espera

Matar
La boda
Esta noche
Fin de semana
Adonde me dirijo
Deudas
Más
El clandestino
Perdida
Confundida
La lista
Decisión
Novedades
Revelación
Caída
En las sombras
Perfecta

Canciones de Canalla

Agradecimientos

Sobre la autora

CANALLA

Katy Evans

Serie Real 4

Traducción de Sonia Pensado para

Principal Chic



CANALLA

V.1: septiembre, 2018

Título original: *Rogue*

© Katy Evans, 2014

© de la traducción, Sonia Pensado, 2018

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-29-4

IBIC: FP

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

CANALLA

«Para mí, esto es una fantasía. Para ti, será un error largo y placentero»

Melanie lleva años buscando a su príncipe azul y, cuando conoce al misterioso Greyson King, cree haberlo encontrado. Entre ellos, la pasión estalla como una bomba nuclear. Pero Greyson esconde un lado oscuro y puede que su encuentro no fuera tan casual...

Una historia de pasión y lujuria que no podrás dejar de leer

«Me encantó la intensidad erótica de esta historia y la química brutal que existe entre Greyson y Melanie.»

Top Ten Romance Books

«Dulce, conmovedora, sexy, emocionante y adictiva. Felicidades a Katy Evans por escribir una saga tan vibrante.»

Reality Bites

A los sueños, que se hacen realidad

Canalla

Sustantivo

Sinvergüenza. Alguien sin principios; una persona, especialmente un hombre, que no es lo que parece.

Adjetivo

Un hombre que no pertenece. Un renegado con una disposición salvaje e impredecible, que se sale de la norma; por ejemplo, un policía canalla. O, tal vez, incluso un príncipe azul canalla.

Verbo: encanallar

Decepcionar.

Destruir.

Comportarse como un canalla o un sinvergüenza.

Él

Melanie

A una edad muy temprana me enseñaron que en la vida no hay certezas. La vida en sí misma no es una certeza, igual que la amistad o el amor. Sin embargo, sí que puedes perseguir tus amistades, vivir tu vida y buscar el amor.

Han pasado veinticuatro años y sigo buscándolo. Sé lo que dicen sobre el amor: que llega cuando menos te lo esperas, que no es como se supone que debería. Sin embargo, sé exactamente cómo será. Lo espero como una tormenta que me empape. Estoy preparada para que me lleve como un torrente y, al mismo tiempo, que abrace cada poro de mi piel. Preparada para caer; caer con fuerza, pero solo si lo encuentro a él. A ese hombre sin rostro ni nombre que hará que los demás parezcan niños.

A veces, en mi mente veo su cara y, aunque está cubierta por una neblina, lo siento, tan fuerte y real como espero que sea; y espero, porque hay algo de lo que sí estoy segura: nunca dejaré de vivir mi vida, querer a mis amigos y buscar el amor. Sé que cuando lo encuentre, será tal como soñé que sería: perfecto en todos los aspectos.

El hombre perfecto para mí.

Cero

Greyson

Tengo la polla enterrada unos centímetros en el coño de una mujer que no para de ronronear. Cuando soy consciente del ruido de la puerta de entrada, la saco, agarro las sábanas y se las echo encima. Ella se queja porque ya no la tiene dentro.

—Tápate, bombón, tienes tres segundos...

Dos.

Uno.

El primero en aparecer por la puerta es Derek.

—Tu padre te necesita.

A su lado está el capullo de mi hermanastro, Wyatt, que tampoco se alegra mucho de verme. ¿Qué puedo decir? El sentimiento es mutuo. Me pongo los vaqueros deprisa.

—¿Os ha enviado a los dos? —pregunto casi riendo—. Si fuera una chica, supongo que en este momento me sentiría herida.

Ambos entran en la habitación y comprueban el lugar de un vistazo. No me ven acercarme y en menos de un segundo, tengo a Derek contra la pared y a Wyatt cogido por el cuello. Les doy la vuelta para que miren hacia la puerta mientras veo entrar al resto de hombres arrastrando los pies. Son siete, más los dos que intentan liberarse de mí. La cuadrilla de nueve miembros forma el comité de imposición de El Clandestino, dirigido por mi padre; cada uno de ellos tiene una destreza diferente. Pero ninguno, ni uno solo, es tan

hábil como yo.

—Sabías muy bien que, si estabas involucrado, sería una misión para los nueve —dijo Eric Slater al entrar, el hermano y mano derecha de mi padre.

Eric es severo, silencioso y peligroso; es mi tío y lo más cercano a un padre que tuve al crecer. Me enseñó a vivir dentro de la pequeña mafia de mi padre. Bueno, a vivir no, me enseñó a sobrevivir, a amoldarme a las circunstancias y a prosperar. Gracias a él crecí con más inteligencia, con más fuerza y con más maldad. Me enseñó lo que había que aprender elevado a la milmillonésima potencia. Aprendí que o mataba o me mataban.

Él siempre decía: «Da igual si nunca llegas a usar esas habilidades, son un seguro. ¿Has oído hablar de los seguros, chico? La gente que tiene seguros apenas los usa, pero los que no tienen una mierda son los que acaban necesitando uno. ¿Ves esa flecha? Úsala. ¿Ves ese cuchillo? Blándelo, lánzalo. Aprende a usar la menor cantidad de fuerza posible para hacer el mayor daño...».

Tengo un montón de seguros. Toda mi mente es un ordenador programado para visualizar la peor situación, y todo en menos de un segundo. Ahora mismo, sé a ciencia cierta que todos estos van armados. Algunos llevan dos armas, debajo de los calcetines, en los lumbares o en las solapas de las chaquetas. Eric me ve examinar a todos y cada uno de ellos con la vista y sonrío, claramente orgulloso de mí. Se abre la chaqueta y baja la mirada hacia la pistola que lleva en la cadera.

—¿Quieres tocar mi pipa? Toma, Grey. —La saca y me la tiende con el cañón en la mano.

Suelto a los dos hombres que tengo agarrados cuando noto que Wyatt está a dos segundos de asfixiarse. Los lanzo hacia atrás y luego los estampo contra la pared de un empujón.

—Me importa una mierda lo que quiera decirme —afirmo.

Eric echa un vistazo por la habitación. El apartamento está immaculado, no soy una persona desordenada. Tengo una reputación y me gusta el silencio sepulcral... por eso, desde un principio, he oído a estos imbéciles entrar en mi *loft*.

—¿Todavía te tiras a esas putas? Con esa cara podrías conseguir a una diosa, Grey.

Mira a la mujer que hay en la cama. No es ninguna obra de arte, cierto,

pero está bastante bien, ahí pegada al colchón y con el culo levantado, y no espera nada de mí excepto dinero. Dinero que puedo darle. Dinero y sexo, dos cosas que tengo de sobra.

Recojo el vestido del suelo y se lo lanzo.

—Hora de irse y volver a casa, cielo. —Luego me dirijo a Eric—. Mi respuesta es no.

Saco un par de billetes de un fajo que hay sobre la mesita de noche y los pongo sobre la mano extendida de la prostituta, que monta todo un espectáculo al enrollarlos y metérselos en el sujetador. Los hombres se apartan para dejarla pasar y algunos silban cuando les hace la peineta.

Eric se acerca más a mí y baja la voz:

—Tiene leucemia, Greyson. Necesita pasarle las riendas a su hijo.

—No me mires como si todavía pudiera sentir pena.

—Ha limpiado la organización: se acabaron los asesinatos. Ahora todas las empresas se dedican solo a temas financieros, ya no tenemos enemigos declarados. El Clandestino es una empresa bastante próspera y quiere dejársela en herencia oficialmente a su hijo. ¿Tienes la sangre tan fría como para negarle su última voluntad?

—¿Qué puedo decir? Su sangre es la que corre por mis venas.

Cojo una camiseta negra de manga corta y me la pongo, no por pudor, sino para poder cargar a mis bebés: la Glock, la Ka-Bar, dos cuchillos pequeños y dos estrellas de plata.

—Chico... —Camina hacia mí, observándome con su único ojo marrón. Hace muchos años que no lo veo. Él me enseñó a usar un calibre 38—. Se está muriendo —dice, colocándome la mano en el hombro—. No le queda mucho, le han dado seis meses, o menos.

—Me sorprende que pensara que me importaría.

—Quizás cuando dejes de perseguir mujeres te empiece a importar. Nosotros —dice, señalando a los hombres de la habitación— queremos que seas tú quien tome el control. Te seremos leales.

Me cruzo de brazos y miro a mi hermanastro, Wyatt, el Genio, la mascota de mi padre.

—¿Desde cuándo soy su perrito faldero y hago todo lo que dice? No, gracias.

—A ti te seremos leales —insiste—. Solo a ti.

Sacude la cabeza hacia los chicos. Uno de ellos se corta la palma de la mano. Los demás hacen lo mismo. La sangre gotea sobre el suelo. Eric agacha la cabeza y se corta su propia palma.

—Te estamos haciendo una promesa. —Me tiende la mano ensangrentada.

—No soy vuestro líder —digo.

—Serás nuestro líder cuando descubras que tu padre, por fin, quiere revelarte el paradero de tu madre.

Una ola de frío me recorre las venas y endurece mi voz cuando Eric la menciona.

—¿Qué sabes sobre mi madre?

—Tu padre sabe dónde está y esa información morirá con él si no vienes con nosotros. La morfina le hace delirar. Necesitamos que vuelvas, Greyson.

Mi cara no revela un ápice de la confusión que siento. Mi madre es lo único bueno que recuerdo. Nunca olvidaré cómo me miró cuando cometí mi primer asesinato, fue justo delante de ella donde perdí mi humanidad y dejé que viera cómo su hijo se convertía en un animal.

—¿Dónde está? —Mi voz sale como un gruñido.

—Está volando a uno de los lugares de combate; tenemos un avión preparado para encontrarnos allí con él.

Meto unas cuantas cosas en una bolsa de viaje negra: un portátil, más armas... Cuando tratas con mi padre no puedes hacerlo directamente, fue él quien me enseñó a ser un tramposo, supongo que aprendí del mejor. Cojo mi navaja Leatherman, me hago un corte profundo en la palma de la mano y se la estrecho a Eric; nuestras sangres se mezclan.

—Hasta que la encontremos —susurro.

Los ocho hombres también se acercan a estrecharme la mano.

Busco sus ojos y me aseguro de que se encuentren con los míos. Mi mirada es una amenaza y sé que, si me conocen, la tendrán en cuenta.

Independientemente de las palabras que se digan o de los actos que se cometan, nunca aparto los ojos de los de otra persona. Un pequeño gesto hacia la izquierda o hacia la derecha; ese leve movimiento me dice más cosas que cuando le pirateo el ordenador a alguien. Eso también lo hago.

No confío en nadie, no me fío ni de mi propia sombra. Pero de todos los hombres que tengo delante, Eric Slater es el más poderoso y del que menos me fío. Da la casualidad de que también es el que más me importa, él y mi amigo C. C. Hamilton. Pero C. C. me ha seguido visitando incluso después de haber dejado la organización para ayudarme, en secreto, a buscar a mi madre. Me fío de él todo lo que puedo llegar a fiarme de un ser humano, lo que implica interrogarle hasta la saciedad cada vez que viene. Nunca puedo estar seguro de si mi padre está al corriente de que queda conmigo.

Joder, incluso con el juramento de sangre voy a tener que poner a prueba la lealtad de todos y cada uno de estos hombres antes de que puedan obtener algo parecido a la confianza por mi parte.

Ahora, después de haber volado, vamos a reunirnos con mi padre en una habitación cerrada y abarrotada de cámaras en El Clandestino de Los Ángeles. El Clandestino es nuestra forma de ganarnos la vida, un lugar donde los luchadores se enfrentan entre sí cada temporada, dos o tres veces por semana. Organizamos eventos, vendemos entradas y programamos combates en almacenes, bares, aparcamientos..., en cualquier sitio donde podamos meter a la gente y nos ofrezcan un buen trato. Las entradas ya nos hacen ganar una fortuna, pero las apuestas extraoficiales nos hacen ganar diez veces más.

Esta noche estamos en un almacén reconvertido en bar donde se están llevando a cabo los combates, lleno a reborar de gente gritando. Antes me gustaba planear de manera estratégica las localizaciones: dónde tendrían lugar las peleas y qué luchadores se enfrentarían en el siguiente encuentro. Pero de eso ahora se encarga el resto del equipo; piensan en todo, en realidad, desde la organización y los combates hasta las apuestas.

Voy tras Eric mientras tienen lugar las peleas y examino a la multitud para estimar el número de espectadores, la posición de las cámaras de seguridad y las salidas.

Llegamos a un pasillo pequeño y oscuro, y nos detenemos unos instantes junto a la última puerta antes de que Eric la abra con brusquedad.

—¿Tu visita se debe a que has aceptado mi oferta? —pregunta mi padre

cuando nos ve entrar. Compruebo las salidas de la habitación, las ventanas y el número de personas.

Se ríe sin ganas.

—Cuando acabes de preguntarte si tengo a un francotirador por aquí cerca preparado para dispararte, quizás puedas acercarte. Cualquiera pensaría que mi mera presencia te molesta.

Le dirijo una sonrisa fría. Los enemigos de Julian Slater lo conocen como el Carnicero; se dice que es un hombre que silencia sus problemas a la vieja usanza. Aunque esté débil y vaya en silla de ruedas, nunca subestimaré el daño que mi padre puede hacer. En un mundo en el que se midiera el potencial destructivo de cada uno de nosotros, mi padre podría ser una bomba nuclear y no lo sabrías. El cabrón ya está utilizando su labia:

—Se te ve en forma, Greyson. Apuesto a que todavía levantas neumáticos por diversión y te haces con un par de coños a la hora de dormir. Daría lo que fuera por saber lo que se te pasa por la cabeza ahora mismo, y ya sabes lo tacaño que puedo ser. Joder, ya sabes lo que hago si me roban un solo céntimo.

—Me acuerdo perfectamente, te he hecho el trabajo sucio más de una vez. Voy a ahorrarte ese céntimo, estoy pensando en si de verdad merece la pena esperar a que te mueras; podría estamparte la botella de oxígeno ahora mismo y ocuparme de ti.

Lentamente, y sosteniéndole la mirada con una sonrisa fría, saco los guantes negros de piel del bolsillo trasero de mis vaqueros y deslizo una mano dentro.

Se hace el silencio y me lanza una mirada asesina.

—Cuando hayas acabado con tus insolencias, ve a asearte, Greyson.

Uno de los hombres se acerca con un traje.

Con calma, meto la mano en el otro guante de piel.

—Será como antes, nadie sabrá cómo te llamas —empieza mi padre en un tono más suave—. Ya que eres mi hijo, puedes tener el dinero y la vida que quieras; de hecho, te exijo que vivas como un príncipe. Pero necesito tu cabeza y tu corazón en esto. Lo primero es el trabajo, tienes que darme tu palabra.

—No tengo corazón, pero te puedo ofrecer mi cabeza. El trabajo es todo lo que hay y todo lo que hubo. Yo soy mi trabajo.

Silencio.

Nos retamos el uno al otro.

Veo el respeto en sus ojos, incluso, quizás, un poco de miedo. Ya no soy el chico de trece años al que intimidaba con facilidad.

—En los últimos cinco años de tu ausencia, mis clientes... No han visto ni un atisbo de debilidad en el Clandestino. No podemos permitir que se nos deba ni un solo céntimo o comenzarán a considerarnos débiles; y ahora mismo quedan muchos cobros por hacer.

—¿Por qué no envías a tus subordinados?

—Porque ninguno está tan limpio como tú. Ni siquiera los luchadores saben quién eres. No dejas rastro. Entrás y sales, sin causar bajas y con una tasa de éxito del cien por cien.

Eric saca la vieja Beretta de mi padre y me la ofrece como símbolo de paz. Cuando la tengo entre los dedos, poco más de novecientos gramos de acero, le doy vueltas en la mano y finalmente apunto hacia la frente de mi padre.

—¿Qué pasa si, en vez de eso, cojo la Beretta Storm y te obligo a decirme dónde está mi madre?

Me mira con frialdad.

—Cuando acabes el trabajo, te revelaré su paradero.

Sin embargo, apunto con la pistola.

—Puede que antes mueras, viejo. Ya vas por buen camino y tengo ganas de verla.

Mi padre desvía la mirada hacia Eric y luego vuelve a mí. Me pregunto si Eric me será «leal» de verdad mientras mi padre siga aquí.

—Si muero —empieza mi padre—, la información de su paradero se encuentra en un sobre que ya está en un lugar seguro. Pero no te diré una mierda hasta que no me demuestres tu lealtad cobrando todo lo que me debe cada nombre de esta lista, sobre todo después de haberte quedado todos estos años al margen. Si lo haces, Greyson, el Clandestino es tuyo.

Eric camina hasta un baúl cercano y saca una larga lista.

—No usaremos tu nombre real —susurra Eric cuando me la entrega—. Ahora eres el encargado de hacer cumplir la ley, nuestro cobrador. Seguirás con tu antiguo apodo.

—Cero —dicen el resto de los hombres de la sala, casi con reverencia. Porque no tengo identidad y no dejo ningún rastro. Cambio de teléfono como de calcetines. No soy nada, solo un número, ni siquiera un ser humano.

—Puede que ya no responda a ese apodo —murmuro doblando los dedos dentro de los guantes de piel antes de estirarlos y abrir la lista.

—Responderás a él porque eres mi hijo y quieres verla. Ahora cámbiate y empieza con la lista.

Analizo los nombres de principio a fin.

—¿Cuarenta y ocho personas que chantajear, asustar, torturar o simplemente robar para conseguir el paradero de mi madre?

—Cuarenta y ocho personas que me deben algo, que tienen algo que me pertenece y que hay que recuperar.

Un escalofrío familiar me recorre la médula cuando cojo el traje del perchero y me dirijo hacia la puerta, intentando calcular cuánto tiempo me llevará conseguir la información pertinente de cada uno de los deudores. Cuántos meses tardaré en reunirme con ellos e intentar negociar por las buenas o por las malas.

—Por cierto, hijo —me llama y su voz gana fuerza mientras camino por la sala—. Bienvenido de nuevo.

Le dirijo una sonrisa fría porque no está enfermo, me apostaría la lista. Pero quiero encontrar a mi madre, lo único que he querido en esta vida. Si tengo que matar para encontrarla, lo haré.

—Espero que tu muerte sea lenta —susurro a mi padre con la vista fija en sus fríos ojos grises—. Lenta y dolorosa.

Héroe

Melanie

A veces la única forma de evitar una fiesta decadente es con una de verdad.

Las expectativas vibran en el aire mientras los cuerpos ardientes se empujan unos a otros, el mío se mueve entre el de los otros bailarines. La diversión que nos rodea me envuelve como un torbellino, de forma embriagadora.

Mi cuerpo está húmedo por el baile, el *top* de seda dorado y la falda a juego se pegan a mis curvas de manera sugerente. El roce de la tela hace que mis pezones se marquen en la seda y eso atrae las miradas de algunos hombres.

Pero no importa, la multitud está hipnotizada por la música y el baile.

Esta noche estoy aquí porque uno de mis clientes, al que le decoré este pequeño bar/restaurante, nos ha invitado a mi jefe, a todos los compañeros y a mí. Aunque en un principio dije que solo tomaría una copa, ya voy por la cuarta, pero prometo que esta, que está a medio beber, es la última.

Un chico se me acerca.

No se me escapa su sonrisa brusca de «quiero follarte».

—¿Quieres bailar conmigo?

—¡Ya estamos bailando! —digo y me muevo un poco con él, contoneando las caderas con más intensidad.

El chico me rodea la cintura con el brazo y me acerca a él.

—Me refería a si quieres bailar conmigo a solas, en otro sitio.

Lo miro, me noto un poco borracha y mareada. ¿Quiero bailar con él?

Es mono. No *sexy*, pero sí mono. Si estuviese sobria, no sería mono en absoluto. Pero borracha, lo veo mono. Intento buscar la respuesta en mi cuerpo: un hormigueo, un deseo... pero nada. Hoy todavía me siento... sin esperanzas.

Sonríó para aliviarle el golpe y me alejo, pero se acerca más a mí.

—Quiero llevarte a casa —me susurra con descaro al oído.

—Claro que quieres. —Río y declino la bebida que me ofrece con una sacudida de cabeza juguetona, pero firme.

Ya estoy suficientemente borracha y todavía tengo que conducir hasta casa.

Pero no quiero irritar a un posible cliente, así que le beso la mejilla y digo:

—No obstante, te lo agradezco.

Me voy, pero me detiene agarrándome por la muñeca y me doy la vuelta. Sus ojos desprenden pasión y lujuria.

—No, en serio. Quiero llevarte a casa.

Le echo otro vistazo. Parece rico y quizás un poco autoritario, como los que siempre me utilizan. De repente, me noto más abatida, más vulnerable. En menos de un mes, mi mejor amiga se casa. No es que el efecto de esa boda en mí sea malo, sino peor. Mucho peor de lo que uno podría imaginarse. Me arden los ojos cuando lo pienso, porque todo lo que tiene mi mejor amiga, Brooke, un bebé y un marido cariñoso, ha sido siempre mi sueño; no recuerdo haber deseado otra cosa en la vida.

Delante tengo a un hombre que quiere follar conmigo y, una vez más, estoy tentada a aceptar, porque siempre caigo. Siempre me pregunto si esta vez será finalmente mi chico. Pero lo que también sé es que al final me levanto con un montón de condones usados a mi alrededor, sintiéndome más sola que nunca. De nuevo, pienso que solo sirvo para polvos de una noche. No soy la reina de nadie, la Brooke de nadie. Pero, por Dios, ¿podría alguien decirme cuándo deja una de besar sapos? Nunca. Si quieres encontrar a ese príncipe, tienes que seguir intentándolo, hasta que un día despiertes y te encuentres con que eres Brooke, y que los ojos de ese hombre brillan por ti y solo por ti.

—Mira, he estado con chicos como tú miles de veces —susurro y sacudo la cabeza con tristeza y desolación.

El chico arquea las cejas.

—¿A qué te refieres?

—A ti, ya he estado con chicos como tú. —Lo señalo de los pies a la cabeza, con su traje y apariencia elegantes, lo que hace que me hunda más en la tristeza y la desilusión—. He estado con chicos como tú miles de veces y no va a funcionar.

Me giro para marcharme, pero me agarra y vuelve a darme la vuelta.

—Rubia, nunca has estado con alguien como yo —replica.

Lo miro otra vez, tentada de que me lleve a algún sitio y me haga sentir bien.

Pero esta tarde he estado en casa de mi mejor amiga. Allí he sido testigo de un largo e intenso beso con su chico, la besaba ardientemente mientras le murmuraba cosas provocativas y le decía con voz profunda y tierna que la amaba, y a mí me han entrado ganas de llorar.

Mis entrañas siguen calientes y sensibles por el recuerdo, y ni siquiera bailar toda la noche ha conseguido hacerme olvidar el profundo desamor que siento. Empiezo a pensar que jamás encontraré ese tipo de amor después de haber visto cómo besaban a mi mejor amiga, con un beso de verdad, y de saber que dispondrá de menos tiempo para mí ahora que tiene otras prioridades con su nueva y preciosa familia. Ella siempre ha sido responsable, la chica buena, pero yo... soy yo.

La divertida.

La de un polvo de una noche.

—Venga, rubia —me anima al oído al notar mi indecisión.

Suspiro y me giro, me acerca a él y mira mis labios como si estuviera preparado para convencerme con un beso. Yo soy de tocar, Brooke me llama su bichito amoroso. Me encanta la cercanía, el contacto, lo necesito como el aire. Pero nunca tengo la sensación de que el tacto de ningún hombre me traspase la piel. Sin embargo, la tentación siempre puede conmigo; cuando pienso que el chico perfecto para mí está justo a la vuelta de la esquina, lo único que puedo hacer es intentarlo.

Me inclino hacia él y, luchando contra la tentación de besar a otra rana,

busco los últimos restos de convicción que me quedan para repetir:

—No, de verdad. Gracias. Me voy a casa.

Me pongo el bolso bajo el brazo y cuando estoy lista para marcharme, un pequeño estruendo hace temblar las ventanas tintadas que recubren toda la pared.

Las puertas se abren de golpe y una pareja entra empapada; la mujer se sacude el pelo mojado, riendo.

—¡Dios mío! —grito. Se me encoge el estómago cuando me doy cuenta de que está lloviendo.

Corro hacia la puerta, donde un hombre me la abre. El suelo mojado de la entrada me hace resbalar y sus manos enguantadas en cuero negro me sostienen por el codo para evitar que me caiga.

—Todo controlado —dice con voz vibrante mientras me ayuda a sostenerme en pie.

Miro desesperada el Mustang azul cielo que hay al otro lado de la calle, es todo lo que poseo a mi nombre. Lo único que tengo para vender y necesito el dinero de forma urgente. ¿Quién lo querrá ahora? Es un descapotable un poco viejo, pero su belleza reside en que es único, con asientos blancos a juego con la capota. Pero ahí está, con esta lluvia y con el techo abierto, lo que lo convierte en mi particular Titanic con ruedas.

Toda mi vida se hunde junto con él.

—Supongo por esa mirada de cachorrito triste que ese es tu coche —dice una voz vibrante.

Asiento con impotencia y levanto la vista hacia el desconocido. El destello de un trueno atraviesa el cielo en la distancia e ilumina sus rasgos.

Y no puedo hablar.

Ni pensar.

Ni respirar.

Sus ojos me atrapan y no me dejan ir. Me quedo sumida en su profundidad mientras miro fijamente su impresionante rostro. Mandíbula marcada, pómulos elevados, frente grande, una nariz clásica, fina y elegante; y los labios que hay debajo son gruesos y curvados, firmes y... Dios, está para comérselo. El pelo oscuro se le mueve con gracia en el aire, es alto y de hombros anchos. Lleva un pantalón de vestir y un jersey de cuello alto

oscuros que le dan un aspecto elegante y peligroso.

Pero sus ojos...

Son de un color indescifrable... no, no es por el color, sino por la mirada, por su increíble brillo. Enmarcados por unas pestañas espesas y negras, sus ojos relucen más que cualquier otra cosa que haya visto en mi vida. Mientras, con la mirada evalúa mis rasgos en silencio, como potentes rayos X, y parecen centellear porque, al parecer, he hecho algo que ha divertido a ese hombre, a ese... joder, no sé cómo llamarlo. Bueno, Eros, Cupido en persona. El dios del amor en carne y hueso.

Antes pensaba que Cupido usaba una flecha, pero no noto que me haya atravesado ninguna. Más bien, me siento como si me hubieran golpeado con un cohete.

Mientras sigo ahí de pie, anonadada por el más de metro ochenta del buenorro que tengo delante, me arrebatan las llaves que sostengo con una mano enguantada y me coloca la otra sobre la cadera para retenerme, y entonces lo noto. Noto cómo su tacto desciende por mis caderas, se me hace un nudo en el estómago, me produce una palpitación en mi sexo, me baja por los muslos y me pone a cien.

—No te muevas de aquí —me dice al oído.

Se sube el cuello del jersey hasta colocárselo como una capucha y cruza la calle corriendo.

Veo que se dirige hacia mi coche, que se está inundando. El viento azota la calle con tanta fuerza que tengo que usar las dos manos para sujetarme la falda y evitar que se me levante hasta las orejas.

—¡Súbele la capota! —grito de repente, en medio de la lluvia y con la misma determinación que él tiene por salvar mi coche.

—¡Lo tengo controlado, princesa! —Salta al asiento delantero, arranca el coche y la capota empieza a subir hasta que... se para.

Se queda atascada.

Tras un crujido de protesta, la muy estúpida vuelve a bajar.

—*Arg*, ¡mierda!

Corro hacia mi coche dejando que las gotas de lluvia me bombardeen como pequeñas balas de cañón. En un segundo, estoy empapada. Juro que quiero gritarles: «¡Que os den!». Mi coche, lo único en mi vida que no ha

sido una mierda, se está echando a perder, quiero gritar.

—¿Estás de coña? ¡Ponte a cubierto!

Salta del coche y se quita el jersey de un tirón. Me lo pone sobre la cabeza para protegerme de la lluvia y me lleva de vuelta a la marquesina que hay sobre la entrada del edificio.

—¡No! Yo te salvaré. ¡Mi querido coche! —grito y lo empujo para que retroceda, pero me saca una cabeza y es fuerte como el acero.

—Yo me encargo de tu coche —promete. Me da su jersey empapado antes de salir corriendo—. Sujeta esto.

Lleva una camiseta blanca de manga corta que se adhiere a su torso musculoso mientras intenta cerrar la capota del coche manualmente.

Las gotas de lluvia se deslizan por sus brazos desnudos y la camiseta se le pega al pecho marcando todos sus músculos. Joder... Su belleza está fuera de serie; acaba de romper mi radar de Tío Bueno. No puedo apartar la vista de su cuerpo, estoy embobada observando cómo se mueve.

Otro trueno sacude la ciudad cuando por fin consigue cerrar la capota del coche y me hace señas para que me acerque. Me abre la puerta desde dentro y me apresuro a sentarme en el asiento del copiloto.

La ropa fría y empapada se me pega a la piel. Él, sentado al volante, parece grande y varonil. De repente, estamos resguardados en el pequeño y angosto interior de mi coche. Los asientos están mojados y cuando me giro para mirarlo, oigo un chapoteo. Las mejillas se me encienden por la vergüenza.

—No me lo puedo creer —susurro—. Mi mejor amiga siempre dice que soy la única idiota a la que se le ocurre tener un descapotable en Seattle.

Me mira divertido.

—Me gusta tu coche. —Lleva la mano al salpicadero, una mano cubierta con un elegante guante de piel que hace que se me ponga la piel de gallina. Se vuelve hacia mí con una sonrisa irresistiblemente abrumadora—. Todo lo que se moja, se seca, no te preocupes, princesa.

Apenas puedo resistirme a la manera en que pronuncia la palabra «mojar» o cómo una gota de lluvia se aferra a sus pestañas oscuras. El agua cae por sus brazos morenos y fibrosos. Lleva el pelo engominado hacia atrás, lo que realza su precioso rostro. He visto obras de arte y hombres guapos, así como edificios bonitos y estancias preciosas; pero ahora mismo me está

mirando y no recuerdo haber visto nada más, excepto él.

Es un diez y jamás he estado con un diez. La forma como me mira... Ya he visto esa mirada antes, es la misma de Remington Tate cuando mira a Brooke. Ahora él me mira así a mí y me muero por dentro. ¿Puedo morirme por una mirada? Y si solo una mirada puede matarme, ¿qué me haría una caricia?

—Bueno —dice con suavidad y voz ronca. Hace una pausa antes de hablar de nuevo. Me sorprende que se limite a mirarme a la cara y no al pecho empapado ni a las piernas desnudas; solo me mira a los ojos mientras acaricia distraído el volante—. ¿Quieres ir a algún sitio conmigo? —pregunta y estira la mano con el guante negro mojado para colocarme el pelo detrás de la oreja.

Lo que siento está tan por encima de la lujuria que apenas puedo contestar.

—Sí —digo con voz temblorosa y con la mente nublada por el deseo.

Me dirige una sonrisa que me acelera el pulso y su mano se detiene en mi cara un segundo más, luego enciende el motor y nos conduce por las calles mojadas.

Entre nosotros hay un silencio tenso, lo único que se oye es la lluvia y los truenos. En el interior del coche predomina su respiración, lenta y profunda, que contrasta con la mía, que es rápida y nerviosa.

Huele... como un bosque húmedo con un toque de cuero. Tiene la vista fija en la carretera mientras que yo solo soy consciente de él. De cómo su pecho expande la camiseta de manga corta mojada. De su perfil ensombrecido y de cómo las luces de la ciudad le iluminan el rostro a medida que circulamos por las calles. De los vaqueros húmedos que se le pegan a esos muslos duros.

Creo que ambos sabemos que lo haremos.

Tendremos las manos del otro por todo el cuerpo en cuestión de minutos y saberlo hace estragos en mi mente. Noto como si aflorara en mí un duendecillo sexual. Me gustan los pezones masculinos y los suyos asoman de forma deliciosa tras su camiseta blanca, y los vaqueros... Dios, sus vaqueros están tan apretados que parece que le van a estallar. Me desea, este hombre increíblemente guapo que me nubla la vista quiere hacérmelo.

—¿Siempre eres tan callada? —pregunta con un extraño tono de voz

pastoso y lo miro a la cara; esa sonrisa me llega de verdad.

—Te... tengo, mu..., mu... mucho frrrío.

Señala un hotel alto que sé que es caro, pero parece no importarles aparcar en la entrada.

—Parece el sitio más cercano donde podemos secarnos.

—Sí, es perfecto —digo demasiado entusiasmada.

Me gustan las cosas perfectas, bonitas, alegres y divertidas. ¿Mis padres como pareja? Perfectos. Yo a menudo me imagino a mí misma como una persona perfecta. Pero ¿esta noche? Me peino con una mano el pelo mientras cruzamos el vestíbulo y no puedo ni imaginarme el aspecto que tengo. Creo que parezco una rata mojada. ¿Por qué demonios voy hecha una mierda justo ahora?

Mientras pide las llaves de una habitación en el mostrador, examino su culo en esos vaqueros y lo bien que le sienta la ropa. No puedo controlar los temblores.

Mientras tanto, me abro paso hacia el ascensor junto a un grupo de gente, me froto los brazos e intento parar el castañeteo de los dientes. Me sonrío cuando una pareja se interpone entre nosotros y eso prende una chispa de malicia en mí; le devuelvo la sonrisa.

Lo sigo hasta la habitación y luego hasta el enorme baño de mármol. Coge el jersey de cuello alto que tengo en la mano y lo cuelga a un lado; luego, sin previo aviso, se lleva una mano a la camiseta de manga corta y se la quita de un tirón haciendo que se le tensen todos los músculos.

—Quítate los zapatos —murmura.

Me los desabrocho y los aparto de una patada.

Cuando me enderezo, casi me ahogo al verle el torso desnudo. Brazos fibrosos y todos los músculos existentes bien marcados. Una fina línea de vello le baja por el ombligo y se pierde por dentro de la pretina de los vaqueros. Abdominales definidos, cuello ancho y esos labios besables y preciosos. Dios... Veo que tiene una cicatriz grande en el costado izquierdo y una oleada de compasión me recorre el cuerpo; luego me doy cuenta de que me está desvistiendo.

El pulso se me acelera por la excitación y mis pezones se endurecen.

—¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este? —pregunta con el

ceño un poco fruncido, y me pongo a temblar cuando me quita la camiseta.

Sin pensarlo, estiro la mano y le toco la cicatriz del pecho con un dedo.

—¿Qué te ha pasado?

Me baja la cremallera de la falda y tira de ella hacia el suelo, se inclina sobre mí y me mordisquea el lóbulo de la oreja.

—Ya sabes que la curiosidad mató al gato, ¿no, gatita? — me susurra al oído y me indica que levante los brazos para poder sacarme la camiseta.

Sonrío mientras todavía noto los efectos del alcohol. Abro la boca para responder, pero, entonces, me besa. Me pilla por sorpresa y lo agarro por los hombros para mentalizarme, orgullosa de mi capacidad de reacción ante su boca ardiente, suave y salvaje. Mi propio deseo se desata como un torrente. Sus labios abren los míos, hambrientos. Se me escapa un gemido mientras entierro las manos en su pelo mojado para que no deje de besarme y balanceo las caderas cuando me mete la lengua. Escalofríos de deseo recorren mi cuerpo a medida que se inclina sobre mí y me devora con la boca. Echo la cabeza hacia atrás y dejo escapar un gemido.

Me estremezco mientras le suplico que, por favor, me acaricie los pechos.

—Estás borracha —murmura observando mi cuerpo en ropa interior. Sus ojos salvajes brillan al ver mis pezones duros.

—Solo contentilla —digo en un susurro, casi un gemido—. Por favor, no pares, me muero de ganas.

Con una notable tensión en la mandíbula, levanta el brazo y noto que me pasa una mano enguantada por el pelo; luego me mira y sus ojos parpadean como si acabara de darse cuenta de que lleva puestos los guantes.

Se los quita.

—¿Estás segura? —pregunta.

Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando le veo las manos. Fuertes, grandes, morenas. ¡Por Dios! De repente, noto esas manos en la cintura, me levanta para ponerme sobre la repisa de mármol y se abre paso entre mis piernas.

—¿Estás segura? —insiste.

Me mira con intensidad mientras empieza a pellizcarme los pezones y casi percibo la rigidez de su autocontrol allí abajo. Si le digo que no, parará;

pero asiento. Entonces gruñe y me pellizca los pezones de la forma más deliciosa posible, mientras se inclina sobre mí y amolda sus labios a los míos con fuerza. Con mucha fuerza. Su lengua se abre paso y se retuerce con intensidad y hambre alrededor de la mía. Impulsos de placer salen disparados desde mis pezones hasta mis pies, de mi boca a mi sexo. La repisa de mármol que tengo debajo, la habitación, el hotel, todo desaparece hasta que solo quedan esos labios ardientes, poderosos y húmedos que mueven los míos, que me saborean. Sus manos me acarician los pechos y bajan por los costados. Mi mente se acelera, su beso y su tacto incrementan mi pasión como nunca nada lo había hecho antes. Mis manos recorren su pecho húmedo y cuando toco el metal de un *piercing* en su pezón izquierdo, casi me muero.

—¡Por Dios! —digo con voz entrecortada. La pasión me supera y me duele el culo por el frío del mármol—. Llévame a la cama.

Me levanta y me tira sobre el colchón, muy serio. Se lleva las manos a las caderas para quitarse los vaqueros y saca una caja de condones. Tiene unas manos grandes, morenas y los dedos largos. También tiene una cicatriz en la palma de una mano. Las quiero encima de mí, dentro de mí. Me baja las medias y me desabrocha el *top*.

—Me llamo Melanie —susurro y me tiro hacia atrás en la cama mientras me desnuda.

Desnudo, se mueve con la elegancia de un depredador, haciendo que se me salga el corazón y que el deseo se instale entre mis piernas.

—Yo me llamo Greyson, Melanie —murmura. Coloca mi mano encima de la suya y me empieza a besar mientras colocamos el condón. Noto sus latidos palpitando bajo mi mano.

Me encanta que me siga besando, nuestras manos tocan su miembro duro, grande, grueso y palpitante, mientras ponemos el condón, y entre mis piernas ya se ha formado una piscina.

Me desliza un dedo en mi sexo mientras me observa poner los ojos en blanco.

—Quiero estar dentro de ti —murmura y me besa el cuello. Levanta la cabeza y amortigua mis jadeos besándome—. Voy a ser el polvo de tu vida, princesa. —Espacio, me recorre la oreja con la lengua húmeda—. Te chuparé hasta que me duela la mandíbula. —Su tono bajo me vuelve loca,

hasta el punto de sentir un cosquilleo en la nuca cuando me sujeta por detrás de la cabeza y me besa de nuevo—. Haré que tengas el mayor orgasmo de tu vida.

Me pone tan cachonda que mi cuerpo empieza a sacudirse mientras sigue chupando mis pechos, haciéndome jadear.

Paso la mano por sus músculos. Me levanto y llevo mi boca hacia la suya. Me besa. Gira las caderas y me presiona contra las suyas como si necesitara el contacto, soltando un ligero gruñido cuando desliza una mano entre mis piernas.

Lo necesito tanto que me duele.

Me abro más de piernas, gimiendo cuando me hace suya. Me retuerzo a medida que mi cuerpo se tensa.

—Voy a correrme —susurro entre jadeos—, lo siento... No puedo... Eres tan perfecto que... no puedo...

—Córrete —dice con voz ronca—. No pasa nada, lo intentaremos de nuevo en un momento... córrete...

Mi cuerpo irradia puro éxtasis y calor, con las rodillas levantadas y las emociones dando vueltas sin freno en mi mente. Mi cuerpo se tensa, se aferra al suyo y se suelta; sus embistes lanzan corrientes por todo mi interior hasta que su cuerpo demoníaco lo consigue y me corro rápido, como un cohete.

La intensidad del orgasmo me hace respirar con dificultad y me retuerzo bajo su cuerpo. Me penetra hasta el fondo, haciendo que me estremezca sin control y gima agradecida cada vez que lo noto por completo dentro de mí, haciéndome sentir... lo contrario a sola. Lo contrario a triste o vacía. Y cuando mi orgasmo remite, él sigue ahí, cada centímetro, ardiente y duro, encajado en mi interior. Abro los ojos tras un leve pestañeo y veo que me mira de esa forma salvaje, hambrienta y casi autoritaria. Pero también extrañamente reverente y amable cuando vuelve a moverse dentro de mí con la precisión de un experto, con nuestras miradas conectadas. La forma en que me folla ahora, con suavidad, me hace ver las estrellas a medida que se crea otro orgasmo delicioso.

No lo espero, pero me corro de nuevo con intensidad. Si es posible, más que antes, porque las paredes de mi interior están doloridas y sensibles, y mi clítoris palpita cada vez que sus caderas embisten las mías y el placer aumenta de forma exponencial hasta que me parte en dos con una explosión

de puro placer. Le araño la piel con las uñas, grito su nombre sorprendida por la intensidad de mi voz, ahoga mis gritos con la boca, y esta vez serpentea su lengua alrededor de la mía y solo me deja decir parte de su nombre, *Grey*. Gime como si le gustara probar su nombre en mi boca, sus músculos se tensan sobre mí al explotar, y su pecho me roza las tetas al correrse conmigo.

Cuando sus temblores disminuyen tras los míos, se pone de lado y mientras sigue dentro de mí, me rodea con los brazos y yo acabo corriéndome con él. Nos quedamos sin aliento y en silencio durante un instante, enredados sin importarnos dónde está el brazo de quién, ni de quién es la pierna doblada entre las otras. Estoy tan aturdida y extasiada que casi espero ver trocitos de mí esparcidos por el suelo.

Tras un par de minutos, dejo escapar un gruñido, me quiero levantar. Me suelta y deja que me vaya de puntillas al baño para limpiarme. Me sigue mientras anuda el condón. Se me acerca por detrás mientras me lavo las manos, me quita la pastilla de jabón y se lava las manos conmigo; nuestras miradas se encuentran en el espejo. Veo mi reflejo y... no, no parezco una rata mojada. Tengo las mejillas sonrosadas, el pelo despeinado y, cuando me sonrío y me coge un pecho desde detrás, me muero.

—Vuelve a la cama para que te pueda hacer gemir un poco más — susurra contra mi piel.

—Yo no gimo —digo y le tomo la mano, la que está encima de mi pecho, y tiro de él hacia la cama.

—Jadeas, gimes, gritas y lo volverás a hacer otra vez solo para mí.

—¡Yo no hago nada de eso! —exclamo y vuelvo a dejarme caer sobre el colchón.

Cuando se tira sobre mí, me noto totalmente sobria. Ya no estoy contentilla. Sé que recordaré cada centímetro de su cara, intensa y voraz, y cuando empieza a jugar con mis pechos me pongo a jadear. Me recorre las costillas con los dedos, me rodea el ombligo y me mira con una sonrisa que me indica que sabe perfectamente lo que hace. Le devuelvo la sonrisa, porque los chicos malos siempre serán mi perdición, y le toco el aro del pezón. Siento que su erección toma forma contra mis caderas cuando levanto la cabeza y empiezo a chuparle el pezón. «Yo también sé jugar a esto, mi querido dios sexual», pienso.

—¿Ahora quién jadea? —murmuro juguetona.

—Creo que estás jodidamente buena —dice al darse la vuelta arrastrándome con él.

Me aprieta la cabeza contra el aro de su pezón como si quisiera que se lo chupara con más fuerza. Su enorme cuerpo se estremece de placer y el deseo despierta la humedad en mi sexo mientras sigo tirando con los dientes y usando la lengua. Noto cómo crece y vibra con fuerza contra mí.

Nos pasamos toda la noche jugando el uno con el otro, provocando, probando, toqueteando, follando.

Cada caricia, cada susurro, todo lo que comparto con él me hace sentir bien; como un cable en el enchufe correcto, noto que en mi interior fluye una nueva fuerza vital, casi de euforia.

Durante nuestras ajetreadas sesiones sexuales, lo encuentro mirándome a través de esas espesas pestañas oscuras y los ojos le brillan llenos de una curiosidad juguetona.

Me pregunta cosas sobre mí, como si quisiera saberlas de verdad, y me da la sensación de que nos hemos conocido antes... en algún lugar oscuro y prohibido.

Cuando me besa con pasión durante otra ronda sexual, me tiro sobre él con la intensidad de un desastre natural. Tal vez no sea más que eso, un desastre natural, porque parece que ni él ni yo podemos evitar que me entregue y me desate.

Sobre las cinco de la mañana le suena el móvil por tercera vez. Seguimos besándonos, pero con menor intensidad. Noto los labios en carne viva, rojos e hinchados, y tengo los pechos doloridos, pero no dejo de suplicarle que siga. La vibración del teléfono le hace exasperar y al final contesta con brusquedad.

—Más vale que sea importante.

Me pongo boca abajo para dejarle espacio mientras habla y estudio su perfil en silencio. Tiene la vista y una mano clavadas en la curva de mi trasero.

Mientras discute con tono brusco y bajo sobre lo que supongo que será trabajo, apenas puedo seguir haciéndole nada, así que memorizo las marcas de sus abdominales y le acaricio el abdomen. Me dirijo hacia su regazo y, mientras me sigue apretando el culo con su enorme mano, le beso la polla dura y se la chupo, lo que le hace cerrar los ojos un instante de placer y

suspirar con fuerza.

Cuando por fin vuelve a abrirlos, son severos y fríos. Suelta una lista de números al receptor, cuelga y permanece pensativo. Es entonces cuando noto que se ha alejado de mí.

Me siento en la cama con sensación de malestar. Mi sospecha se confirma cuando su glorioso cuerpo se levanta de la cama. Se mete en el baño y la desesperación inunda mi interior. Sé lo que va a pasar, ¿no? Claro. La mirada que vi ayer por la noche solo era un truco, un truco de la bebida, de la luz. Un puñetero truco. Debería haberlo sabido, ahora me estoy muriendo por dentro, y no de excitación, precisamente. ¿Esa pequeña fantasía? ¿Esa efímera conexión que pensaba que había tenido con alguien? Se ha acabado.

No fue una conexión. Ni siquiera fue real, fue un poco de alcohol, un poco de lluvia, unas cuantas hormonas y un par de palabras *sexys* lo que me hizo creer que, en realidad, había sido yo quien lo había puesto más cachondo en toda su vida.

—Tengo que coger un vuelo pronto y antes de marcharme tengo que ocuparme de un asunto.

Vuelve con la ropa en las manos y se pone los vaqueros con rapidez. Tiene la mandíbula un poco apretada, como si tampoco disfrutara del momento, al igual que yo.

—Claro —digo, y espero con todas mis fuerzas sonar lo suficientemente despreocupada. Todos esos orgasmos y los ruiditos vergonzosos que he hecho por él hacen que la situación sea de lo más incómoda, porque he perdido el control. ¡Por Dios!, he perdido el control y me he perdido a mí misma con un completo desconocido.

Me mira y abre la boca un instante, pero al final no dice nada.

—Es demasiado complicado; no me quieres en tu vida.

—No. Por favor, no. No hagas eso. Dejémoslo tal como está. Ya sé cómo funciona esto. Adiós, que te vaya bien la vida.

Nos miramos.

—No debería haberte tocado —murmura y se va hacia la puerta.

Le miro la espalda ancha mientras intento poner buena cara, ya lo he hecho millones de veces. Pongo corazas a mi alrededor para que no me duela nada. Ni una pizca.

—Uno de mis chicos te ha limpiado el coche. —Se detiene con la mano en el pomo de la puerta y vuelve sobre sus pasos para dejarme las llaves del coche en la mano y me besa los párpados, lo que resulta extraño—. Esos ojos... —susurra. Luego se va.

Me duele el estómago cuando la puerta se cierra detrás de él. Me dejo caer sobre la cama después del mejor polvo de mi vida y me encuentro completamente... devastada. Una soledad demoledora se instala en mí, magnificada, mil veces comparada con la que sentía cuando entré en la fiesta hace solo unas horas con la esperanza de sentirme mejor. Una rana más. No, no era una rana. Era... algo sin nombre. Y ahora se ha ido y esa efímera conexión de la que estaba tan segura también se ha esfumado.

Y yo estoy, inexplicablemente, destruida.

Siento un peso enorme en el corazón cuando recojo mis cosas del baño y me doy cuenta de que todo sigue mojado. Hago una mueca al ponerme con esfuerzo la ropa húmeda. No encuentro las medias. Busco por toda la habitación y cuando miro debajo de la cama, todavía lo siento en mi interior. Greyson.

Joder, hasta su nombre es *sexy*.

—¿En serio te has llevado mis medias? —Con desconfianza, miro en el otro lado de la cama y evito recordar lo sensual que ha sido cuando me las ha quitado.

Mientras miro debajo de la cama, oigo un clic seguido de unos pasos. Levanto la cabeza en dirección a la puerta y pestañeo confusa. ¿Ha vuelto? Lo tengo justo delante. Un dolor profundo y desconocido se apodera de mí.

Se me acelera el pulso al levantarme. Lleva el pelo castaño enmarañado, a juego con esos preciosos ojos, unos ojos luminosos que brillan de una forma extraña. Es alto y musculoso, e irradia un poder innombrable y casi sobrenatural sobre mí. Cuando me mira con esos ojos, incluso a esa distancia, consigue que quiera tocarlo más todavía.

—¿Has olvidado algo? —pregunto.

Me muero de vergüenza porque me haya pillado hablando sola. Hace que me sienta más femenina y vulnerable de lo que me he sentido nunca.

—No me he llevado tus medias. —Con la cabeza señala hacia una lámpara y frunce un poco el ceño, como si no pudiera imaginar por qué han acabado ahí. Cuelgan justo de la pantalla de la lámpara.

Mis mejillas se encienden con un intenso color rojo.

—Gracias —murmuro sin convicción mientras tiro de ellas—. Estas medias me gustan mucho.

Se cruza de brazos y observa en silencio cómo me las pongo.

—A mí también me gustan mucho. Se ven preciosas en tu culo.

Me las acabo de poner y me quedo concentrada en los pies cuando se me acerca, se sienta en cuclillas a mi lado y me inclina la cabeza hacia la suya. Baja la voz hasta un nivel más que íntimo.

—Quiero llevarte a casa. —Me pongo a cien y él sigue hablando en ese tono bajo y ronco hasta que se me hace un nudo en el estómago—. Quiero tu número de teléfono y cuando vuelva a la ciudad, quiero verte otra vez.

—¿Por qué? —pregunto.

—¿Por qué no?

—No sabes ni mi apellido —replico.

—Pero conozco la longitud de tus piernas. —Estira el brazo para tocarme un mechón de pelo con sus largos dedos mientras su mirada no se aparta de la mía ni un segundo—. Sé que tienes cosquillas detrás de las rodillas, que te gusta gemirme al oído. —Se reclina sobre la pared y se queda mirándome—. Sé que me gustaría besarte de nuevo, que saber que estabas en esta cama me impedía subir al puñetero ascensor. Quería ver estos... —Se inclina sobre mí y me masajea los ojos con los pulgares—... otra vez. El analista de riesgo que hay en mí me dice que no, que esto es una mala idea. Pero pareces una mujer decidida y me apuesto lo que sea a que seguirás yendo a ese bar y elegirás a hombres hasta que descubras lo que andabas buscando, y mi analista de riesgo dice que eso es mucho peor. ¿Quiénes serán esos hombres? ¿A quién elegirás, Melanie?

—Vuelvo a sentirme avergonzada, pero no quiero que lo sepa, así que me encojo de hombros—. Bueno, quizás te sorprenda saber que no me parece bien y que el único hombre que te hará cualquier cosa en ese cuerpecito seré yo. —Qué mirada. ¡Por Dios, qué mirada! Me observa con ojos interrogativos—. Entonces, ¿te llevo a casa?

Dios, me siento indefensa. Esa mirada que he deseado y que he memorizado, no quiero que traspase mi coraza y me haga sufrir, pero el alcohol todavía me afecta ligeramente y hoy mis corazas son de papel.

Bromeo como medida de defensa personal.

—Qué caballeroso por tu parte volver. Me vas a hacer llorar.

—Cierto. Y cuando llegas al punto álgido de tu orgasmo también derramas alguna lágrima.

Se me encienden las mejillas de un rojo intenso al recordarlo y pongo los ojos en blanco.

—Si tú lo dices...

—Claro que lo digo. Para mí, eso ha sido lo mejor de la noche.

Me ato los zapatos color rojo oscuro y se quita la camiseta.

—Esta está seca. Póntela.

Me pongo su camiseta y su aroma y su calidez me envuelven mientras se pone el jersey de cuello alto húmedo. Sin llegar a creérmelo, salgo de la habitación con él, con ese precioso dios. Noto su mano enguantada en las caderas, me guía hasta el ascensor mientras estudia mi perfil con una sonrisa extraña dibujada en el rostro.

—No soy precisamente lo que te habías imaginado cuando te has despertado esta mañana, ¿no?

Me ha follado tan bien que apenas puedo andar y me escuecen los ojos. No puedo decirle que todos los días de mi vida había intentado imaginarme algo así.

—No es exactamente lo que había imaginado —digo—. Hoy no ha sido para nada como había imaginado.

Se inclina sobre mi cabeza y me da un beso sin rastro de lujuria. Un beso normal.

Un beso postsexo que me llega hasta lo más profundo, me abre las terminaciones nerviosas y me hace sentir expuesta, deseada y desnuda, y tengo que esforzarme por no llorar como cuando pides con la última moneda que te queda un deseo y se hace realidad.

Los hombres se han burlado de mí, me han destrozado, me han usado y han abusado de mí. Me gusta meterme en discusiones. Me gusta maldecir, escupir, gritar y ser yo misma. Nadie antes me había hecho llorar durante una conversación. Nadie excepto un único recuerdo, y ahora este hombre, que me mira, parece estar consiguiéndolo.

—¿Cuál es tu apellido? —susurro.

—King. —Rey. Me dirige una sonrisa que hace que se me caigan las

bragas—. Nada de bromas sobre la realeza, por favor.

Río y le ofrezco la mano, como si nos acabáramos de conocer.

—Meyers.

Me estrecha la mano con firmeza y calidez, lo que me pone de nuevo a mil. Me la suelta y saca el móvil, marca la contraseña y me lo da; me mira con los ojos más inteligentes que he visto nunca.

—Meyers, ¿me harías el honor de apuntar tu número?

Se lo escribo con el nombre de «El culo más cañón que he visto nunca».

Por las comisuras de la boca le asoma una sonrisa, lo suficiente para que me estremezca.

—Genial.

Escribe algo en el teléfono y el mío vibra al recibir un mensaje.

«Totalmente cierto».

Sonrío y me mira con esa media sonrisa *supersexy*.

De repente, soy incapaz de explicar la felicidad que siento ahora mismo, y no sé si la he sentido alguna vez.

Cuando llegamos a mi edificio, sube en el ascensor conmigo, me acompaña hasta la puerta y me da un beso en la frente mientras me masajea las comisuras de los ojos con los pulgares.

—Pronto me pondré en contacto contigo —susurra.

Cuando meto mi cuerpo tembloroso y bien follado en la cama, falta más o menos una hora para que amanezca y no puedo dormir. Juego a inventarme nombres para su contacto en mi móvil: Diablo Sexual, Máquina Sexual, Dios Sexual, Dios *Playboy*. Me decido por Greyson y susurro «Greyson». Su nombre se escapa de mi lengua con mucha suavidad.

Cierro los ojos con fuerza y me da la sensación de que estoy convulsionando. En un grupo, escribo un mensaje a Brooke, Pandora y Kyle.

Yo: «Acabo de conocer a alguien. Eh, acabo de conocer a ALGUIEN. ¡No es un capullo! En realidad, me ha traído a casa y me ha acompañado hasta la puerta. ¡Aaaah! Que os den, ¡como mañana alguien me estropee el día le corto la cabeza!»

Kyle: «Estarás muy ocupada chupándosela a tu nuevo hombre como para pensar en mi cabeza».

Pandora: «Tía, ¿estás colocada?».

Brooke: «¿CÓMO? ¡Cuéntamelo todo, ya!».

Ella

Greyson

El móvil que no deja de vibrar en cuanto salgo del edificio. Descuelgo.

—Quizá te preguntes por qué estás atado a un inodoro con este teléfono —murmuro al auricular—. Bueno, estuviste a punto de hacer algo que te iba a costar la polla. Estuviste a punto de tocar lo que no tienes ningún derecho a tocar, ¿entendido? Tienes una deuda que pagar, tienes tres días. Tic-tac, tic-tac.

Cuelgo y estampo el móvil contra el suelo. Después cojo mi otro teléfono y llamo a Derek.

—Ven a buscarme.

Le doy la dirección, camino un par de bloques y me deshago del móvil antes de levantar la vista hacia el edificio donde la acabo de dejar.

Cuando Derek llega en un todoterreno oscuro, me meto de un salto y abro la guantera. Saco mi billete y mi carné falso.

—Llévate esto al almacén. Estate al tanto, el número veinticuatro hará un ingreso pronto. ¿Cómo está tu mujer?

—Bien. ¿Has hecho algún trabajito?

—¿Cuándo no ha sido así? —respondo.

Melanie. Ya la había visto antes. La había estado observando desde lejos. Es el tipo de chica que te quieres tirar, pero nunca me había dado cuenta de las ganas que tenía hasta que vi que iba a elegir a uno de mis clientes en aquel bar. Dios, dejé inconsciente a ese hombre antes de conseguir el pago. Lo quería ver por los suelos porque no podía permitir que se fuera con ella, nadie podría.

Acaricio el móvil con la mano enguantada y me resisto al deseo de escribirle algo, cualquier cosa. He visto a esa mujer cambiar de hombre como yo cambio de móvil. La he visto salir de habitaciones de hotel hecha un desastre, pero brillante, provocativa. La he visto salir con un aspecto perfecto. La he visto reír, llorar, he visto su cara en las mujeres que me he tirado e incluso la he visto en sueños y cuando me despierto. Quiere algo que no puedo darle. Pero cuando la miro, me siento desgarrado, monstruoso, atado, usado e inútil.

Me gusta verla tocarse el pelo, tontear, cruzarse de piernas, curvar los labios, mirarse las uñas.

Me gusta cómo sale a la caza de su siguiente hombre; me gustaba verla porque en alguna parte muy profunda de mi ser sabía que me hartaría y que su caza se acabaría el día que yo decidiera hacerle saber que tenía la intención de ser ese hombre.

¡Que le den a su príncipe azul!

Me tiene a mí.

Me falta la mitad para acabar. Veinticuatro nombres más y luego Cero podrá volver a la nada. No debería haberla tocado, pero lo he hecho. Debería dejar de tocarla, pero no lo haré. Mis chicos nunca podrán descubrir que en mi cuerpo tengo un pequeño talón de Aquiles con su nombre.

El único motivo por el que los chicos pueden creer que me acerco a ella es porque resulta que su nombre aparece en mi lista.

Él

Melanie

No siempre he sido hija única, nací con una gemela idéntica. Ella nació primero, pesó dos kilos cuatrocientos, y yo nací después con un peso algo inferior.

Mi madre dice que las dos éramos preciosas, pequeñas y rosadas, pero es incapaz de contar el resto. Fue papá el que finalmente me contó la historia completa. De que no nací perfecta... de que yo tenía una disfunción renal y mi gemela una insuficiencia cardíaca severa. Las dos luchábamos por vivir y en una hora se hizo evidente que ella luchaba con más intensidad.

Cuando le falló el corazón, me dieron su riñón.

La llamaron Lauren y la enterraron junto a mi abuela paterna. Cada año, mi cumpleaños es el día más triste para mí. Pero voy a visitar su tumba con mis flores favoritas (me imagino que, al ser mi gemela, también serán las suyas) y después me pego la fiesta más salvaje del mes porque creo que ella quiere que sea memorable. «Quiero que me demuestres que siempre estás feliz y contenta», me dice mi madre con jovialidad. Y así lo hago, incluso con ese dolor que nunca desaparece, estoy decidida a ser feliz.

Mis padres me dicen que quieren que sea feliz, que ellos fueron muy felices cuando yo sobreviví. Así que intento vivir feliz y ocultarles que no lo soy.

Mi padre cuenta mis sonrisas y dice que tengo cinco en total, así que siempre me aseguro de que vea una de ellas.

Vivo por las dos. Intento meter en una vida lo que podría caber en dos. Así que me despierto cada mañana, me pongo mi mejor cara y me prometo que tendré un día perfecto y que algún día tendré la familia perfecta. Pero estoy fracasando.

Y mis padres lo saben.

—Tu madre desea que un día, cuando te cases y sientes la cabeza, tengas gemelos —dijo mi padre en una ocasión con tristeza.

—Eso estaría bien —respondí con pesar y una sonrisa radiante de oreja a oreja en la cara.

En ocasiones me pregunto si ella ya estaría casada. Lauren, digo.

A veces, cuando tengo un mal día, estoy segura de que ella habría hecho que mis padres estuvieran más orgullosos y felices que yo. Lo único que sé a ciencia cierta es que, si la hubieran elegido a ella, se habría esforzado igual que yo por ser feliz.

No seré quisquillosa con lo de tener gemelos, pero sueño con enamorarme del chico perfecto y con tener una niña a la que ponerle Lauren.

Sueño tanto con mi chico que me duele. Sueño con esa mirada, como la de Greyson, una mirada que me diga que ese chico, que está justo ahí, ese ser humano que respira, piensa que soy suficiente para él. Está contento porque la que sobreviví fui yo. Y es que a veces deseo de corazón que, de las dos, hubiera sobrevivido Lauren y no yo.

El día después de Greyson

Pandora sale del Starbucks, es una de mis tres mejores amigas. La devoradora de hombres. Bueno, no es devoradora de hombres, solo es sumamente independiente, misteriosa, sombría y reservada. Pero eso está bien porque yo soy alegre, hablo por los codos y soy radiante, así que encajamos. Bueno, lo intentamos. Hoy lleva un modelito de Angelina Jolie malota: su habitual pintalabios oscuro y esas botas que se compró de rebajas y que le llegan a los muslos. Incluso su forma de andar intimida a los hombres mientras lleva nuestros cafés hasta la esquina donde la espero — hoy le tocaba a ella ir a por los cafés— y, sin decir palabra, les damos un sorbo y cruzamos la calle para ir a Interiores Susan Bowman.

Podría decirse que Pandora se dedica a embellecer las cosas para ganarse la vida, mientras que para mí es un arte. Porque una estancia acogedora te puede iluminar un día de mierda y me gusta hacer feliz a la gente, aunque sea a una escala tan pequeña.

—¿Y bien? —Me da un codazo.

Escondo una sonrisa detrás del café.

—¿Y bien qué? —digo.

Quiero que me suplique porque en eso soy un poco malvada. Ella me hace sacar esa faceta. La cuestión es que Pandora y yo somos polos opuestos, con ella siempre es un tira y afloja que, en el fondo, nos encanta a las dos.

—Que te den. Háblame del príncipe que te quitó los pantalones con su encanto.

—Pandora, no puedo ni... Ni siquiera puedo... —Me duele la cara de tanto sonreír y le dirijo una mirada de «follamos toda la noche y me encantó». Fue... —De otro mundo, perfecto. Más que perfecto—. No sabía que existía el sexo de ese tipo. Nunca imaginé que las caricias de un hombre me podrían calar hasta los huesos.

No puedo dejar de sonreír mientras llegamos a nuestra planta y nos dirigimos a nuestras mesas en forma de ele, situadas una junto a la otra.

En realidad, nunca antes había experimentado nada parecido. Casi me da vergüenza hablar de él con Pandora. Pero, al mismo tiempo, tengo ganas de coger un altavoz y decir a mis compañeros de trabajo que puede que haya encontrado a mi chico ideal.

—A ver, no te calles, virgen casta y pura. ¡Cuéntamelo todo! —insiste Pandora y enciende el ordenador—. Tía, traerte el café de Starburcks me concede el derecho a conocer algunos detalles morbosos.

—Ayer fui yo quien te llevó el café y nunca me cuentas nada —replico mientras me siento y me rasco distraída la pequeña herida que tengo detrás de la oreja, casi un chupetón—. No voy a darte detalles morbosos, esos me los guardo para recordarlos y exagerarlos en mis fantasías. Pero, Pan, cómo conectamos, cómo me miraba. Y me miraba y me miraba y no podía dejar de mirarme.

—Joder, tía, estás embobada. —Suspira y se lleva la palma de la mano a la frente, como si le doliera la cabeza. Sé que odia los momentos en que estoy de mejor humor, así que sonrío, me pongo a canturrear y me pregunto

qué diría mi madre si lo supiera.

«Me casé y te tuve a ti antes de los veinticinco», me ha dicho toda la vida.

Y yo le digo que cumpliré veinticinco en tres semanas y que tengo unos amigos increíbles y una puñetera carrera profesional.

Pero puede que ahora haya un chico...

Mientras Pandora y yo nos ponemos a mezclar y combinar tejidos para los encargos que tenemos, mi mente se desvía hacia el móvil.

Tengo una regla que dice que el último que escribe no debería ser el primero en volver a escribir.

Greyson me envió «Totalmente cierto» anoche y, antes de darme cuenta, ya le he contestado.

«¿Estás por ahí?».

Sinceramente, no sé qué esperar. Se trata de territorio inexplorado para mí. Hoy apenas me acuerdo de mi nombre.

En un momento dado estaba en una fiesta con mucha gente...

Y luego estaba con él.

Y él conmigo.

Prestándome toda su atención.

Y lo que me asusta —no, lo que me obsesiona— no es que me proporcionara los mejores orgasmos de mi vida, aunque eso fue un puntazo, sino que sentí algo. Que su tacto me traspasó la piel, se metió dentro de mí.

Noto un cosquilleo de placer al recordar cómo se cruzaron nuestras miradas mientras hacíamos el amor, y sigo con la vista fija en el móvil esperando a que me escriba.

Dos días después de Greyson

Hoy estamos decorando una de las nuevas casas de mi cliente. En Interiores Susan Bowman da igual quién está a cargo del proyecto, todo el mundo echa una mano el día que tiene lugar la entrega y colocación de los muebles. Básicamente funciona así:

1. Quedo con un cliente y veo por dónde van los tiros de su presupuesto y

gustos.

2. Le hago una propuesta con un presupuesto aproximado, estancia tras estancia, y le sugiero ideas de decoración.

3. Hago los planos de las habitaciones, las mido y entrego los archivos en PDF con los precios de varias opciones e imágenes y muestras de tejidos. Para realizarlo, me baso en las ideas que hemos comentado.

4. Una vez el cliente aprueba nuestras opciones, se lo enseño todo a Susan, consigo que me lo apruebe y me lo selle; luego pido los tejidos, los muebles, los tratamientos para ventanas, las alfombras y moquetas, y todo el material se envía al almacén de la empresa, donde se revisa, se monta y se tapiza. Después empieza lo bueno. Cuando realmente establecemos una fecha, a menudo cuando el cliente está fuera de la ciudad, y hacemos realidad todo lo que habíamos visualizado en nuestra mente.

Soy una persona visual y esto es lo que hago. Adoro mi trabajo. Lo visualizo todo desde que tenía tres años. Desde la ropa que llevaría el primer día de colegio, pasando por cómo me miraría un chico en particular, hasta cómo me sonreirían encantados los profesores con la manzana que siempre me hacía llevar mi madre. Decía que, si les ponía una manzana en la mano, me metería su corazón en el bolsillo. Siempre me sentía estúpida al darles la fruta, pero mi madre es muy buena en eso de ser generosa con todo el mundo, siempre está dando cosas, hasta abrazos. ¡Sí! Ha escrito lo de «Abrazos gratis» en un cartel en actos benéficos y abraza a todo el mundo; y me ha llevado con ella. Así que supongo que yo también soy buena en lo de abrazar, me hace sentir bien. Sea como sea, lo que me encanta es complacer a la gente y vivir una vida feliz, relajada y colorida.

—¿Dónde va esto? —pregunta Pandora al desenvolver una lámpara de cristal.

—Ah, esa preciosidad va en la habitación de la niña —respondo y reviso mis archivos por tercera vez en lo que va de día—. Va encima del viejo tocador rosa y de esta compañera. —Toco con el pie una pequeña otomana de rayas tan mullida que tengo que esforzarme al máximo por no abrazarla—. ¿No es adorable?

—Lo que es adorable es que no paras de sacar a pasear el móvil como si fuera un cachorrito.

—¡*Shhh!* Solo compruebo la cobertura.

Y la cobertura parece que está... bien.

Mmm.

Interesante.

No hay mensajes, todavía.

A veces los chicos necesitan un empujón, se asustan. Fue demasiado intenso. Me miró. Ahora mismo podría estar en casa pensando: «¿Qué coño has hecho, Greyson?».

Es decir, es muy probable que tenga problemas, como yo. No puedo irme a dormir sin tocarme. Ahí está. Ha hecho que solo piense en él, en su piel, en su tacto, y lo quiero... lo anhelo... joder, lo necesito otra vez. Acabo de ingresar mentalmente en Adictos Anónimos a Greyson y solo él puede curar mi enfermedad.

Así que, por ayudarlo, por aliviar la punzadita de decepción que empieza a formarse en el lado izquierdo de mi pecho, joder, por el hecho de hacerle saber que sin duda sigo interesada y que por favor, tío, si te gusté un poco, haz lo que dijiste y llámame, estoy considerando romper mi regla de oro de los mensajes y escribirle de nuevo.

¿Debería? Las reglas están para algo. Pero nunca me han gustado las reglas y Greyson tampoco parece un hombre de reglas.

¿Qué hago?

Me gustaría preguntarle a Pandora, pero odio la sonrisita de satisfacción de su cara.

Quiero que sepa la verdad, que quiero que me llame. No quiero juegos, no con él.

A pesar de eso, me obligo a guardar el móvil en el bolso y a recordarme que Roma no se construyó en un día, y tampoco lo hará ninguna relación que merezca la pena.

—Melanie —dice Pandora, cuyos labios se convierten en una fina línea negra.

—¿Qué? —Parpadeo de forma inocente y sonrío.

—Asúmelo. Era un capullo.

—No.

—Sí.

—¡Que no!

—Sí.

Cuatro días después de Greyson

—¿Nada todavía? —pregunta Pandora.

Tengo ganas de rugir cuando se acerca a mi mesa, porque esperaba poder esconderme de ella y de sus negros ojos inquisidores. Resulta que hoy es ella la que muestra una sonrisita plana de enfado y yo la que frunce el ceño.

El lunes no recordaba mi nombre; estaba en el séptimo cielo. El martes seguía esperanzada y optimista; había caído al tercer cielo. Hoy no solo vuelvo a tener los pies en el suelo, sino que he bajado un par de escalones del purgatorio o quizá me he metido de lleno en el infierno. Lo único que sé es que hoy es jueves y que hace días que no sé nada, ni pío, de él.

He estado sonriendo como una tonta, mirando el móvil y esperando algo. Pero, para ser sincera, he empezado a notar que es como si llevara un pedrusco pesado e inmóvil en el bolso y su silencio me dice cosas; cosas que quizás GREYSON no tenga los huevos de decirme por sí mismo.

«Estuvo bien. Para un polvo de una noche. Gracias por el sexo. No volverás a saber de mí nunca más».

—Pues todavía no —contesto a la defensiva.

Me levanto y me llevo el móvil al baño de chicas. Me encierro dentro y me lavo la cara en el lavabo. Pienso en unos ojos color avellana con manchas verdosas y en la mirada que me dirigía Greyson King... y me siento tan miserable y decepcionada que poco a poco le escribo otro mensaje mientras un pozo de sentimientos sigue brotando de mi pecho.

«Sigo pensando que fuiste un sueño L».

Espero un par de minutos. Me lavo las manos, me las seco, reviso el móvil, me miro las uñas, reviso el móvil. Llaman a la puerta y una compañera pregunta: «¿Está ocupado?».

Mierda.

Grito «Ya salgo» y doy unos pasos, releo el mensaje que le acabo de enviar, carita triste incluida, y, de repente, me siento la mujer más tonta del mundo.

Esta mañana lo he buscado en Google y, sorprendentemente, no he encontrado nada.

Ni rastro de Greyson King en internet, podría haber sido un fantasma.

Un fantasma que no responde a mis mensajes, que no está interesado en mí, que no siente la conexión que a mí me carcome y me corroe, que me obsesiona y me consume.

Un fantasma que una Melanie borracha se habría inventado para dejar de sentirse sola.

Cuesta trabajo ser un capullo

Greyson

No recuerdo que nadie haya jugado con mi cabeza más que mi padre, así que no entiendo muy bien lo que me pasa, solo sé que llevo toda la semana distraído.

Tengo a Melanie muy metida en la puta cabeza y debajo de la piel.

Intento bloquearla de mis pensamientos. Pero ahí está, en mi subconsciente. Jugando con mi aro del pezón como si fuera su juguete preferido.

Tenía ganas de probarla. Ahora ya la he probado, pero no estoy satisfecho.

Quiero hacerla jadear de nuevo como si hubiera ganado el maratón de Nueva York. Quiero hacerla gemir como una profesional que gana un puñetero Concurso Nacional de Gemidos y quiero hacerla sonreír como cuando la llevé a su casa.

Me he esforzado por concentrarme, por mantener la cabeza en el juego, los ojos abiertos.

Pero ¡Dios mío! No me lo pone nada fácil.

Esta semana he tachado dos nombres más de la lista. También he descubierto que la leucemia de mi padre es real; al menos, eso me han confirmado los expertos que he consultado.

Se ha instalado en una casa de dos pisos vallada, cerca de donde empezará dentro de un mes la temporada del Clandestino. Y es raro, incluso

su voz tiene un timbre diferente. Su mirada no es tan severa. Al entrar, me ha preguntado cómo me iba.

—He solucionado la mitad de la lista...

—No me refiero a la lista. ¿Cómo te va?

Me quedé mirándolo, no con perplejidad, pero sí con una ligera rabia hirviendo por dentro.

—Has hecho un trabajo excelente comportándote como un gilipollas durante veinticinco años. Ahora no intentes cambiar.

Me di la vuelta para irme.

—¿Por qué no? —gritó, seguido de un ataque de tos.

En mi interior echaba humo, cerré los puños y los nudillos se clavaron en los guantes de piel.

—Porque no cambiaré nada.

Ahora estoy fuera de casa, trabajando en mi tercer blanco, pero Melanie sigue en mi cabeza. Sigo viendo unos ojos verdes, ojos verdes que se vuelven de un tono esmeralda oscuro cuando llega como un puñetero cohete y me golpea, girando debajo de mí. Es como ese diamante único y valioso que todos los ladrones quieren robar, ese gato que todos los perros quieren perseguir, la yegua que quieres montar, embridar y domar, pero no del todo. Claro, no del todo porque su parte salvaje te excita. Esa parte también te hace más salvaje y te da un hambre voraz.

Joder, estos últimos días me noto como si no hubiera comido nada en cien mil semanas.

¡Hostia puta! Sal de mi cabeza, princesa.

Estoy sentado en una mesa del parque cuando por fin aparece mi objetivo.

Me escondo tras un periódico abierto con el que camuflé mi SIG automática, a la que agarro con firmeza; las gafas estilo aviador me escudan los ojos cuando pasa por mi lado.

Mantengo la voz lo suficientemente baja para no alarmar a nadie, pero lo suficientemente elevada para que me oiga el mierdecilla al que tengo que joder.

—Siéntate —digo.

Da un respingo al oír mi voz y se lleva la mano al bolsillo para coger lo

que imagino que será algún mecanismo de autodefensa.

—Un tipo como tú no puede verlo, pero hay varios tiradores que te tienen en el punto de mira desde todos los ángulos. Así que lo mejor será que te sientes. —Se deja caer sobre la silla que le acerco de una patada—. Bueno —digo, doblo el diario y lo analizo con atención mientras sigo con la SIG automática debajo del periódico doblado y le apunto con ella directamente al corazón.

Me coloco las gafas en lo alto de la cabeza y me reclino mientras lo estudio. De mediana edad, tal vez se dio cuenta de que estaría estancado en un trabajo de mierda el resto de su vida y pensó que podría conseguir una vida mejor con las apuestas y, en vez de eso, todo empeoró.

—Ayer me pasé por tu casa para dejarte un regalito, pero me preocupaba que tu mujer viera el contenido y teniendo en cuenta la naturaleza...

Con la mano que tengo libre, le paso un sobre de manila. Le tiemblan los dedos al abrirlo. Se queda pálido cuando ve las imágenes de él y su amante desnudos.

—Joder... —dice con voz entrecortada.

—Te tiene cogido por los huevos, ¿eh? —Me inclino hacia él para que pueda oírme bien. Tengo el pulso acelerado al pensar en mis propios huevos y en mi propio problemilla de cama que, en los últimos días, me está volviendo loco—. Pensaste que podías tirarte una vez a esta tía y marcharte como si nada, pero no. Te gustaba que fuera salvaje. Te miraba como si fueras un regalo de los dioses para el género femenino; eso seguro que también te gustó.

Hago una pausa mientras mi objetivo se pone cada vez más pálido.

—Me apuesto a que estás obsesionado con su tacto, su olor, su sonrisa, su forma de caminar, sus flirteos con otros hombres... Bueno, Hendricks, he venido para decirte que le debes al Clandestino 168 434 dólares por tus pérdidas en el juego, y estamos listos para recuperarlos. —Me reclino hacia atrás y me vuelvo a poner las gafas—. Tienes que apartar el culo de mi dinero. ¿Entendido?

El hombre está pálido como un fantasma, así que asumo que le ha quedado jodidamente claro.

Doblo más el diario, con la pistola en medio, y lo meto todo en el bolsillo de la chaqueta.

—Uno de mis hombres se encontrará aquí contigo mañana. —Al levantarme, me acerco a él y añado—: Tengo copias de las fotografías, las recibirás cuando pagues lo que debes. Pero no me pongas a prueba, porque tengo una motivación tan grande como la tuya. —Mi madre, mi libertad y mis putos huevos, por culpa de una chica de pelo rubio, ojos verdes y una sonrisa que me destroza las entrañas. Sí, estoy más en la mierda que este pobre hombre.

Cuando el objetivo se va, C. C. y yo vamos en silencio a ponernos al día con el equipo. Todos están en el «yate», una casa marítima tipo Gran Hermano, con cámaras de vigilancia incluidas.

Mi padre está allí sentado, contento por haber salido de casa y captando lo esencial del plan. En cuanto al equipo...

He estado observando a Derek para asegurarme de que no se irá de la lengua. Pero al resto no me limito a vigilarlos, sino que también les controlo las llamadas y reviso las cámaras de vigilancia. El juramento de sangre está bien, pero no me fío ni de mi propia sombra.

Al primero que tengo que poner a prueba es a C. C., porque es lo más parecido que tengo a un hermano y necesito saber si es leal a mi padre, que es quien le ha dado de comer todos estos años, o a su hermano del alma, es decir, a mí.

—Si te dijera que este vaso tiene una sustancia muy mortífera y te pidiera que se lo dieras a mi padre, ¿qué dirías?

—Que vale, capullo, ¿qué crees que te diría? —contesta C. C., que se mete un palillo en la boca dejando a la vista un extremo. Estamos fuera de la habitación de mi padre, donde su equipo médico lo controla cada día las veinticuatro horas. La puerta está medio abierta, por lo que podemos ver a mi padre hablando con Eric, ajeno a nuestras miradas.

—Bien. Como eres el único en quien confío, te lo pido a ti. Ve. —Le entrego el vaso—. Toma, sé discreto.

Me mira.

—Sé ser discreto. Pero dime. ¿Será doloroso?

—No tanto como se merece, pero sí. —Me retiro y veo cómo C. C. coloca el líquido en la medicación de mi padre.

El hijoputa se la lleva y le murmura a mi padre:

—¿Tienes sed, Slater? —Además, se asegura de que mi padre se lo bebe

poco a poco. Vuelve a mi lado y se sienta—. Ya está —dice con calma.

C. C. tiene el corazón casi tan frío como el mío, frío en la circunstancia que sea.

Nos quedamos en silencio.

—No había ningún veneno, ¿no, gilipollas? —pregunta y escupe el palillo enfadado y traicionado.

—No. —Me levanto—. Solo necesitaba asegurarme.

Podría acabar con la vida de mi padre con mucha facilidad. Ponerle algo en el suero y ya está. Pero hasta los criminales deben tener un código profesional, y yo tengo el mío. No mato por placer ni por mí. No mato a mi familia.

Eso no quiere decir que no piense en ello. Lo hago constantemente. He soñado que lo mato muchas veces y luego me despierto aliviado. Hasta que me doy cuenta de que no lo he hecho y sigue vivo.

La rabia me recorre el cuerpo por tener incluso que mirarlo, por no hablar de hacerle el puñetero trabajo sucio.

C. C. me sigue por el pasillo del yate; estamos a un par de millas de Los Ángeles. En una de las estancias hay montados equipos de escucha y gráficas; es la contabilidad de las peleas, donde se registran todas las apuestas de los combates del Clandestino.

—Somos tus hombres, C, puedes fiarte de nosotros. Sé que no va con tu naturaleza, pero puedes hacerlo.

—Estoy trabajando con un par de nombres más; mientras tanto, llama a Tina Glass. Dile que necesito al número diez en una situación comprometida con ella, que no le entregue las pruebas a nadie más que a mí, y en persona. Tengo otro objetivo del que ocuparme este fin de semana. Estaré fuera de la ciudad; utiliza la contraseña si hay alguna emergencia.

—Eric quiere que todo el equipo te apoye.

—No necesito su apoyo. Pero necesito tu ayuda para pillar al número diez. Está impoluto y eso me jode.

—¡Hay más cosas que te están jodiendo! —ríe C. C.

Gruño y lo mando a la mierda. Sabe que hay «una falda»; al menos, lo sospecha y me pone la zancadilla cuando me pilla distraído mirando el móvil. Nunca se me pilla distraído. Le respondo con otra zancadilla y lo

sujeto por el cuello contra la pared.

—Deja de tocarme las pelotas, C. C.

—Yo no soy el que te las tocas. —Me da una palmadita en la sien y añade entre dientes—: Apártala de todo esto, tío, antes de que tu padre lo descubra.

Estoy tan hecho polvo que empiezo a cabrearme conmigo mismo por haber pensado, en un primer momento, que tocarla era buena idea.

Pero hay un móvil que no he desconectado por el simple hecho de que me llegan sus breves mensajes.

«¿Estás ahí?».

Joder, ojalá no. Ojalá no estuviera aquí sentado mirando la pantalla y sintiendo un hachazo en el puto pecho cada vez que leo el mensaje.

«Sigo pensando que fuiste un sueño L».

No le he contestado, pero tengo ganas de escribirle: «Princesa, no tienes ni idea de lo cerca que bailas del fuego».

Ha pasado un día desde su último mensaje. Sigo sacando el móvil para mirarlo, tentado de decirle que se olvide de mí, joder, princesa; voy a usarte, a abusar de ti y a tirarte cuando acabe, porque eso es lo que hago.

A veces me digo que, si me hubiera quedado una noche más, quizá incluso un polvo más, no estaría tan obsesionado. Pero tiene una boca perfecta para el sexo oral, grande, labios carnosos y una lengua hambrienta. Joder, me he estado haciendo pajas como un loco porque el mero hecho de pensar en ella chupándomela me la pone dura.

Pero no. Aunque me la hubiera chupado toda la noche, estoy seguro de que seguiría con hambre, seguiría queriendo bajarle la cabeza y darle más de mí, hacer que me la comiera hasta la última gota.

Lo que aún me confunde más es el hecho de que me enfadara porque nuestra noche juntos terminara tan pronto y que, en realidad, quisiera quedarme allí, en aquella cama, un par de horas más y ver qué sentía al retenerla un poco.

Llamo a Tina yo mismo con mi otro teléfono. Tina Glass, también conocida como Miss Gatita. Es el tipo de chica que necesitas para tender una trampa a un hombre. Es limpia, de buen ver y letal.

—¿Te han llamado mis hombres?

—Por supuesto —ronronea.

Me pongo los guantes mientras hablo con ella.

—Quiero que me entregues las pruebas a mí en persona.

—Será un gran placer. Me pondré en contacto cuando esté hecho.

Cuelgo y me quedo mirando de nuevo el mensaje de Melanie.

Bórralo y ya está, coño.

Ella es un problema, pero se trata de mí.

¿De verdad necesito un problema? ¿Necesito despertarme en mitad de la noche con la polla dura? Un chico de veinticinco años con un puñado de putas durmiendo al lado, que puedo tropezar con un par con tan solo abrir la puerta de mi habitación. Pero es que esos ojos verdes como el bosque, ese coño apretado alrededor de mi polla. Y los ruiditos que hace. ¿De verdad tengo que torturarme recordando lo bien que me sentía, su jodido olor dulce y fresco?

—Esto no puede ser —susurro mirando el móvil y la sangre se me agita en las venas cuando pienso en lo estúpido que fui al pensar que podía tener una noche, solo una noche, como la de un hombre normal—. No puede volver a pasar —digo.

Tengo un trabajo que hacer. ¡Yo soy el trabajo! La vida de mi madre podría estar en riesgo, igual que la de cualquiera que mantenga el contacto conmigo. Mi padre podría llevarse cualquier cosa que me importa, solo por eso, para demostrar que puede. Solo para intentar poseerme. Da igual si quiero cubrir a mi princesa de joyas cuando está acostada a mi lado, del todo satisfecha y sudada. Da igual si quiero volver y ver cómo se le oscurecen los ojos cuando se la meto una y otra vez. No importa una mierda lo que quiero. Solo lo que tengo que hacer.

Con rapidez, saco la tapa de atrás del móvil.

—A ti no te puede pasar.

Empiezo a desmontarlo.

—Le puede pasar a cualquiera, pero no a ti. Con quienquiera que acabe, hay un noventa y nueve coma nueve por ciento de garantías de que sea mejor que tú.

Le saco la batería, la tarjeta SIM, el micrófono y sigo hasta que tengo docenas de piececitas en la mano que me asegurarán que no volveré a recibir

ningún mensaje de ella y que nunca volverá a saber de mí.

Hasta que vaya a cobrar en representación del Clandestino.

Cinco para seis

Melanie

Cinco días después de Greyson

—Así que ¿ha desaparecido del mapa? —pregunta Pandora mientras organizamos el PDF con el presupuesto para uno de mis clientes.

Entierro la cara entre las manos. Me gustaría fingir, aunque fuera un momento, que Pandora no está aquí, pegada a mí, con su preocupación y enfado como si fuera una nube que nos cubre a las dos.

Cinco días.

Cinco días interminables y espantosos en los que mi esperanza se ha reducido a la nada, en los que mis fantasías se han vuelto negras y mis expectativas son nulas.

Y aquí está Pandora, furiosa y preocupada por mí, y quizá feliz por tener una buena excusa para quejarse de todo hoy.

—Sí —suelto por fin—. Ha desaparecido del puñetero mapa. Supongo que estarás entusiasmada.

Saco el móvil solo para mostrarle que no hay mensajes.

Mira la pantalla desierta, gruñe, sacude la cabeza y se deja caer sobre su silla.

—Cerdo —dice.

—Capullo.

—Imbécil.

—¡Cerdo!

—Ya la he usado yo —señala.

—Y con la misma rapidez con la que me usó él —mascullo.

Literalmente, la desilusión aumenta con cada hora que pasa y una oleada de frescor me sacude cuando escondo el móvil. Nunca había juzgado tan mal una situación como en este caso (entre él y yo). Ya es viernes. Si el chico hubiese querido una cita, me apostaría el culo a que habría llamado antes de hoy.

Estoy tan dolida que ni siquiera entiendo por qué. Tal vez pensé que era diferente y resultó ser justo lo que decía Pandora. Odio cuando tiene razón y yo no.

Odiaba especialmente que tuviera razón en esto, cuando en el fondo quería que se equivocara.

Gracias a Dios está sentada en silencio en su mesa y no tengo que oír ningún «te lo dije». Si empieza a decirlo, le pegaré un bofetón tan grande como el que me quiero dar a mí por haber sido tan tonta.

—Se acabaron los hombres. —Exploto porque el silencio de Pandora es igual de irritante que todas las cosas que sé que quiere decir—. No los necesito para ser feliz. Me voy a comprar un perro. ¡Mierda! Me acabo de acordar de que quizás ya ni siquiera me puedo permitir el lujo de un perrito.

—Deja de comprar zapatos —me reprende.

Suspiro. No voy a contarle que debo más que un par de zapatos, hago clic en mi motor de búsqueda y navego hasta el anuncio de mi coche. Me devuelve la mirada una foto de mi Mustang; con un brillante número rojo encima y un gran letrero de «se vende». Es todo lo que tengo, y sigue sin ser suficiente para cubrir lo que debo. Igual que yo. Ni el coche ni yo somos suficientes.

Por primera vez en una semana, me doy de bruces contra la realidad. Duele.

Ya no tengo unos ojos color avellana con manchas verdosas que me hagan sentir esperanzada y expectante. Ya no tengo mensajes que esperar con ansia. Tengo un coche que vender, una deuda que saldar y un montón de miseria con la que lidiar.

Mi abuela, antes de morir, siempre decía que la mejor forma de sentirse bien era centrarse en otra persona y hacer algo bonito por ella, porque no eres la única con problemas.

Miro a Pandora, pienso en todas las veces que la han llamado puta en esta misma oficina. Alargo el brazo y le cojo un mechón de su pelo color azabache.

—Todo este pelo negro es muy apagado. Tú también deberías hacer un cambio, ¿qué te parece añadir un toque de rosa a este hollín? —digo.

—Que te den, odio el rosa.

Pongo los ojos en blanco y le digo al cielo: «Bueno, abuela, lo he intentado». Luego vuelvo la vista al ordenador para mirar mi coche. Quienquiera que lo secara mientras Greyson me «secaba» a mí hizo un gran trabajo. «Cerebro, por favor, céntrate en el Mustang».

Me costó un día entero sacar las imágenes perfectas. Esperar a que el sol diera en el mejor ángulo del coche. Es tan bonito que no puedo creer que hayan pasado varios días y no haya llamado nadie.

¿Qué pasa si no recibo llamadas?

El estrés me empieza a subir por la garganta como si fuera una ballena azul gigante y me asfixiara. Pandora se da la vuelta en la silla para ponerse frente a mí.

—Vamos, putón, ¡háblame! —dice—. ¿Qué te hizo pensar que sería mejor que los tíos de siempre? Te da una vuelta en tu coche; vais a un hotel. ¿Qué sabes de él, aparte de que te folló hasta hacerte perder el sentido y ahora no eres la Melanie de siempre? ¿Dónde está tu sonrisa, tu chispa? Actúas como yo y eso no me gusta.

Levanto los brazos.

—Dijo que se pondría en contacto conmigo... volvió para llevarme a casa y vi algo más en él, pero resultó ser un error, vale, un error mío. Por creerle, por creer que era diferente o que tuvimos una conexión... especial. Joder, soy tan estúpida, pero supongo que eso no es nuevo para ti.

—Que le den, Melanie.

—Va, dejemos de hablar de él. Vamos a encargarme una camiseta que diga: «Yo soy la reina, los hombres apestan». Necesito poner el listón más alto. Tengo que conseguir que demuestren su valía antes de darles una oportunidad. Vayamos a ver a Brooke.

El bebé de Brooke nació prematuro en Nueva York hará un mes, pero ahora que su marido luchador está fuera de temporada, viven en Seattle mientras organizan una boda íntima por la iglesia.

Pandora coge su mochila y nos disponemos a salir.

—¿Te has dado cuenta de cómo sujeta el padre al bebé? La cabecita del niño es la mitad de grande que el bíceps de Remy —dice.

Dios. Espero poder soportar cómo Remington Tate mira y sonrío a Brooke con sus hoyuelos y con esos ojos azules de enamorado.

—Por cierto, le pedí a Kyle que me acompañara a la boda. Quiero acabar con las sospechas que tienen mis padres de que soy lesbiana, ¿sabes? —explica en el ascensor.

—¿En serio? —pregunto y, de repente, me siento fatal—. Genial. Entonces seré la pringada que va sola.

Marcado de por vida

Greyson

Siempre es el mismo sueño.

Nunca cambia.

Siempre la misma cantidad de hombres.

Siempre son las 16:12 de la tarde.

Me bajo del autobús.

Hay una línea de coches en nuestra entrada.

Las palabras de mi madre suenan claras como el agua en mi cabeza: «Un día nos encontrará, Greyson. Te querrá apartar de mí».

«No se lo permitiré», prometí.

Pero justo en ese momento supe que nos había encontrado. El padre que no conocí. A quien mi madre no quería que me pareciera.

Tiro de la correa de la mochila que llevo sobre el hombro y la sujeto con el puño, preparado para dejar sin sentido a quien sea con cincuenta kilos de deberes y libros de texto.

Hay diez hombres de pie en mi salón. Solo uno está sentado y sé que es él cuando se me acelera el pulso. Todo mi ser lo reconoce a pesar de no haberlo visto nunca. No tengo sus ojos, pero sí tengo sus cejas, pulcras y largas y casi siempre fruncidas. Tengo su nariz delgada, su apariencia sombría. Cuando me ve, un desfile de emociones entremezcladas le recorre la cara, más emoción de la que dejo ver en mi propia expresión.

—¡Dios mío! —dice con voz entrecortada.

Entonces veo a mi madre. También está sentada en una silla, con su delicado pelo enredado, los tobillos sujetos a las patas de la silla y los brazos atados a la espalda. Está temblando, amordazada con un pañuelo rojo y me intenta decir algo.

—¿Qué le has hecho? ¡Suéltala!

—Lana —dice mi padre, que me ignora y vuelve su atención poco a poco hacia mi madre—. Lana, Lana, ¿cómo has podido? —La mira con los ojos llenos de lágrimas. Pero por cada lágrima que derrama mi padre, ella derrama una docena, un reguero.

—Suéltala —repito y levanto la mochila preparado para lanzársela.

—Baja eso... ya lo haremos. —Mi primer error es escuchar. Bajo la mochila. Mi padre se arrodilla delante de mí y me tiende una pistola negra, luego baja la voz para que solo yo pueda oírle—: ¿Ves esto? Es una SSG con un silenciador, así que nadie la oirá. No tiene seguro, está lista para usar. Dispara a alguno de estos hombres, cualquiera, y le perdonaré la vida a tu madre.

Ella llora con fuerza y sacude la cabeza, pero un hombre calvo y asqueroso que está detrás de ella la inmoviliza. Me aparto de la mochila, aunque la tengo cerca, lo suficientemente cerca como para chutarla como una pelota. Juego a fútbol y puedo enviarla volando a la otra punta de la sala. Pero ¿a quién? ¿Y si le doy a mi madre?

Examino el arma y me pregunto cuántas balas tiene; no las suficientes para todos esos hombres, pero sí para el hombre que la retiene. La cojo; no me tiembla la mano y eso me desconcierta. Pesa y no tengo miedo, solo la urgencia de liberar a mi madre.

Miro al hombre que le sujeta el cuello.

Ella sigue llorando.

«Un día nos encontrará, Greyson...».

Apunto lo más lejos de ella que puedo hacia la parte más grande del hombre.

Disparo.

Un agujero limpio y negro aparece en la frente del hombre. Cae al suelo.

Mi madre chilla con la mordaza puesta, llora histérica y da patadas al aire

con las piernas atadas.

Mi padre me quita el arma de la mano con una mirada de asombro y me da unas palmaditas en la cabeza.

Unos cuantos hombres levantan a mi madre y la arrastran escaleras abajo hacia el garaje.

—¿Qué hacéis? ¿A dónde la lleváis? —Cojo la mochila y, con ella, golpeo a un hombre. Viene otro y me sujeta, me aprieta los brazos mientras me habla y me escupe en el oído.

—Hijo, hijo, escúchame, han hecho un trato y te ha perdido. ¡Te ha perdido!

—Nunca me ha perdido. ¡Mamá!

Consigo coger un cuchillo de su cinturón y se lo clavo en el ojo y lo retuerzo. Me suelta con un alarido y un chorro de sangre, y bajo las escaleras corriendo al oír el motor de un coche.

Mi padre me atrapa antes de llegar, me abofetea y me apunta con la pistola. Sonríe cuando me detengo en seco.

—Greyson, hijo mío, hasta tus instintos te han hecho parar. Sabes que esto acaba de matar a una persona. Tú no quieres morir. Si mueres no la podrás salvar, ¿no?

Tengo todo el cuerpo paralizado. Me sonrío con dulzura y me abraza, pero mantiene el arma contra mi sien.

—Sabía que eras mi hijo. Le dije a tu madre que no estaba bien mantenerte alejado de mí. Trece años, Greyson. Trece años buscándote. Ella insistía en que no eras mi hijo. Le he dicho que si demostrabas que tenías mi sangre en tus venas, vendrías conmigo, que es donde debes estar. —Me suelta y me estudia con orgullo—. Te he dado la oportunidad de matar a un hombre. —Mira escaleras arriba, donde sé que hay un cuerpo inmóvil. Un cuerpo que no se moverá nunca más gracias a mí—. Lo has matado. Una bala directa en la cabeza. Eres mi hijo; serás poderoso y temido.

Su voz me hiela la sangre. No noto absolutamente nada cuando subimos las escaleras y contemplo al hombre muerto; ningún remordimiento, nada. Quiero matar a todo el mundo que haga daño a mi madre.

—¿Dónde está? —pregunto con una voz extraña.

Al disparar a ese hombre, he matado algo más, me he matado a mí

mismo.

—Se la llevarán a otro sitio. Porque a los hombres de verdad no los crían las mujeres, ¿me oyes? A mi hijo no lo educará ninguna mujer. No te educarán sin mí. Serás como yo.

Miro hacia el coche que sale del garaje y que se lleva a mi madre. Recuerdo la mirada en sus ojos cuando he disparado a ese hombre. Me atraviesa un pánico frío como nunca antes he sentido y me recorre todo el cuerpo. Quiero que mi madre me explique lo que he hecho, por qué ha estado mal, por qué ha estado mal si ha sido solo por ella. Por qué se la llevan. De repente tengo la cara húmeda. Otra bofetada me envía contra la pared, cruzando la habitación.

—¡Nada de eso, chico! Nada de eso. ¿Ves ese hombre? —Mi padre señala al que se cubre el ojo que he apuñalado; la sangre le mancha la camiseta y los vaqueros—. Es tu tío, Greyson. Tu tío Eric. Mi hermano, nuestra familia. Nosotros somos tu familia. Discúlpate por lo que le has hecho. Si eres bueno y estoy contento contigo, te dejaré ver a tu madre. La mantendremos con vida solo para ti. Ella también era de mi familia, yo cuido de mi familia, pero no tendría que haberme traicionado. Nunca jamás tendría que haberse ido contigo.

Tardé poco tiempo en darme cuenta de cómo funcionaba esta familia. Mi padre usaba solo a sus hombres más novatos para este tipo de travesuras. El hombre al que maté, que estaba detrás de mi madre como un maniquí, llevaba tres días trabajando para él cuando mi padre me susurró el reto al oído, esperando y deseando que demostrara ser lo suficiente Slater como para cometer mi primer asesinato.

Muchas pesadillas después, supuse que mi madre me había intentado decir que no disparara. Si no hubiera estado tan decidido a defenderla, si hubiera demostrado que era débil, seguiría conmigo. Me dejarían en el colegio por no ser apto para formar parte de esta familia. Pero jugué al juego de mi padre y, en vez de salvarla, nos condené a los dos el resto de nuestras vidas. Le demostré que tenía trece años y que sí... mataría a quien fuera por mi madre, incluso a él.

Era bueno. Entrené y eliminé cualquier emoción que hubiera en mi interior. Me convertí en nada, en cero. Y me fui cuando las numerosas promesas de que podría verla resultaron ser solo palabras vacías... Seguí

cada indicación y no encontré nada. Un gran mundo, todas estas habilidades y todavía no sé dónde está.

Un ruido en mi habitación se abre paso a través de mi estado de somnolencia. Me despierto al instante, me muevo por instinto, meto la mano debajo de la almohada para coger el cuchillo. Con la rapidez de un rayo, me doy la vuelta y lo lanzo contra la puerta, donde se clava rozando el cabello del intruso.

—¿Cero? —dice una voz estupefacta desde la oscuridad.

Tengo la pistola cargada y apuntando hacia Harley antes de que haya acabado de pronunciar mi nombre. Luego suspiro.

—No vuelvas a hacer eso nunca más.

Me pongo en pie de un salto y enciendo la lámpara.

Recojo la lista. Estoy ansioso por acabar con esto. Son muchos nombres. Muchos. No puedo soportar mirar su nombre, allí, junto al número cinco.

—Tu padre quiere verte. Quiere saber cómo van las cosas.

Mi padre tiene unos horarios muy raros. Aún no estamos en temporada. Todo el mundo está durmiendo. Los medicamentos y la morfina que le dan le hacen dormir todo el día y despertarse de noche solo durante cortos períodos de tiempo. Cojo la lista y me pongo los pantalones de vestir mientras Harley me espera.

Sonríe.

—Ese nombre te gustará.

—¿Perdona?

—El número cinco, digo —insiste—. Tienes el dedo... sobre el número cinco.

Aparto el dedo con el corazón latiéndome con fuerza y una repentina necesidad de estrangularlo mientras enrolló la hoja.

No la ha atacado, pero me fastidia el hecho de que su nombre esté en la lista. El hecho de que todos los chicos sepan que nos debe dinero. Wyatt, Harley, Thomas, Leon, C. C., Zedd, Eric, mi padre...

Pienso en ella, femenina y vulnerable, expuesta a estos idiotas, y en mi interior se desatan cosas, como serpientes que salen de un cesto. Solo ella me hace sentir así. Como si albergara un huracán mortífero que no tiene por donde salir. Anoche me dije antes de irme a dormir que usaría el poco honor

que me quedaba para proteger a esa chica de mí. Me dije a mí mismo: «No te quiere. Nunca podrá quererte tal y como eres. Quiere un príncipe y tú eres el villano. Eres la causa por la que trabaja horas extra. Tú, tu padre». No quiero recordar que huele como el verano y cómo se mete en la cama. Caliente. Ardiente. Real. Melanie. El número cinco de mi lista.

—Esta tía vino a pedir más tiempo para realizar sus pagos —explica Harley—, lo que hace que ahora su nombre esté casi al final de la lista. Pidió que le ampliáramos la fecha límite. Leon le dijo que podía convertirse en una ampliación de su pene y entonces nos olvidaríamos del tema. Si no puede pagar, todos nos lanzaremos a por la oportunidad de follar con ella.

Respiro con fuerza.

No.

Eso no me calma.

No voy a permitir que la toquen. De ninguna manera.

—Vete. En un rato iré a hablar con mi padre —le suelto de forma amenazante mirándolo fijamente.

Me pongo una camisa y espero a que se vaya. Me jode tanto lo que acaba de decir que cojo el cuchillo y lo lanzo a la pared de enfrente. Lo hago varias veces... No me iré de la habitación hasta que haya dado en la diana doce veces, de lleno, lo que significa que vuelvo a estar tranquilo. Quizá podría echarle la culpa de mi posesividad a mi polla. Nunca me gustó compartir o quizás puedo echarle la culpa a algún falso sentido de justicia; nunca pensé que fuera justo que alguien más fuerte se aprovechara de alguien más débil. Pura cobardía. Pero tampoco es eso.

Me pregunto quién la llevará a casa.

Con la mandíbula apretada, lanzo el cuchillo y acierto justo en el centro.

—Hijo —dice Julian, al que se le iluminan los ojos cuando me ve. Oigo el pitido del monitor cardíaco y veo que Eric se remanga la camisa a su derecha.

—¿Alguna novedad? —pregunto a Eric cruzándome de brazos mientras evalúo al trío de enfermeras que están a su alrededor. A Eric no solo le debo

su ojo, sino que le debo mi vida aquí en esta extraña familia de mierda.

—Necesita plaquetas —explica Eric.

Me odio por ser incapaz de quedarme allí plantado mirando. Odio que cierto sentido del deber, de lealtad a mi propia sangre, me haga levantarme las mangas de la camisa y exponer las venas.

—Yo lo haré.

Mi padre levanta una mano cuando me siento a su lado.

—No. Si te dan un corte por ahí, te desangrarás hasta morir. Tú no. —
Mira a Eric y hace un gesto con la mano para que siga.

Eric espera a mi aprobación, se la doy con un asentimiento de cabeza. Siempre he llevado sus palabras en el corazón... pero dado que no tengo corazón, no sé si es apropiado decir algo así. En cualquier caso, me lo he tomado en serio todos estos años. Mientras que mi padre rechaza participar en cualquier actividad que pueda mostrar indicios de debilidad, Eric me ha dado palmaditas en la espalda y me ha llamado «hijo» una o dos veces. Pero, aunque sea un tío cariñoso, el karma es una putada y le debo un ojo. Por parte de mi familia paterna, no solo se jura eso de «ojo por ojo», sino que incluso lo llevamos estampado en la partida de nacimiento.

—Sobre la lista —le digo a mi padre en un tono amenazador, frío y liso como el acero, mientras la desenrollo mirando primero a Eric y luego a él—, quiero tu palabra y, por consiguiente, la de todo hombre que esté por debajo de ti, de que nadie tocará a ninguno de mis objetivos. Soy yo quien tiene que encargarse en exclusiva y según crea conveniente de cualquiera de estos nombres. Te garantizo todo el dinero que te deben y, a cambio, quiero que confíes en mis métodos.

Eric mira la lista y su único ojo se centra en el número cinco. Melanie. ¿También quiere una oportunidad de follar con ella? Todos la quieren. Yo también. Quiero cogerlo y decirle que ese pedacito de cielo es mío. Pero no puedo hacerlo porque parecería débil. No puedo sacar su nombre de la lista con sobornos sin ponerla en peligro, y no solo con mi padre. Podría convertirse en el objetivo de todos mis enemigos, conocidos y por conocer.

—Esta lista y todos los nombres que contiene los tengo que ejecutar yo —repito elevando la voz—. Solo yo hago el contacto, solo yo recupero y dirijo los pagos según crea conveniente.

—De acuerdo, con la condición de que cada día pongas al corriente a

Eric de tus progresos mientras me hace compañía —acepta mi padre.

—Dame tu palabra —insisto.

—Que tozudo eres, Cero. —Me da una bofetada lo suficientemente fuerte como para hacer ruido, pero no se me mueve ni un músculo, y ríe—. Te doy mi palabra.

Su simple palabra debería ser suficiente, pero las palabras, la sangre... Nunca podré creer algo al cien por cien. Podría estar mintiendo. Así que me inclino sobre él y le doy unas palmaditas en el hombro, lo que a ojos de las enfermeras podría parecer un gesto cariñoso.

—Si alguien se desvía un solo paso, me lo cargo. Incluso a mi hermano —le susurro al oído. Una vez más veo que me mira con respeto cuando me separo y asiente en mi dirección. Su rostro no revela nada mientras me enderezo. Miro a Eric—. Voy a estar fuera unos días. Me llevaré a uno o dos del equipo, no más. Pediré refuerzos si los necesito. —Desvió la mirada hacia la enfermera que le clava la aguja en la vena y luego lo miro a él otra vez—. Gracias.

Cuando regreso a mi habitación, noto un subidón, el mismo que tienes cuando estás de caza. O matando. O quieres hacerlo.

Hoy no recomendaría a nadie que se metiera conmigo. La conversación sobre Melanie pidiendo una ampliación de la fecha límite al Clandestino: «Por favor, ¿podrías darme un poco más de tiempo para pagar?».

En mí ha surgido una actitud protectora extrema que nunca antes había sentido, lo que dispara mi adrenalina como ninguna otra cosa lo ha conseguido nunca.

Cojo un par de móviles nuevos, cambio un par de chips, compro un billete por internet y empaqueto unas cuantas cosas. El subidón se convierte en algo peligroso... no mortífero, pero sí peligroso, no solo para mí, sino también para ella.

Me ha pasado algo mientras la observaba estos últimos meses. «Te deseo demasiado, mi dulce princesa».

Me ha calado, debajo de la piel, hasta el corazón, es como si me fluyera por la puta sangre.

No debería tenerla.

Se merece más.

Más que cualquier chico de los que conozco y, sin duda, más que yo.

Sin embargo, ¿dejarla correr a sus anchas, soltera y libre cuando puedo asegurarme de que si duerme en una puta cama sea en la mía? ¿Cuando puedo coger su cara con una mano, mirarla a los ojos y saber con la misma certeza con la que sé que respiro que ella también me quiere?

He trabajado la lista empezando por abajo y subiendo hacia el principio, en lugar de hacerlo al revés, que sería lo lógico. Pero me lo estoy tomando con calma porque no quiero llegar a ella. Me lo estoy tomando con calma porque ella es como una pequeña explosión de vida y no quiero llegar a su vida como el apocalipsis y cubrirla con mi oscuridad.

No quiero recordar que hace un mes, la vi devastada porque se había derramado el café, manchó su bufanda y se le había estropeado el modelito. Desde la otra acera, escondido detrás de un periódico, la oí vociferar que prefería que la despidieran a ir a trabajar vistiendo solo dos colores, que no podía presentarse tan sosa ante un cliente.

Dios, cómo me reí. Me reí y seguí sonriendo durante el vuelo de vuelta hasta donde se encontraba mi equipo. Era muy pasional, tuve que esconder la sonrisa con las manos mientras miraba por la ventana.

La he seguido desde que la encontré en mi lista y le eché el ojo.

La he seguido con el pretexto de descubrir sus hábitos sociales, sus debilidades, para así poder entrar de repente a matar. Pero la verdad es que la sigo porque soy un puto imbécil, enfermo, obsesionado como un perro con cómo camina, con los colores que viste, con todas las formas con las que sonrío, con el encantador y jovial conjunto que forma.

Antes de conocerla, dos sentimientos dominaban mi vida: ira e indiferencia.

Ahora ella me ha dado una decena más. Lujuria, frustración, preocupación... hasta alegría. Nunca he deseado algo tanto como que esos ojos verdes memoricen mi rostro, igual que se ha convertido para mí en una religión memorizar el suyo.

Saco de la mochila la bolsa con cierre hermético que contiene todas las piezas del móvil y la tarjeta. Lo monto de nuevo mientras le pido a Derek que me lleve al aeropuerto.

El móvil revive en mi mano y me arde el estómago cuando por fin empiezo a escribir el mensaje de respuesta:

«No te muevas de casa esta noche».

Mensaje

Melanie

Es sábado por la mañana y, tal como dicta nuestra agradable rutina, mis padres se encuentran desayunando, ya bañados, perfectos y sonriendo. María, la cocinera, prepara el mejor desayuno de la ciudad y desayunar con ellos me hace feliz. Siempre tienen la mantelería y la cubertería de plata puestas en la mesa, y la comida está situada sobre el mantel con tanta perfección que el festín comienza por la vista antes de llevarte algo a la boca.

—¡Lanie! —dice mamá cuando me ve entrar—. Tu padre y yo estábamos hablando de la boda de Brooke. ¿Cuándo dijiste que era?

—En menos de un mes. —Le doy un beso en la mejilla y luego abrazo a mi padre, que es muy alto y guapo—. Eh, papá, estás muy guapo.

—¿Ves? Se ha dado cuenta de que me he cortado el pelo, no como tú —dice señalando a mi madre con el tenedor.

—Apenas tienes pelo, ¿cómo querías que me diera cuenta? Háblanos de la boda. Aún no me puedo creer que se case antes que tú. Siempre has sido más guapa y mucho más alegre —dice mi madre, que me aprieta la mano cuando me siento.

—Estoy segura de que su prometido no opina lo mismo —replico.

Odio que mi madre hable mal de Brooke solo para hacerme sentir mejor, eso no consigue nada; solo ella se alegra poniendo excusas sobre por qué no me querrá algún buen chico. A veces pienso que su desesperación por verme felizmente casada pone en marcha la vieja Ley de Murphy: cuanto más lo

desea ella, menos pasará. ¡Pobre de mí!

—Eso sigue sin justificarse por qué ningún hombre decente de por ahí ve que mi niña es buena como ella sola. Estás en forma, tienes una sonrisa preciosa y eres dulce como tu mamá.

—Gracias, papá. Estoy segura de que sigo soltera por el simple hecho de que todos los hombres son gilipollas menos tú.

—¡Lanie! —me reprende mi madre, aunque ríe por lo bajo.

—Bueno, el hijo de Ulysses se presenta como senador y siempre pregunta por ti. No tiene la mente más brillante de por allá, pero está de buen ver y...

—Es gay. Prefiere las barbas, papá. Busca un matrimonio de mentira para engañar a sus votantes, para eso creo que estoy mejor sola.

—Cuando tenía veinticinco... —empieza mi madre.

—Estabas casada y ya me tenías a mí, sí, sí, sí. Pero yo tengo una carrera profesional y he tenido... un montón de citas en mi vida. De hecho, he salido con tantos que no sabría a quién elegir para llevar a la boda de Brooke —exagero.

Son mi madre y mi padre, ¿qué puedo decir? Los amo. Me gusta complacerlos. Me han querido toda la vida. Me han llenado de amor. No solo me quieren, sino que desean que encuentre el tipo de amor que ellos comparten. No quiero que sospechen lo que yo creo, que, por alguna razón, a mí no me pasará.

—Solo recuerda lo que te he dicho, pulguita —dice mi madre—. Escoge al hombre que te trate mejor, el que no te rompa el corazón, que pueda ser tu amigo y con el que puedas hablar.

Hurgo en mi tostada francesa.

—Dices eso porque papá era tu mejor amigo. Mi mejor amiga, en cambio, es una chica y Kyle es el amigo más cercano que tengo, pero nunca me casaría con él. Nunca jamás. —Mi mejor amigo, tan *sexy*, con ese aire a lo Justin Timberlake, me horrorizo solo de pensar en él y yo besándonos. Sigo hurgando en mi desayuno y bajo la voz para añadir—: Creo que esas cosas no se pueden planear, mamá. Creo que pasan porque sí. De repente te encuentras con una persona en el *ring* y te das cuenta de que es el hombre con el que te casarás en el momento en el que te guiña un ojo. O estás bajo la lluvia rezando porque el sentimiento que te acaba de golpear también golpee

al hombre que tienes delante...

Miro el móvil con tristeza.

Dios, soy una tonta, tonta, muy tonta.

Lo único que golpeó a ese hombre fue la lujuria, y ahora tiene el síndrome de Huir de Melanie.

Un síndrome que es mucho más común de lo que parece.

—Cierto, no puedes programar de quién te vas a enamorar. —Coincide mi madre—. Pero si dieras un paso atrás para escuchar tus pensamientos, te darías cuenta de que no quieres estar fuera bajo la lluvia para que te caiga un rayo. Elige siempre el camino iluminado por el sol, es lo que decía mi madre.

—Hombre, claro. Nadie elige una vida terrible por decisión propia, mami —refunfuño—. Pero algunas personas tienen más suerte que otras.

—Todo se basa en elegir con sabiduría —insiste.

Me quedo callada pensando en por qué no pude ser más sabia cuando, hace un par de meses, perdí mi vida apostándolo todo en una sola noche, en un solo instante, en un solo resultado. Miro a mis padres, tan dulces y perfectos en esta burbujita de felicidad. Soy incapaz de pedirles dinero. ¿Decepcionarlos así? ¿Cómo podría coger su dinero y todo el orgullo que han depositado en mí cuando sé lo duro que han luchado por mantenerme con vida?

Cuando llego a casa estoy triste. Triste por mi deuda y por mi hombre. Me cepillo los dientes y miro hacia la pared vacía frunciendo el ceño.

—Cabrón —murmuro—. Me has fastidiado toda la semana, cabronazo. Seguro que ahora mismo te estás tirando a la vez a unas trillizas rubias y tetonas, ¿no? No eres de los de estar con dos a la vez, sino con tres, mentiroso, que me viniste con el cuento de «te llevaré al cine». Te juro que estaba bien hasta que volviste como si te hubiera «atrapado», como si te tuviera pillado a pesar de mis pintas de resaca. Dios, ¡soy increíble!

Le doy una patada a la bañera como si todo fuera culpa suya.

—¡Ay!

Frunzo el ceño, entro en la habitación, cojo la ropa de dormir, camino

con calma hasta la cocina para buscar un poco de helado, pongo el DVD de *La princesa prometida* y enciendo la televisión. Medio kilo de grasa, allá vamos. En el momento en el que caigo sobre el sofá, una vibración resuena entre los cojines. Gruño y busco el móvil. Aparece debajo del reposabrazos, lo saco y lo dejo a un lado para comerme una cucharada de helado. Casi me ahogo al ver el nuevo mensaje.

«No te muevas de casa esta noche».

¿Qué? El estómago se me encoge. Al leer el nombre de la persona que me lo envía me entran unas ganas repentinas de estampar el móvil contra la pared. *Greyson*. Frunzo el ceño, tiro el móvil al sofá y me pongo a caminar. No voy a contestar. ¿Por qué debería hacerlo? Hasta ahora no había tenido prisa por hablar y ¿ahora me da órdenes? ¿Como un rey todopoderoso? No, gracias. Paso de tener una segunda cita, gracias.

Pero lo compruebo de nuevo y veo que envió el mensaje hace horas. Me digo a mí misma que no voy a contestar, esperaré un millón de días como ha hecho él. Aparto el móvil y me meto una cucharada enorme de helado en la boca, dejo que se me derrita en la lengua, pero tengo el estómago revuelto y ya no puedo prestar atención a la televisión, solo mirar el móvil y chupar la cuchara. Al final, clavo la cuchara en la tarrina de helado para coger el móvil, cierro los ojos un momento y escribo:

«Estoy en casa, pero eso no quiere decir que me quede aquí. Depende...».

«¿De qué?», es su respuesta, que llega muy rápido.

Vaya, ¿estaba con el móvil en la mano esperando para contestar? Parece que sí. Espero un minuto entero. Estoy temblando. Escribo: «Depende de quien me visite».

No lo digo como una invitación. Lo digo en plan «saldré pitando de aquí si pone un pie en mi edificio». Pero su respuesta es veloz como el rayo y el corazón se me acelera al verla.

«Yo».

¡Mierda! Tengo que irme. Tengo que irme; ¡no puedo verlo! ¡No puedo ser tan facilona! Tengo que establecer una línea. Ya me ha demostrado lo que significó para él esa noche juntos y no dejaré que me vuelvan a menospreciar, ni él ni ningún otro idiota.

Debería irme antes de que llegue, o gritarle desde detrás de la puerta sin

abrirla ni un palmo y decirle que no estoy interesada en él. «Me dejaste plantada, me has ignorado un montón de días, no soy el polvo que crees tener asegurado, ¡que te vaya bien la vida!».

Sí. Eso suena bien.

Decidida, voy hasta las ventanas del salón para bajar las persianas. Cuando miro a través del cristal, veo que un coche deportivo oscuro aparca y un hombre vestido de negro sale del asiento del conductor. Levanta la vista hacia mi ventana y todo mi cuerpo se paraliza cuando nuestras miradas se cruzan y se reconocen. Mi cabeza entra en *shock*. Un entusiasmo desconocido hace que me ponga histérica.

Joder, es él de verdad.

¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere?

Entra en el edificio y me giro hacia la puerta, que está cerrada. Entro en pánico porque no me he cambiado, estoy en pijama, si es que se le puede llamar pijama a lo que llevo puesto.

Me doy cuenta de que sigo con el medio kilo de helado en la mano, corro para meterlo de nuevo en el congelador, con la cuchara incluida. Camino en círculos mientras intento elaborar un nuevo plan, pero soy incapaz de pensar una mierda. Me planteo decirle al portero que no lo deje entrar, pero oigo el ascensor e imagino que habrá reconocido al capullo de cuando me trajo a casa la semana pasada.

Decido no retrasar lo inevitable y abro la puerta cuando sale del ascensor. Me mira fijamente y me atraviesa con los ojos, agujereándome el pensamiento. Una de mis vecinas y su marido cruzan el pasillo hacia la puerta de su casa.

—Hola, Melanie. Hace un poco de fresco fuera. —Sigue caminando con gesto de reprobación mientras señala los *shorts* de seda blancos y la camiseta casi transparente que llevo puestos.

Greyson va detrás de ella. Y, a un paso de mi rellano, llena el lugar de músculo, belleza y testosterona y, lo juro por Dios, es tan letal como una bomba nuclear. Mis rodillas, mis pobres rodillas. Y mi corazón. Y mis ojos. Noto el cuerpo ligero como una pluma y pesado como un tanque. ¿Cómo es posible? Es tan asombroso que no me puedo ni mover. Ni parpadear, ni casi mantenerme en pie. Necesito apoyarme al marco de la puerta.

Estoy completamente sobria, algo de lo que quizá me arrepienta. Ya no

está borroso por la lluvia, el vodka, ni por los estúpidos delirios de príncipe azul.

El hombre que está en la puerta es muy real, muy grande, muy moreno y su sonrisa es muy, pero que muy encantadora. No hay forma humana de describirlo y hacerle justicia: sus oscuros ojos brillan, los pómulos se le marcan, con la barbilla bien afeitada, y una boca preciosa, con las comisuras curvadas hacia arriba de modo juguetón. Su traje es perfecto, de *playboy*. Su pelo presenta caprichosos tonos cobrizos y me dan ganas de peinarle con los dedos algunos mechones alborotados. Ahí está, mirándome como si esperara que lo deje entrar. Un recuerdo de la mañana en que me trajo a casa me viene a la mente. Me sentía dolorida por la forma en que habíamos hecho el amor toda la noche. Recordaba la marquita de detrás de la oreja que encontré a la mañana siguiente.

A pesar de todo, me aferro al instinto más primario de supervivencia y mantengo la puerta abierta solo hasta la mitad cuando se acerca.

—Invítame a pasar —pide con ternura mientras sujeta el pomo con firmeza.

—Mi coche no necesita una puesta a punto, está bien, pero gracias por preocuparte por él —digo y empujo la puerta con fuerza para cerrarla.

A pesar de mi propia frustración, la abre sin esfuerzo y entra dando grandes zancadas. Ahora está dentro, cierra la puerta como si fuera el dueño del edificio y estudia el piso con los ojos entrecerrados.

—¿Este edificio tiene conducto de lavandería?

—¿Eso es lo primero que me vas a decir?

Cruza el salón y acaba de bajar la persiana, luego hace una rápida comprobación visual de mi piso que me revuelve todo por dentro.

Es como si quisiera asegurarse de que no hay otro hombre.

No es posible que esté celoso, ¿no?

Y ahora... ahora que parece haber comprobado que aquí no hay nadie más, camina hacia mí con los ojos clavados en mi boca... Yo retrocedo cuando todas las alarmas de supervivencia me advierten.

—¿Por qué has venido tan de repente? ¿Te han cancelado otra cita en el último momento? —pregunto.

—La cita me gustaría concertarla contigo. —Baja las cejas sobre esos

brillantes ojos de halcón—. No estás tan entusiasmada por verme como esperaba.

—Tal vez pensaba que fuiste una alucinación consecuencia de la bebida. Tal vez deseaba que lo fueras.

Cuando choco con la isla de la cocina, me atrapa en un abrazo. Sus ojos me miran casi con ansia y desesperación. Luego me levanta el rostro con las manos y coloca su boca sobre la mía, como si pensara, de forma errónea, que le pertenezco.

—No soy una alucinación —dice con dulzura y me besa de nuevo con tanta pasión que pierdo el hilo de mis pensamientos hasta que vuelve a hablar sobre mi boca—. No soy una alucinación. Y si quieres, puedo pasarme toda la noche recordándote lo que se siente al tener mi lengua y mi polla enterradas dentro de ti, recordándote lo mucho que te gustó.

Se inclina sobre mí como si fuera a besarme de nuevo.

—Para, Greyson —digo con voz temblorosa y aparto la cara.

—No me gusta el verbo «parar» —dice con voz ronca en mi mejilla—. Pero me gusta cuando dices «Greyson».

Me gira la cabeza con la punta de un dedo y se queda mirándome, como si estuviera hechizado por mi mirada. Levanto uno de sus brazos para que me suelte y empiezo a alejarme de él otra vez, libre de su tacto, pero no de su mirada. La primera noche no dejó de mirarme a los ojos como si no pudiera liberar su mirada, pero ahora, ahora me mira de arriba abajo. Aunque solo llevo unos *shorts* y una camiseta, se me acalora el cuerpo mientras repasa mi cuerpo.

—Te di una oportunidad y la desperdiciaste —suelto.

—Quiero otra.

Sacudo la cabeza, pero no puedo evitar notar unas estúpidas y enormes mariposas volando por mi estómago. De repente, mi casa huele como a cuero, a bosque, y el puñetero Greyson King me mira como siempre, con confianza, con autosuficiencia, y su presencia, de alguna manera, llama por completo mi atención.

—¿Por qué has venido?

Señala el televisor, donde veo que mi querido y perfecto Westley le susurra a Buttercup «Como deseas», y luego me mira a mí y sonrío como para sí mismo.

—¿Estás viendo una película?

—Ahora mismo no, te estoy mirando a ti.

Sonríe con esa medio sonrisa entre *sexy* e irritante y se sienta en una silla como si fuera un poderoso rey. Frunzo el ceño porque con su presencia acaba de encoger mi piso. Con unos ligeros pinchazos en el estómago, me siento en el sofá y me olvido de Westley, de Buttercup y de todo, excepto de él. Espero.

—¿Cómo estás? —pregunta con dulzura en mi dirección.

—¿Tú qué crees? —replico de mal humor.

—Te veo la mar de bien desde aquí.

—¿Siempre te sientes como en casa en sitios donde no eres bien recibido?

Su suave risa me recorre el cuerpo como una pluma, lo que me pone el vello del brazo de punta. Se reclina hacia atrás, cruza los brazos por detrás de la cabeza y me mira con ojos cómplices y descarados.

—He venido para demostrarte que no, Melanie, que no fui una alucinación.

Su tono sensual combinado con esa mirada brillante me indica que ambos sabemos que me desea, lo que me pone a mil. Joder, me pone cachonda.

—Estaba a punto de comerme mil kilos de chocolate por tu culpa —digo con tono acusatorio.

Se levanta y se deja caer justo a mi lado en el sofá.

—Bueno, ahora tienes cien kilos de mí justo aquí. Contigo.

—No vamos a acostarnos otra vez.

—Teniendo en cuenta que he estado dentro de ti, al menos deberías dejarme que te abrazara mientras vemos... ¿Qué estamos viendo?

—*La princesa prometida*. Mi película favorita.

—Ah.

Alarga el brazo por el respaldo del sofá y el corazón me late desbocado.

—Buttercup está prometida con el príncipe Humperdinck pero su amor verdadero, Westley...

Se le curvan los labios y me callo al ver que parece divertirse. En el fondo le divierto. Es *sexy*. Y, francamente, me molesta.

—Eres un *playboy*. Estoy segura —susurro.

—No sabes nada de mí.

Pongo los ojos en blanco.

—Sé tu nombre: Greyson.

—Te burlas de mi nombre con ese destello malicioso en los ojos, como si lo adoraras, y solo con eso consigues que te quiera follar hasta que lo digas entre gemidos. —Me acerca la cara a la suya—. Sé cuándo mientes porque me han enseñado a detectar a mentirosos desde que era muy, pero que muy pequeño. Lo aprendes cuando tu padre miente constantemente. —Respira y su cálido aliento sobre mis labios hace que se avive un fuego en mi estómago—. Pienso en ti, Melanie. Veo tu cara en cada mujer. He volado hasta aquí solo para verte. La comunicación y las relaciones no se me dan bien. Tengo otras cualidades que son mucho mejores; por ejemplo, se me da bien hacerte jadear. Veo que tienes las pupilas dilatadas, que no dejas de mirarme la boca en vez de tu película favorita, y estoy empleando todo mi autocontrol para no darnos lo que necesitamos ahora mismo. Ha pasado una semana, pero por lo que a mí respeta... —Me sujeta la parte de atrás de la cabeza y me da un mordisco en el labio inferior—. Llevo toda la vida esperando para hundirme en ti.

Me abraza con más fuerza y noto tanta ansiedad que me asusto. Por él, por esto, por esta necesidad de arañarle la piel, de presionar mis labios contra la dura línea de su mandíbula, de tocarle el pelo espeso y sedoso.

—Déjame ver la película, suéltame —protesto, débil.

Cuando se ríe, su respiración me mueve un par de rizos sueltos que tengo sobre la sien.

—Si quieres que te suelte, tienes que dejar de clavarme tus preciosos pezones contra el pecho mientras lo dices, dejar de acercarte cuando me pides que te deje ir —murmura. Frota su nariz contra la mía, y su cercanía, su aroma a bosque, su respiración caliente y sus labios tan cerca que casi los puedo probar desencadenan un reguero de necesidad entre mis piernas y un erizamiento doloroso y caliente de mi sexo.

Doy una bocanada de aire cuando estamos a punto de besarnos, y él gruñe y me deja espacio para respirar. Levanta la cabeza y veo que me evalúa como haría un experto con una joya o alguna antigüedad. ¿Por qué me mira así? ¿Por qué? Como si quisiera estar dentro de mí tanto como yo lo

quiero tener dentro. Como si quisiera más que mi cuerpo, como si quisiera chuparme la sangre, comerse mi alma y luego rezarme.

Con calma, cierro los ojos e intento fingir que estamos en una cita, que nunca nos hemos acostado y que estamos viendo una película. Fuerzo a mis músculos a que se relajen y vean la televisión, y noto que él, poco a poco, también se relaja. De repente se estira a lo largo del sofá y tira de mí hacia él. Dios mío. Odio que se adueñe de las cosas que me pertenecen, pero también me encanta.

Noto su mirada en la coronilla. Mientras finjo que presto atención a la película, le paso los dedos por el pelo y le cojo el brazo y se lo coloco alrededor de mi cuerpo con el siguiente pretexto:

—Me estás clavando el codo en las costillas.

Su risita (no puedo ni siquiera explicar hasta qué punto adoro el sonido de su risita) me indica que sabe que solo quiero estar más a gusto. Y así lo estoy.

—¿Mejor? —pregunta y mueve ese cuerpo largo, duro y fuerte que está debajo de mí.

—*Chss*. Me gusta cuando lucha contra Montoya.

Finjo que estoy viendo la película, pero en realidad lucho con todas mis ganas por darle una segunda oportunidad. Pero ¿y si caigo en la tentación? ¿Qué pasa si pierdo el control y no solo caigo, sino que me lanzo sobre él?

¿La noche que pasé con él?

Fue increíble. Él fue increíble. Además, todavía suena, huele y lo siento de forma increíble.

Se le tensan los músculos y tengo miedo de que vaya a apartarse, pero no lo hace. Me arrima más a él y me envuelve con los brazos. Respiro con suavidad con una alegría casi apabullante, abrumada por la sensación de seguridad que me proporciona, y finalmente sucumbo a la necesidad de colocar mi mejilla en su pecho.

—Esto está bien —murmuro. Más que bien.

De repente, siento que nada podría ser mejor que esto. En mi sofá, con este hombre. Su aroma especiado y reconfortante como una droga me lleva a respirar con más profundidad y consciencia.

—Princesa —dice en mi oído con complicidad.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y cierro los ojos.

—¿Qué?

—No te iba a llamar.

—Lo sé, capullo. ¿Por qué lo has hecho?

Westley y Montoya están con las espadas, pero parece que la acción de verdad tiene lugar en mi oreja, en su susurro.

—Porque me necesitas.

Me río y me incorporo para mirarle.

—No te necesito.

Él también se incorpora y me observa desafiante.

—Puede que yo te necesite a ti. —Como me limito a mirarle, dibuja una sonrisa adorable que es arrogante y triste a la vez—. ¿Sabes lo que se siente al tener que vivir con un corazón inerte e ir en busca de la muerte? —Espera mi respuesta, pero estoy sin palabras—. Pero a tu lado, estoy vivo. Vivo en una mentira, pero esto no lo es, ver esta estúpida película contigo no lo es.

—¡No es estúpida! —digo con la voz entrecortada.

Se ríe y se levanta.

—Cuando salga, cierra con llave. Volveré con algo de comer —dice.

—Si me quedo dormida, estaré demasiado cansada para abrir —aviso, pero la verdad es que no quiero que se vaya.

—Puedo abrir tu cerradura sin despertarte —dice con soltura, y luego se acerca otra vez a mí y me mete la mano enguantada por debajo de la camiseta—. Pero cierra con llave de todas formas.

—Estás muy mandón.

—Y tú estás muy *sexy* con la ropa que llevas puesta.

Me recorre la parte inferior del pecho con el pulgar y me falta la respiración cuando nuestros ojos se encuentran. Lo que veo me entusiasma, el turbio alboroto en lo más profundo de su mirada hace que la cabeza me dé vueltas.

—Suelen decirme que tengo memoria fotográfica. Que algunas imágenes se me quedan grabadas con una claridad extrema... pero la otra noche, Melanie, recuerdo la otra noche con más claridad que cualquier momento de mi vida. —Me sujeta el cuello por detrás con una mano enorme y fuerte y me lo aprieta un poco—. Tu tanga rojo. Tus pezones deliciosos. Tu forma de

mirarme como si fueras una princesa y de decirme que te llamabas Melanie. Lo recuerdo todo demasiado bien.

Por un momento me transporto a la otra noche. Todo es una neblina de pasión, deseo, dientes, lenguas y manos. Me gustaría volver a vivirlo, pero no quiero ser su juguete. No quiero ser un polvo que puede dar por sentado. Me duele el alma cuando le cojo la mano y se la saco de debajo de mi camiseta y lo acompaño hasta la puerta de entrada.

—Greyson... creo que deberías irte. No puedo pensar cuando estás cerca. No sé qué quieres de mí, pero no puedo jugar a estos juegos contigo... contigo no...

Cuando llegamos a la puerta, me mira como si quisiera que lo echara de una patada. Como si quisiera que fuera yo quien le dijera que no quiere volver a verlo. ¿Se sentiría aliviado? No puede ser eso. Incluso soy incapaz de explicar qué le aporta ese toque dorado de bronceado a su apariencia. Tampoco puedo dejar de admirar su rostro. Cuánto he esperado en mi vida por sentir algo, una chispa, un hormigueo como este.

—Mi mejor amiga se casa en dos semanas —susurro y le digo en qué iglesia mientras lo empujo hacia el rellano sin dejar de mirarlo fijamente. Su mirada es ardiente, ansiosa. Es «la mirada»—. Si quieres otra oportunidad, si vas en serio con esto, puedes venir a la iglesia —digo y me inclino sobre él para besarlo con suavidad en los labios, y oigo su leve y sordo gruñido. Luego me doy la vuelta y cierro la puerta.

Al cabo de un minuto, le oigo bramar un «joder» al otro lado de la puerta. ¿Tanto le ha costado recomponerse después del beso? Después, incluso noto que se inclina sobre la puerta. Cierro los ojos y respiro a cámara lenta. Cuando susurra «Melanie» lo hace justo en el punto donde apoyo la mejilla contra la puerta. Tiemblo de pies a cabeza y lucho por mantener el tono de voz.

—¿Sí? —digo.

—Allí estaré.

Un buen rato después, oigo el ascensor. Levanto los dedos y toco la puerta, y, por primera vez en mi vida, tengo mucho miedo de encontrarme con él, con el único hombre que he estado esperando.

De repente, todas las fibras de mi cuerpo, de mi cuerpo sobrio, me dicen que él es el hombre de mi vida.

Es el hombre de mi vida.

El que me destrozará. Me hará daño. Me demolerá. El que acabará con cada centímetro de la chica que hay en mí. Será el recuerdo que nunca olvidaré y, para bien o para mal, será con el que sueño.

Pero todo en él es malo.

Tiene algo fascinante e inquietante.

La oscuridad de sus ojos color avellana, el brillo que lo hace tan atractivo para mí, el hecho de que huelga a cuero y a metal y a bosque y a peligro.

Pienso en mi madre y en que siempre di por sentado que conseguiría que se sintiera orgullosa de mí. Me acuerdo de mi mejor amiga y me preocupa que Depredador se la lleve para siempre. Greyson no será como un depredador. No sé qué será, pero pienso en un tsunami, un huracán, en algo natural e imparable.

Me pregunto si aparecerá en la boda. Si se siente tan indefenso como yo ante esta fuerza.

Me dejo caer de nuevo en el sofá para ver la película y me enrosco alrededor de uno de los cojines, pero tengo los pensamientos muy lejos del cuento de hadas más bonito jamás escrito.

—Por favor, si me vas a hacer daño, por favor, por favor, no vengas a la boda de Brooke —susurro a la habitación vacía.

Inquieto

Greyson

¿Qué coño hago?

Veo brillar las cámaras de vigilancia cuando llego a casa después de varios días trabajando sin descanso, persiguiendo a mis blancos, ciudad por ciudad, hogar por hogar. La casa está en silencio. Mi padre, los chicos, todo el mundo duerme. Me saco un guante con los dientes y luego hago lo mismo con el otro y me llevo el pan de molde, mantequilla de cacahuete y un cuchillo para carne.

Nosotros hemos colocado los dispositivos de vigilancia que controlan las entradas, salidas y ventanas de la casa. Kilos y kilos de ordenadores reposan sobre unas cuantas mesas y hay luces que parpadean entre marañas de cables. Extiendo la mantequilla de cacahuete sobre una rebanada de pan, coloco otra encima y las engullo mientras rebusco en las cajas de grabaciones y saco una tarjeta del año pasado etiquetada con la fecha del combate. He estado pensando en ella. La recuerdo a cada segundo del día.

Empapada y vulnerable bajo la lluvia.

Empapada y fogosa entre mis brazos.

Diciéndome que se llama Melanie.

Invitándome a la boda de su mejor amiga.

Me desencadena todas las sinapsis del cerebro hasta que está viva en mi mente, riendo de una forma que solo le he oído a ella... acurrucándose conmigo mientras ve la película... echándose a empujones por la puerta

como si no pudiera soportar verme, y después tirando de mí hacia ella para sacarme de su casa con un beso.

Me quedé allí como un imbécil apoyado en su puerta, con el corazón aporreándome con fuerza en el pecho mientras esperaba a que me abriera. Joder, estaba dispuesto a abrirla de una patada.

En vez de eso, me fui y me alquilé un traje y empecé a buscar apartamentos cerca.

Soy peligroso para ella; joder, ella es peligrosa para mí. No puedo permitirme ni una puta distracción.

Entonces, ¿qué coño estoy haciendo?

Coloco la grabación en un lector y la pongo; se me tensan los ojos al verla, al tener la dosis diaria de Melanie que necesito ver.

—Y ahora, damas y caballeros... —empieza el presentador con su estilo habitual—. Remington Tate, ¡el único e inigualable Depredador! ¡Depredador! ¡Salud a Depredador! —grita.

Uno de nuestros luchadores se acerca trotando al *ring*, a la cámara. Es el Depredador.

No es bueno; es el mejor que he visto nunca. El luchador más lucrativo que ha alojado mi padre en el Clandestino, y al que todos esperamos seguir acogiendo gracias a su vena temeraria.

—Depredador, Depredador... —Oigo a la multitud por los altavoces.

Me bebo el refresco mientras sigo mirando la pantalla y espero divisar a la rubia por algún lateral. «Melanie». Está a punto de aparecer dando saltos de alegría como siempre, y me tenso por la expectación cuando la imagen se congela, la pantalla se vuelve negra y pasa al siguiente combate.

Lanzo un puñetazo para conseguir que el ordenador funcione. Nada. Frunzo el ceño, rebobino y lo pongo en marcha. Sucede la misma mierda. Me bebo lo que queda de refresco, lanzo la lata a la basura y me restriego la cara con frustración con la palma de la mano. Me levanto y voy con paso airado hasta la habitación de Wyatt y enciendo la luz.

—¿Quién coño ha toqueteado las grabaciones?

—¿Qué?

—¿Las has alterado, Wyatt?

—Son del año pasado, joder. ¿Qué importan? ¿Qué es eso que ves y los

demás no vemos, eh? ¿Qué cree mi padre que puedes hacer tú y que los demás no?

—Me quiere destrozar. Eso es todo. Eres un puto suertudo de mierda porque no intenta lo mismo contigo. Mañana quiero la secuencia entera, me da igual lo que te cueste.

Apago la luz y me voy a mi habitación y me quedo mirando el móvil.

¿Qué coño estoy haciendo? Cojo un cuchillo y noto que su peso me reconforta de algún modo. Dejo a un lado mi SIG, saco unos cuantos cuchillos, los meto en los bolsillos traseros del pantalón de vestir, seis en cada uno, y luego los lanzo, una y otra vez, y los hago girar en el aire una docena de veces con rapidez, con tanta rapidez que el ojo humano no es capaz de ver la hoja dando vueltas hasta que se estrella contra la pared. Los voy sacando de un bolsillo diferente, uno cada segundo. *Uno. Dos. Tres. Cuatro... Cinco, seis, siete, ocho, nueve, diezonce, doce.*

He alquilado un traje. Tengo alojamiento en Seattle y un billete a Seattle. Tengo una comezón en mi interior cuyo nombre es Melanie.

Me suena el móvil.

—¿Sí?

—Ya está en casa. Sana y salva.

Desvió la mirada al reloj. Las 23:34. ¿Tan tarde?

—Mañana C. C. irá a relevarte. Yo estoy trabajando con un blanco y luego volaré para reunirme contigo. ¿Por qué ha estado fuera hasta tan tarde?

—Vale, jefe.

—¿Está sola?

Espero la respuesta de Derek.

—Sola. Ha cenado con su amiga y con el chico rubio que se junta con ellas. Y no, no se ha sentado cerca de ella.

—¿Qué...?

—Lleva un puñetero vestido. De flores.

—¿Y de qué...?

—Es rosa, jefe. Con unas zapatillas de deporte amarillas y el pelo suelto y lleva muchas pulseras.

La visualizo en mi mente y suelto el aire por las fosas nasales mientras una sensación de paz y anhelo me recorre los músculos. Primero me tensa y

luego me relaja.

—Sigue vigilando.

Cuelgo y me quedo mirando su nombre en el móvil. No soy un puto adolescente para estar mandando mensajitos a una chica. No me gusta dejar rastro. Tengo que cambiar el puñetero móvil.

Con fuerza, me restriego la cara con la mano. Si mi padre descubre que ando detrás de ella, no sé lo que haría. Ni lo que haría Eric. Cualquiera a quien haya perseguido podría acercarse a mí a través de ella.

Pues déjala tranquila...

Voy a sacar los cuchillos, los vuelvo a meter en los bolsillos y los lanzo de nuevo.

—No puedo —digo. No la puedo dejar tranquila. No me da la puta gana.

Me hace sentir que no soy un robot, que soy de carne y hueso, un hombre, no un número, ni solo trabajo... que no soy un monstruo, ni un cabrón, ni un cero.

A la espera

Melanie

Lo peor no es preguntarse durante las próximas dos semanas si tendré pareja para la boda. Ni siquiera comprobar compulsivamente los mensajes del teléfono. Ni escuchar a la vieja y mezquina Becka reírse en la oficina sobre lo callada que estoy y especular si tengo o no el corazón roto. Nada de eso es lo peor.

Siempre me asombra que cualquier día puedes pensar que estás en la cima de tu miseria, pero ni siquiera te encuentras en el principio. Vale, quiero tener buen aspecto, ¿no? Quiero estar espectacular. Si (no «si», Melanie, sino «cuando») Greyson King aparece, quiero que se vuelva loco por mí. Quiero que ese hombre me quiera como si fuera su próximo desayuno, comida y cena. Joder, quiero que me anhele como si fuera un banquete y que me coma como una bestia.

Así que me hago la cera brasileña. Me doy un masaje. Me hago la pedicura y la manicura y me pinto las uñas de los pies de rojo. Huelo mejor que nunca y estoy tan preparada para que un hombre de ojos color avellana me lleve a la cama que ni siquiera puedo pensar en qué haré si no aparece.

Dijo que allí estaría y la determinación siniestramente tenue y grave de sus palabras no me asustó; por eso espero que esté allí, porque quiere lo mismo que yo.

Pero eso no es lo malo... lo malo es que estoy muy preparada y, en cambio, la tarde antes de la boda mi vestido de dama de honor no está a

punto en la tintorería.

Espero en la tiendecita mientras se pelean por encontrarlo y me pongo tan nerviosa que tamborileo las uñas sobre el mostrador mientras me sacan un vestido tras otro. Sacudo la cabeza.

—Ese no es. Ese no es mi vestido de dama de honor, caballero, y me estoy empezando a poner histérica. Lo último que quiero es llamar a mi amiga y decirle que he perdido mi vestido de dama de honor, ¡por favor! Es rojo. Sin tirantes. ¿Podría buscarlo otra vez, por favor?

—Señora, señora. —Sale otro chico con mi recibo en la mano—. Siento comunicarle que lo hemos comprobado y lo hemos entregado en la dirección equivocada.

—Uff. ¿A qué puñetera dirección? —Saco el móvil y la apunto; luego la busco y veo que está a solo unos bloques de allí—. ¿Tienen su encargo para que pueda hacer el intercambio?

El hombre asiente.

—Pero puedo meterme en problemas.

—Caballero, ya se ha metido en problemas y le voy a causar muchos más como no me dé ahora mismo su encargo para poder ir a buscar mi vestido. Llámelos y dícales que voy para allí. ¡Por favor!

De mala gana, me pasa un traje y un vestido de flores, que cojo en sus perchas de plástico. Voy calle abajo todo lo rápido que puedo y subo algunos tramos de escaleras para llamar a la puerta y decirle al hombre que la abre, cerveza en mano:

—Disculpe, ha habido un error en la Tintorería Eco y creo que esto es suyo y que usted tiene mi encargo. Lo necesito para mañana.

Se queda ahí plantado y me mira de arriba abajo como si fuera una chica de compañía que acaba de contratar para satisfacerlo.

Repito lo mismo que le acabo de decir y uso su puñetera ropa como escudo entre los dos para que deje de mirarme las piernas.

—Yo no llevo esas mierdas, sino mi mujer, y no está.

—Por favor, llévese esto para dentro y compruebe si es suyo, y mire entre su colada o donde sea a ver si encuentra un vestido rojo recién lavado. Esto le resultará familiar, ¿no?

Tras muchas trabas por parte del desconfiado hombre, al fin consigo mi

vestido y respiro al ver que sigue colgado y con la funda de plástico. Gracias a Dios.

Regreso a mi coche, aparcado a dos bloques. Estas callejuelas no tienen sitio para aparcar y voy sorteando los charcos para no mancharme los zapatos cuando oigo un silbido desde enfrente de la calle. Me paro, levanto la vista y veo a un hombre de pie allí en medio, con una postura amenazadora. Levanto una ceja y luego la otra.

¿Qué diantres...?

Mi corazón se acelera a medida que un impulso alarmista me recorre el cuerpo. Me giro al oír pasos detrás de mí y veo a dos hombres. Soy un manojo de nervios y compruebo visualmente la zona. Hay un coche oscuro aparcado casi al final de la calle por la que voy. Me parece ver a un hombre al volante y la puerta del copiloto está ligeramente entreabierta, como si el hombre que tengo delante acabara de salir del vehículo.

Un sexto sentido despierta en mi interior y mi pulso se acelera todavía más. El vestido, los zapatos... de repente lo único que importa es salir de ahí. Agacho la cabeza con cautela y sigo caminando con la mirada fija al frente, sin pensar ni siquiera en los charcos, simplemente decidida a sujetar la percha, que puede que sea lo único que puedo usar para... ¿para qué? Los animales salvajes persiguen a su presa si echa a correr en dirección contraria, y lo que esos hombres gritan a los cuatro vientos es «¡somos depredadores, Melanie!».

El miedo palpita en mi interior como si fuera un ser vivo. Cada paso que doy hacia el hombre que está solo al final del callejón desierto me corroe la confianza.

Estoy a punto de pasar por su lado, pero da un paso.

—Disculpe —susurro con docilidad.

Una mano me sujeta por el brazo y me aprieta como si fueran unas esposas.

—No estás disculpada —gruñe.

Me estremezco y doy un paso atrás al ver su gesto aterrador, pero tira de mí con más fuerza hacia él.

—He dicho que no estás disculpada, zorra —repite. Su aliento desprende una mezcla a sudor y cigarrillos, y me mira con los ojos enrojecidos.

Un pánico desconocido me brota de la garganta al mover el vestido en un

esfuerzo por clavarle la punta de la percha en algún lugar de la cara, pero antes de poder golpearlo, otro par de manos fuertes me sujeta los brazos y me tira de los codos hacia atrás.

—¡No! —grito, y el vestido cae al suelo con un estruendo.

De repente, estoy dando patadas al aire cuando un tercer hombre me sujeta por las piernas, mientras el otro me sigue agarrando por los codos y me llevan al coche. Un miedo helado me envuelve el corazón y me retuerzo con más fuerza. Resuello y jadeo de terror al ver que no puedo liberarme. Ahora me clavan los dedos en la piel de las muñecas y las pantorrillas.

—Callad a la zorra —dice el hombre que está al volante mientras yo sigo luchando. Uno intenta cubrirme la boca, pero uso la pierna que tengo libre para darle una patada en la rodilla.

—¡No! —digo una y otra vez—. ¡No! ¡No! —Me presionan un trapo contra la nariz y dejo de respirar porque sé que su objetivo es dejarme inconsciente; ahora lucho contra mi propia urgencia por respirar. Le suelto una patada en los huevos y lo oigo chillar, luego entre los dos me meten en la parte de atrás del coche—. ¡Socorrooooo! —grito cuando me cubren la cabeza con una capucha y una oscuridad total desciende sobre mí.

Me quedo sin aliento por la conmoción cuando cierran las puertas. Noto que uno de los hombres me aprieta un poco la bolsa alrededor del cuello para asegurar que no se mueva. Mi respiración entrecortada me resuena en los oídos y la oscuridad se me traga a medida que comprendo la realidad de mi situación y los ojos me empiezan a escocer. Unas manos empiezan a tocarme y manosearme las tetas mientras que otro cuele su mano por debajo de mi querido vestido veraniego, y me pongo a luchar con energías renovadas, y grito, pero los sonidos amortiguados y aislados de mi voz mueren en el interior de la capucha que me cubre la cabeza. No puedo oír lo que dicen entre susurros y sacudo los brazos y las piernas, luego aprieto los dientes mientras intento pegarles, o pegar a lo que sea.

—... un poco peleona... vamos a divertirnos con ella antes de la entrega...

Me levantan el vestido y yo doy patadas y me retuerzo mientras encienden el coche, y gimoteo cuando un par de manos me sujeta las piernas y las obliga a abrirse.

—Tú conduce, ya iremos parando y nos la iremos turnando.

El coche arranca con brusquedad y, con la misma inmediatez, se detiene.

—Mierda.

Eso lo oigo con claridad.

—¿Qué?

También oigo el tono de alarma de esa pregunta con mucha, pero que mucha claridad.

—Joder, tío.

Las manos dejan de tocarme y, por algún motivo, me quedo quieta, noto que sucede algo.

—¿Quién coño es? ¿Uno de los hombres del Carnicero?

—Hay dos.

Antes de que nadie más diga nada, se oye el reventón de un neumático y a otro perdiendo aire. Oigo tres disparos limpios, luego otro a mi derecha, que parece abrir la manija de la puerta. Las bisagras chirrían cuando parece que la abren con brusquedad. Parece que alguien aparta de un tirón la única mano, helada por la conmoción, que quedaba en mi teta, y oigo un aullido aterrorizado y dedos fracturándose.

—Hostia puta, ¡eres tú de verdad!

Oigo un crujido, un alarido, y luego el ruido de un cuerpo que cae al suelo.

—Me llevaré a este a un lugar bonito y acogedor para poder hablar un poco —dice una voz de Texas arrastrando las palabras.

Aterrorizada, palpo a mi alrededor y justo cuando encuentro algo duro y metálico en los vaqueros de uno de los hombres muertos a mi lado, un par de manos se acercan a mí. Cuando noto que estas manos nuevas se enroscan en mí, un chute de adrenalina me recorre el cuerpo. El mango de un cuchillo; lo cojo y lo muevo y, milagro de los milagros, consigo clavarlo en la piel dura de un hombre. Pega un aullido sobre mi cabeza y al soltarme para sacárselo, doy un empujón y me pongo de pie a trompicones. Estoy en el suelo. El cuchillo cae de forma estruendosa en cuanto echo a correr, intentando desatarme la capucha, y espero correr en dirección contraria a las nuevas incorporaciones.

—Te has dejado a una viva, C —dice el de Texas, arrastrando las palabras.

Chillo al darme cuenta de que voy directa hacia él y me doy la vuelta cuando unos brazos fuertes y masculinos me agarran. Empiezo a luchar inmediatamente, pero este hombre no me soltará. Gruñe cuando le doy una patada en los huevos, luego me ata las manos y las piernas con una cuerda, con destreza, para que no pueda escapar. Pataleo al aire, pero es fuerte y rápido, y lo que no han conseguido varios hombres hace un momento para contenerme, este lo logra en menos de un minuto.

Me ata los tobillos y las muñecas, luego las rodillas y los codos, y me sujeta contra un pecho que se nota musculado y grande mientras me lleva a algún sitio. La adrenalina corre por mi cuerpo sin tener por dónde escapar y los temblores se apoderan de mí cuando comprendo que estoy bien jodida y que no tengo forma de escapar.

Pienso en que he apuñalado al hombre y que su sangre me gotea encima. Me retuerzo en un último e inútil intento por liberarme, pero también me echo a llorar, y mis sollozos retumban dentro de la capucha.

De repente, lo entiendo todo. Esto es por la deuda.

Ahora todo es muy real, estos hombres son muy reales. Querían el dinero. Pero se supone que todavía tengo un mes y medio. ¿Se han vuelto impacientes? ¿Pensaban matarme o solo asustarme? ¿Me iban a entregar al hombre con un solo ojo y al flaco que se ofreció a convertirme en una «ampliación» de su polla cuando pedí más tiempo para pagar?

—Voy... voy a conseguir el dinero —digo en un sollozo.

Creo que estoy a punto de entrar en *shock* porque soy incapaz de luchar contra él, de luchar por mi vida, y no paro de temblar descontroladamente. Siento un nuevo dolor en los muslos y las pantorrillas cuando noto que un guante de cuero me recorre la piel desnuda de la espalda. Gimoteo y me escandalizo al recordar a Greyson y la depilación brasileña y mi día de spa, y ahora huelo como un cerdito, a sangre y a otros hombres, y no puedo creer que todo esto me esté pasando a mí.

—Mi coche está...

Él sigue caminando y yo soy incapaz de hablar bien; jadeo en busca de aire y lloriqueo.

—Mi vestido...

Se para, oigo el ruido de un plástico y comprendo que lo ha recogido en Dios sabe qué estado de donde estuviera.

—Gracias —digo entre sollozos.

Luego caigo en la cuenta de que no es un buen chico, que ¡no quiere ayudarme! Si quisiera me habría dejado ir.

Un temblor incontrolable se apodera de mí y hace que me castañeteen los dientes. Me pone el cinturón en el asiento trasero de un coche que huele extraordinariamente, como la bolsita de lavanda que puse en mi coche después de que estuviese a punto de inundarse, y los neumáticos chirrían al ponerse en movimiento.

Acabamos aparcando en algún lugar y, una vez más, nos ponemos en movimiento, pausa, movimiento, siempre con sigilo, como si circulara y se detuviese para comprobar si lo vigilan. Subimos unas escaleras y oigo que un cristal se rompe. Seguimos caminando. Luego oigo agua correr.

Me deja sobre algo blandito, me recuerda a mi cama, y me suelta los vendajes de las muñecas. Luego toca con los guantes las marcas que me han dejado las cuerdas. Cierro los ojos e imagino que se trata de otro guante, de otro hombre, el que me conforta, pero saber que no es él intensifica mi tristeza.

Después me desata las piernas de forma mecánica, y, de nuevo, me acaricia las heridas de los tobillos.

—¡Por favor, no me haga daño...! —grito, y doy patadas, pero luego me calmo cuando retrocede—. ¿Es por el dinero...? Lo conseguiré, estoy en ello. —Empiezo a divagar—. He puesto el coche en venta, pero todavía no se ha interesado nadie y, de todas formas, debo la mitad, así que solo necesito un poco más...

Hace algo inesperado. Me coge de la mano y me da un apretón. No es un apretón furioso, sino tranquilizador. Me callo. El corazón me da un vuelco mientras mantiene su mano sobre la mía un minuto, hasta que se asegura de que respiro con normalidad. Entonces me suelta. Oigo pasos y el crujido de mi ventana y, de repente, me llevo las manos a la cabeza y me peleo por sacarme la capucha.

Estoy en mi piso. El agua de la bañera no deja de correr. Se ha ido... ¿por el balcón y las escaleras de emergencia?

Tengo sangre. Tengo sangre por todas partes cuando me meto en la bañera, vestida, y me doy un baño y me froto para limpiarme. Lloro en silencio. Fui a suplicarles más tiempo a aquellos hombres, y me dijeron que

sí, pero ahora se me acaba otra vez. ¿Por qué narices llegué a pensar que podría meterme en apuestas sin verme involucrada con ese tipo de gente? Debería pedir ayuda a alguien, pero soy demasiado orgullosa para eso. Soy demasiado orgullosa para decírselo a mi mejor amiga, a mis amigos; soy demasiado orgullosa para decírselo a mis padres, que piensan que soy perfecta y no hago nada malo. Y a Greyson. De alguna manera, pensar en él me hace estar más sentimental. Es que me hace sentirme muy segura, como si pudiera protegerme del mundo; incluso de hombres como esos.

Pero soy demasiado orgullosa para dejar que el único hombre con el que he conectado se entere de esto. De todas formas, es probable que no me quiera tanto. No. Eso nunca es así para mí.

Lloro en silencio en la bañera y me siento tan sucia que no quiero salir de aquí nunca.

Matar

Greyson

— ¡Jodeeeeer!

¿Esos capullos quieren jugar? ¿Tocar lo que es mío? Pues será mejor que se preparen. *Para morir*. Quienquiera que enviara a esos cuatro para ir a buscarla, quienquiera que hiciera la llamada, está muerto. ¿Y con respecto al imbécil que C. C. ha traído con nosotros al almacén? Voy a matarlo, a despedazarlo, trocito a trocito.

Siseando por el dolor, coloco el bíceps sangrante bajo el agua, me saltan chispas de los ojos por la rabia, la impotencia, el dolor de saber lo que estaban a punto de hacerle a Melanie.

Ni siquiera he podido hablar con ella, decirle que todo iría bien. Y todo por culpa de la lista, por culpa de Cero, porque nadie ajeno al Clandestino puede conocerlo; así que he tenido que cogerla en brazos y oírla sollozar. Nunca antes había cogido a una mujer llorando. Oírla suplicarme que no le hiciera daño solo ha añadido fuego a mis ya agitadas entrañas. Iban a...

Hostia puta, no quiero ni imaginármelo.

Me miro al espejo del lóbrego baño del almacén: tengo las fosas nasales dilatadas, la cara pálida por la pérdida de sangre y los ojos me brillan con ese resplandor frío de la muerte. Tengo aspecto de estar desquiciado; me siento desquiciado. Abro el armario del espejo y busco vendas, pero lo que había en el armario cae al suelo porque no encuentro nada.

Me aprieto una toalla con fuerza sobre la herida e intento anudarla,

aunque sigo incapaz de controlar el ansia por matar que me recorre las venas.

Desde que mi madre se fue, no he tenido ni una gota de humanidad verdadera en mi interior. Sin embargo, a pesar de mi educación, quería arrancarle esa capucha asquerosa de la cabeza a Melanie, secarle las lágrimas, mirarla a los ojos y pedirle que dejara de llorar porque eso me ponía histérico. Y pedirle que dejara de temblar porque eso me hacía temblar de rabia, y prometerle que todo iría bien y que la próxima vez que la tocaran, lo haría un hombre que quisiera complacerla más que a él mismo. Lo más gracioso de todo es que en algún lugar de mi retorcida mente, ese hombre soy yo.

C. C. entra en el lavabo del pequeño almacén al que ha traído al único superviviente de nuestro enfrentamiento.

—¿Dónde coño está?

—Joder, has tenido mejor cara. Hay que coserte, tío.

Lo sigo al exterior, hasta el grupo de chicas que a menudo van detrás de C. C.

—Ve a por una aguja —digo a la que veo primero, luego aparto una silla de una mesa de plástico de una patada y me inclino para hablar con C. C. a solas—. Dime que al menos ha soltado algo, joder.

C. C. frunce el ceño.

—Parece que no sabe quién lo contrató.

—¿Y qué hay de los otros?

—He escondido los cuerpos. Solo el afortunado superviviente recibirá una visita tuya.

—Yo no lo describiría como «afortunado».

Analizo el entorno y me pregunto quién podría ir detrás de ella y por qué. Mi padre, Eric, cualquiera de los chicos. ¿Hay alguien tras ella? ¿Se trata de mi padre, que se mete en mis propios asuntos después de darme su palabra? ¿Ha sido una advertencia de uno de mis «leales» compañeros de armas?

Tengo el brazo tan entumecido que ni lo noto, pero la piel está pegajosa y caliente por la sangre y estoy tan frustrado que quiero patear algo.

Por lo más sagrado del mundo, si mi padre está detrás de esto, lo mataré.

Lucho contra mis emociones mientras la morena vuelve con la aguja para coserme. Trae un bote de alcohol.

—Bueno, bueno, ahora parece que, después de todo, te podré poner las manos encima —dice con un ronroneo—. ¿Qué tenemos aquí?

Extiendo el brazo y ella abre el bote de alcohol.

—Es un corte de mi novia. —Gruño—. No le gusta que no la llame. — No quiero recordar cómo sollozaba y las ganas que tenía de arrancarle la capucha... ¿y hacer qué? ¿Revelarle mi identidad? No puedo hacerlo.

La chica vierte el alcohol sobre la herida y reprimo mi reacción.

—Hazla fina y apretada. Pequeña.

Arranco un trozo de mi camiseta de manga corta y lo muerdo y no emito ni un sonido mientras miro cómo me cose.

—Lo hizo bien para ser una princesa —dice C. C.

Estoy dolorido y sigo echando humo. Aprieto los dientes contra la tela.

Una pelirroja viene y se sienta en mi regazo mientras su amiga me venda.

—Dios, C, estábamos muy preocupadas. —Se pasa la lengua por los labios—. ¿Qué necesitas?

—Mindy —digo y escupo el trapo—. Te llamas así, ¿verdad?

Asiente con entusiasmo.

—Mindy, he enseñado a mi novia a disparar su nueva pistola. No creo que le guste que te sientes ahí.

—Vaya. —Se aparta.

—Ven aquí, cariño. Yo te voy a dar un largo y lento magreo. —C. C. abre las piernas poco a poco y le hace un hueco a Mindy sin quitarme el ojo de encima—. Conque novia, ¿eh? ¿Ya se lo has dicho?

—Mañana se lo digo. —Ahora centro mi atención en mi mejor amigo—. C. C., esto podría venir del Clandestino. Podría tener algo que ver con esa puñetera deuda. —Me aprieto el vendaje un poquito más—. Necesito su nombre tachado lo antes posible y creo que sé cómo conseguirlo.

—Bueno, no puedes dejar que el Carnicero te conozca lo suficiente como para comprar su deuda o te joderá, tío. La hará desaparecer igual que hizo con Lana.

—¿Te crees que no lo sé, joder? No. Necesito que tenga los medios para pagar sin darse cuenta nunca.

Me dirijo al pequeño bar y me sirvo dos dedos de whisky y bebo sin apartar la vista del reguero de mi propia sangre por el suelo. Ella es

demasiado buena para esto, pero ahora está involucrada. Ahora es algo más que un nombre en mi lista. Está en la lista negra de alguien y eso me convierte en un hijo de puta cabreado.

—Sea quien sea, ha puteado a la chica equivocada.

Me acabo el whisky y, con él, tomo un Vicodin.

—Por Dios, me divierte muchísimo la mirada de tu cara. Casi me da pena nuestro invitado.

—Llévame hasta él. —Mientras sigo a C. C., le pido que me saque un billete de avión para volar por la mañana temprano a Washington D. C., necesito ir a mi piso—. Asegúrate de que a las seis estoy de vuelta para poder ir a la boda.

Hay tres tipos de cuchillos para lanzar. El de hoja pesada. El de mango pesado. El equilibrado. El agarre y el ángulo son lo más importante. De largo alcance, mantienes la muñeca rígida al lanzar para que el cuchillo no gire demasiado en el aire. El mío apenas gira, se dispara en línea recta. Antes practicaba con cajas de cartón de cereales, luego con sauces, abedules, pinos, todo colgando al viento. Ahora tengo a un hombre delante de mí y sé con exactitud cómo cambiar el peso de mi pierna dominante a la otra para crear impulso, cómo mover el antebrazo, el codo de frente para lanzar. No es cuestión de fuerza, sino de delicadeza. Se necesita poca fuerza, ya que el cuchillo coge velocidad por sí mismo.

Si golpeas con la empuñadura, no modificas la fuerza, solo permites que haya más o menos rotación acercándote o alejándote. Detrás de mi técnica hay toda esa ciencia y nunca he estado más preparado para aplicarla.

El tipo está atado a una silla en una habitación pequeña situada en una esquina del almacén. Sobre su cabeza parpadea una luz brillante. Está sangrando e hinchado, pero ver su sangre no me satisface lo suficiente.

Me mira, lo miro.

Sus temblores aumentan y eso me gusta. Mucho.

Me acerco a él.

—¿Quién te contrató? —digo en un tono bajo.

—No, no voy a hablar, ya se lo he di... dicho a tu amigo.

Abro mi estuche de cuchillos y lanzo uno; le rasguño la sien. Aúlla y sigo lanzando hasta que la pared está llena de cuchillos a su alrededor y marcan el contorno de su puta cara. Luego le apunto al centro del muslo. Doy en el blanco.

—¡Joder! ¿Otra puta cagada? ¡Pensaba que eras el bueno!

—Siento darte malas noticias, pero ya has conocido al bueno en esto. — Ni siquiera finjo una sonrisa, no siento nada por este hijo de puta. Ni siquiera lástima. Saco otro cuchillo y reviso la punta—. Soy el tío de la chica con la que te has metido, así que haré que esto sea muy doloroso. Te iré arrancando trozos de piel con cada lanzamiento. Los huevos de uno en uno, un trozo de polla cada vez. Lo alargaré, lo haré lento y doloroso, hasta que me digas quién te contrató.

Le doy en la yema de un dedo y lo dejo ahí, clavado. Chilla. Sonrío y saco el siguiente cuchillo.

—¿Estaba vigilada? —pregunto.

Muchos contratos empiezan con una vigilancia y acaban como otra cosa. Le golpeo en el siguiente dedo. Chilla y se mea en los pantalones.

—¿Era un rescate, un secuestro?

Se ahoga en sollozos. Oigo el vago ruido de los coches de fuera. La oigo a ella, mi gran soñadora de ojos verdes, sollozando debajo de la puta capucha negra y aprieto la mandíbula y envío un cuchillo que le aterriza justo en el medio de la palma de la mano.

—¿Quién es tu jefe? —exijo.

Ahora la sangre fluye a raudales; pero no pararé hasta que las palabras también lo hagan. Solo cuando se está quedando dormido, anestesiado por el dolor, le pido a C. C. en voz baja:

—Música, por favor. Esta noche no se duerme.

Cuatro horas después

No tengo ningún nombre.

Tengo ira, frustración, ausencia de descanso y algo de dolor. Pero ningún

puto nombre.

No sabemos si tiene una diana sobre ella ni de quién es el objetivo.

Necesito sacarla de la lista y rápido.

«¿Cómo le sentará a tu orgullo si te doy el dinero, princesa? ¿Me lo tirarás a la cara? Sí, ¿verdad? Joder, sé que lo harás...»

Cuando entro en mi apartamento, sigo pensando en la imagen que conseguí de ella en la cama, durmiendo con una montaña de cojines a ambos lados, cuando le dejé el vestido en el pomo de la puerta de su habitación.

Se la veía preciosa, follable, vulnerable. Y me quedé allí de pie, con el pulso acelerado, y la polla me palpitaba tanto como el bíceps vendado y la parte izquierda de mi pecho.

Ahora abro la caja fuerte y casi arranco la manecilla del centro. Algunos de nuestros deudores están tan mal que tienen que pagar con especias. Relojes, oro, joyas. A veces guardamos algunas «piezas» para sobornar a los funcionarios o a cualquiera que nos dé problemas con alguna gestión. A veces mi padre no acepta las especias y me veo obligado a proporcionar el dinero con empeños, ventas o lo que sea.

Cojo un colgante de diamantes brillante de uno de los extras que he recogido. Algún día pensé que a mi madre le gustaría llevarlo. Ahora, en cambio, espero que Melanie disfrute vendiéndolo.

He calado a esa dulce niñita, a pesar de que es una cosita complicada. A su alegre cerebritito probablemente nunca se le ocurrió que iba a perder su apuesta. Seguro que se imaginó su futuro con zapatos y vestidos nuevos y, quizá, con el coche acabado de pagar. En vez de eso, ahora le debe su vida al Clandestino. A mi padre. A mí. Tenemos un equipo sumamente complejo para llevar la contabilidad y recaudar todas las deudas, organizar las peleas, vender las entradas. El Comité del Clandestino es más manso y se ocupa de las entradas y de la organización de los combates. Pero los Slater son los que se ocupan de las apuestas y de la financiación; de la recaudación y de las cuestiones que nadie debería conocer jamás.

Si Melanie es como las chicas que conozco, aceptará el regalo de su nuevo acosador y luego dirá que se lo han robado en vez de contarme la verdad. Que lo vendió para pagar una deuda y no pasa nada, puede mentirme sobre ello. Yo también le cuento mentiras. Estaremos empatados. Ella habrá pagado su deuda, aprendido una lección y nunca tendrá por qué saber que

formo parte de su pesadilla.

Y nunca más tendré que ver esos ojos verdes mirarme con terror como lo hizo mi madre.

La boda

Melanie

Desperto y me encuentro que el vestido rojo me mira colgado del pomo de la puerta de mi habitación. Parpadeo y el terror me recorre el cuerpo al darme cuenta de que ha estado aquí, en mi habitación.

—¿Hay alguien ahí? —grito y tiro de las sábanas hasta el cuello.

Silencio. Salto de la cama y corro para abrir todas las puertas de un portazo, con fuerza, por si hay alguien escondido detrás. Acabo agotada después de recorrer mi apartamento como si fuera una demente. Me dejo caer contra la pared y analizo el vestido con la mirada. Está perfecto, sin una marca. Incluso todavía tiene el sello de la tintorería. Me tiembla el brazo al tocar la seda, porque por mi mente pasan recuerdos de la noche anterior. Manos. Sangre. Lágrimas.

Parece que sobrevivimos los dos, el vestido y yo; pero antes muerta que dormir esta noche en casa. Conseguiré que Pandora me invite a su casa a pasar un par de días, o pasaré la noche en un hotel, sola.

Dios, pero no quiero estar sola.

Quiero otra noche con Greyson. Llevo dos semanas acostada en la cama y recordando la noche que estuvimos juntos, y lo que siento por él va mucho más allá del deseo, lo noto más como una necesidad. Un ansia. Quiero sus brazos y su boca. Quiero su calor y su mirada para hacerme olvidar que tengo moratones en los muslos, en el orgullo y en el corazón.

Exhalo, entro en el baño corriendo, cierro la puerta con cerrojo, lleno la

bañera y me recuerdo a mí misma que hoy se casa mi mejor amiga.

Tras mi baño, me froto el cuerpo con aceite de almendras y coco, me pongo mi tanga más elegante, el vestido rojo, unos tacones azul turquesa, una pulsera ancha y amarilla —al menos tres colores encima, eso siempre me hace sentir bien— y me apresuro hasta la casa de Brooke. Me digo a mí misma que debo dejar de preguntarme si en realidad tendré un acompañante, si algún día pagaré la deuda, si algún día volveré a descansar bien por la noche. Hoy solo se trata de la boda de mi mejor amiga y voy a disfrutar de este día.

He soñado esto para Brooke incluso antes de que ella supiera que lo quería, y cuando Remington Tate saltó del *ring* del Clandestino y le pidió su número, noté mariposas por ella y le di el número de inmediato yo misma. Si no, Brooke nunca se lo habría dado.

Ahora está más enamorada de lo que nunca había imaginado que estaría. Va vestida de blanco y acabo de mandar a los hombres a la iglesia, porque no pienso permitir que Remy y Brooke empiecen su matrimonio con ningún tipo de mala suerte con ellos. El novio no puede ver a la novia con el vestido hasta la boda.

Se han ido a regañadientes, aunque a Remington parecía no hacerle gracia. Ahora la vieja Josephine, la exguardaespaldas convertida en niñera guardaespaldas, y yo estamos ayudando a añadir las últimas flores de cristal en el pelo de Brooke mientras esperamos a que lleguen su madre y su hermana.

Finalmente, estamos todos en la parte de atrás de la limusina, Josephine va sentada delante con el conductor mientras que Nora, la hermana de Brooke, sostiene en el aire al adorable Racer, de cuatro meses, como si pinchara como un erizo.

—¿A quién le toca sujetar a Racer? Acaba de babearme sobre el vestido y no quiero que también me vomite —dice y dirige la mirada a la mancha que hay en el corpiño del vestido de Brooke.

Brooke baja la vista hacia la mancha y la restriega con el pulgar, y su rostro muestra una decepción resignada.

—Brooke, te aseguro que tu chico ni siquiera se dará cuenta de la mancha. ¡Pásame a Racer! —pido mientras cojo al pequeño, lo siento en el regazo y le doy un beso en la cabecita redonda. Huele a talco y se pone a dar

golpes con los brazos por todos lados.

Brooke está ocupada escribiendo mensajes al novio y mirando al frente.

—Joder con el tráfico —se queja.

—¡Tranquila, te esperará! —grito con entusiasmo antes de pasarle a Racer a su abuela, quien le hace carantoñas, y yo me cambio de sitio e intento abrazar a Brooke a pesar de todo el tul de su falda—. Brookey, ¡Remy te estuvo esperando toda la vida! Podrá esperar diez minutos más, créeme.

Brooke me señala con el dedo.

—No digas nada para hacerme llorar —avisa y se da unas palmaditas con disimulo en las comisuras de los ojos.

Asiento con una sonrisa, pero se me tensa la tráquea cuando le cojo la mano y se la aprieto.

Es mi mejor amiga. Yo soy hija única.

Tengo a Pandora, mi amiga gótica que es todo lo contrario a mí: negativa, sarcástica y oscura, y la quiero. Pero Brooke es Brooke, y solo hay una. Brooke no se quedará en Seattle porque el trabajo de su marido exige que vaya de gira con la liga de combate y, por eso, este momento es muy emotivo para mí. Nadie piensa en su mejor amiga cuando la novia se va a casar. Pero ahora, explotaría de felicidad y, al mismo tiempo, me siento de lo más miserable. En primer lugar, porque la echaré de menos, y segundo, porque desde que era pequeña siempre he querido vestirme de blanco y tener el tipo de novio que tiene ella y que la espera en el altar, enamorado con locura de mí, listo para protegerme y para pasar el resto de su vida conmigo.

En lugar de eso, nunca he salido con alguien durante más de un mes.

En vez de eso, anoche casi... Dios, no pienses en eso ahora.

Brooke sale del coche y agradezco la distracción de tener que ponerla a punto para entrar. Le digo que, ya que Pete, el asistente personal de Remy, es el padrino y el novio de Nora, debería pedirle a su hermana que sea su dama de honor personal. De todas formas, ¿quién quiere que Nora le frunza el ceño a su hermana el resto de su vida? Yo no.

Así que yo soy una orgullosa dama de honor como Pandora, que puede que, por primera vez en su vida, vista de rojo. No parece que le haga mucha gracia, pero eso no es nada nuevo.

Mientras camino hacia la iglesia detrás de Brooke, lo veo. Al lado de la puerta. Las piernas se me vuelven de gelatina debajo del vestido.

Greyson. Viste ese precioso traje negro con tanta soltura como autoconfianza. Dios. Casi parece que atrae a los que están a su alrededor.

Apenas soporto el tirón de su presencia magnética. Él no sabe que, simplemente, estando ahí, oscuro y poderoso junto a la amplia entrada de la iglesia, me rescata de mis pensamientos y miedos, y de mi soledad, que ayer sentí tan absoluta como la noche. Tras pasar veinticinco años sin ser lo suficientemente buena, en los ojos de este hombre sí que lo soy. Soy atractiva. Merezco estar aquí. Lo que siento es extraño y emocionante. Puro y descarnado, valioso y frágil. No sabe que verlo me llena de calor, me calienta lugares secretos y se lleva mis miedos. De repente, mi mente solo piensa en una cosa.

¡Ha venido! Y por cómo apunta esos feroces ojos color avellana hacia mí, no se irá a ningún sitio. No sin mí.

Durante la ceremonia se me escapan las lágrimas. No esperaba que sucediera, pero el terror de anoche se mezcla con el hecho muy deseado de que el chico que quiero está aquí por mí, y todo eso se mezcla con las palabras sordas y ásperas del novio de mi mejor amiga prometiéndole su vida.

Odio estropearme el maquillaje, pero mientras apoyo a mi mejor amiga y la oigo prometer sus votos a uno de los hombres más protectores, *sexys* y amables que conozco, recuerdo que fui yo quien le dijo: ¡hazlo! ¡Ve a por él! Recuerdo que fui yo quien le dijo: ten una aventura, vive tu vida, venga, Brooke, es el puto Remington Tate, ¡nadie le dice que no a ese chico!

Noto un par de ojos color avellana clavados en mi perfil y, cuando lo miro de soslayo, esa mirada posesiva no la podría superar ni el mismísimo diablo. Se me contrae el corazón e intento dejar de llorar; me digo que al menos esta noche estaré a salvo. Me sentiré a salvo. Porque no parece que vaya a dejarme ir a ningún sitio sin él.

Dios, ayer podría haber muerto.

Mañana podría morir.

Siempre he vivido el momento, pero pensando y esperando un futuro perfecto. ¿Qué pasa si no hay ninguno? Me da igual para qué está aquí y, de repente, lo único que me importa es que sé lo que quiero esta noche.

Me sorbo los mocos y me enjugo las lágrimas, luego busco sus ojos casi a modo de súplica y me duele el estómago cuando me devuelve una mirada que me dice mucho más que un simple «te voy a follar». En sus ojos hay preocupación, pero también están llenos de fuego abrasador, y me prometen que me harán arder de la manera más deliciosa. Está aquí porque me quiere. Tiene ansias de mí y yo de él. Tengo ansias del hombre que conocí aquella noche bajo la lluvia, el que no quería que me mojara y me preguntaba cosas sobre mí en voz baja mientras me besaba toda la noche; el que volvió para verme y me pidió otra oportunidad. Su magnetismo tira de mí y lo hace de una forma irresistible, sin precedentes.

Y mientras se intercambian los votos en la capilla, yo me prometo algo a mí misma. Prometo que sea lo que sea que hay entre nosotros (una aventura, una catástrofe, la peor decisión de mi vida), esta noche me iré con él. Me voy a lanzar y voy a seguir mi instinto, mi corazón y cada hormigueo de mi deseoso cuerpo como que me llamo Melanie, joder.

Esta noche

Greyson

La puta ceremonia dura un millón de años.

Voy armado con mi SIG automática, casi un kilo de acero, pero noto que la polla me pesa el doble y el pecho diez veces más. Parezco un animal atropellado hace una semana. Verla llorar ayer me destrozó. Ahora tiene la mirada desnuda por la emoción mientras me busca entre la multitud, y no puedo procesar cómo me siento.

Desde que se ha bajado de la limusina con la novia, he chillado al verla y sigo rabiando por el impulso de acercarme a ella, de tocarla, de olerla.

Melanie es un manojo de contradicciones con un vestido de dama de honor. Ofrece sonrisas constantemente, pero no deja de dar órdenes como un general. He visto cómo colocaba la cola del vestido de la novia para que «quedara bonita» mientras una chica morena con el ceño fruncido le pasaba un ramo de flores a la novia. Melanie ha evitado mirarme. Puede que a propósito, o puede que no.

Ahora que ya han pronunciado los votos, estoy en el camino que hay frente a la iglesia, impaciente. Hay un coro cantando por allí, pero por encima de sus voces, la oigo reír. Me giro y veo que el cura le dice algo que le encanta. Dios, quiero silenciar esa puta risa con un beso. Luego quiero hacer algo para reavivarla de nuevo y que se meta en mi boca, donde podré atraparla. Probarla. Jugar con ella.

Cuando un grupo de gente se empieza a reunir alrededor de la limusina,

no pierdo ni un minuto más. Recorro la distancia que nos separa y me detengo detrás de ella, a solo dos centímetros, y me tomo un instante para disfrutar de su cautivadora imagen: el pelo suelto le cae sobre los hombros, el ceñido vestido rojo de seda le llega a las rodillas, el escote en forma de uve de la espalda acaba casi a la altura del trasero, redondo y respingón.

—¿Me ignoras de forma deliberada? —murmuro y le paso la mano por la cintura.

—No. —Sonríe hacia el suelo y se coloca el pelo detrás de la oreja.

Bajo la cabeza hasta que mis labios casi le rozan esa oreja.

—Bien, porque no soy alguien a quien puedas ignorar.

Aprovecho que le rodeo la cintura para tirar de ella hacia mí. Pongo a prueba los límites y me gusta que en vez de mostrar algún tipo de protesta, se apoye en mí.

Muy buena señal, King.

Joder, ahora quiero más. La agarro por el codo, la aparto de la multitud y la llevo a un rincón que hay cerca de la entrada de la iglesia.

Su respiración es rápida y eso es una señal todavía mejor. «Ella también te desea, te desea igual que tú a ella».

La empujo contra la pared de piedra con el cuerpo. Sus tetas me aprietan contra el pecho y sus piernas se rozan con las mías. Se me escapa un ligero gemido de la garganta cuando le paso los labios por los párpados. Decir que me muero de hambre es quedarse corto. «Ojalá tuviera diez manos; dos no son suficientes», pienso mientras subo con las palmas de las manos por sus costados, le rodeo el culo con los dedos y la sujeto contra mis caderas para poder sentirla, viva y perfecta, a salvo e intacta.

Me acaricia el cuello con la nariz y respira hondo como si se muriera por mi aroma, la aprieto contra mí y noto su escalofrío en mis brazos.

Estoy muy entrenado.

Noto miedo, agitación, excitación.

Pero la mezcla que parece que produzco en ella me embriaga más que cualquier otra cosa y la aprieto todavía más contra mí. Un suspiro se le escapa de los labios y me cuesta todo mi ser no bajar la cabeza y atraparlo. No. Cuando tome esos labios rojos no voy a parar hasta tenerla desnuda debajo de mí y meterme en su interior como una maldición.

«Esta noche», me prometo.

Me llevo la mano al bolsillo de la chaqueta del traje y saco el collar que le he traído en una bolsita de terciopelo.

—¿Qué es esto? —Baja la mirada hacia mi puño.

Dejo que me abra la mano y se queda mirando el collar de diamantes que tengo en la palma de la mano. Es un collar de diamantes engarzados de alta calidad, sencillo pero extraordinario. Como ella.

—Algo para mi chica —murmuro.

—¿Tu chica?

Levanto el collar y se lo coloco alrededor del cuello.

—Esto es demasiado, Greyson, no puedo aceptarlo —protesta.

—No puedo devolverlo y no es de mi talla. —Le recorro el cuello con los nudillos; está caliente y sedoso—. Además, se supone que es para una reina, para una princesa.

Ajusto la cadena brillante para que le repose sobre la clavícula, justo debajo de la palpación de la carótida. Siento la tentación de agachar la cabeza y pasarle la lengua por ahí. Dios, tengo la tentación de hacerle más cosas. En vez de eso, hundo el dedo en ese pequeño recodo, toco su pulso y levanto la vista hacia la suya.

—Melanie, cuando esperes mi llamada... —Paso una vez más la yema del pulgar por los diamantes—, mira estas piedras y ten por seguro que esa llamada sonará.

—¿Quién eres? —pregunta sin aliento y fascinada.

Se me curvan los labios en una sonrisa sarcástica.

—Soy una versión perversa de tu... Westley —digo mientras la miro a los ojos.

Escuchamos gritos fuera y nos damos cuenta de que la novia acaba de lanzar el ramo por los aires. Melanie echa a correr y me deja solo, incapaz de sujetar a mi troglodita. Es un metro sesenta de diversión y me llena por completo de una mierda que nunca tenía pensado sentir, y mucho menos desear.

«Estoy jodido, pero que bien jodido».

La sigo hasta la muchedumbre y me detengo justo detrás de ella, y presiono mi pecho contra su espalda mientras la miro desde arriba. Se le

ensanchan las fosas nasales. Me está oliendo otra vez. Me quedo en mi sitio para dejar que se acostumbre a mí. A mi tamaño, a mi olor, a mi estatura, a mí. Alargo la mano enguantada para tocarle el pelo y se estremece. Me muevo para colocarme justo a su lado y le recorro el brazo desnudo con el dorso de mis dedos. Su respiración se acelera y oigo que deja de respirar cuando entrelazo mis dedos con los suyos de forma que le hago entender que esta noche estará conmigo.

Vemos a los novios marcharse en su limusina y Melanie les dice adiós con la mano sin soltarme. Cuando el coche se pierde en la distancia, levanta su preciosa cara hacia mí.

Los diamantes le quedan tan imponentes que por un momento me olvido de que su único objetivo es adornarle el cuello. Parece que la señalan. Que me gritan: tuya, tuya, tuya.

—Acabo de quedarme sin medio de transporte —dice.

Joder cómo me gusta ese puchero.

—No te preocupes, te vienes conmigo —digo.

—¡Mel! Tenemos las llaves de tu coche —grita un hombre en nuestra dirección con unas llaves tintineando. Las acerca y veo que es el rubio asqueroso que lleva follándosela con la vista desde que he llegado. Me fulmina con la mirada en silencio y yo le dirijo otra todavía más siniestra. «Sigue mirando, imbécil, yo seré el que se la folle esta noche».

La amiga morena de Melanie le da unas palmaditas en el codo.

—Riley, ¿por qué no os lleváis vosotros el coche de Mel? Ella y su cita pueden venir con Kyle y conmigo —interrumpe. Me lanza una mirada de advertencia como si eso tuviera que afectarme por algún motivo. Sin sentirme intimidado, asiento con la cabeza.

En cuanto nos sentamos en los asientos traseros del coche, la chica dice:

—Sí que vas emperifollada, ¿no, Melanie?

—Pues sí. —Sonríe feliz; Melanie me clava el pulgar.

—¿Te ha dado él ese collar? —pregunta impresionada.

—¡Sí! Y se llama Greyson, Pandora.

—Bueno, y, Greyson, ¿pagarás las gafas graduadas que necesitaré por el daño que me producirá en la retina tanto brillo? —pregunta.

—Envíame la factura —respondo sin dudar.

—¿Qué será lo siguiente? ¿La atarás y elegirás una palabra de seguridad o qué?

Sonrío.

—No. No hay palabra en este mundo que pueda salvar a nadie de mí.

—Ja, ja, ja. Me gusta que tu novio se esté divirtiendo —dice Pandora a Melanie, y pronuncia la palabra «novio» como alguien pronunciaría la palabra «excremento». Vuelve a centrar su atención en mí—. Somos muy protectores con Mel. Creyó en Papá Noel mucho, pero que mucho más tiempo que el resto de nosotros. Pero háblanos de ti. Eres como Gatsby, con mucho dinero, pero con un pasado de lo más misterioso. Kyle y yo te hemos buscado en Google, pero no hemos encontrado apenas nada. ¿Qué intenciones tienes con nuestra niña?

—¡Pandora! —Melanie le da una patada por detrás al asiento de Pandora—. Ignora a mi amiga, Greyson —dice.

Pero la amiga no tiene ganas de ignorarme. Me sigue mirando por encima del hombro.

—¿Estás contento porque Melanie no haya cogido el ramo?

—¿Por qué debería estarlo? —replica Mel.

—Tía, a juzgar por esa joya tan ostentosa, el tío no tiene intención de casarse. Solo de follar.

—¡Pandora!

Río; me parece muy divertido lo protectora que es esta chica. No me cabe la menor duda de que algún puto fracasado la hizo ser así.

Se mueve en el asiento delantero para girarse y ponerse totalmente de cara a mí.

—¿Tienes mujer? —insiste.

—¿Qué?

—¿Estás casado? ¿Eres gay? ¿Qué mal escondes?

Bueno, vamos a ver. Ahora mismo la única que está mal es ella. Podría quedármela mirando sin problemas, pero ¿por qué mirar a esa amargada cuando tengo a mi lado a mi princesa?

—Pandora, ¡me estás estropeando la noche! —Melanie da otra patada por detrás al asiento de su amiga y luego se mueve para mirarme. Tiene un aspecto delicioso, toda de rojo. Me siento como el lobo feroz con la mirada

clavada en esos labios que dicen «bésame» y esos ojos verdes, inocentes y muy peligrosos.

—¿Tiene razón? ¿Estás jugando conmigo? —pregunta con curiosidad.

No sé qué pasa con ella, pero la forma como me mira hace que se me ponga la polla dura, es mi respuesta natural a ella. Puede que consiga aliviar la situación en la misma medida que anoche me alivié matando, es decir, nada. No importa cuánto controles; no puedes dominar tus instintos, a veces ellos te dominan a ti.

En mi vida solo he matado para otra persona más.

La diferencia es que anoche no sentí ningún remordimiento. No cambiaría lo que hice por Melanie anoche. Lo repetiría de nuevo, matar a los tres primeros con la misma rapidez y torturar al cuarto con la misma lentitud. Joder, ojalá hubiera podido prolongarlo más. De hecho, recordar ahora sus lloros inútiles y suaves bajo la capucha me clava un cuchillo de furia en el pecho.

Le paso una mano alrededor de la cintura, la acerco hacia mí y le susurro al oído:

—No estoy jugando contigo.

Por Dios.

Lo digo muy en serio.

Es lo que he dicho más en serio en toda mi vida.

—Sé sincero —susurra ella.

—No estoy jugando contigo —repito.

Nos observan desde la parte delantera del coche, pero que les den. Con un solo movimiento, la acerco a mí para sentarla sobre mi muslo y bajo la cabeza hacia ella. Huele tan dulce y afrutada que quiero enterrar la nariz en ella para descubrir la fuente del aroma. Le recorro la parte posterior de la oreja con la nariz, cachondo por su proximidad, por su cuerpo, por su olor, por ella.

Se estremece y se me tensan los músculos en respuesta.

«¿Qué sensaciones provocas en mí, mi querida y dulce número cinco?».

Estiro los pulgares y le hago cerrar los párpados para que no me vea. Para que no me mire fijamente con esos putos ojos verdes que gritan «sálvame, no me dejes escapar, fóllame», y yo susurro con una voz áspera

por la lujuria:

—Cuando no estoy contigo, pienso en la próxima vez que cada centímetro de tu piel me pertenecerá. Yo sé jugar y sé jugar duro y sucio, pero si tú eres un juego, princesa, entonces será la primera vez que jueguen conmigo.

Abre los ojos. Esos puñeteros ojos de fóllame, de quiéreme.

Su amiga Pandora ahora está callada y en el coche saltan chispas con Melanie tirando de mí y yo de ella.

Joder, he jugado a ser simpático con los amigos durante un rato, pero no se me da bien ser simpático mucho rato. No tengo simpatía en mi interior.

Doy unos golpecitos en el techo del coche.

—Dejadnos aquí.

—¿Aquí? ¿En medio de la nada?

—Insisto.

Con un suspiro dramático, se detiene en la acera junto a una explanada enfrente de un oscuro complejo de apartamentos. Ayudo a Melanie a salir y después pongo el brazo bueno sobre el techo del coche y me inclino para decirle a Pandora:

—Me alegro de que sus amigos se preocupen tanto por ella. No soy perfecto, pero te doy mi palabra de que nadie le hará daño mientras esté conmigo.

Ella me lanza una mirada silenciosa y después se marchan.

—Odia a los hombres, no te preocupes —intenta calmarme Melanie, que me dirige una sonrisa y me pasa una mano por la camisa.

Le sujeto la muñeca, un movimiento instintivo para mantener la distancia con la gente.

—La simpática es la última de mis preocupaciones. ¿Tienes hambre? — Le aprieto la muñeca y noto lo delgada y pequeña que es su circunferencia entre mis dedos, luego caigo en la cuenta de que es lo único que me permito tocar sin un guante. Y la noto bien, real, caliente. Joder, ¿cómo algo tan vulnerable tira con tanta fuerza de mí? Quiero pasar la mano por debajo de la chaqueta y tocarla entera, subir por su cuello y seguir hacia arriba para poder sostener con la mano esa cara dulce y vibrante, y apretujarla y besarla sin descanso—. No te muerdas el labio, te voy a llevar a un sitio —digo con un

áspero susurro.

Se suelta el labio y yo, poco a poco, le dejo ir la muñeca. Nos quedamos mirándonos el uno al otro sin apenas luces que nos envuelvan. Los diamantes del cuello le brillan igual que los ojos. Se rodea el cuerpo con los brazos y no aparto la vista de ella mientras le escribo a Derek. Caminamos hasta la esquina pasando junto al bloque de edificios; tengo la vista enganchada a su perfil. No se me da bien mantener conversaciones con mujeres; me las tiro, les pago y me deshago de ellas. Quiero hablar con ella y, al mismo tiempo, sé que debería huir de ella.

Me río por lo bajo porque nunca imaginé que podría ser tan torpe en una situación, y la cubro con la chaqueta de mi traje. No es que haga frío, pero con ese vestido me dan ganas de devorarla. Derek nos recoge en un todoterreno plateado y nos deja en uno de esos restaurantes veinticuatro horas que sirven desayunos malos, comidas malas y cenas malas, pero parece la única opción cercana en la que meterse.

Llevo a Melanie hasta un banco del fondo, donde nos podemos cubrir las espaldas y desde donde puedo ver la puerta y todas las entradas. Se saca mi chaqueta y la deja en la silla que tengo enfrente.

Nos sentamos juntos.

Pero no lo suficientemente juntos.

Mientras miramos el menú, no me puedo resistir. Meto la mano por debajo de la mesa hasta su pierna. Tiene la vista fija en la carta, pero se le acelera la respiración cuando subo cada vez más el dedo por su muslo.

—¿Qué te gusta comer? —pregunto al ver que se muerde de nuevo el labio.

—Me gustan cosas poco sanas, como todo el mundo, ¿no? Un poco de alcohol. Mucho chocolate y frutos secos. Pero me obligo a atiborrarme con un montón de verduras para contrarrestar lo malo con algo bueno. Una de cal y otra de arena... más o menos. —Su mirada se cruza con la mía, que está llena de vida, divertida—. ¿Y a ti?

«Quiero darme un festín con tu boca, tus tetas, tu coño y ese puto labio que estás torturando con los dientes, unos dientes que quiero sentir rozándose la polla».

—Soy fan de la comida internacional. La que sea. Tailandesa, china, mexicana, japonesa, me gustan los diferentes sabores. Me gusta que... me

sorprendan en cuanto al paladar. Me gustan las especias.

—¿Bajas a la ciudad a trabajar?

—A veces.

—¿A qué te dedicas? —El interés genuino que se le refleja en los ojos me hace sentir como un puñetero capullo.

—A la seguridad. —Cierro la carta—. En la empresa de mi padre.

—¿En serio? ¡Qué interesante! Nunca diría que eres un hombre que trabaja con su padre. Ni con nadie, en realidad.

Se me curvan los labios por la gracia y hago un gesto al camarero, luego levanto una ceja interrogativa hacia ella.

—¿Quieres decir que no crees que pueda trabajar bien con otras personas?

—Es solo que das la impresión de ser una persona independiente.

—¿Eso parece?

Y ahí vuelve a morderse el puto labio.

—Es interesante.

—Y tú das la impresión de ser una persona juguetona y reconfortante. Creo que eso también es interesante.

Sonríe con una sonrisa avergonzada que casi no llega a ocultar cómo se le inundan de placer los ojos verde esmeralda. Quizá no sonrío como ella, pero yo también siento placer con ella. Después de pedir, me mira y se pone a jugar con un brazalete amarillo de su muñeca.

—Mi trabajo es mi pasión. Estoy obsesionada con los colores. No puedo salir de casa sin llevar como mínimo tres colores diferentes. Dos es demasiado simple. Uno es de lo más anodino y no quiero ser anodina.

Me doy cuenta de que vuelvo a reír, algo que parece que me sale de manera natural cuando estoy con ella.

—Por nada del mundo eres anodina. De hecho, ahora mismo, me siento gris sentado a tu lado.

Sonreímos a la vez y nos reímos hasta que nos traen las bebidas; le da un sorbo a la suya con la pajita.

—Esto me gusta —dice con un largo suspiro de placer intenso mientras se reclina contra el banco para relajarse. Me mira durante un rato aún más largo—. Parece una cita. Y parece que ha pasado una eternidad desde que

tuve una.

Por el rabillo del ojo acabo de ver que Derek está sentado en una mesa cercana enfrente de C. C.

—Es que es una cita. Me invitaste a la boda de tu amiga. En mi mundo, eso es una cita.

—Yo no te invité. Te dije que podías venir...

—Y los dos sabemos lo que nos gusta que yo venga.

Sonríe con malicia y eso no ayuda a calmar mi creciente libido. Noto que le gusta cuando soy malo. Le gustan los chicos malos.

«Joder, princesa, no sabes que soy lo peor de lo peor», pienso y luego vuelvo a pensar: «Dios, no soy un chico malo, ¡soy un hombre malo!».

Me deprime un poco darme cuenta de que no soy bueno para ella.

—Venga, admítelo —la presiono y me vuelvo a animar con el brillo juguetón de sus ojos—. Llegué y te conquisté; bueno, sacarte a cenar me hace sentir como un conquistador y hasta he sobrevivido a tu cabreada amiga morena.

—Pandora —ríe—. Pero tiene razón al preguntar por esto, porque es demasiado; vale más que yo.

Se toca distraída el collar que le rodea el cuello.

—Melanie —susurro a modo de advertencia.

—Greyson...

Joder, veo cómo le corren por la cabecita las semillas de la duda que su amiga ha plantado. Mantengo el tono de voz bajo, pero severo.

—Haz lo que quieras con el collar. Pero no me lo devuelvas.

Por Dios, ojalá pudiera, aunque fuera de manera telepática, enviarle el mensaje de que haga lo que haría cualquier chica inteligente decidida a sobrevivir.

Quizás espere, pero cuando el tiempo se le eche encima, lo hará. Espero que lo haga. Joder, cuando haya pasado bastante tiempo conmigo, se cansará de mí y de todo lo relacionado conmigo y se deshará de él más rápido de lo que tarda en decir «Greyson».

Ese pensamiento hace que me arda el estómago por la furia.

Mi mano sigue subiendo por su muslo. El ansia por tocarla me consume. Siempre llevo guantes, pero esta noche los tengo en uno de los bolsillos del

traje y tengo las manos al desnudo; no puedo parar de devorar la sensación de tener su suave piel bajo mis dedos, bajo mis palmas.

Le da vueltas a la pajita como si buscara hacer algo, pero lo más importante de todo es que sabe con exactitud dónde tengo la mano y no hace ningún movimiento para sacarla.

—Mi mejor amiga, la de la boda... De pequeñas, cuando jugábamos, yo era Barbie y ella era Skipper. Yo siempre conseguía a Ken. Ella no parecía interesada en él, así que me aseguraba de que todo fuera para mí. Ella ni siquiera quería enamorarse. Yo quería ser feliz, despreocupada, y enamorarme algún día, y ella quería llegar a las Olimpiadas. Sin embargo, ella ha sido la que ha acabado enamorándose hasta las trancas, ¿sabes? En la vida real, con un hombre real. No podría estar más feliz porque no podría merecérselo más. Y ahora tú me miras como su marido la mira a ella... — Levanta la vista hacia mí y sube una uña rosa por el vaso de forma distraída —. Pero no eres mi marido, no estás enamorado de mí. ¿Qué quieres? —Me sostiene la mirada—. Pandora tiene razón, no se le da algo así a cualquiera. Los hombres regalan diamantes a las mujeres que quieren comprar, o esconder.

—Sin embargo, estamos a la vista de todos. Nunca escondería algo tan precioso como tú. —Toca el borde del vaso con la yema del dedo y arrastro la mirada por su brazo delgado y tonificado, la bajo por su cuerpo y la ansiedad por tenerla crece con violencia a cada segundo—. Estás espectacular con ese vestido, princesa.

Se le encienden las mejillas.

—Gracias. Casi pensé que no lo podría llevar.

—Estás preciosa y me encanta cómo se te ondulan las puntas del pelo. No puedo apartar la vista de ti ni puedo esperar a quitarte ese vestido.

Baja la vista hacia la mesa y disimula una sonrisa.

Me inclino y pongo a prueba mis límites, los estiro al máximo.

—Nos hemos acostado. Llevas mi collar. Tengo la mano en tu muslo. Tus amigos me han soltado un montón de mierdas. ¿Por qué estás tan vergonzosa? —Justo cuando deja que aparezca esa deliciosa sonrisa, coloco el dedo índice bajo su barbilla y le hecho la cabeza hacia atrás—. ¿Has pensado en mí?

—¿Te refieres a si me he obsesionado y me he pillado del chico que no

llamó?

Levanto una ceja.

—¿Sabes el hombre que estaba en la iglesia esperando a que le dieras limosna? Ese era yo.

—Vaya, ¡gracias por aclarármelo!

El sonido delicado de su risa me pone duro como una piedra.

Deslizo la mano más arriba por su muslo y le levanto el vestido de seda para poder tocar más piel. Estoy a punto de besarla cuando entra en escena una cara conocida. Le dirijo la mirada y me reclino hacia atrás con calma cuando C. C. me hace un gesto con la mano para decirme que ya se encarga.

Joder, esta noche no tengo energía para ninguna mierda criminal. Hace casi cuarenta y ocho horas que no duermo. El puto corte del bíceps me duele un montón y estoy tirando de pura adrenalina. Mientras espero a que C. C. me haga una señal de que todo está bien, Melanie se pone a comer su ensalada y sobre mí se instala el viejo patrón de aislarme del mundo.

—Gracias por venir a la boda —dice con suavidad.

—No hay de qué —contesto en voz baja.

De repente, noto que la distancia entre los dos es como un abismo de tres metros y eso me impide conectar con ella.

—¿Por qué lo has hecho?

Levanto las cejas.

—¿Por qué he venido?

Asiente y lo único que sé es que me muero por conectar con ella. De la forma que sea. Recorro con mi dedo más largo el interior de su muslo mientras por el rabillo del ojo veo cómo se marcha el recién llegado.

—He venido por ti, Melanie.

—He tenido como mil polvos de una noche, Greyson.

—Yo mil y uno.

—¿Contándome a mí?

—No, princesa. Cuando lo hagamos de nuevo... tú estarás en una lista completamente distinta.

Nos miramos sin sonreír y mis ojos absorben con voracidad la curiosidad silenciosa de su rostro, su melena larga y dorada, las tetitas preciosas que se le marcan en el vestido de seda, la tierna curvatura de su hombro y, por Dios,

quiero todo eso más de lo que se pueda llegar a imaginar.

Descansa su mano en mi muslo.

—¿Qué lista? —Ladea la cabeza y me estudia—. ¿Qué podría ser esto?

El inesperado tacto de su mano en mi muslo envía un calor primitivo por mis venas. Estamos hablando y, justo después, le sujeto la cara y miro esos ojos verdes que, de repente, se llenan de fiereza cuando le estudio esa naricita, esa boca generosa.

—Para mí esto es una fantasía. Tú eres la fantasía. Para ti esto será un error. Un error largo y placentero. —Veo que se le oscurecen los ojos y nunca he sido un hombre de medir mis palabras—. Seré todo lo que nunca quisiste —advierdo con voz áspera—, nada que necesites. —Subo más la otra mano por su muslo—. A veces el trabajo me hará desaparecer y no te llamaré, y eso te molestará. —Toco con mi dedo más largo el tanga de seda que le cubre su sexo—. Seré egoísta. Me llevaré todo lo que quiera siempre que quiera. No soy el hombre de tus sueños, Melanie, soy tu peor pesadilla.

Le brillan los ojos y me para la mano que la acaricia y me dice al oído:

—No soy tu puto juguete.

La cojo por los hombros y la acerco de nuevo a mí.

—Pero me dejarás jugar contigo.

—Si solo quisiera sexo, lo podría conseguir con cualquiera.

—Pero no podrías conseguir el sexo que tendrás conmigo. —Le meto el pulgar en la boca para que lo pruebe. Noto su lametón por todo el cuerpo—. Lo vas a querer. Te escribiré cuando vuele a la ciudad para que empieces a retorcerte y estés cachonda cuando me veas en la puerta.

Me muerde el pulgar y me vuelvo loco de deseo, tanto que estoy a punto de estampar mi boca contra la suya.

Joder.

Quizás nunca en mi vida tenga una conexión que valga la pena con nadie.

Pero puedo tener todo esto: puedo tenerla a ella, su cuerpo, su placer ardiente y salvaje.

Puedo tener todo esto.

Y esta noche tendré todo esto.

Me inclino para morderle ese labio jugoso que me vuelve loco y justo entonces se pone en pie.

—Eres un gilipollas —susurra con un jadeo—. Llévame a algún sitio para que pasemos la noche. Llévame a algún sitio.

Saco un billete de cien dólares del fajo que llevo en el bolsillo y lo dejo sobre la mesa, le pongo mi chaqueta sobre los hombros y la acompaño a la salida.

Fin de semana

Melanie

Conducimos hasta un apartamento de un lujoso barrio tan caro y codiciado que todos los de mi oficina se prostituirían por decorar algo en este código postal. Tiene una entrada vallada y todas las entradas y salidas cuentan con sistemas de alta seguridad. El apartamento en sí cuenta con paredes acristaladas, suelos de piedra caliza y chimeneas de piedra.

Capto el espacio amplio y casi vacío con un barrido de ojos y me quedo boquiabierta.

—¿Te acabas de pillar un piso en la ciudad? —Le paso su chaqueta y noto sobre mí su deliciosa mirada cuando entro.

—¿Te gusta? —dice sin entonación ninguna, pero hay algo en sus ojos que me indica que quiere que me guste.

Me doy cuenta de que el único mobiliario que hay es un colchón enorme en medio de la habitación, y ver esas sábanas blancas como la nieve y esos cojines mullidos me provoca escalofríos. Los dos. En esa cama. Tocándonos, besándonos, manoseándonos.

Las ventanas más cercanas a la cama dan a mi edificio y por un momento me pregunto si se habrá dado cuenta de que mi piso está en esa dirección, aunque bastante lejos.

—¡Es un lugar increíble, pero está muy vacío! —Abro los brazos—. Ya visualizo exactamente dónde podría ir cada cosa. Me atrevería a decir que has acudido a la mujer adecuada.

—Me atrevería a admitir que no voy a contratar tus servicios de diseñadora. No me gustan los sitios llenos de cosas. —Sin embargo, parece que mi oferta le ha divertido; esa casi sonrisa que ha llegado a gustarme tanto y que le ronda por esa boca grande y mal hablada.

Por Dios, sigo muy cachonda por lo capullo y *sexy* que es. Hace que quiera darle una bofetada y tirármelo; ¡ningún hombre me ha sacado así de mis casillas!

—¿Cómo sabes que soy diseñadora?

Brazos cruzados más esa casi sonrisa es igual a Melanie a punto de ponerse a jaderar.

—No eres la única que puede usar Google.

—Fue Pandora la que te buscó en Google, no yo.

—Cierto —acepta.

Me río porque está claro que me ha pillado y admito:

—No había nada sobre ti. Nada de nada.

—Sobre ti hay bastante.

—Bueno, ¡puedo darle vida a este sitio con un chasquido de dedos! ¡Soy como una Mary Poppins de la decoración!

—Princesa, contigo esto ya está vivo.

Sorprendida por el cumplido, dirijo la vista de nuevo hacia él y la forma como está ahí, de pie, me dice a gritos que no es un don nadie, que es alguien fuerte, alguien con quien no te metes, alguien que no quieres tener en contra. La ropa oscura no esconde los músculos que hay debajo, ni la gracia y virilidad con la que se mueve.

Apenas puedo mirarlo sin lanzarme hacia él como un cohete; un cohete loco con una desviación permanente y bastante preocupante. No dejo de caminar por la estancia y de preguntarme si me mira el culo mientras me muevo.

Dejo que mis caderas se balanceen a propósito con más intensidad y voy pasillo abajo. Me silba para que vuelva.

—Esa habitación está prohibida.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —Se acerca y me coloca una mano en los lumbares, y ese tacto áspero me llena con una sensación de seguridad—. Te das cuenta de que al decirme eso me invitas justo a forzar la cerradura y

descubrir qué hay, ¿no? —pregunto.

—No serás capaz de abrirla. Tengo un revoltijo de cosas, nada que le interese a una chica.

Eso despierta mi interés, me aparto de su mano y me vuelvo para sacudir el pomo. La puerta es de acero, como una cámara acorazada.

—Melanie —advierde Greyson.

Río y me aparto.

—Vale. Esa es tu cueva de macho, no entraré. No me mires con esa cara de preocupación.

—No estoy preocupado. No podrías abrir la puerta ni con una motosierra. Lo que me preocupa es tu determinación por hacer justo lo contrario a lo que te he dicho.

—¡Solo tengo curiosidad! —digo y me río de nuevo.

Mi risa, no sabría explicarlo, pero parece que le molesta. Parece ansioso por hacerme callar con su boca. Cuando se lame los labios y mira los míos con el ceño fruncido, me pasa por la mente el recuerdo de su boca con la mía, de mis pezones contra su lengua, y un escalofrío de anticipación me baja por la columna vertebral.

—¿Te importa si me refresco un poco? —pregunto.

—Cariño, eres la primavera en persona; pero como quieras.

Cierro la puerta del lavabo y me inclino sobre el lavabo. Apenas puedo respirar, noto temblores por todos lados, de la cabeza a los pies. Es un puto capullo que ha admitido abiertamente que quizás solo quiera usarme y debería haberle dado un bofetón. Pero, en vez de eso, me lo voy a tirar porque me vuelve loca. Porque es el responsable de una pulsación apremiante y horrorosa entre mis piernas. Llevo todas estas semanas preguntándome qué quería de mí, si vendría esta noche.

Da igual lo que diga, me sigue mirando como siempre, y con su mirada me dice otras cosas. Que me quiere. Que me quiere de forma desesperada, que me ansía e incluso que quizá me necesita, tal como dijo en mi piso aquel día.

Nunca he llevado nada que me hubiera dado un hombre. Ahora mi cuello está adornado con una línea de diamantes blancos que no dejan de brillar, y nunca pensé que un gesto como ese podría estimularme tanto la mente, el

corazón y el cuerpo.

¿Esta noche quiere usarme para follar? Pues yo también lo usaré a él porque me está matando. Me mata con su forma de mirarme, con su olor, con su caminar, con el sonido de su voz.

Esta noche no dormiré en casa sola pase lo que pase.

Deprisa, me lavo las manos, me paso agua por las axilas y me levanto el vestido y miro con tristeza los moratones que tengo en los muslos. Saco mi kit de maquillaje del bolso y me pongo a cubrirme las marcas moradas con el corrector, una a una.

Al acabar veo una toalla con manchas rojas y me pregunto si se habrá cortado. ¿Al afeitarse? Me pongo en plan protector. ¿Estará bien? «Claro que sí, Melanie. Ese hombre es tan impenetrable como su puerta de acero».

Cuando pongo la mano en el pomo, sigue la constante palpitación entre mis piernas. Abro la puerta, cruzo la estancia hacia la cama y el corazón me va a mil por hora.

Nunca he estado en un apartamento tan lujoso o vacío. Es como un espartano, sin pertenencias. He echado un vistazo a su armario y tiene tres camisas, tres chaquetas y tres zapatos del mismo estilo. Como si fuera un superhéroe metódico, y ¿como si no tuviera planeado quedarse mucho tiempo?

Me da una punzada al pensarlo, pero al verlo, la reemplaza un rayo de lujuria. Está acostado de espaldas en la cama, con un brazo doblado detrás de la cabeza y mira por la ventana.

Dios, ¿por qué me gusta tanto eso? «Porque está mirando a tu edificio».

El hecho de que pueda verme desde aquí podría hacerme sentir protegida, aunque nunca me llame. Aunque nunca más se ponga en contacto conmigo. Necesito esa ligera sensación de seguridad y me aferro a ella.

—¿Desde aquí puedes ver mi piso? —pregunto. Me abro la cremallera lateral del vestido. Se vuelve hacia mí y, al mirar cómo me acerco, veo reflejado en sus ojos el brillo de la luna. El corazón me golpea en el pecho. Está seguro de sí mismo y tiene una gran presencia, así como un aire autoritario que hace que me tiemblen las rodillas. Es fuerte, magnético, vital. Y llena todo mi ser de un deseo salvaje que me vuelve loca.

—Sí, por eso busqué este sitio.

Sé que bromea, pero su tono es serio; me mira directamente a los ojos.

—Supongo que alguien como tú tendrá cosas mejores que hacer que mirar por la ventana a ver si me ve —replico, en broma.

—No solo estoy mirando por la ventana, princesa. También me he sacado los guantes.

Cabrón.

Puto y excitante cabrón.

Es como conducir una moto a toda velocidad. Notas el motor, la máquina... el viento...

Me detengo a los pies de la cama y noto una oleada de excitación al ver cómo me mira; los ojos le brillan como rayos.

—Desnúdame o desnúdate. La chica elige —dice con calma y de forma concisa, y no hace ningún movimiento para tirarme encima de él.

¿Ahora? ¿En serio? ¿Tan seguro está de la atracción eléctrica y magnética que tira de mí hacia él?

Le miro las piernas de arriba abajo con avidez, el bulto que me hace enloquecer, y sigo subiendo la mirada hasta su pecho, que estira la tela de la camisa blanca como la nieve de la mejor manera posible. Estoy excitada, el pulso me va a mil y gateo hasta él, que me taladra con una mirada llena de expectativas silenciosas.

—Creo que eres un cabrón. Pero estás tan *sexy* con ese traje... —susurro mientras empiezo a desabrocharle el cinturón del pantalón de vestir, me siento a horcajadas sobre él de forma que, si quisiera, podría bajar las caderas y rozar la parte más dolorida de mi cuerpo contra el gran bulto de su regazo—. Y quiero follarte por hacerme creer que eras mejor, por hacerme creer que me querías para algo más que esto —añado—. Capullo.

Cuando desabrocho su cinturón, lo tira a un lado con un ruido sordo, luego se mueve como un rayo: me pone de espaldas y, en un abrir y cerrar de ojos, me sujeta los brazos sobre la cabeza. Suelto un gritito y sonrío.

—Pillada —dice con voz áspera, y desliza una mano por el interior de mi brazo.

Empiezo a jadear al notar el peso de su delicioso cuerpo sobre el mío. Consigo liberar una mano, le saco la camisa de del pantalón y me apresuro a desabrocharle los botones del primero al último. Me suelta la muñeca y, poco a poco, me levanta el vestido hasta las caderas.

—Tienes una boca sucia, Melanie. ¿Sabes que te la puedo llenar de semen, igual que acabo de hacer eso, para que el próximo sonido que hagas sea el de tragar?

—Quizás el próximo sonido sean tus gritos cuando te muerda la punta de esa polla enorme y rosada. —Respiro y se me dispersan los pensamientos cuando gruñe—. Ahora será mejor que no hables. —Me besa. Con intensidad y de una forma deliciosa.

El siguiente sonido que de verdad se produce en la habitación es el de dos lenguas húmedas y resbaladizas que se mezclan, el roce de la tela al levantarme más el vestido. Me derrito bajo su boca, ardiente y potente y más voraz que cualquier boca que se haya encajado nunca con la mía... y esto me hace sentir que nada de lo que hemos dicho tiene ningún valor, pero esto sí lo tiene.

Su aroma me llena el estómago de una espiral de calor cuando me levanta la falda del vestido hasta la cintura y deja al descubierto mi tanga de encaje negro. El aire me acaricia las nalgas desnudas y, al instante siguiente, está dándoles palmadas con sus manos calientes.

—¿Ahora te alegras de verme, Melanie? —murmura con un tono de voz bajo y lleno de matices, y me coge por el culo para atraerme hacia él.

Gimoteo, estoy muy excitada.

—Todavía no —miento.

Roza sus labios contra los míos para fastidiarme.

—¿Segura?

Una vez más, sus labios pasan junto a los míos, ardientes, aterciopelados.

La sangre que me corre por las venas está espesa y caliente. De repente, no puedo pensar en nada aparte de este beso. Pero no puedo permitir que un hombre como él lo descubra, sino me rompería.

—Estoy segura —miento de nuevo, y me agarro de la parte de atrás de su robusto cuello y saco la lengua para pasársela por el borde de los labios.

Ese lametón resulta ser lo que nos desata.

Gime y se lanza para que nuestras lenguas jueguen la una con la otra, y sus labios se cierran sobre los míos en un ángulo perfecto. Los dos nos estremecemos. Incluso parece que gemimos a la vez, y que nuestro beso se degrada y pasa de ser lento y sensual a ser rápido y salvaje. Le acabo de

desabrochar la camisa; me tiemblan las manos con las prisas. Me sujeta la parte de arriba del vestido sin tirantes y tira de ella hacia abajo, hasta la cintura, lo que deja expuesto todo mi cuerpo excepto la parte en la que el vestido de seda me rodea las caderas.

Se echa hacia atrás para mirarme los pechos, que no son muy grandes, pero tengo los pezones en su máximo esplendor, y casi me ahogo por una timidez repentina.

No me dura mucho, hasta que me cubre los montículos con las manos, como si sostuviera diamantes, y pone especial atención en los puntitos duros y puntiagudos de los extremos. Sus pulgares se detienen ahí: los frota y acarician.

—Quizás aún no estés contenta —me dice con voz ronca al oído—, pero estas pequeñas preciosidades están encantadas de verme. Encantadas... de verme.—Cuando me chupa un pezón, un placer increíble me pone a mil. Dejo caer la cabeza sobre la almohada al empezar a gemir, desde la parte baja de la garganta. Balancea las caderas para provocarme con su erección. Estoy tentada, torturada, consumida y palpitante. Me estremezco y también balanceo mi cuerpo. Dios, va a torturarme y lo sé.

Me saca el vestido por la cabeza, luego me explora los muslos con las manos, a continuación pasa a mi firme barriga y sube a pellizcarme los pezones. Me arde mi sexo y se tensa cuando deslizo los dedos por la abertura de su camisa, recorro con las manos su pecho cálido y esculpido.

Le acaricio la cicatriz y luego tiro del aro de su pezón con el pulgar y el índice. Se le contrae el cuerpo por el placer y lo veo. Veo cómo responde a mi tacto, así que le paso las manos por el pecho con entusiasmo y percibo todos los músculos que puedan existir.

—Esto te gusta, ¿verdad? —susurro.

No dejo que me conteste porque junto mi boca con la suya de nuevo mientras lo empujo y me siento a horcajadas sobre él. Me agacho, noto su erección situada en el punto perfecto entre mis piernas, presionando con ardor y fuerza contra su bragueta. Dios. Tiro de su camisa hacia los lados, me inclino sobre él y le chupo el *piercing*; me dan escalofríos cuando desliza las yemas de los dedos por la goma del tanga... y los mete en la parte delantera.

—Ven aquí, pequeña viciosa —murmura y me sujeta por detrás de la

cabeza y obliga a mis labios a acercarse a los suyos. Cuando nuestras bocas están juntas, su dedo también está dentro de mí. Mi sexo se contrae cuando se me escapa un gemido y balanceo las caderas; necesito la fricción de su miembro contra el clítoris mientras me sigue metiendo el dedo.

Él empuja hacia atrás como si también necesitara ese contacto y la cicatriz que tiene en la palma de la mano me roza el pezón al agarrarme un pecho.

—Coño jugoso, tetas jugosas, una princesa rubia toda ella jugosa.

Cuando me chupa un pezón, me arqueo y tiro la cabeza hacia atrás, jadeando por una dulce agonía. Muevo las caderas de forma instintiva, porque quiero más, me muero por más y los dos nos esforzamos por estar cada vez más cerca. Me muerde y me lame, luego empuja su lengua contra mi pezón, que retrocede. Yo le paso las manos por el pelo y luego intento quitarle la camisa.

Saca el dedo de mi interior y me frena con las dos manos.

—Déjamela puesta —murmura, me da la vuelta y me levanta los brazos por encima de la cabeza.

—Pero quiero tocarte —respondo. Ondulo mi cuerpo para adaptarme al peso del suyo.

Me sujeta los brazos con una mano y se saca la corbata con la otra, y después me la ata con fuerza en las muñecas.

—Hoy solo toco yo.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

No puedo evitar que un escalofrío de excitación me recorra el cuerpo cuando me saca las medias. Baja la cabeza y unas lenguas de fuego me recorren el cuerpo con cada beso que me da. Levanto las caderas cuando me mete la lengua en el ombligo. Gimo, mi cuerpo tiene antojo de él como si se tratara de azúcar, de chocolate, de sexo.

—Por favor, Dios...

«Chsss», murmura y me abre el sexo con los dedos, sin dejar de comerme con la boca. Dejo caer la cabeza hacia atrás y se me escapa de la garganta un sonido de placer cuando empieza a lamerme con la lengua en mi sexo, frotándose de una manera que me hace revolcarme de absoluto placer.

—Dios, me haces perder el control —suelta y vuelve a probarme.

Me estremezco debajo de él, tengo la espalda doblada, los muslos bien abiertos y me muero por su tacto, por su lengua, por su cercanía.

—Greyson —digo e inspiro profundamente, hasta el alma. Es como todos los hombres con los que me he liado a escondidas, como todos los hombres que he querido y no me han querido, como todo lo prohibido para mí. Gimo cuando me pasa la lengua alrededor del clítoris—. ¡Por Dios! Grey... Greyson... por favor... Eres...

El aire me raspa en la garganta cuando levanta la cabeza y veo la inconfundible posesividad en sus ojos. Me besa los pezones y luego me estudia, a su merced, en su cama. Muevo las piernas y le rodeo las caderas con los muslos, deseosa de tenerlo más cerca.

—Nunca he suplicado, pero ahora te suplico que me toques.

—¿Por qué suplicas, Melanie? Debería ser yo el que suplicara por tocarte.

Me sube las manos por los costados. Las sensaciones son tan intensas que cada roce de sus dedos hace que mi cuerpo se sacuda como si me tocara con fuego. Se me tensan los músculos y se me forman nudos cuando mi cuerpo se dirige de nuevo hacia ese lugar donde solo él me lleva, donde no solo satisface un dolor físico, sino que tiene acceso a un lugar en el que puede abrir mi alma a la fuerza.

Cierro los ojos al notar una humedad ardiente en su interior, y mantengo los brazos sobre la cabeza, atados con su corbata, mientras juega con su pulgar en mi clítoris.

Cada vez lo hace con más intensidad, con más profundidad, con experiencia. Nuestras miradas se cruzan, se acerca a mi boca y susurra:

—Yo nunca suplico, pero suplicaré por este coño —dice con voz ronca mientras sus dedos me preparan, porque la tiene tan grande que necesito estar húmeda y a punto, y juro por Dios que lo estoy.

—Sí... —digo, con la proximidad del orgasmo audible en mi voz, luego su boca aterrizo de nuevo sobre la mía, con nuestras lenguas enredadas, chorreando mientras me sigue frotando; noto la palma de su mano ardiente mientras me sujeta y me mete un dedo muy adentro. Levanto la pelvis, desesperada por cada centímetro. Cuando estoy empapada, se echa hacia atrás para desabrocharse los pantalones de vestir.

Tengo la visión nublada por el deseo. Ni siquiera se quita los pantalones. Se los baja hasta las rodillas, abre un paquete de condones y se pone uno.

Nuestras bocas vagan por nuestros cuerpos mientras nos recoloca.

—¡Fuerte! —suplico y paso las muñecas atadas por su cabeza y las dejo alrededor de su cuello para tenerlo cerca, y le beso repetidamente en la mandíbula. Anoche, aterrorizada, sucia y vulnerable, solo lo quería a él. Únicamente a él—. Te quiero mucho. Fuerte —digo con voz entrecortada, porque de repente me siento vulnerable, necesitada y estoy temblando.

Con ansias, le mordisqueo el aro del pezón y él responde con un gruñido y me obliga a estirarme de espaldas.

—Qué impaciente y ansiosa, pequeña. —Se coge la polla y se coloca bien el condón. Parece tan desesperado como yo cuando me la ofrece—. ¿Es esto lo que quieres?

Pongo los ojos en blanco de placer y grito:

—Sí, la quiero toda.

Gime al ver que me cae la primera lágrima y, cuando me sujeta la cara como para atraparlas y se pone a follarme de verdad, mi cuerpo se derrite con el suyo y el mundo se llena de él, solo de él. Solo está él.

Se mete más adentro y yo cada vez estoy más cerca del cielo. Noto mis pezones rozándole la camisa, su aliento caliente en la cara, su cuerpo dentro del mío; y eso es lo único que sé porque pierdo el norte. No me soltará la cara, me sujeta con cada empujón fuerte, rápido y experto.

—Muy bien, pero que muy bien; déjate llevar por mí, déjate llevar por mí, Melanie; confía en mí —murmura y me besa el cuello.

Los pechos están sonrosados en la punta por el roce con su camisa; me encanta. Me encantan su olor, sus manos, su voz.

—Sí —digo con voz entrecortada cuando empuja con más fuerza, y mi ritmo ya es del todo torpe. Lo único que quiero es más de él, más de él, lo quiero entero—. Sí, sí.

Ruge, deja caer la cabeza hacia atrás y las venas se le hinchan por el placer cuando empieza a llegar a las nubes y yo abro más las piernas cuando me agarra por las caderas y me empuja con más fuerza, y me ve perder el control.

Gimo y me sacudo, consciente de alguna manera de que me devora con

la vista mientras me parto en un millón de estrellas brillantes.

Instantes después, despierto del estupor que me tiene aturdida y me doy cuenta de que con una mano me acaricia la cara húmeda y de que tiene la otra en mis muslos, donde tengo los moratones. Su tacto me llega a lo más profundo, a donde duele recordar, pero ahora mismo, entre sus brazos, nos cubre una oleada de satisfacción y paz. También lo noto en su cuerpo, como si le gustara enjugarme las lágrimas.

Suspiro relajada cuando me besa en la sien y me seca el resto de las lágrimas, le paso las manos atadas por el cuello y me apretujo contra su pecho.

—Nadie me hace llegar tan lejos como tú —digo.

—Eso es porque soy malo —responde. Sube una mano por mi brazo, hasta el nudo, en su nuca.

—Soy lo peor. —Me besa un párpado—. Para ti. —Me besa el otro párpado, luego la boca, y con los dedos se pone a jugar con mi sexo de nuevo. Mi propio cuerpo me sorprende y responde, aunque me parece increíble.

—¿Lista para seguir?

Asiento.

No puedo ponerle un nombre a lo que siento cuando lo tengo dentro de mí, así que mejor no lo intento. ¿Tiene algún nombre esta conexión entre dos seres humanos? ¿Entre una mujer y un hombre?

Lo miro y no me asusta.

Me atrae.

Me tianta, me excita. Hace que quiera reclamarlo como si reclamara que me devolvieran una parte de mí que se perdió en algún momento.

Hace que quiera domarlo. Dejar que me dome.

Se coloca otro condón en la polla dura y se pone de rodillas, y yo me siento vulnerable y expuesta, pero ahora mismo no tengo ganas de esconderme. Le muestro mis ansias sin esconderme y le chupo y le beso el cuello mientras me sujeta por la cintura y se mete en mí con un empujón. Tiemblo sin control cuando lo tengo dentro por completo y le muerdo el tendón que le sobresale del cuello, cerca de mi boca.

El sonido que produce me indica que le gusta. «¿Te gusta cuando te doy

guerra?». Se me abren mucho los ojos por la excitación, y me mira con una lujuria autoritaria, ansiosa, salvaje, pero, aunque parezca extraño, también reverente y dulce. Esta vez follamos con calma, sin las prisas iniciales, y nuestros cuerpos se mueven de forma sincronizada hasta que veo las estrellas a medida que alcanzo un nuevo clímax.

—No te cortes, muérdeme todo lo que quieras, gatita —me incita junto a la boca y, sin apartar los ojos de mí mientras yo obedezco, lamo su cuerpo, lo saboreo—. ¿Te gustaría tener mi polla en la boca? —murmura con mofa y voz ronca en mi oído, donde noto su respiración caliente—. ¿Quieres chupar esta polla? ¿Morderla?

Jadeo con ansias renovadas.

—Cuando muerda lo haré con fuerza.

Sigo con los brazos alrededor de su cuello y le arrastro las uñas por el cuero cabelludo. Meneo las caderas con más rapidez para seguir su ritmo cada vez más intenso.

Su sonrisa vuelve a ser oscura, sensual e íntima al restregarme su pulgar húmedo por los labios, y la cama chirría debajo de nosotros.

—Si crees que un poco de dientes me da miedo es porque necesitas conocerme mejor, princesa.

Me muerde el labio inferior y se lo mete en la boca, y tira de él con más fuerza, lo que me hace gemir.

Yo le devuelvo el mordisco y suelta unos ruidos tan *sexys* que hace que el sexo sea mucho más intenso. Mi cuerpo húmedo y caliente lo sujeta con avidez porque lo quiero dentro de mí todo lo que pueda, pero el placer es demasiado intenso para durar todo lo que me gustaría, aunque los dos intentamos hacer que dure.

El colchón sigue chirriando debajo de nosotros, cada vez más fuerte con sus embestidas. Yo sigo igual de ruidosa, y ¿Greyson? Él se desahoga en voz baja, y también hace ruiditos de placer masculinos.

—Prepárate, princesa. Llego con fuerza —dice con voz ronca.

—Llega ya —suplico. No tiene ni idea del ansia que tengo de que se corra dentro de mí, conmigo.

Espera a notar que me tensa. Entonces, cuando yo empiezo, deja que salga. Viene con todas sus fuerzas, se le tensa el cuerpo como un arco, y cuando noto que se corre dentro de mí, y que me sujeta las caderas con las

manos, se desata el placer en mi interior y me sacudo con tanta intensidad que no puedo mantener los ojos abiertos.

Oh.

Dios.

Mío.

Me quedo estirada en silencio y sin aliento durante unos instantes, y me doy cuenta de que Greyson me está soltando. Me frota las muñecas con la yema de los pulgares, después se deja caer de espaldas y se queda mirando el techo, con el pecho agitado, y el aro del pezón lanza destellos con los primeros rayos de sol que entran por la ventana.

Ya sale el sol. En realidad, no quiero que salga porque no me quiero ir todavía.

En silencio, voy hasta el baño y cuando vuelvo a la cama, me lo encuentro mirando hacia la ciudad y se le ve exhausto, pero satisfecho, con la camisa completamente arrugada, el pelo alborotado y la preciosa boca hinchada por mí. Debería irme. Probablemente, debería. Sin embargo, me quedo mirándolo y mirándole la boca y me pregunto cuántas mujeres habrán besado esos labios.

«Muchas, Melanie».

Me ha advertido que me vaya, pero parece que quiera que me vaya. Aunque en lo más profundo de mi ser noto como si me estuviera engañando. ¿Por qué, sino, me habría dado este collar? ¿Por qué me lanzaría una y otra vez esa mirada?

Aun así, me tengo que ir, así que vuelvo a la enorme cama y busco por el suelo mi vestido, a pesar de que la idea de volver a casa sola me revuelve el estómago. Podría llamar a Pandora, pero supongo que me tendría que preparar para que me suelte un sermón.

—¿Sabes dónde está mi vestido? —susurro.

—Sí, lo he apartado a un lado para evitar que se estropeará. Ven aquí y duerme un poco —dice con voz ronca por el cansancio y con los párpados caídos mientras me hace un hueco en las sábanas.

Dios, es verdad que no quería marcharme, pero tampoco quiero que sepa cuánto deseo dormir aquí esta noche.

Así que me quedo ahí de pie, desnuda e indecisa por un instante.

—No tengo por qué quedarme —digo, pero me mira con esa mirada que parece que te esté dando órdenes. Es muy raro, nunca me he encontrado con nadie que pudiera tener tanto poder en una simple mirada.

Cedo y me dirijo en silencio hasta él. Se le curvan los labios cuando levanta más las sábanas y veo su cuerpo desnudo debajo.

Me siento rara al meterme en la cama con él; al principio me siento en la esquina y me trenzo el pelo con rapidez, ya que si no lo hago no me quedaría dormida. No soporto despertarme y notarlo en la cara.

Percibo su mirada curiosa en cada movimiento y, cuando suspiro y me estiro en mi lado, de cara a una chimenea de piedra en la otra punta de la habitación, se ríe a mis espaldas.

—¿De verdad piensas dormir ahí, en la otra punta?

—¡No quiero molestar! —Suelto una risita nerviosa—. No suelo quedarme a dormir.

—Te gusta follar y marcharte, no pasa nada, princesa. Excepto que yo no he acabado contigo.

Estira el brazo y tira de mí hacia él por la trenza, y al no protestar por la maniobra y, en realidad, tener ganas de acurrucarme en su calidez, exhala con suavidad.

—Me importas, ¿no? —murmura, me coge la trenza con el puño y me da la vuelta para ponerme de cara a él. Luego apoya mi cabeza contra la suya, frente con frente—. Quizá esta noche duerma; me has agotado.

—¿A qué te refieres? —Lo miro de cerca y me fijo en que tensa la mandíbula—. ¿No duermes?

—No duermo bien, pero lo haré si duermes conmigo —bromea en voz baja.

—Pues allá vamos —digo con una sonrisa.

Me da la sensación de que durante unos minutos permanecemos tal como estamos, él con una curva en los labios mientras que yo sonrío por completo, y ambos nos miramos a los ojos. No tengo ni idea de qué ve en mis ojos que lo mantiene absorto con tanta intensidad, pero yo tampoco puedo apartar la vista de su mirada. Es impenetrable y misteriosa y, al mismo tiempo, me permite ver una intensa crudeza, como si quisiera algo de mí desesperadamente.

No algo, todo.

—Ven aquí —dice con voz ronca.

Mueve la primera ficha, me rodea con un brazo y tira de mí hacia él. Me acurruco junto a su cuerpo, un poco tenso al principio, pero, al mismo tiempo, muy al tanto de todos los lugares donde nuestros cuerpos desnudos están en contacto. Donde mis pechos presionan contra sus costillas, donde mi mejilla se apoya en su pecho, donde una de mis piernas está enganchada entre las suyas.

Dios, esto es lo más íntimo que he tenido con un hombre y no me puedo relajar, no puedo respirar, no puedo pensar.

Su respiración es cada vez más profunda y... ¡vaya! Se ha dormido.

Se ha dormido abrazándome, con el brazo alrededor de mis hombros, y no sé por qué esto me hace sentir mariposas.

Tiene un poco de sangre en la camisa, en la manga del brazo que tiene doblado a mi alrededor. Le toco la mancha roja y me pregunto si le habré arañado. Luego levanto la vista hacia su cara preciosa y masculina y me pregunto cosas sobre él. Por primera vez en mi vida, tengo ganas de permanecer en la cama junto a un chico y escucharlo respirar, de forma calmada y profunda, como él. No entiendo estas reacciones viscerales ante él.

Ante este buenorro con una habitación secreta. ¿Quién demonios tiene una habitación secreta?

Este hombre.

Y tengo tanta curiosidad sobre él que estudio sus facciones y me digo que ya dormiré cuando esté sola... así que le toco el aro del pezón y lo observo tumbado en su enorme y solitario apartamento, profundamente dormido con un brazo encima de mí, y me pregunto qué secretos esconderá.

Un móvil no dejar de sonar, sonar y sonar. Me quejo y me muevo, y noto algo contra mi cuerpo tan duro y caliente que sin duda no es un cojín.

—¿Qué es ese ruido?

Unos ojos color avellana dormidos se despiertan y se encuentran con los

míos, y se me contraen los pulmones por la excitación. «¿En serio he dormido en los brazos de este hombre? ¿De este hombre que me dijo que iba a ser mi peor pesadilla?». Se sienta en la cama, mueve el cuello para quitarle la rigidez, se estira de brazos hasta que cada músculo está tenso y flexionado, maldice porque el ruido no cesa, coge el molesto aparato, sale de la cama y, desnudo, sale al balcón de su apartamento. Le observo el culo y noto un hormigueo en la boca del estómago. ¿Qué día es hoy? ¿Sábado? ¿Domingo?

Brooke. Remy. La boda, me recuerdo a mí misma. Greyson y yo.

Me derrito.

Me desperezo y me doy cuenta de que llevo aquí treinta y seis horas. Desde primera hora del sábado hasta ahora, hoy, que ¿ya es domingo?

Me estiro y tengo todo el cuerpo dolorido. Pienso en ayer: comimos en el suelo, como si fuera un picnic; hicimos el vago en la cama, bromeé con él y vimos *Blow*. Dios. Ni en sueños había tenido un fin de semana tan increíble.

Anoche me preguntó por mis fantasías.

Reí.

—Bueno... puede que tenga una, pero no te la voy a contar —susurré con malicia y levanté la vista hacia su cara—. Cuéntame alguna tuya.

—Las fantasías son para la gente que no hace lo que quiere.

—¿Así que tú ya lo has hecho todo?

—Todo lo que he querido.

—¿Incluida yo?

Se rio, y fue un sonido delicioso.

—Incluida tú. Ahora un montón de veces.

—¿Incluso un trío? —bromeé.

—Por supuesto.

—¿En serio? —pregunté con curiosidad y apoyé la barbilla sobre su pecho—. ¿Es divertido?

Me pasó el pulgar por la columna vertebral y sonrió ante mi sonrisa.

—Para el chico, sí. Las chicas parece que son incapaces de recordar que no se trata de una competición.

—¿Solo haces tríos con dos chicas? —le reto—. Eso es ser muy capullo.

—Cariño, no comparto mis chicas con otros hombres, no funciono así.

—Bueno, yo tampoco podría compartir con otra chica. Ahora mismo

echaría de la cama a esa puta de una patada. Querría tus dos manos sobre mí, no solo una. ¡Ufff!

Se rio y echó la cabeza un poco hacia atrás, la nuez le subía y le bajaba y dijo con voz potente y áspera:

—Eres suficiente para cualquier tío, créeme.

Rebosaba tanta sensualidad que tenía ganas de lamerlo. Su manera de follarme es tan... no puedo explicarlo. Nunca había sentido una conexión tan fuerte, una consciencia tan primaria de él como hombre y de mí como... mujer.

—¿Y qué me dices del sexo anal?

Joder, su siguiente risa fue muy oscura y *sexy*.

—Claro. Eso siempre es divertido. —Me miró y cayó en la cuenta, y, de repente, los ojos le brillaron con intensidad, con mucha intensidad, y me agarró el culo con una mano caliente de dedos largos—. Ven aquí, Melanie.

Se me aceleró el corazón porque la voz se le empañó por la lujuria. Me encanta el sexo. El sexo es la única manera con la que he conectado con el sexo opuesto, pero nunca de esa manera. Nunca con algo peligroso. Nada en lo que tuviera que confiar en que el hombre que estaba conmigo no me haría daño.

—¿Quieres que te metan el dedo en el culo, princesa? —me susurró al oído, y la sangre me corría ardiente por las venas cuando metió el pulgar en la hendidura de entre mis nalgas. Mi cuerpo reaccionó con un estremecimiento cuando se dirigió a ese lugar.

—¡Grey! —dije, y se me encendieron las mejillas de un color rojo intenso cuando me rozó con el pulgar, como si fuera el roce de una pluma.

—¿Te gusta esto, princesa? —Me miraba con unos vivos ojos color whisky y parecía que le pesaban las pestañas cuando me mordí el labio inferior con los dientes para evitar producir un sonido vergonzosamente lascivo. Me puse tan cachonda que oí el sonido resbaladizo de su pulgar al rozar mis pliegues antes de arrastrar la mano otra vez hacia atrás y pasarla por cada nervio de mi trasero, con suavidad y languidez.

—Me gustaría que me follaran así —confesé y le miré a los ojos con profundidad—. Pero solo alguien en quien confíe. Que se preocupe por mí y mi seguridad.

—Ven aquí —dijo y me despatarró encima de él—. Solo voy a usar el

dedo. Ya te estremeces un montón.

—Claro que me gusta, es excitante, pero no sé... Greyson...

—*Chsss*. —Me rozó los labios con los suyos para que me callara. Lo notaba duro debajo de mí. Le gustaba tocarme, y me susurraba al besarme y poco a poco me fui relajando a pesar de que me metió el pulgar en el culo, y cuando gemí, me inclinó la cabeza hacia atrás y poco a poco me fue besando más—. Relájate y déjame entrar —dijo con tono coqueto mientras seguía moviendo el pulgar, muy despacio, hacia dentro y hacia fuera, y empecé a temblar más, estaba encima de él y noté que de la punta de la polla le rezumaba semen sobre mi abdomen.

Me puso boca abajo y, en silencio, se inclinó sobre mí y me mordió una nalga y agarró la otra con la mano mientras deslizaba su pulgar de nuevo hacia mi culo.

—Ponte de rodillas, Melanie. —Me pasó la mano por la columna mientras hacía lo que me decía, gimoteando en voz baja.

—Greyson, esto es muy intenso...

—Déjate llevar, princesa. Dame esto. Joder, déjame ver cómo pierdes el control con esto.

Me acarició la espalda con una mano mientras la otra seguía su tarea. Las sensaciones se apoderaron de mí. Gimoteé y cerré los ojos mientras su tacto embriagador me hacía cosas nuevas y profundas. Me mordisqueó la otra nalga y me metió el pulgar tres veces más, y cuando deslizó el dedo corazón en el interior de mi sexo, empecé a correrme y a correrme. Y a correrme.

Presionó su polla contra mí cuando me corrí, así que la noté cerca; me tentaba, dura, palpitante, con la voz ronca por la excitación junto a mi cuello, expuesto porque me había apartado la trenza a un lado.

—Esa es mi chica —ronroneó, me pellizcó los pezones y me frotó el contorno del culo mientras las contracciones cesaban.

—Ha sido... increíble.

Me di la vuelta y se tumbó de espaldas, dobló los brazos debajo de la cabeza mientras yo intentaba recuperar el aliento. Pero era difícil respirar cuando el aire estaba cargado de lujuria, de deseo; de ese animal por quien sentía una atracción química que nunca antes había sentido. Lo quería dentro de mí, quería hacer de todo con él, pero ¿tendría cuidado conmigo?

Su cuerpo rezumaba tensión, por lo que tenía los músculos apretados y la

polla de nuevo levantada perpendicularmente.

—¿Has tenido muchas novias? —susurré y lo agarré con la mano, curiosamente celosa.

—Novias de verdad, no. Polvos, sí. —Me cogió la cara con una mano y me dio un firme apretón en las mejillas—. Pero nunca había follado una boquita tan pequeña como la tuya. Ahora, ábrela, princesa.

Estaba húmeda de nuevo cuando se puso de rodillas y me levantó por la trenza. Cuando me llenó la boca, establecí contacto visual con él, que no apartaba la vista de mí, no dejaba de mirar cada lengüetazo, cada centímetro que chupaba, cada suspiro que daba y que le acariciaba.

—Joder —dijo con voz ronca, mostrando y exteriorizando su placer. Le recorrí el cuerpo con la lengua y nuestros ojos siguieron conectados como imanes—. Eso te gusta, ¿verdad? —susurró. Su forma de hablarme me excitaba. Si me hubiera tocado otra vez, me habría corrido. Estuve a punto de deslizarme la mano entre las piernas y tocarlo. En vez de eso, le sujeté por el culo porque quería que fantaseara con la mamada cuando decidiera irse...

Se corrió y, generalmente, me aparto cuando lo hacen, pero cuando noté que se tensaba y estaba a punto de retirarme, murmuró:

—Hasta la última gota de semen es para ti, Melanie.

Me sujetaba por la trenza, me miraba con exigencia y autoridad, y, de repente, tenía ganas de complacerlo, de probarlo, y así lo hice.

Cierro los ojos un instante y dejo ir los recuerdos de ayer con un suspiro. Cuando los abro, está fuera en el balcón, todavía con el móvil. Las piernas, robustas como troncos de árboles, están separadas, son largas y musculosas, y con un poco de vello. Tiene unas pantorrillas fuertes y torneadas, un moreno dorado, un culo perfecto, moldeado a la perfección, igual que el triángulo invertido que forman sus anchos y musculosos hombros y sus estrechas caderas. Y está ahí fuera, completamente desnudo, para que lo vea cualquiera que tenga unos prismáticos.

De pie justo ahí.

Un puto dios sexual.

Cuando Greyson abre la puerta de cristal, sigue hablando por teléfono, tan desnudo como antes, y cuelga al entrar. Tiene un vendaje en un bíceps y está manchado de rojo.

Cuando se acerca, levanto las sábanas porque me muero por su calor, su

cercanía, su olor en la piel.

—¿Trabajo? —pregunto.

—Podría llamarse así —dice al meterse bajo las sábanas conmigo. Aguanto la respiración porque su polla erecta me indica que él también se muere por mí. Le beso el cuello y le abrazo la cintura, encantada por lo dura que se le ha puesto, y tan rápido. Con la llamada se le había bajado un poco la erección, pero vuelve a estar a tope. Joder, le gusto de verdad. ¿Qué me susurra cuando follamos?

Siento un hormigueo por todo el cuerpo al recordarlo.

Me mira con ojos dormidos y me pongo a mil. Cuando me dedica esa sonrisa sensual, me muero.

De repente, poco a poco me aparta la sábana. Los rayos de sol entran por la ventana y, cuando retira de las sábanas a un lado para mirarme, me retuerzo en la cama.

—Para —protesto e intento tirar de las sábanas hacia arriba, chillando muerta de vergüenza.

—No —se opone con seriedad.

Agarra las sábanas con los puños y las aparta de nuevo, y me aprieta contra la espalda.

—No estoy acostumbrada a que me vean así.

—Pues acostúmbrate a que yo te vea así —dice con dulzura.

Aunque me he puesto roja como un tomate, me tiene tan hipnotizada que me he tirado sobre la cama y me he quedado inmóvil; mis pechos botan mientras me mira. Noto su mirada como si me tocara de verdad, físicamente. Me recorre cada centímetro del cuerpo, de la cabeza a los pies, como un temblor.

Nunca pensé que una mirada pudiera ser tan poderosa.

Hace que me olvide de mis cicatrices, de mis heridas.

La gente pensará que al haberme trasplantado el riñón cuando era un bebé, la cicatriz será pequeña. Pues no. Es una raja en la parte inferior derecha del abdomen, y ha crecido con el resto del cuerpo. Se ha quedado de un color rosa muy clarito y el maquillaje puede hacer milagros, pero a estas alturas ya se ha ido.

Y Greyson la ve.

Resigue la cicatriz con un dedo y me coloca la mano en la suya. El gesto hace que se gane todavía más mi cariño. Porque él también tiene una cicatriz, pero no se avergüenza de ella.

Cuando se inclina y presiona los labios contra mi cicatriz, se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Qué te ha pasado aquí? —murmura.

No sé por qué me hace ponerme sentimental, pero alejo las lágrimas con un parpadeo y paso la mano por la cicatriz de su pecho.

—¿Qué te ha pasado aquí? —contesto con otra pregunta y con la voz ronca por la emoción.

—Las damas primero —dice con suavidad. Se relaja, echa el cuerpo hacia atrás y me mira con unos ojos que ya no están dormidos, sino que se han vuelto oscuros y pacientes.

No sé si quiero que sepa que uno de mis riñones no es mío, que soy una paciente trasplantada, que tengo que tomar pastillas para asegurarme de que mi cuerpo no rechaza el órgano del donante y que puede que en un par de años tenga que cambiar este por uno nuevo si deja de funcionar.

Son cosas que no le dices a un hombre cuando empiezas a salir con él, o con el que solo follas, o lo que sea que hagamos. Recuerdo que, en un programa de citas, la experta recriminó a una chica que le había confesado algunos problemas serios a un pobre universitario.

«¡Eso no se hace!».

¡A los tíos les da igual a no ser que les importes!

Con tranquilidad, en vez de contestar, le toco el aro del pezón y noto que aguanta la respiración al tirar de él de forma juguetona, y sonrío al ver que de repente su mirada se vuelve más oscura y ansiosa.

—Debería ponerme un aro en el pezón —digo.

Ríe, luego se pone serio y sacude la cabeza.

—Eso no va a pasar.

—¿Por qué no?

Me masajea el culo.

—Eso no pasará ni de coña. Nadie se asoma a mis asuntos.

Me fijo en que el grueso vendaje que lleva en el brazo derecho está manchado de sangre, así que empiezo de nuevo.

—¿Qué te ha pasado ahí? ¿Te he arañado?

Se limita a sonreír para sí mismo cuando se aprieta el vendaje.

—Hace falta algo más que las uñas de una gatita para hacerme sangrar.

—Deja que te ayude. —Me acerco, cojo la venda y se la enrolló con cuidado alrededor del brazo inflamado—. ¿Estás bien? —pregunto.

—Estoy bien —dice con desdén.

Cuando acabo de vendarlo, le doy un beso de forma impulsiva, coloco los labios poco a poco sobre él y cierro los ojos porque me invade la ternura. Se me hace muy raro que un hombre me haga sentir esta ternura. Normalmente, para mí los hombres son solo eso... hombres, ni siquiera humanos. Más bien enemigos a los que hay que tratar con cuidado. Usar, algunas veces. Pero lo que siento por este es lo más poderoso que he sentido nunca. Parece que lo conozca de antes, de una vida anterior... de mis sueños...

Antes de que pueda levantar la cabeza, noto su nariz en la oreja, lo que me hace sonreír contra el vendaje y retorcerme porque su aliento me hace cosquillas.

Arrastra la mano ligeramente por mi columna y me la coloca en los lumbares. Este hombre hace que la mitad inferior de mi cuerpo vaya a toda velocidad, pero la mitad superior trabaja al mismo ritmo, si no que se lo pregunten a mi corazón, que lleva treinta y seis horas sin latir con normalidad. ¿También me está mirando? Levanto la cabeza y siento un hormigueo de la cabeza a los pies. Tiene una sonrisa perezosa y adormilada, y eso me derrite.

—Me gusta —dice con voz queda.

—¿El qué?

—La enfermera Melanie —susurra.

Algo en mi interior zumba y se agita, y refunfuño por esa reacción estúpida e instantánea de mi cuerpo, luego levanto la cabeza para besarlo y lo sujeto para que esté a mi altura. Me roza los labios y me tienta con una sonrisa.

Me quejo con un gruñido cuando me suena la alarma del móvil como una loca, y caigo en la cuenta de que es domingo, no hay duda.

—Ufff, tengo un *brunch* con mis padres. —Como veo que no tiene

muchas ganas de soltarme la cintura, intento apartarle las robustas muñecas—. Caballero, me tengo que ir.

—Te sugiero que lo canceles —dice con pereza.

—No puedo. Soy la única que va al *brunch*, y siempre lo hacemos los domingos. —Me pongo a recoger mi ropa interior y a buscar mi vestido—. Puedes venir si quieres —suelto, y al darme cuenta de su expresión, añado—: Sin compromiso, es decir, es solo un desayuno. Bueno, ni eso, es un *brunch*.

—No, no creo que vaya.

Sigue medio dormido y en la cama, y se estira mientras revisa su móvil, primero uno, y luego saca otro.

—¿Puedo ducharme? ¿Muy rápido? —pregunto nerviosa.

—Claro, usa lo que quieras.

De nuevo, me siento avergonzada... No sé por qué me produce esto. Normalmente, en una aventura me desinhibo y mangoneo al pobre chico, si quiero. Pero está claro que a este no. Consciente de su mirada en mi culo cuando me retiro, voy hasta el baño, abro el agua caliente y me meto en la ducha. Exhalo poco a poco mientras el agua me cae en la cabeza.

Greyson entra en el baño justo cuando salgo de la ducha y, mientras me envuelvo el pelo con una toalla y el cuerpo con otra, se mete bajo el agua y se ducha en apenas un minuto.

Lo de estar en el baño con un hombre es de lo más extraño. Brooke ha mencionado alguna vez que después de los entrenos de Remy, se duchan juntos y follan como locos. Me distrae mucho. Psicológicamente hablando. Joder, y también sexualmente.

De hecho, acabo perdiendo la cabeza y me quedo ahí de pie, y me lo como con la vista mientras se seca el pelo con una toalla, desnudo; observo cómo le trabajan los hombros, cómo se le tensan los abdominales, y cómo la forma de uve se pierde en su precioso pene, que juraría que ya es enorme en su estado normal...

—Te acabo de dar un poco de esto, pero parece que la chica se muere por un poco más.

Su voz me hace levantar la mirada hacia él y hacia esa sonrisa que te roba el corazón y que luce mientras se retira el plástico que se ha puesto alrededor del vendaje para que no se mojara.

—Como si no me tentaras adrede. —Sonrío con superioridad y se me cae la baba al verle el musculoso culo dirigirse hacia el armario—. ¿Seguro que no quieres venir? —pregunto.

—Sí, seguro. —Vuelve con un montón de ropa apilada sobre el brazo y se detiene frente a mí con una sonrisa—. Ya me he corrido bastante en estas últimas horas.

—Qué tonto eres. Pero eso no es nada nuevo, ¿verdad?

Me inclino sobre el tocador y me aplico un poco de maquillaje.

—No lo has dicho en serio, ¿no? Lo de invitarme. ¿Eh, princesa? —pregunta y parece preocupado de verdad.

Frunzo el ceño.

—Solo hablamos y desayunamos. No es que planeemos apoderarnos del mundo o algo supersecreto de lo que no puedas ser partícipe. Ni se trata de que conozcas a mis padres. Bah, pero olvídale, me miras raro.

He empezado a peinarme el pelo con los dedos cuando me abraza por detrás y me mira a través del espejo. Me coge la cara y la gira, luego me acerca la boca al oído y dice con una voz tan intensa como el tacto de su pene contra mi barriga:

—Lo único que quiero últimamente es llevarte a la cama y follarte por detrás, por los lados, luego desde algunos ángulos delanteros, para que cada músculo de tu cuerpo me recuerde cuando te muevas hoy. Te dolería cada vez que respiraras, a cada paso que dieras. Quiero darte de comer y derramar mi leche por todo tu cuerpo. Quiero lamer mi leche, de la cabeza a los pies; a continuación, lavarte en la ducha, luego quiero enjabonar y acariciar cada centímetro de tu cuerpecito mientras me chupas la polla. Al salir de la ducha, quiero secarte con una toalla, masajearte esas adorables tetas, ponerte de espaldas y darte esa larga y dulce follada por el culo que tanto quieres.

La sangre ha abandonado el resto de mis órganos para concentrarse en los sexuales. Intento alejarlo y no excitarme ante sus atenciones.

—Ahora no, por favor.

—¿Quieres que vaya, Melanie? —Me muerde el lóbulo de la oreja y eso hace que un rayo de deseo baje hasta mis húmedos muslos mientras me agarra el culo como si fuera suyo, y con su dedo más largo me vuelve a acariciar ahí. Ahí. Otra vez—. Ven, cariño. ¿Me quieres duro y grande, más grande que nunca, justo aquí? Quiero ser el hombre con el que te sueltes.

—Vas a hacer que llegue tarde al *brunch* y me voy a cabrear —grito. Le aparto la mano de un manotazo y me giro hacia el espejo para ponerme un poco de brillo en los labios.

—¿Te vas a cabrear? —Su suave risa me baja como un escalofrío por la columna mientras me sujeta por las caderas y me mira a los ojos por encima de la cabeza—. Ya sabes que me atraen las princesas enfadadas. Me ponen cachondo.

—Pues vete a Europa.

Me masajea las nalgas con las manos.

—Que te enfades y me muestres ese fuegucito me pone de verdad —continúa con esa voz ronca mañanera.

—Vaya, no me has visto cabreada —le aseguro y me muevo de aquí para allí—. Cuesta mucho hacerme enfadar; pero cuando sucede, es un espectáculo digno de ver. No sobreviven muchos objetos cercanos.

—¿Cómo?

—Cualquier zapato o... lámpara... puede acabar volando... estampándose... y muriendo.

—¿De verdad? —pregunta con un brillo burlón en los ojos.

—De verdad. Me voy calentando poco a poco, pero cuando exploto, exploto.

Mientras me obligo a ponerme la ropa, él sigue desnudo, y antes de poder subirme la cremallera del vestido, me tiene acorralada contra una pared acristalada, con las tetas apretujadas contra él.

Se me disparan los nervios cuando me roza con los labios. Coloco la mano sobre su pecho para alejarlo de nuevo de un empujón, pero en vez de eso mis dedos se quedan ahí como si lo quisieran absorber, extendidos sobre un pectoral exquisitamente musculoso, duro, marcado.

—Me tengo que ir —susurro y le froto el aro del pezón con el pulgar.

Le brillan los ojos de forma traviesa al rozarme la boca con la suya.

—Ya sabes dónde está la puerta.

Me lame la comisura de la boca.

—De verdad que me tengo que ir. —Le rodeo el cuello con los brazos, con la intención de darle un beso rápido, pero parece que él tiene en mente un beso diferente, más lento y excitante.

Lo lleva a cabo.

Me pasa la mano por el pelo mojado y me sujeta la cabeza mientras se inclina y me besa con intensidad, nuestras bocas saben a pasta de dientes y están ardientes, y mi cuerpo está ansioso por acercarse más a él, mientras que él está ahí, de pie, caliente y firme, aguantándonos a los dos mientras yo me derrito con su boca.

—Greyson... —protesto.

Me pasa los dedos por el pelo y me besa desde otro ángulo.

—Nadie te retiene, Melanie.

Muevo la cabeza para alcanzarle mejor la boca, con la lengua enzarzada en la suya, y los pezones contra su pecho.

—Dios, eres peligroso, Grey.

—No puedes hacerte a la idea, princesa.

Me mete la lengua con fuerza y sin remordimientos. Más besos, profundos y lentos, que me permiten escuchar nuestra respiración, nuestros sonidos lentos y babosos.

—Creo que tu intención es atarme y hacerme elegir una palabra de seguridad —susurro entre beso y beso.

—Elige una.

Se me escapa un leve gemido cuando me recorre el cuello con la lengua mientras pienso en mi palabra.

—Imbécil.

Suelta una risita entre dientes que me retumba justo entre las piernas, donde noto que esta mañana tengo el clítoris hipersensible, y, de repente, muy, pero que muy dolorido.

—Esa sucia boca acaba de suplicar que la callen —dice con voz ronca—. Pero para que lo sepas, la palabra que quiero oír la próxima vez que esté dentro de ti es *Greyson*. Esa es la palabra que quiero oír cuando esté detrás de ti...

—No haremos... no haremos eso. —Casi puedo escuchar la agitación de mi estómago en la voz mientras intento escapar.

Me sube las manos por la espalda y no me suelta.

—Pronto lo haremos —promete en voz baja.

—No. ¡No me fío de ti!

Me sujeta la barbilla y me mira directamente a los ojos; habla con una lentitud deliberada.

—Puedes fiarte... de que no permitiré que ningún otro capullo... se meta en tu dulce y apretado culo; de eso puedes fiarte al cien por cien.

Gimo.

—Tienes una boca más sucia que la mía. ¿Por qué vas detrás de mí?

—Por la misma razón por la que tú sales ahí fuera, follas duro con algún tío, te hace daño y sigues buscando lo que quieres. Hay tres cosas que no se me dan bien: confiar, que me den órdenes, ya tengo bastante con las que me da mi padre, y negarme a mí mismo lo que quiero.

—¿Y a mí me quieres?

Sigo derritiéndome bajo el tacto ardiente de sus labios que, de repente, me presionan el cuello y me suben hasta la oreja, donde me susurra una advertencia:

—Decir eso es quedarse corto, pero sí. Te quiero. —Da un paso atrás—. Quiero esto porque no lo tengo, Melanie. Pero no me confundas con tu príncipe azul.

Sus palabras me golpean, directas y sinceras.

Me golpean con tanta fuerza que me dejan sin aire.

—Si lo te confundía con mi príncipe azul, lo acabas de estropear —digo y pongo los ojos en blanco—. Adiós, Greyson.

Odio el silencio que me sigue al salir de allí.

Adonde me dirijo

Greyson

—La próxima vez, sin darte cuenta, estarás yendo a la puta iglesia un domingo para cantar en el coro —suelta Derek mientras me lleva en coche hasta la casa de los padres de Melanie.

Os preguntarán por qué me lleva a casa de sus padres.

Pues porque resulta que hoy voy de *brunch*.

—Cierra la puta boca —refunfuño.

Derek se ríe entre dientes y sacude la cabeza, y yo miro por la ventana cabreado.

—*Aaaaahhh*, Dios, no me lo puedo creer —me digo a mí mismo mientras me froto la cara y me miro la ropa limpia. Me he arriesgado a no llevar ninguna arma y me siento más que desnudo; me siento estúpido. Como un chico a punto de recoger a su cita para el baile de fin de curso.

Hay cosas que simplemente sabes que están bien o mal. Y yo sé que sentarme en un *brunch* de domingo en casa de los padres de una chica no es un lugar para mí.

El cuello de la ropa me pica. Tiro de él con rabia mientras camino hacia su casa. Sé perfectamente dónde está porque tengo *hackeados* todos los sistemas de Melanie, y he leído todas las páginas, facturas o artículos con su nombre. Podría ser un acosador que se dirige hacia la casa de dos plantas. Me siento totalmente fuera de lugar cuando llamo a la puerta con los nudillos. Cerca hay parterres. Huele a... césped recién cortado. Recuerdo

ayudar a mi madre a cortar el césped hace trece años, en una casa como esta. Han pasado trece años desde que crucé unas puertas como estas en un barrio como este. Este ya no es mi lugar, joder.

Derek se despide con la mano desde el coche y le hago la peineta.

—Te traeré los huesos.

Me devuelve la peineta.

—Ya me he zampado un burrito en la gasolinera, gracias, pero te aseguro que esta mañana eres la amabilidad en persona, jefe.

Hago caso omiso de la burla, porque sin duda no he sido la alegría de la huerta en el trayecto hasta aquí, joder, nunca lo soy, y llamo a la puerta por tercera vez.

No sé muy bien cómo reaccionará Melanie ante mi presencia, pero voy a ayudarla un poco y a actuar como si supiera que le va a encantar verme. Punto.

Una criada abre la puerta.

—¿Sí?

Me recorre con la vista de arriba abajo como si no pudiera evitarlo y, a continuación, escucho una voz parecida a la de Melanie:

—¿Quién es, María?

—Gracias, ya me apaño.

Entro en la casa y me dirijo hacia el sonido, e irrumpo en el comedor sin problemas.

El padre de Melanie se levanta de la silla, sorprendido, pero no alarmado. Las canas cubren toda la melena de una cara en la que hay una sonrisa perenne. La madre de Melanie, a diferencia del padre, permanece sentada y con los ojos muy abiertos; es una mujer preciosa con una expresión sensible y pálida y con unos ojos casi del mismo tono que los de Melanie.

—¿Melanie? —pregunta su padre.

Paso la vista por su cuerpo y, cuando nuestros ojos se encuentran, veo que se tira de un mechón de pelo suelto mientras busca nerviosa una respuesta. ¿Cómo? ¿Ahora me deja aquí tirado como un idiota? Entre nosotros saltan chispas y noto que mi cuerpo reacciona.

—Señor y señora Meyers —digo a las personas sentadas en la mesa del comedor—. Siento llegar tarde.

—Mamá, papá, este es Greyson. Me acompañó a la boda de Brooke y Remy. Él...

Levanta la cabeza hacia mí en busca de ayuda. Tiene los ojos muy abiertos y le brillan, y, Dios, me vuelve loco. En mi mente aparecen imágenes de ella: de la mujer juguetona, de la sirena sobre mi cama, de la enfermera que me vendó y me besó después; noto que el ardor de mi estómago me traspasa hasta el alma.

—Soy su nuevo novio y es un placer conocerlos —digo en voz baja.

Le doy la mano al padre y le sostengo la mirada. Su madre se lanza hacia mí y casi se desintegra en mis brazos.

—¡Encantada de conocerte!

Me siento de lo más incómodo por la repentina amabilidad que me rodea, así que me libero cuanto antes y me dirijo hacia Melanie. El mero hecho de estar cerca de ella hace que mi cuerpo se cargue de energía. Ahora noto lujuria, lo que es normal.

—No es mi novio; solo es un amigo. —Melanie se ríe e interpreta un papel delante de ellos, con una sonrisa divertida, me mira y dice de broma—: ¿Cambio de planes?

Cojo la silla que está a su lado.

—Eso parece.

Su madre se pone a aplaudir encantada.

—Vaya, ¡tendremos un nuevo miembro para jugar a mímica!

Que. Me. Jodan.

Nunca en mi vida he tenido una comida familiar, ni siquiera cuando estaba con mi madre. Nunca con mis padres a la mesa. Yo no como en una mesa. No me junto con familias en sus casas.

No sé por qué he venido.

Mierda. Claro que lo sé.

Está marcada en mi lista, pero ella es la que me ha marcado a mí. Culpabilidad, una emoción con la que no estoy familiarizado, se instala en mi mente cuando sus padres empiezan a enumerar todos los talentos de Melanie. Supongo que parezco un chico decente. Bueno, más que decente. Piensan que, si le gusto, me la merezco. Joder, eso duele.

—Greyson King, *mmm...* Estoy pensando en gente con el apellido King

que conozca. —Su padre se frota la barbilla—. Al fin y al cabo, estamos en el condado de King. ¿Tiene alguna relación con el canal de televisión King-5?

—No, no soy de aquí.

—Greyson, quiero decir que nuestra pequeña saltamontes no solo es una decoradora increíble, sino que también hace un helado casero perfecto porque Lucas y yo tuvimos una pequeña heladería. ¡La chica sabe cocinar!

—Solo cuando me obligan —dice ella con una sonrisa.

Que me jodan de nuevo, pero es que es adorable, en parte vulnerable y en parte juguetona.

Me pone cachondo.

Empalmado.

Posesivo.

Protector.

¿Qué coño me pasa?

—¿Y cómo os conocisteis? —pregunta su madre.

Melanie suspira.

—Salvó mi coche de la lluvia un día.

Los ojos de su madre se agrandan.

—¿El día que te pilló la lluvia? —insiste su madre, como si ya hubieran hablado de la noche en que nos conocimos.

Melanie se sonroja, ¿cómo podía perderme que las mejillas se le pusieran rojas como tomates? El ardor de mi estómago crece todavía más al darme cuenta de que le ha hablado de mí a su madre.

—Greyson, espero que no pienses que estamos siendo demasiado entusiastas, pero Mel nunca ha traído a ningún chico a casa en veinticinco años. Ni siquiera a un amigo.

—Veinticuatro —corrige la princesa.

—En poco más de un mes serán veinticinco —dice su madre, que pone los ojos en blanco y luego me mira a través de las pestañas—. ¡Estamos impacientes por ver lo que tiene planeado!

Por primera vez veo que a mi chica fiestera le faltan las palabras.

—Creo que este año voy a pasar, está todo muy caro.

—Tonterías. ¡Son veinticinco de los grandes! —dice su padre.

El silencio de Melanie está cargado de una pena palpable. De repente, me fijo en que los tres la miramos mientras que ella tiene la vista baja hacia el plato y se muerde el labio. Se me contraen los dedos y un rayo de preocupación me golpea al darme cuenta de que está triste, y a ese sentimiento le sigue la decisión de mejorar la situación.

Dios, ella ilumina la habitación. Cuando está triste es como si una luz se acabara de apagar. Ya vivo bastante en la oscuridad y preferiría estar condenado antes que dejar que se apague su luz.

—Está bien, ¡hora de la mímica! —Aplaude su padre con un entusiasmo fingido.

Bajo la mesa, le robo a Melanie el tacto de uno de sus muslos y se lo acaricio de arriba abajo con un movimiento lento y reconfortante que nunca antes he usado con ninguna mujer, sin embargo, esto es lo que ella suscita en mí, y me alucina ver que se le sonrojan las mejillas y que sonrío de nuevo, que se ha olvidado de la tristeza. Su sonrisa se me sube directamente a la cabeza como un rayo en dirección contraria.

Debería sentirme como un ladrón, estoy robando este momento que no me pertenece. En vez de eso, es demasiado fácil hacer ver que me pertenece por derecho.

—Saltamontes, ¿qué opinas? ¿Chicos contra chicas? ¿Eh, Greyson?

Pronto Melanie camina de aquí para allí con el cuello estirado, los labios fruncidos, inclinada hacia delante y picoteando el aire. Es *sexy* y divertida, y lo que hace en cierto modo envía litros de sangre directamente hacia mi polla.

Por lo visto, el juego incluye cartas. Los chicos hemos elegido una categoría: animales. Y ahora ella imita a un animal raro.

—Gana el equipo que adivine más —me explica el padre y me da un golpecito en el hombro—. No te preocupes, nuestro pequeño saltamontes nunca acierta; ¡una grulla! —grita de repente.

—¡Sí! —grita ella.

—Tú primero, ¿o prefieres que vaya yo? —me dice el padre.

—Por supuesto, señor. Todavía no me muero de ganas por ponerme en evidencia.

Se ríe y coge una carta y veo que se trata de un oso. Abre los brazos y camina un poco.

—¡Un gorila! —grita Melanie. El padre me sonrío y levanta más los brazos.

—Un semental —grita la señora Meyers.

El señor Meyers me lanza una mirada y levanta las cejas al máximo como queriendo decir: «¿Ves? ¡Estas mujeres no tienen ni idea!».

Sigue actuando, me río entre dientes mientras los veo hasta que me toca a mí. Miro a hurtadillas por la ventana para asegurarme de que no se me ve; si Derek fuera testigo de esto, sería el final de Cero. Se acabaría el respeto a Cero.

Saco una carta y me toca un perro. Me pongo a gruñir y hago lo primero que se me pasa por la cabeza: cojo un cojín y lo mordisqueo por la punta.

—¡Un lobo! —grita la madre.

Lo sujeto entre los dientes y lo sacudo de un lado a otro.

—Vaya —dice su madre.

Melanie se está partiendo de risa y yo me siento como un gilipollas. Joder, quiero que lo adivine; pero que le den al juego, no voy a aullar como un perro.

Dejo caer el cojín y me rindo, y se sujeta la barriga, sin parar de reír, y está de lo más *sexy* cuando se acerca, aparta el cojín y me pasa los dedos por el pelo de forma juguetona. Ahora veo con claridad la dinámica de la familia.

—Mi abuela siempre decía —explica ella, con un mechón de mi pelo entre los dedos— que los que juegan juntos, permanecen juntos.

Toda su vida ha estado protegida. Feliz. Jugando a un juego inocente y divertido. Brilla. Todos ellos brillan. Hacen el ridículo y tonterías y yo nunca en mi vida he querido ser ridículo ni estúpido. Yo mato, extorsiono y estafo a los ridículos y estúpidos.

—¡Quien haga la mejor interpretación se lleva el último trozo de *brownie*!

—Vamos, hijo —me dice el padre tras ese anuncio—, cualquier truco que sepas hacer, ahora es el momento. El *brownie* está de muerte, te lo aseguro.

—Te toca, papá —grita Melanie.

El señor Meyers se pone a hacer un baile ruso, con ruiditos incluidos. Su madre imita de forma realista a un gorila. Melanie me mira, luego se lleva la

mano a la boca y hace el ruido de un burro. Al final, todos me miran a mí.

Joder. ¿En serio?

Vaya puta tontería.

Sin embargo...

Se trata de cómo me mira, con curiosidad, con felicidad. Me transporta al lugar en el que se encuentra y eso me hace estudiar el comedor para ver qué coño puedo hacer. Localizo un jarrón con margaritas sobre la mesa. Son de un rosa intenso; igual que mi princesa.

Cojo un cuchillo de cocina, doy unos pasos hacia atrás, lo lanzo, pasa por su lado y clava el centro de la margarita en la pared.

Silencio.

—¡Dios santo! —grita el padre.

—Ese truco es increíble —grita la madre.

Melanie me trae el trozo de *brownie* mientras suelto la margarita y, cuando me entrega el dulce, yo le doy la flor.

—Un truco interesante —dice y me estudia mientras huele la flor—. ¿Eso te lo enseñan en la academia de seguridad?

—¿A ti te enseñan el lenguaje del burro en la academia de decoración?

—Quiero que se sonroje, y funciona. Ríe.

Mi efecto sobre ella es como el de una droga y se me sube directamente a la cabeza, me marea.

—Ha sido un truco genial —le susurra el padre a la madre. Pero estoy obsesionado con la princesa malhablada que tengo al lado, jadeando y emocionada, juguetona y caliente y llena de promesas de cosas que yo nunca he tenido.

Le ofrezco un poco de *brownie* y le da un mordisco. Me pongo a acariciarle el pelo y cuando levanto la vista, sus padres nos miran con una amplia sonrisa, contentísimos porque su saltamontes por fin ha encontrado a un «amigo».

Y veo, en ese lugar y en ese preciso instante, que eso es lo que el Clandestino me arrebató.

Deudas

Melanie

Follamos antes de que se fuera.

Al salir de la casa de mis padres, me acompañó a mi apartamento y subió conmigo en el ascensor. Al llegar a la puerta, iba a despedirme, pero se me lanzó a los labios, me cogió en brazos y me llevó a la habitación.

Me tiró sobre la cama y me arrancó la ropa; luego se quitó la suya. Me temblaba el cuerpo y me quedé sin aire cuando se dejó caer encima de mí.

Me mantuvo sujeta, con una mano en el hombro y la otra en la cadera, y me folló fuerte. Yo gritaba, me retorció y le arañaba la espalda.

—Mírame.

Lo intenté, gimiendo.

Subió una mano por mi espalda, la pasó por debajo de mi pelo, me sujetó la cabeza y me levantó la cara.

—Di que te encanta —ordenó—. Di que te encanta, joder.

—Me encanta —dije gimiendo.

Estampó la boca contra la mía y me dio el beso de mi vida, el polvo de mi vida. Cuando liberó nuestras bocas, bajó el ritmo y repitió de nuevo, con un tono más ronco:

—Mírame. —Y me llenó hasta el final de carne ardiente y palpitante.

Lo miré y me devolvió la mirada, con codicia, con fuerza, entrando una y otra vez en mi interior. Sin contenerse. Con cada movimiento me indicaba

que lo necesitaba tanto como yo.

El clímax se apoderó de mí como una tormenta. Con cada escalofrío que me recorría el cuerpo, uno más intenso le recorría a él, hasta que los dos estuvimos jadeando y destrozados. Apreté con más fuerza los muslos y los brazos a su alrededor, para mantener su cuerpo firme y pesado contra el mío, para tenerlo un poco más dentro de mí.

No quería soltarlo. Tenía la cara húmeda otra vez por el orgasmo, pero de repente tenía ganas de llorar como una magdalena.

Tengo miedo de lo que me hace sentir y de la realidad de mis circunstancias.

Tengo miedo de deber tanto dinero y de no tener compradores para mi Mustang, y de que cuando se acabe el tiempo tres días después de mi cumpleaños, una docena de matones enfadados llamen a mi puerta, porque entonces nadie podrá ayudarme. Nadie será capaz de pararlos. Ni siquiera él.

No sé qué haré. No sé qué hacer. Pero nadie me hace sentir tan vulnerable emocionalmente, ni tan a salvo físicamente como él cuando me abraza.

El hecho de que viniera al *brunch*, sin esperarlo, me dijo más cosas que todas sus advertencias. Me exhaló en el cuello y nos dio la vuelta para ponernos en una posición más cómoda; yo estaba a su lado y notaba que me inundaban unas emociones extrañas.

No te hagas la necesitada, me digo a mí misma, pero me siento como una impostora.

—Todo lo que han dicho mis padres... no te lo creas. Piensan que soy perfecta, pero solo lo aparento —susurré de todas formas.

Me aparté de él y tiré de las sábanas.

Se sentó en la cama.

—Yo sé bastante de aparentar.

—Mi vida tiene un precio muy elevado y es difícil mantener ese nivel de vida.

Al instante, estiró el brazo y me puso una mano en el hombro y me trazó un círculo en la piel con el pulgar.

—Mi vida también tiene un precio muy elevado, cada día. —Me apartó un mechón suelto de delante de la cara y nuestras miradas se cruzaron—.

Son muchos días intentando encontrarle algún puto sentido.

La revelación me dejó sin aliento, y esperé y esperé y esperé a que siguiera, porque en sus ojos había más cosas, pero se levantó y recogió su ropa.

—Me alegro de ser bien recibido aquí, Melanie —dijo y me dedicó una de sus muchas sonrisas triunfales.

Cuando empezó a vestirse, me giré hacia la ventana y me abracé el estómago para intentar aligerar el dolor que sentía allí. *Uf*. Odiaba que se fuera otra vez. Odiaba que eso pudiera ser un adiós.

Quería preguntarle si lo volvería a ver, pero antes de que me diera tiempo a preguntárselo, me dijo desde la puerta:

—Cuídate, princesa.

—Adiós, Greyson —meforcé a contestar.

¿Cómo es posible saber tan poco de alguien y, a pesar de eso, necesitarlo tanto?

No me ha llamado, pero este lunes por la mañana he recibido una llamada, y con ella, una oferta por mi Mustang.

—¿Qué opinas? ¿Es una buena oferta? —pregunto a Pandora mientras nos instalamos en la oficina.

Su respuesta es preguntarme por qué vendo el coche.

Joder. Intento pensar en cualquier cosa; pero no puedo decirle la verdad, que necesito el dinero y que es probable que tenga que vender todo excepto la camiseta que llevo puesta, e incluso así los números quizá no salgan; pero eso no se lo puedo decir.

—Es poco práctico.

—Tía, estás hecha para las cosas poco prácticas.

—¡Se inundó! Ahora hace ruiditos.

—Qué adorable que digas eso ahora que tú también los haces.

—*Uf*, eres imposible.

—Melanie... deja de comprar mierdas varias y entonces no tendrás que vender el coche. ¿Ves esta camiseta? Yo hago una cosa que se llama lavarla tres veces a la semana. Con un par de estas me llega. ¿Ves estas botas? Son mi distintivo. No necesito más pares de zapatos.

—No se trata de un problema de compras; el problema es de otro tipo.

—¿A qué te refieres? ¿A una adicción? —Frunce el ceño con preocupación.

—Quiero venderlo y ya está —balbuceo.

—¿Quieres venderlo o necesitas venderlo? —De repente, unos ojos oscuros y perspicaces me interrogan en silencio—. Tengo una idea. Vende el collar que te regaló tu novio.

—¡Uy! ¡Qué va! —Sacudo la mano para alejar esa idea y me pongo seria—. Quiero vender mi coche y necesito tu ayuda. ¿Es una buena oferta, Pan?

—Soy una simple decoradora como tú, no tengo ni puta idea de coches. Pregúntale a tu padre. Joder, pregúntale a tu querido novio.

—¿Sabes qué? ¡Eso haré! Le voy a preguntar ahora mismo. Estará encantado de saber de mí. —Saco el móvil—. Incluso vino al *brunch*.

—Vaya, lo llevaste a rastras a casa de tus padres. En serio... —dice Pandora y chasquea la lengua a modo de advertencia.

—Joder, vete a la mierda, Maléfica —grito enfadada y le doy con el nuevo cojín tapizado de un cliente cuya calidad estaba revisando.

No le voy a contar una mierda nunca más.

Ni le voy a explicar las complejidades de dos personas solteras que... ¿Que hacen qué exactamente?

Nos acostamos, eso es lo que hacemos.

Pero no quiero que lo nuestro sea solo sexo.

No sé cuántos secretos guarda Greyson, pero tiene una habitación secreta, y se niega a hablar por teléfono cerca de mí, lo que es raro. De todas formas, yo también tengo un secreto, así que no es del todo justo que me sienta de este modo. Me encantaría decírselo, solo a él. Pero, al mismo tiempo, rezo porque sea el último en enterarse.

¿Cómo explicarle a un chico con el que estás saliendo o acostándote o lo que sea, un chico cuyo respeto y admiración quieres, que le pediste (bueno, que suplicaste) más tiempo a un grupo de matones porque les debes más dinero del que pensabas que tenías? ¿Cómo decirle que me levantaron la falda y que me dijeron que me convertirían en una ampliación de sus penes si no pagaba a tiempo?

Me entran ganas de vomitar al recordar la noche en el callejón. Nunca podría contarle eso a nadie en voz alta.

Reviso mis mensajes de texto. Es la última persona que me escribió. Hace siglos, cuando estuvo en mi apartamento y le pregunté quién vendría de visita y me dijo «Yo».

Me digo que no quiero pasar otra vez por los juegucitos de adivinanzas. Si me quiere, me quiere, ¿no?

Pero me preocupa mi regla fundamental sobre los mensajes. Hoy en día las relaciones son mucho más equitativas.

Inspiro poco a poco y le escribo:

«¿Estarás por la ciudad este fin de semana?».

Para mi sorpresa, contesta al momento.

«Sí».

El corazón me late con fuerza. Le escribo de nuevo.

«¿Algún plan?».

«Tenía planeado contemplar a mi princesa».

Aaaah. Me encanta.

«Tu princesa quiere prepararte la cena. ¿Vendrás?».

«Claro. Corriendo. Y tú también te correrás».

Sonríó encantada. Menudo sinvergüenza.

«¿Viernes a las ocho?».

No puedo estar más feliz cuando se lo cuento a Pandora.

—Este fin de semana viene a la ciudad solo para verme —exagero.

—Bien por ti —dice aburrída.

Durante la semana, me dedico al trabajo y subasto algunas pertenencias personales a eBay para conseguir dinero rápido. De repente, mi armario parece enorme desde que me he quedado solo con un par de zapatillas deportivas, un par de zapatos de salón, un par de sandalias, un par de botas Ugg y un par de botas de lluvia. También he reducido hasta quedarme con solo tres pantalones de vestir, dos vaqueros, un pequeño surtido de camisetas y jerséis, y los vestidos más básicos. Me ha costado muchísimo deshacerme de los accesorios, pero me he quedado con los más coloridos para asegurarme de que podría seguir llevando tres colores cada día, aunque los

toques de color salieran sobre todo de mis accesorios.

El viernes por la tarde derrocho el dinero en Whole Foods, porque no voy a cocinar nada barato para Greyson; no podría. Así que llego a casa con una bolsa de papel marrón llena de alimentos sanos y frescos, me pongo el único delantal que he conservado (uno amarillo con volantes de la marca Anthropologie) y le preparo una cena casera porque me parece algo bonito para decirle «bienvenido a casa».

En cuanto al menú, he optado por una ensalada de rúcula y pera con queso de cabra y una vinagreta ligera, mi pasta al pesto especial, una hogaza de pan casero y, de postre, tartitas de manzana espolvoreadas con canela.

Cocinar siempre me ha ayudado a pensar. Esta vez, mientras corto y preparo la comida, pienso en cómo poco a poco empiezo a reconocer mis propias necesidades como mujer, necesidades que nunca me había dado cuenta de que no se cubrían al acostarme con una docena de tíos diferentes, necesidades que era imposible cubrir hasta que no hubiera una conexión real (escalofriante, potente, inexplicable) con alguien. Con quien menos te lo esperarías. La cara de Greyson me obsesiona: seria, sonriente, pensativa. No puedo dejar de recordar y repetir sus diferentes sonrisas. La maliciosa, la sensual, la indulgente, la dormida, la plana que le dirige a Pandora, y esa que casi le aparece, pero al final no, como si no se permitiera caer en la tentación...

Esa es la que más me gusta.

Porque noto que la fuerza a salir incluso cuando no quiere, como si me cediera algo que no tuviera planeado darme.

—Algo huele muy bien por aquí y apuesto a que eres tú.

Se me dispara el pulso cuando reconozco la suave y cariñosa voz de detrás de mí. Greyson ha conseguido entrar de alguna manera y me ha pillado desprevenida. No ha hecho ningún ruido y ahora me rodea la cintura con el brazo y me da vueltas. Tengo junto a mí más de metro ochenta de chico malo con los labios a tan solo un milímetro de los míos. Los sentidos me fallan mientras absorbo su cercanía y le recorro los brazos musculosos con las manos en una exploración rápida y ávida.

—Eh —digo con la voz entrecortada—. Yo...

Me besa durante un minuto entero.

Minuto y medio.

Nuestros labios se mueven, se funden, y noto que me fallan las rodillas porque sus besos son mejor que cualquier otra cosa que haya tenido. Y ahora soy incapaz de pensar o de hablar y apenas me aguanto en pie. Se aparta y noto que me ruborizo por su calurosa estima.

—Esto me gusta —susurra y me señala el delantal, y la luz de alegría en sus ojos me hace sentir como si acabara de ganar Masterchef; y ni siquiera ha probado mi comida todavía.

—Te gustará más cuando descubras que mi intención es darte el postre yo misma —susurro. Su mente sucia parece que saca lo mejor de él, porque se le ve ansioso al instante. Me río y le animo para que se siente en uno de los dos taburetes al final de la isla de la cocina—. No es lo que piensas, ¡es comida de verdad!

—¿Me vas a privar de esto? —Tira del cordón del delantal.

—Quizá no, si te comes todo como un buen chico.

Suelta una risita; un sonido completo y rico; su risa es devastadora y se apodera de mi cerebro.

—Te gusta más que sea malo —señala.

Reprimo una sonrisa, saco el plato de pasta con un guante y soy consciente de que observa que debajo del delantal solo llevo un vestido corto; quizás incluso vea que no llevo medias. Pensar eso me hace estremecerme.

Se produce un silencio y un crujido del taburete cuando se reclina hacia atrás, se saca los zapatos, se frota la barbilla mientras me observa moverme por la cocina y me habla con un tono confuso y casi divertido que se añade a su habitual voz ronca:

—Me sigo preguntando a todas horas qué haces. —Hace una pausa; luego baja la voz y dice con un tono más intenso que nunca—: ¿Me has echado de menos?

—¿Qué pregunta es esa?

Me dedica una sonrisa pícara.

—Una pregunta cuya respuesta quiero saber.

Le devuelvo la sonrisa mientras nos sirvo la comida, y cuando le pongo la ensalada y la pasta, me rodea la muñeca con una mano desnuda.

—¿Sí o no?

Nuestras miradas se cruzan y poco a poco prende un fuego cada vez más intenso en mi interior cuando me masajea la muñeca con el pulgar.

—¿Sí o no? —insiste, en voz baja.

—Sí —susurro. Le paso la mano que tengo libre por la barbilla y me inclino de forma impulsiva sobre su mejilla para besarla. Además, le murmuro al oído—: Mucho.

Me mira como un depredador mientras voy a sentarme a mi taburete al otro lado de la isla.

Nos sonreímos el uno al otro, con una de esas sonrisas que parecen alargar nuestros labios de forma simultánea; desde que nos conocimos, siempre ha sido así. Al final, me doy cuenta de que ha traído vino y lo observo mientras abre la botella, busca unas copas en el armario y vuelve para servirme una copa a mí y otra para él.

Brindamos, sonriendo, y antes de beber murmura:

—Por ti, princesa.

—No, por ti —replico y doy un sorbo.

—Te gusta llevarme la contraria, ¿verdad? —susurra mientras le da vueltas a la copa y la huele.

Me río y, de repente, noto que soy lo más *sexy* del mundo cuando me pongo a comer. Como si cada movimiento fuera para seducirlo, excitarlo y alegrarlo.

Ni siquiera se le escapa mi respiración.

Noto que me mira los dedos, los brazos desnudos, los hombros desnudos, los labios. Clavo el tenedor en la ensalada y observo cómo arranca un trozo de pan y se lo lleva a la boca. Bebemos en silencio, mirándonos el uno al otro, saboreando la compañía del otro. La mirada del otro. La energía del otro. Soy una decoradora que cree en el *feng shui*, en el yin y el yang. Nunca había sentido un yang tan claro para mi yin. Nunca.

—¿Te gusta la comida? —pregunto.

—¿Soy el primer hombre para el que cocinas?

Entrecierro los ojos, sorbo un poco de vino tinto para ganar valor, pero no hay cura para los nervios de mi estómago.

—La verdad es que sí. Eres el primero. Así que piensa muy bien tu respuesta —advierdo.

—Cada bocado ha sido tan delicioso como tú.

Sonrío.

—¿En serio? —pregunto insegura, así que reviso sus platos y veo que están limpios como una patena.

Se tira hacia atrás y baja la mirada de mis ojos a mis hombros y luego a mis tetas.

—Estoy listo para el postre.

—Tranquilo, campeón, que no he acabado. Tengo un postre de verdad que no soy yo, ya lo sabes. —Enrollo un poco de pasta en el tenedor con más prisa, me la meto en la boca y me limpio el pesto de las comisuras de los labios con la lengua.

Greyson me mira con atención, y se le ve tan grande, oscuro y *sexy* en mi piso que no me acostumbro a los intensos pinchazos de deseo que me brotan del pecho.

—¿Cómo te ha ido la semana? —pregunta.

Me inundan los sentimientos al recordar todas las noches que me he pasado en la cama más aterrada de lo que me gustaría y más sola que nunca. Quizá sea porque ahora sé con quién quiero estar. Quizá sea porque me siento vulnerable y asustada.

—En realidad, bien —miento—. Te quería preguntar una cosa. He recibido una oferta por mi coche.

—¿Vendes el coche?

Lo miro desesperada y veo que, de repente, se le han tensado los labios.

—Sí, lo vendo. —Me levanto y le recojo los platos vacíos mientras le digo cuánto me han ofrecido—. ¿Crees que es una cantidad adecuada?

Permanece en silencio mientras llevo los platos hasta el fregadero, y me sigue con la vista mientras me pregunta:

—¿Por qué lo vendes?

No puedo evitar notar que no solo parece un poco curioso. Parece empeñado en saberlo.

Así que intento restarle importancia e incluso me encojo de hombros mientras le doy mi explicación.

—Le he echado el ojo a otra cosa.

Levanta una ceja, luego la otra, y luego formula una pregunta muy

inteligente y directa.

—¿Otro coche?

No se lo ha tragado.

Me estrujo el cerebro en busca de una respuesta lo más alejada de la realidad que se me ocurra, pero habla de nuevo y suspira como si lo cansara.

—Te están timando. No vendas tu puto coche, princesa, no por esa cifra, ni por ninguna.

—¿Por qué?

—Porque —dice con firmeza— lo necesitas.

—Para ir a la oficina no lo necesito —replico con suavidad—, y si quiero salir los fines de semana puedo acoplarme al coche de algún amigo. —Como me sigue mirando disgustado, empiezo a sospechar—. ¿Por qué eres tan protector con mi coche, Greyson? —Tras un silencio interesante, durante el cual se me derrite el corazón en el pecho, contesto por él—. Porque gracias a ese puto coche me acosté contigo.

Encoge un hombro enfadado.

—Ese coche eres tú. No encaja con nadie más.

Me noto mareada al pensar que podría querer proteger el lugar donde nos conocimos, pero también triste por no poder explicarle que, aunque estoy muy unida a ese coche, lo estoy más a mí misma.

—La compradora es una chica de dieciocho años, se divertirá con él tanto como yo.

Cuando vuelve a hablar, su voz transmite una fuerza única, casi como si fuera una orden.

—Nadie en la vida puede divertirse tanto como tú. Tú eres la diversión, Melanie; y la vida. Igual que ese pequeño, dulce y peculiar Mustang.

Levanto una mano para reprimir la risita nerviosa porque se está poniendo muy adorable y protector, y cuando frunce el ceño, digo:

—Creo que es adorable, Greyson.

—Esa palabra no va conmigo, princesa.

—Es adorable. Eres adorable.

Se levanta como si me fuera a hacer pagar por eso. Corro hasta mi habitación, riendo, y digo desde la puerta:

—Greyson, sé que esto te romperá ese tierno corazoncito que tienes, pero

necesito vender el coche. Pediré mil más. ¿Qué opinas? Dios, hasta el ceño fruncido que pones es adorable.

Echa la cabeza hacia atrás y ríe en un sonido rico y profundo, y cuando me doy cuenta de que nunca se enterará de lo nefastas que son mis circunstancias, me excuso y voy a la habitación un momento para llamar a la chica interesada y le pido mil más.

Ella me dice que hablará con su padre y que ya me dirá algo. Al salir, Greyson está de pie con los brazos cruzados, y me mira con esa mirada que ponen los hombres cuando no tienen ni idea de qué hacer contigo.

—He hecho una contraoferta —explico y vuelvo a pensar en la palabra «adorable» cuando se pasa una mano por el pelo, frustrado.

—*Uf*, princesa. En serio. No me puedo ni... —Sacude la cabeza con una frustración evidente.

—Greyson, ¡da igual! —grito—. Aunque me quede sin coche, siempre serás nuestro héroe; ya lo sabes.

Su irascibilidad se siente en la habitación como si fuera un tornado y, ansiosa por calmarlo, me acerco a él y le paso la mano por el pelo despeinado mientras intento ponérselo bien de nuevo, y me encanta su suavidad; parece lo único suave de su dura cabeza. Gruñe y me agarra por la cintura, y me sorprende al bajar la cabeza y colocar la nariz entre mis tetas y ponerse a besarme el escote con una ternura feroz.

—Si no me ibas a escuchar —murmura con la voz amortiguada por el delantal—, ¿por qué me has preguntado?

—Me gusta saber tu opinión.

—Muéstrame que te gusta demostrando que me escuchas, Melanie.

—Lo siento —susurro y le despeino de broma para intentar alegrarlo. Soy una persona a la que le gusta complacer y no soporto su descontento. De él, no—. Te lo compensaré.

—*Mmm*. —De repente, los ojos le brillan como antorchas—. Compénsame diciéndome cómo te gustaría pasar tu vigésimo quinto cumpleaños —propone.

Hay un momento de vacilación entre los dos. ¿Qué diría si le contara que querría pasar el día con él? ¿Sin hacer nada más que estar con él? ¿Que quiero que me cuente cosas sobre su vida y su familia? ¿Que solo quiero estar con él porque últimamente es cuando me siento más feliz?

Me libero de su agarre haciendo palanca y le obligo a sentarse en su sitio. A continuación, traigo la tarta de manzana con canela y salto para sentarme sobre la encimera de la isla justo frente a él. Uso el regazo como mesa, apoyo los pies descalzos en sus muslos y levanto la cuchara para darle el postre.

—¿Dónde pasaste tu vigésimo quinto cumpleaños? —pregunto y le meto en la boca un poco de tarta con la cuchara.

Se come todas las cucharadas que le doy, y la escena no es tan caliente y *sexy* como había imaginado; lo es diez veces más. Por sus ojos, por su manera de mirarme al darle de comer como si fuera un depredador esperando a que llegue la comida de verdad.

—Es probable que estuviera borracho. En ningún sitio memorable. ¿También te has hecho una trenza mientras cocinabas? —pregunta con brusquedad, y tira de ella mientras le doy otra cucharada.

Algo muy íntimo estalla entre los dos. A cada segundo que pasa me abre el corazón y el alma, y no hay nada que frene el torrente de sentimientos que se apoderan de mí. Nostalgia, ternura, deseo, ansia, necesidad, miedo, felicidad.

—Es para mantener el pelo en la cabeza y fuera de los platos —contesto.

—*Aaah* —dice, y parpadea cuando le doy otra cucharada llena de tarta.

Ver cómo acoge la cuchara con la lengua y la recorre por su superficie provoca a todos mis sentidos. Una sensación húmeda me recorre los muslos mientras observo cómo cierra los labios alrededor de la cuchara. Cómo saborea la tarta y me mira mientras se la come, con unos ojos brillantes y hambrientos, como los de un capullo que sabe que estoy cachonda y lista para él. Me estoy cociendo por dentro igual que el horno ha cocido la tarta. Cuando se come el último pedazo, tira de la punta de mi trenza y me la pasa por debajo de la barbilla, luego me acaricia el cuello y después... el escote.

Una oleada de calor se me acumula entre las piernas; mi sexo está ansioso por sentirlo dentro de nuevo. ¿Por qué todo lo que hace es tan *sexy*? El corazón me va a mil y el cerebro me grita: «¡Tócalo! ¡Bésalo! ¡Móntate encima de él y siéntelo, muéstrale que lo quieres! ¡Haz que él también te quiera, como ahora! ¡Haz que quiera quedarse!».

Pero no me muevo porque también me muero por que sea él quien dé el primer paso, lo necesito de verdad. Así que me bajo de la isla de la cocina y

susurro:

—Tengo que limpiar.

Con un quejido inesperado y sordo, me agarra la mano y la lleva hasta su erección, que le late entre las piernas y está más dura que nunca; luego gira la cabeza y me da un beso rápido y estimulante que sabe a canela y a manzana, y a él.

—Princesa, llevo horas así. Horas. Desde que embarqué en el puñetero avión de camino aquí...

—Si llevas así tanto tiempo, puedes darme diez minutos para limpiar esto y así después no tendré que hacer nada más el resto de la noche, solo estar contigo —susurro con voz seductora.

—Cinco minutos —me advierte y río feliz; tiene los ojos empañados por una lujuria cruda e intensa.

—No es una carrera —replico y, en secreto e intencionadamente, empiezo a moverme más despacio para seducirlo. Observa todos y cada uno de mis movimientos, y me hace el amor con la mirada mientras limpio la mesa. De broma, le aparto la mano del culo cuando me lo intenta agarrar. Se ríe entre dientes mientras llevo los platos al fregadero, y ese sonido me afecta tanto que no puedo reprimir las palpitaciones de mi cuerpo, que suplican que quieren sus dedos, sus labios, sus dientes, su lengua. Lleva horas empalmado, pero lo que no sabe es que yo llevo cachonda y ansiosa el mismo tiempo.

Me ayuda a llevar el resto de platos al fregadero, y el gesto, junto con su abrumadora cercanía, me tiene acelerada. Mientras él acaba de recoger la mesa, yo me pongo a lavar, y nuestros dedos se rozan, nuestros cuerpos conectan en muchos puntos, cada uno de los cuales echa chispas a través de las terminaciones nerviosas.

Cuando estoy lavando el último plato, se coloca detrás de mí, como si fuera una pared de ladrillos, y me masajea el culo con la palma de la mano mientras empieza a darme besos en la parte posterior del cuello con descaro.

—Esta noche me siento como en casa después de mucho tiempo, Melanie —dice y detecto trazas de gratitud en su tono de voz.

—¿Ninguna chica te ha cocinado nunca?

Estoy alegre y me doy media vuelta riendo, pero al mirarlo a los ojos se esfuma mi alegría.

Sus ojos denotan mucha seriedad y mucha, pero que mucha ternura.

Su mandíbula parece más cuadrada por la violencia de su anhelo al estirar el brazo para desatarme el delantal de la nuca, y deja que caiga hasta mi cintura mientras deshace el nudo de los lumbares.

—Hace trece años que nadie me cocina —dice, y me saca el aire de los pulmones con lo que veo que le enturbia la mirada. Ansia, pero no solo física, sino un ansia que hay que educar, asumir, aceptar.

Conozco esa ansia porque yo también la tengo.

Me ve como toda la aceptación que siempre ha querido, y me sujeta las manos y me empuja de espaldas hasta la habitación.

El pulso me late con fuerza cuando me mete dentro y me recorre la cara con los pulgares. Al besarme, su beso es tan aterciopelado que me siento capaz de volar. Su cuerpo presiona el mío muy cerca, lo que me llena de deseo. Cierro los ojos cuando mete los dedos en mi trenza y poco a poco me la deshace. Sacudo el pelo y me paso los dedos por el cabello y él también los introduce como si sintiera curiosidad por saber cómo lo hago. Cierro los ojos de nuevo para memorizar cómo usa las manos con ternura y torpeza para desenredarme el pelo.

¿Nunca has querido que alguien te mire y vea solo lo bueno? Eso es lo que me pasa a mí con él. No quiero que vea que a veces soy un desastre por dentro. Estoy haciendo un esfuerzo por ser la novia perfecta y sé que él también está intentando ser el novio perfecto. Supongo que no es justo. Quiero que él solo vea lo bueno de mí, pero yo quiero ver todo de él. Incluso lo malo. Mientras nos besamos un rato, hablamos de recuerdos de su infancia, de su tío Eric, de que fueron a cazar a un rancho en Texas. También hablamos de mis clases de *ballet* de pequeña, de la vergüenza que pasé cuando me caí en mi primera actuación. Esta noche hablamos. Pero quiero saber más, conocer todas y cada una de las piezas que forman su puzle.

No se muerde la lengua y me dice lo que le gusta de mí y lo mucho que me quiere. Sin embargo, quiero saber más, pero nuestros besos se vuelven más intensos, tan intensos que ya no puedo respirar bien. Se ha sacado la camisa y solo lleva los pantalones del traje, y a mí me ha quitado el delantal y me ha dejado solo con el vestido cortísimo.

Le chupo el aro del pezón. Dios, cómo adoro este pezón con *piercing*. El gemido que sigue a mis lametones. Adoro cómo se encoge el otro pezón

cuando lo pellizco con la punta de los dedos.

—Tienes una cicatriz y soy incapaz de imaginarme que te puedan hacer daño —susurro mientras le acaricio con las manos las marcas en su musculoso pecho y me detengo en el corte largo y con relieve de su cicatriz. Valoro mucho las cicatrices. La historia que cuentan, el significado que poseen.

—Mi cicatriz —digo, pero dudo antes de murmurar—. ¿Sabes por qué la tengo? Cuando era pequeña, necesitaba un riñón.

Sorprendida por mi propia revelación, me echo hacia atrás y me rodeo el cuerpo con los brazos en actitud protectora.

—Melanie, ven aquí —ordena con una pizca de una emoción indefinible en los ojos.

Doy un paso hacia él, me baja los tirantes de los hombros y hace bajar el vestido por mi cintura hasta que llega al suelo.

Me siento tan expuesta...

Me miro los pies y noto que me ruborizo de repente. No llevo medias y no me he tapado la cicatriz.

Greyson exhala, un sonido largo y lento que hace mientras contempla mi desnudez; luego me agarra por la cintura con una mano y me acerca a él.

—Princesa, eres simplemente perfecta —dice en una voz baja y ronca.

—¿Sabes que nunca en la vida había hablado con nadie sobre ella? —susurro.

Me toca la cicatriz del hueso de la cadera, la recorre con la suave yema del dedo.

—Veo las pastillas que te tomas para esto cada mañana.

—Son para evitar que mi cuerpo lo rechace. Pero como la donante era mi gemela idéntica, la dosis es menor. Mi cuerpo... lo aceptó casi como si fuera el mío. —De manera impulsiva, me inclino sobre él y poso los labios en el corte más profundo y abrupto que tiene debajo de la caja torácica—. ¿Ahora me explicarás cómo te hiciste esto?

—Hace mucho tiempo... —Me toca el pelo con una mano—, mi hermano... mi hermanastro se metió en una pelea. Tuve que sacarlo de allí y recibí un bonito recuerdo. No es nada.

Subo los labios por la cicatriz hacia su cuello y esos gruesos tendones

que tanto me gustan y la nuez que hace que le retumbe así la voz. Me levanta la cabeza por la barbilla y me mira, con unos ojos ardientes que me rastrean hacia abajo, hacia las tetas, el abdomen, el coño perfectamente depilado, y la forma con la que me mira como si me fotografiara con la mente envía una vertiginosa corriente por todo mi cuerpo.

—Quiero estar dentro de ti, perderme en tu interior.

Su energía es tan caliente y errática como una tormenta de verano y me levanta y me lleva hasta mi cama. Me besa en la oscuridad, sin soltarme la cabeza y alimentando mi boca durante largos y embriagadores minutos.

Luego me toca. Pierdo el aliento con cada tirón en los pezones. Tiene la palma de la mano sobre mi sexo. Gimo por la presión y la curvatura de su boca sobre la mía, y porque su pulgar me recorre la espalda y me mata poco a poco mientras me acaricia el culo.

—Por Dios, Grey —digo con voz entrecortada cuando su mano libre me baja por el abdomen, cada vez más abajo, mientras que su lengua agarra la mía.

Separo las piernas con un suspiro y me las abre; mi piel resbala bajo sus dedos y, de repente, todo desaparece. Mi deuda. Mis sueños. Mi trabajo. Mis cosas por hacer. Todo desaparece menos la boca de Greyson y sus manos en mí, la suave abrasión de su barba de unos días en mi mandíbula. Su respiración va tan deprisa como la mía.

—Hueles tan bien y sabes tan bien... —Noto el calor de su áspero susurro junto a mi boca. Le tiembla el cuerpo con una fuerza desatada. Incluso en la oscuridad veo la belleza pura, cruda y agresiva que hay debajo de su refinamiento. Me encanta cómo se desmorona todo cuando me folla. Cómo va quitando capas de mí hasta que estoy vulnerable y temblando. Cómo va igual de perdido que yo con lo que hace.

—Di algo malo para demostrar que esto no está pasando —susurro.

—Creo que no, todavía no tengo ganas de estropear la noche. —Su áspera voz resuena con lujuria mientras me mira; le brillan los ojos, fieros; se me tragan.

—Fóllame fuerte.

Respiro con dificultad mientras su lengua húmeda da vueltas por mi piel y me mete el dedo corazón en mi sexo, lo que aviva y despierta mis fluidos.

—Húmeda, tensa y lista —dice con voz ronca con un placer evidente,

una risa profunda y gutural, y me introduce dos dedos.

El ansia por él se forma y se enrosca en mis nervios, se enreda en cada uno de mis músculos. El corazón me late con furia en el pecho cuando me chupa un pezón, y cuando me mete los dedos en el coño y en el trasero a la vez, grito.

Lametones ardientes me recorren todo el cuerpo mientras sacudo las caderas hacia sus manos y entierro los dedos en su pelo mientras mi cuerpo se aferra a los dedos que se introducen en él, con miedo a perderlos.

—Di que quieres que te folle, mucho, fuerte y por todos lados —dice, con la cara distorsionada por el placer mientras me observa.

—Quiero que lo hagas, necesito que me folles por todos lados —suplico—. Solo tú. Por favor.

—¿Aquí? —Su cara refleja puro deseo y me acaricia el borde del culo con el pulgar de nuevo y me vuelve a introducir la punta.

Reprimo otro gemido de placer.

—Greyson, quiero hacer esto contigo. —Me paso la lengua por los labios y se me tensa el cuerpo de forma involuntaria, nuestros cuerpos ya brillan por el sudor; estamos muy cachondos—. Ya sabes cuánto quiero hacer esto contigo.

—Nos pondré a los dos al límite, Melanie. Al puto límite, ¿estás lista para ir hasta allí conmigo? —advierte y me roza la oreja con la lengua. Me derrito cuando empieza a arrastrar la boca hacia abajo, me chupa las tetas hasta que me arqueo y jadeo; luego baja la lengua, traza un ardiente sendero alrededor de mi ombligo y llega a mi sexo desnudo—. Primero quiero saborearte hasta que estés lista para explotar, princesa.

Me chupa el clítoris y gimo delirando.

—Por Dios.

—Dios no puede ayudarte, cariño, pero yo sí. —Me sopla sobre el clítoris de la forma más seductora—. Quiero besar este dulce coño, saborearlo, chuparlo. —Lo mordisquea con los dientes y luego me lo chupa con delicadeza. El fuego me fluye por las venas cuando me extiende las manos abiertas por los muslos y me abre más los labios de mi sexo para su lengua.

—Greyson... —grito cuando el placer me estalla por las venas, abro las piernas para que me bese y aprieto las manos que sujetan las sábanas.

En parte me da la sensación de que me recompensa por haber cocinado para él. Pero también parece como si quisiera algo de mí, como si me quisiera a mí. Cada centímetro de mí. Cuando me penetra otra vez con el pulgar, soy incapaz de pensar, solo chilló y maúllo y gimo y suplico, y sacudo las caderas hacia arriba y hacia atrás.

—¿Estás lista para esto, Melanie?

Tiene los ojos dilatados, pero me estudian y evalúan con agudeza.

Cierro los ojos y digo con dificultad:

—¡Sí, por favor!

De lo más profundo del pecho le sale un rugido y se inclina sobre mí. Me pasa la lengua alrededor del clítoris y luego la introduce en mi sexo, sondeando y empujando dentro. Se me abren los sentidos como si fueran compuertas. La punta del pulgar se mete en mi trasero, con más profundidad, y estimula pequeños nervios que no sabía que tenía.

La conmoción resuena en mi cuerpo mientras juega con mi culo, sigue metiéndome el pulgar y con la otra mano mantiene mis caderas abajo y controla el ángulo de los dos, lo cerca que estamos el uno del otro, cómo sus labios le dan placer a mi húmedo y dolorido sexo, cada músculo de mi cuerpo se muere solo por él...

Él.

Él.

Y solo él.

Levanta la cabeza, con los labios húmedos por mí, y es el ser vivo más bonito que he visto nunca.

—Quiero follarte a pelo —murmura y mi mirada se cruza con su fiereza y me mete dos dedos en el coño y los usa para abrírmelo—. Sin condón. Solo tú y yo, Melanie.

¿Sentirlo en mi interior? ¿Piel con piel? ¿Sin nada?

Me duele la garganta y por el cuerpo me corren ríos de lava; asiento con fuerza.

—Siempre he usado protección...

Un destello de algo oscuro e inquietante le ilumina la mirada.

—Yo no soy seguro, princesa, pero estoy limpio y quiero hacerlo contigo a pelo tan pronto como encuentre un laboratorio con el que te lo pueda

demostrar. ¿Algún otro método anticonceptivo interferiría con tu medicación antirrechazo?

—Eh... no, Grey.

—¿Seguro?

La sincera preocupación de sus ojos solo hace que lo necesite mucho más.

—¡Sí! Mi doctor mencionó una vez que podía tomar una pequeña dosis de pastillas anticonceptivas si fuera necesario.

Una fiera determinación le cambia la expresión, como si hacer esto implicara cierto compromiso para los dos. Noto que necesita follarme, follarme con fiereza y de formas que nunca antes ha probado con ninguna chica.

—Ven aquí —dice y me agarra por el pelo—. Quiero besarte duro, pero follarte todavía más duro. —Estampa su boca contra la mía y añade—: Pero lo primero es lo primero.

Gemimos mientras nuestros cuerpos se aplastan de forma natural al besarnos, subo una mano por su cara y se la paso por el pelo suave y espeso, y me oigo susurrar su nombre contra su mandíbula. Tiembla con una fuerza desatada.

—Repítelo.

—Greyson.

—Ahora ponte sobre las rodillas y los codos —susurra con voz áspera.

Dios mío... está pasando de verdad.

Los temblores se apoderan de todo mi cuerpo. No confiaría en ningún hombre más que en él para hacerlo. Nunca había querido hacerlo con ningún hombre. En cambio, quiero que él me folle entera, que me folle por todos los agujeros con la polla, con los dedos, con la lengua. Vuelve a pasar los dedos por mi sexo, para probar primero mi coño y arrastrar los fluidos hasta la hendidura de mis nalgas.

—Cuanto más húmeda estés, con más facilidad podré meterla.

—Estoy muy cachonda. Grey, la forma de mirarme cuando te di de comer ya fueron preliminares suficientes.

—Melanie, mira lo que me provocas. —Me restriega la punta de su gran erección entre las nalgas y me las aprieta para que note la fricción. Siento

cada latido de su enorme pene, lo duro y palpitante que está. Él usa la punta hinchada para esparcir los fluidos de mi sexo hacia mi culo y me provoca con ellos. Me estremezco sobre las rodillas y los codos. Ya me estoy estremeciendo.

—Greyson... —me quejo.

La anticipación me mata, el notar lo tan cerca, pero a la vez tan lejos. Su olor me atonta, mientras que mis ojos no lo pueden ver y se sienten hambrientos.

—*Chsss*, pequeña, tengo más ganas de esto que tú —canturrea detrás de mí y me desliza una mano por la columna vertebral, donde acaricia cada centímetro—. Fantaseo sobre ello. Fantaseo con hacerlo contigo. Con hacértelo.

Oigo que abre un condón y me lamo los labios, con los ojos desenfocados y mirando hacia la pared que tengo delante; mi cuerpo ansía el suyo, mi sexo vibra lleno de celos.

—¿Me dolerá? —Respiro deprisa y de forma superficial cuando me presiona ligeramente la punta dentro del ano.

—Quizá... —se burla mientras me sube con esos dedos largos por la columna de nuevo antes de agarrarme un puñado de pelo y tirar de mi cabeza hacia atrás para susurrarme al oído—. O quizá no. Entre tú y yo no se da nada por sentado. Nada de reglas. Solo lo que queramos y yo quiero cada centímetro de ti, quiero lo que no le has entregado a nadie. Este polvo es mío.

Levanta una mano para apretarme las tetas y me pellizca la punta sensible de los pezones. Me abrasan flechas de placer, y tanto mi sexo como mi trasero se tensan como respuesta.

—Todo tuyo, Grey —digo con la voz entrecortada.

Su ronco susurro de respuesta es como una caricia para mí.

—Puedes apostarte el culo a que lo haré, princesa. No se bromea con un hombre sobre querer una polla larga y gorda en tu encantador y apretado culito sin recibir lo que pides. Relájate, voy a lubricarlo.

Maúllo cuando me mete el pulgar y luego... lo hace algo más gordo, mucho más largo y mucho más duro. Está lubricado y empuja hacia mí.

—Empuja hacia mí, cariño, eso es, joder, qué bien sienta, princesa —arrulla, en voz baja, mientras avanza centímetro a centímetro, y baja una

mano por mi abdomen para acariciarme mi sexo.

—¡Por Dios, Grey! —grito, y me giro y me muerdo mi propio brazo, gimiendo mientras me cede tanto que casi es doloroso, pero es demasiado placentero para ser doloroso y me gusta mucho, porque lo hace poco a poco, porque me acaricia el dolorido clítoris para que esté húmeda y preparada, porque se inclina sobre mí y me roza la nuca con los dientes, como un gesto primario, como un hombre lobo que quisiera morderme.

Nunca me había sentido tan llena, tan excitada ni tan vulnerable emocionalmente. Estoy ansiosa por soltarlo:

—Por favor, Greyson. Muévete. Fóllame.

Me sujeta por las caderas y la saca, y dice algo que me envía una nueva oleada de calor por todo el cuerpo, como si fuera un relámpago:

—Como deseas.

«Como deseas».

Mi película favorita; y lo sabe.

Las palabras, en esa película, tienen un gran significado cuando Westley las susurra. Y él las acaba de susurrar al entregarle mi única fantasía.

En el momento en que empieza un ritmo lento y cuidadoso, me siento emocionalmente desatada y físicamente desarmada. Las lágrimas me corren por la cara, de placer, de felicidad, y del torrente de sensaciones con las que me llena.

Se oye un golpe en la puerta, y, como reacción, el cuerpo se me tensa y se estremece, tiembla y espera mientras me quedo totalmente quieta. Él sigue con su ritmo y sigue empujando, latiendo en mi interior, y cada vez entra y sale con más facilidad. Le tiemblan las manos en mis caderas y noto como nuestros cuerpos se tensan y los pulmones se nos vacían de aire.

—Eh, Romeo, ¡contesta al puto teléfono!

Sea quien sea el que grita al otro lado de la puerta, está chillando al máximo.

Greyson gruñe un poco pero no para, y a mí el pulso me va a mil, el corazón está a punto de estallarme. «Ahora no, por favor».

—¡Eh, Romeo!

Greyson me frota el coño y respira con fuerza junto a mi oreja.

—No voy a contestar a Derek hasta que te corras. No voy a salir hasta

que te retuerzas y te revuelvas, ahora mismo, con un orgasmo. Ahora, ¿qué me dices si te pido que te corras, Melanie?

Gimo mientras su voz *sexy* se me esparce por el cuerpo y eso me produce un placer tan absoluto que me impide respirar, pensar; me siento desvirgada y rota, llena y suya.

—No sé —me quejo.

—¿Qué me dices, princesa?

Sacude las caderas de nuevo, con suavidad, mientras que con dos dedos me frota alrededor del clítoris, y entre gemidos digo «como deseas» y cuando giro la cabeza y me da un beso francés en la boca, lento y excitante, me corro con más intensidad que nunca, se hace añicos cada parte de mí, el cuerpo, la mente, el alma, el corazón, y estoy llorando en silencio cuando noto que da una potente sacudida dentro de mí. Aprieta con fuerza un brazo alrededor de mi cintura y me engancha a su cuerpo, mientras exhala con fuerza al correrse conmigo.

Cuando se ha acabado, nos quedamos quietos.

La almohada está húmeda y lloro en voz baja. Greyson late, vivo, en mi interior, y no quiero perderlo. Sigue dentro de mí. Latiendo de una forma deliciosa, todavía duro. Gruño cuando la saca y se queda boca arriba, y estira el brazo para cogerme la cara y buscar cualquier señal de desagrado en ella.

—Esas lágrimas son buenas o malas. ¿Buenas o malas, pequeña?

—Buenas —digo con voz ronca y froto la mejilla contra su palma para secarla—. ¿También ha estado bien para ti?

—Dios, decir que ha estado bien es quedarse corto —dice con ternura. Atrapa el resto de mis lágrimas con los labios, tiene los ojos cristalinos, y luego me besa la nariz y la boca, como una muestra de agradecimiento masculino por lo que acabo de dejarle hacer. Por lo que hemos hecho, juntos.

Estoy temblando un poco.

—Quédate aquí, princesa —murmura. Se levanta para quitarse del condón y limpiar, luego vuelve y me abraza, me aparta el pelo detrás de las orejas y mece mi cuerpo con el suyo—. ¿Ha estado a la altura de como te lo habías imaginado?

Tengo el pecho que parece que me va a explotar.

—Ni en mis sueños más salvajes me había imaginado a un chico como tú

o lo que me haces sentir.

—Princesa, la mierda que hay entre nosotros no es normal. —Aprieta los labios con seriedad un instante y se le oscurecen los ojos—. Que a veces invadas mis pensamientos no me conviene demasiado, Melanie. En mi profesión, las distracciones no son buenas.

—¿Eso es lo que soy para ti?

—¿Una distracción? Eres mi puta obsesión, ya ni siquiera una fantasía. Serás la que acabe conmigo, princesa, y ahora ya me importa una mierda. Solo quiero no ser el que acabe contigo.

Unos ojos fieros y brillantes me miran fijamente mientras proceso sus palabras.

Alguien golpea de nuevo en la puerta.

—¡Eh, jefe! Código 104. Repito: ¡uno, cero, cuatro!

Aprieta la mandíbula al reconocer lo que significa, luego se levanta con un gruñido de rabia y le da un puñetazo a la pared.

Trago saliva y me pongo boca arriba, me pesa el pecho mientras intento recuperarme.

—¿Es Derek? ¿Está borracho?

Greyson recoge sus cosas y esta vez pega un grito de frustración y le da otro puñetazo a la pared al pasar.

Al salir del lavabo se pone los pantalones de vestir y una camisa blanca e impecable que no se molesta en abotonarse mientras se dirige a la puerta. La cierra de un portazo y yo me quedo ahí tirada, temblando y respirando con fuerza.

Lo que hemos hecho ha sido...

¡Por Dios!

Salgo de la cama de un salto y voy al lavabo, me limpio, me echo un poco de agua en la cara y me pongo algo cómodo. Una camiseta de manga corta que saco cuando paso mis peores días.

Parece que mi sexto sentido está bien.

Grey vuelve, me agarra la frente y me da un beso rápido ahí, luego me mira con esos ojos cristalinos, color avellana, cálidos y de disculpa, mientras me besa los párpados.

—Vete a dormir, volveré tan pronto como pueda. Derek estará por aquí

por si necesitas algo. Te llevará a cualquier sitio y te vigilará por mí.

Creo que hago un gesto de indiferencia con la cabeza, pero cuando se va, ahogo un grito con la almohada porque se nos ha fastidiado la noche.

No tengo hambre, pero como por ansiedad, así que me tomo unos cereales y luego miro la televisión mientras intento calmar mis sentidos, que están acelerados. Reorganizo los cajones. Incluso me paro a cerrar todos los pestillos de las ventanas y puertas cuando empieza a crecer en mi interior un miedo ya familiar. Es tarde cuando me quedo dormida en la cama esperando a que vuelva.

Sin embargo, por la mañana Greyson llama para decir que tiene que encargarse de algunas cosas y que no volverá pronto.

Pandora disfruta al máximo con esto; debería habérmelo pensado mejor antes de acudir deprimida a la oficina.

—Se va por una emergencia sin especificar —me dice mientras vamos caminando al trabajo con nuestros cafés de Starbucks—, te regala diamantes en lo que sería una segunda cita. ¿Quién hace eso? Los tíos que tienen queridas, sin duda. Tíos que no pueden pasear con libertad por la ciudad con sus novias porque entonces se enterarían sus mujeres.

—Vaya, sí que estás amargada, tía.

—¡Imagínate que es así! Has tenido sexo anal con ese tío.

—Y no lo cambiaría por nada del mundo. —Le doy un sorbo al café y está tan caliente que casi me quemo los labios y tengo que soplar por el agujerito—. Mira, tuvo que salir, pero volverá. Estoy segura.

—¿Cuándo? Tu cumpleaños es este fin de semana.

—¿Y? A quién le importa mi cumpleaños cuando... —Bajo la voz y susurro—: es el chico perfecto. Es tan perfecto que cuando estoy con él tengo ganas de pellizcarme el brazo para ver si es real. Sin embargo, en todo este tiempo, Pandora, no te has alegrado por mí ni una vez. ¿Por qué? ¿Por qué eres tan aguafiestas?

Pandora se detiene en medio de la acera y me mira boquiabierta. Eso me hace retroceder y plantarme a su lado para explicarme.

—Has dicho todo lo malo que se te ha ocurrido y más —le recuerdo—. Quieres que te cuente las cosas y quiero hacerlo, pero ¿sabes qué? Lo único que consigues es que no quiera contarte nada porque me juzgas y lo haces con dureza, Pandora. A nadie le gusta rodearse de gente como tú.

Parpadea, frunce el ceño y se echa a caminar de nuevo, con la cabeza baja.

—Lo siento, no soy Brooke —dice con tono de disculpa.

—No quiero que seas Brooke, quiero que te alegres por mí —aclaro—. O, al menos, que seas la mitad de mala.

—Mentira, quieres que sea como Brooke y ¿sabes qué? —Se detiene y me agarra del brazo para que me pare, y me mira con unos ojos que le brillan con fiereza y determinación—. Siento no poder ser como tu mejor amiga de toda la vida, pero se ha ido, Mel. Así que escríbele todo lo que quieras y espera dos horas a que te conteste porque está demasiado ocupada con un hombre de verdad y un bebé de verdad y una vida de verdad. Ahora mismo soy la única amiga de verdad que tienes y me preocupo por ti.

—Gracias por preocuparte por mí, pero lo que dices me duele y no te das cuenta. Le hace daño a mi optimismo. Jode todas las esperanzas que tengo en nosotros, en él y en mí. ¿Sabías que me siento fatal cada lunes cuando se va? ¿Lo sabías? Me entra esa paranoia de que no volveré a verlo nunca y cada lunes en la oficina lo único que consigues es que me sienta peor. Como si no mereciera la pena que volviera. —Espero su respuesta, pero no dice nada, así que continúo—. Entiendo de lo que me intentas proteger, pero ya es demasiado tarde, Pan. Ya me estoy ena...

—Mierda, ¡no digas eso! No caigas.

Me paso los dedos por el pelo y estoy a punto de arrancármelo.

—Dios, por favor, por tu propia salud, ¡dime el nombre del chico que te hizo ser así! —suplico.

Duda y frunce el ceño hacia la acera un instante.

—Búscalo en el libro *Guinness de los récords* como el «Mayor capullo del mundo» —masculla.

—¡Solo dime su nombre para que podamos hacerle un muñequito de vudú o algo! —grito.

Gime y se agarra el estómago.

—No puedo, no puedo decir su nombre.

—¿Por qué?

—Porque está por todas partes y me vuelve loca. ¡Loca! Nunca lo diré. Jamás.

—Pan —digo con dulzura, pero meneo la cabeza.

—Mira, siento arruinarte las fantasías, pero estoy siendo realista mientras que tú vas a mil por hora, Melanie. Conoces al chico y te regala joyas. Te dice que su chófer está aquí para lo que necesites y el tío te sigue. —Señala hacia Derek, que rodea el edificio con el coche—. Tenéis sexo pervertido e increíble, luego desaparece. ¿Y no te preguntas nada? ¿Esperas sumisa una llamada? ¿Dónde está la Melanie que conozco? La Melanie que conozco es un culo inquieto y no aceptaría órdenes de un tío que acaba de conocer. Tu cumpleaños es en dos días. Por primera vez en tu vida, no tienes nada planeado, tienes que celebrarlo. Punto.

—Este año voy a ahorrar, ¿vale? El año que viene ya tiraré la casa por la ventana, pero este año no, así que deja de chinchar.

Las dos nos quedamos en silencio por el enfado mientras subimos en el ascensor y nos dirigimos a nuestras mesas, y es entonces cuando Pandora me informa en su típico tono monótono:

—Revisa tus mensajes. Tu mejor amiga no está contenta con que no haya celebración. Nos acaba de enviar billetes.

—¿Qué? —Confundida, saco el móvil y veo el mensaje de Brooke.

«¡Mel! Ven a Denver. Cumplés veinticinco años y quiero verte, así que Pete se ha encargado de comprar billetes para Pandora y para ti».

Me quedo sin aliento, luego parpadeo tres veces y doy vueltas con la silla hasta que me quedo mirando a Pandora. Tiene una sonrisita en la cara, lo más próximo a una sonrisa que consigue.

—Brooke nos ha comprado billetes. ¡Billetes de avión! ¡Vamos a ver a Brooke! —grito.

—Sí —dice Pandora, asintiendo y asintiendo.

Con una sonrisa, contesto a Brooke:

Yo: «¡Hostiaaa putaaa! ¡Gracias! ¡Te echo mucho de menos!».

Brooke: «Echo de menos a mi mejor amiga y Pandora me contó que tienes problemas de amores».

Yo: «Más o menos L. Estoy muy confundida y muy enganchada a él y preocupada porque él no. ¡Necesito a mi mejor amiga! Me muero de ganas de verte».

Aparto el móvil y sonrío a Pandora.

—Sí, ya lo sé, me quieres con locura —masculla.

—Bueno, pues sí —digo—. Os adoro a ti y a Brooke. ¿Veremos una pelea?

—¡Por supuesto, boba! ¿Quién crees que nos ha pagado los billetes?

Sonrío por eso, vuelvo a mi ordenador y me toco el collar de diamantes distraída, y, de repente, el tacto de los diamantes de Greyson en los dedos hace que el corazón se me retuerza con un nuevo sufrimiento. Una esperanza salvaje y descarada me araña las entrañas cuando sus palabras regresan para mofarse de mí y torturarme.

«Melanie, cuando esperes mi llamada, mira estas piedras y ten por seguro que esa llamada sonará».

Más

Greyson

Estoy que echo humo por dentro mientras miro a mi hermanastro Wyatt.

Ni siquiera debería estar aquí. Tengo cosas mejores que hacer que ser su niñera, y pensar que he acabado conduciendo por la ciudad durante veinticuatro horas con C. C. en busca de mi hermano «perdido», en vez de pasar el fin de semana en Seattle, me da ganas de pegar a algo.

Piso el freno, aparco el todoterreno, me giro y estampo el puño en la cara de Wyatt.

—¡Au! —grita.

Entonces salgo y rodeo el coche para sacarlo del vehículo y lo llevo a empujones hasta el viejo bar convertido en almacén donde esta noche se celebrarán las peleas del Clandestino.

—No puedes juntarte con nuestros luchadores, y mucho menos con ese hijo de puta retorcido de Escorpión. —Bramo mientras C. C. sale del asiento del copiloto y nos sigue—. No puede haber amistad entre ellos y nosotros; solo trabajo. ¿Me entiendes, Wyatt?

—Lo que entiendo es que eres un puto capullo, Grey —dice y se limpia la sangre de la nariz.

—No llevo un instituto. O captas lo esencial de las cosas o te vas. C. C. no te salvará más el puto culo y yo tampoco. Tengo otras cosas que hacer.

—Sí, ¿por qué no hablamos un poco sobre eso, ya que estás de peor humor que una tía con la regla? —Sonríe con suficiencia—. Venga, cómo se

llama, ¿eh?

Lo agarro por la camisa y lo levanto para que nuestros ojos estén al mismo nivel; tengo la paciencia al límite.

—¡No puedes darle una paliza al hijo del jefe de la policía por una puta pelea de gallos! Estaba borracho, igual que tú, y Escorpión estaba muy colocado. Aquí nos ocupamos de algo mucho más grande, Wyatt, y nos vas a exponer a todos.

Lo suelto y abro la puerta de un tirón mientras que Wyatt entra como un torbellino.

—Los gallos ni siquiera eran míos, solo ayudaba a sujetarles las navajas en las garras.

—Eso es asqueroso, Wyatt —dice C. C. cuando entramos.

—A nadie le importa una mierda lo que piensas, C. C. —grita Wyatt.

Miro a mi hermanastro machacado, temerario y negligente. Si no fuera porque C. C. le salvó el culo los años que me fui, Wyatt estaría muerto o en la cárcel.

—Estoy harto de que intentes ponerte a prueba por él —digo y le empujo enfadado—. Ahora entra y ponte a trabajar antes de que nuestro padre se entere de esto.

—¿No se lo dirás?

Aprieto la mandíbula y, enfadado, sacudo la cabeza. Debería hacerlo. Debería contárselo. Pero no me proporcionaría ningún placer ver los castigos que le impondría mi padre.

—Tampoco se lo digas al Gran E., ese cabrón odia mis entrañas. Joder, no entiendo por qué si fuiste tú quien le sacó el puñetero ojo.

Vemos cómo se aleja y C. C. me mira.

—Siento haber llamado. Supuse que necesitaba un ultimátum tuyo o de E. Pero E. ya tiene bastante con tu padre.

Me dirijo a registrar el dinero de dos de mis últimos pardillos en los libros de contabilidad de la caja fuerte, listo para salir de allí y trabajar en alguno de mis últimos objetivos.

Necesito acabar el trabajo, y necesitaba tenerlo acabado para ayer.

En el exterior del largo pasillo en el que nos encontramos, el chirrido de andamios que se arrastran se mezcla con el ruido de los hombres que

trabajan para montarlo todo. La temporada de peleas del Clandestino ha empezado. Dos o tres combates por semana, cada semana en una localización diferente. Antes de mi vuelo a Portland, donde vive uno de mis últimos objetivos, echo un vistazo a los miembros del equipo.

Wyatt examina las cámaras mientras media docena de hombres montan el cuadrilátero.

A través de los monitores, veo que Leo se asegura de que se coloquen las gradas.

También veo a Zedd, que está en la entrada y se asegura de que las puertas de salida funcionen.

Harley está comiendo pizza.

Se oye a Thomas en la otra punta del pasillo junto a las voces femeninas de un par de fans, supongo.

En una de las habitaciones más grandes, mi padre está sentado rodeado de todo el equipamiento médico. Me detengo al pasar por delante, una enfermera le da de comer y se le ve más delgado. Me golpea una pizca de remordimiento mientras me pregunto si este hombre, al que he visto torturar y matar, pero también protegerme, se está muriendo de verdad. Me quedo junto a la puerta y Eric se levanta. Lleva días junto a mi padre y se le ve hecho polvo.

—No te esperábamos aquí.

—¿Cómo está?

«¿Por qué coño pregunto? ¿Por qué coño me importa?»

—Débil. Pero sigue aguantando. Tiene muchas ganas de verte triunfar — dice Eric.

Noto que se me mueven los músculos de la mandíbula con eso, porque no quiero al Clandestino, lo que quiero saber es dónde está mi madre. Pero me acerco y, sorprendido por la misericordia de mi voz, una misericordia que sin duda él no me ha enseñado, digo:

—Casi he acabado, padre. Solo cuatro más y tendrás todos los nombres y todo lo que te deben. Y lo que espero con más ganas es tener noticias de mi madre.

Me dirige una sonrisa débil.

—Este lugar fue tu hogar. Vivimos como gitanos, pero fue tu hogar. Mi

sueño es que me demuestres... que eres lo suficiente hombre para hacerlo tuyo, para bien o para mal. Me has demostrado que eres mi hijo... pero también lo eres de tu madre, ¿no? Por eso Wyatt no lo maneja. Solo tú.

Una vez más, veo respeto en sus ojos y aprieto los dientes.

—Para bien o para mal, conseguirás que se tachen todos los nombres de la lista —prometo.

¿Pelear de gallos, juntarse con uno de nuestros luchadores más sucios y de mala reputación, que ha hecho que Wyatt le dé una paliza al hijo del jefe de la policía? No me gusta esa faceta de Wyatt.

Mi hermano sigue enfadado. Supongo que nunca nos llevamos bien. Cuando entré en el grupo, él era más pequeño y había sido el juguete de mi padre hasta que decidió que era más divertido jugar conmigo. Wyatt no sabe la suerte que tuvo; no lo entiende.

—Tina ha pasado por aquí —refunfuña—. Tenía algo para ti, pero no ha querido dármelo a mí.

—Ya me pondré en contacto con ella, que ahora mismo no puedo. Hazme un favor y haz algo útil. —Quiero tenerlo por ahí fuera haciendo algo, no por aquí enfurruñado y alimentando el resentimiento—. Resérvame una reunión con ella para este fin de semana para que me pueda dar lo que necesito.

Me fulmina con la mirada y asiente.

Le robo un trozo de pizza fría a Harley y me la como de un bocado mientras me aseguro de que Wyatt ha tomado nota de lo que le he dicho.

—Muy bien, gracias —digo y le doy una palmada en la espalda—. Ponte un poco de hielo. —Le señalo la nariz.

—Que te den.

—Vale, Wyatt, hazlo a tu manera.

Me pongo los guantes y me voy hacia el aeropuerto.

Después del vuelo, justo cuando el sol está a punto de empezar a ponerse, me subo a la parte de atrás de un taxi y miro a la calle con la mirada perdida y me pregunto cómo estará mi princesa. De repente, veo una imagen de mi

madre siendo raptada y con la cara de Melanie superpuesta y una nueva ira bulle en mi interior. Tengo que volver. Tengo que acabar con mis objetivos y volver, pronto. Derek es bueno; puede proteger a Melanie. Pero no es yo. Ahora Wyatt pregunta por qué coño estoy tan tenso; «¿Cómo se llama?». Pronto lo descubrirá. Todos lo descubrirán.

Saco dos de mis móviles, añado su número al terminal de prepago más nuevo y, antes de inutilizar el viejo, le escribo: «Tengo un número nuevo. Te llamo a las 21h».

Inutilizo el viejo móvil y desde el nuevo le envío a Derek un código numérico para que sepa que soy yo y que tengo un número nuevo. Me contesta con otro número, otro código que indica que todo está bien y que Melanie está en el trabajo.

Cuando el taxi me deja en mi destino, salgo, me coloco la capucha negra, dejo las gafas de aviador enganchadas en el cuello de la sudadera y me dirijo hacia el edificio de oficinas. Harley y Wyatt son magos del *hackeo*. Me han reservado una cita en la lista de reuniones de mi objetivo con el nombre de uno de sus conocidos. ¿Los objetivos? Odian que estés en sus casas o en sus oficinas. Se sienten vulnerables y amenazados por el hecho de que un hombre como tú les robe en su terreno.

Y eso es lo que debes hacer: lograr que se sientan inseguros. Como si no hubiera sitio en el que pudieran esconderse de ti. Ninguna escapatoria por el puto dinero que te deben.

Murmuro mi nombre falso a la recepcionista, consigo una acreditación y me pongo las gafas mientras subo las escaleras. Sé dónde se encuentran las cámaras de seguridad. Llevo guantes, deportivas nuevas, ropa limpia, el cuerpo exfoliado en seco y el pelo protegido bajo la capucha; ningún rastro, soy como un fantasma. La clave está en mantener la cabeza agachada para que ninguna cámara capte mi cara.

Al salir del ascensor, repito el nombre a la secretaria de la décima planta. Cuando entro en la lujosa oficina de mi blanco, se está riendo detrás del ordenador y piensa que soy un joven amigo de la universidad de su hijo que quiere hablar sobre unas prácticas.

Levanta la cabeza y se pone en pie.

—Daniel —dice con júbilo y extiende los brazos.

Paso la mano por mi SIG.

—Lo siento, Daniel está ocupado. Ni lo intentes. —Le apunto con el arma directamente a la cabeza—. Créeme, viejo. No quieres morir por esto.

Palidece ligeramente y, poco a poco, retira la mano que había empezado a hundir bajo la mesa.

—¿Quién coño eres?

—Siéntate y relájate —le digo.

Se sienta tras la mesa, con la espalda recta como una tabla, y yo me despatarro con comodidad delante de él en una de las dos sillas que hay frente a él, con la pistola apoyada sobre la rodilla y apuntándole directamente al corazón.

—¿Quién eres? —pregunta con una mezcla de aversión y terror.

—Alguien que no debería preocuparte. Pero ¿y esto? —Saco una copia de un papel con su firma y lo deslizo por la superficie de la mesa—. Esta es la razón por la que estoy aquí. Es un papel que poseen mis jefes, un papel en el que les prometes, en el que nos prometes, mucho dinero. Doscientos mil, para ser exactos. Hoy estoy recaudando. Has tenido dos meses de avisos, así que espero que por fin estés listo para pagar.

El hombre se queda mudo.

Tampoco hace ningún movimiento rápido para pagar.

Suspiro y le muestro una de mis cámaras de vídeo.

—O quizá también puedo hacer pública esta pequeña película. —Cojo una pequeña tarjeta de memoria y reproduzco un vídeo de él en el que alguien, que estoy seguro de que no es su joven esposa, le hace una mamada espectacular—. Este es tu tercer matrimonio, ¿verdad? Supongo que esta tercera mujer fue espabilada y también firmó un contrato prematrimonial, ¿no?

Las imágenes se siguen reproduciendo para horror total del hombre.

Se lleva las manos a la cabeza y refunfuña.

Saco la tarjeta en silencio y se la lanzo por encima de la mesa.

—Toma. Puedes quedarte con ella. Yo ya tengo una copia.

Saca el talonario de cheques, escribe la suma y me lo da con una mano temblorosa.

—Si dejas que alguien más lo vea, estoy arruinado. ¿Me oyes? Arruinado —susurra y el sudor le asoma por la frente.

Cojo el cheque.

—No tengo intención de arruinarte. Apreciamos tu trabajo. Pero si alguien me sigue al salir, o le cuentas a alguien algo de esto, el vídeo se hará público de todas formas, tanto si hay cheque de por medio como si no.

Un silencio lúgubre me sigue al salir y hasta el ascensor. No lo entienden. Los hombres ricos no lo entienden. Piensan que son intocables, que estarán a salvo gracias a sus nombres, a la gente que conocen.

No entienden que el Clandestino es quien gana, quien siempre gana.

Me registro en un motel barato con otro nombre falso. Mañana cojo otro vuelo, sableo a otro objetivo y luego casi habré terminado.

Joder, estoy exhausto. Tengo los músculos cansados y el cuello agarrotado. Dejo la bolsa junto a la cama, meto la pistola debajo de la almohada, empujo los cuchillos debajo del colchón y me estiro en la cama y exhalo mientras miro al techo.

Pienso en cómo me cocinó.

En cómo se entregó a mí.

En cómo mi cuerpo explotó en su interior y ella, de manera instintiva, me atrajo hacia ella todavía más.

Y luego... en cómo me sentí cuando me tuve que ir, como si me hubieran dado un puñetazo y ella recibiera la peor parte.

Mi vida ha sido el Clandestino. Eso ha sido mi vida y también un medio para encontrar a mi madre. Me he integrado en él como la oscuridad lo hace con las sombras. No es necesario que nadie me diga (a mí, al rey del puto Clandestino) que el Clandestino no se creó para alegres princesitas. Joder. Lo. Sé.

Dios, pero la quiero conmigo.

Llevo meses deseándola, pero no es el deseo lo que me hace volver. En alguna parte de mis entrañas siempre he sabido que nació para mí. En algún momento, quizá mucho antes de que yo naciera y mucho antes incluso de matar, antes de que mi alma se ensuciara y rompiera, me dieron este ángel y apostarí todo lo que soy a que me la dieron para que pudiera protegerla.

Estamos destinados el uno al otro. Nunca he tenido novia, ni siquiera me ha interesado ninguna chica. Solo polvos. Solo putas. Solo tonteos de bar. Nada que durara más que las pocas horas que tardaba en cansarme de ellas. Como si una parte de mí lo supiera y esperara el momento en que esa chica me miró un día bajo la lluvia con esos ojos; y que justo en ese instante nada importaría ni una fracción de lo que ella importa.

Faltan dos minutos para las nueve y, aunque me gusta ser puntual, antes de darme cuenta ya he cogido el móvil nuevo y marcado su número. Un tono, dos, y contesta, sin aliento. Se me desgarran el estómago al oír su voz.

—¿Hola? —dice.

—Nunca contestes una llamada de un número desconocido a no ser que te haya avisado previamente.

Noto la risa de su voz bajo el ceño fruncido, por supuesto.

—Entonces no me llames desde un número raro, capullo.

Me río entre dientes.

—Tocaba un cambio de aparato.

—¿Por qué? ¿No tienes bastantes?

Cierro los ojos y relajo los músculos por primera vez en días; Dios, es especial. Está hecha expresamente para mí.

Nos hemos criado en mundos totalmente distintos, pero no importa. A ella la enseñaron a jugar a juegos mientras que a mí me enseñaron a jugar con cosas.

Sin embargo, aquí estamos. Yo estoy obsesionado con ella y seguro que ella no anda muy lejos. Ahora depende de mí llevar la relación al siguiente nivel. Depende de mí confiar en ella lo suficiente y respetarla lo suficiente como para contarle que no soy un hombre normal. Joder.

«En realidad no quieres hacerlo, King. Si le dices la verdad sobre ti, se acabará para siempre».

No. Joder, no dejaré que se acabe.

—Bueno. ¿Me has llamado solo para escucharme respirar? —bromea.

—No, eso no es todo.

La última vez que escuché su voz, me cocinó una cena deliciosa y luego se entregó a mí como nunca lo había hecho con otro chico. Me dio la bienvenida a su casa, me alborotó el pelo, me sonrió, me quiso, me dio cosas

que nunca soñé que querría y ahora estoy muerto de hambre como un puto perro rabioso.

—¿Estás enfadada porque no te he llamado? —pregunto con voz ronca y bajo la voz por si tengo que dar alguna explicación.

—¡Anda, pues ni me había dado cuenta!

—Veo que sí. Princesa, no quería dejarte; no de esa manera. —Bajo la voz y una puta tonelada de arrepentimiento me aprieta en el pecho. Miro por la ventana del sórdido motel mientras pienso en mi nuevo apartamento de Seattle, lo quiero con urgencia. Quiero mi cama con las sábanas de mil dólares y a la chica de un millón de dólares acurrucada a mi lado—. Cariño, di algo. —Me oigo suplicar.

—¿Para qué?

—Tú solo habla. —Exhalo, acerco más el auricular y me aferro a su voz, a su luz. A cómo me estruja el corazón, las entrañas y las pelotas, todo a la vez. A que tengo que recordarme que lo que he hecho hoy es solo trabajo. Un papel. Una función. No soy yo al cien por cien. Ella es la única que puede verme al cien por cien.

—No sé qué decir —susurra al fin—. Quiero saber por qué te fuiste, cómo estás. —Se le suaviza la voz y eso hace que todo mi anhelo salga en espiral como un huracán. Saco el aire por las fosas nasales e intento mantener la sangre en mi cuerpo y no en mi pene, ya erecto.

—Tenía trabajo que hacer, pero ahora estoy bien —explico—. Venga, princesa, háblame.

—Vale. Estoy acostada en la cama en medias y sujetador.

Casi me explota el cerebro. Joder. El corazón me retumba contra la caja torácica y la polla me aprieta dentro de los vaqueros. Me la imagino al instante: estirada en la cama, con las caderas apretadas por esas medias, con los ojos somnolientos y, de repente, estoy en esa cama, con ella, y le sujeto la trenza para que no se mueva mientras busco su dulce y ardiente boca con la mía.

—¿No me has llamado por eso? ¿Porque estás cachondo? —pregunta porque no digo nada.

Tiro la cabeza hacia atrás y me echo a reír. Me he reído más con ella en meses de lo que he reído en años.

—Princesa, me pongo cachondo con cualquier cosa que tenga que ver

contigo, pero no te he llamado por eso.

—Vaya. Entonces, ¿por qué?

Sigo imaginándomela en esa cama. Sí. Conmigo justo a su lado.

—¿Ya te has hecho la trenza? —Necesito saberlo. No logro entender cómo es capaz de coger con esa facilidad tantos mechones de pelo y cruzarlos de forma perfecta, encantadora, en esa trenza dorada y sedosa que le cae por el delgado cuello blanco.

—Sí.

—¿Te estás mordiendo el labio?

Suelta una leve risita.

—Sí.

Sonrío con un deleite lobuno.

—Quiero morderte el labio, cariño, pero lo que más quiero ahora mismo es estar ahí, comerte a besos y follarte sin condón. Voy a hacerme las pruebas para que la próxima vez que te folle sea a pelo. ¿Eso te gustaría?

—Sí, me encantaría. Un Greyson sin condón, y ¿podrías convertirlo en una orden expresa?

Se me inunda el pecho de ternura por lo juguetona que es.

—Sí, cariño, lo haré, pero no te he llamado para escucharme hablar. Te quiero escuchar a ti. Así que háblame, princesa.

—¿Sobre qué?

—¿Sobre qué va a ser? Sobre ti, cariño.

—Vale. ¿Sabes la chica que quería mi Mustang? Ha subido mil más y he aceptado.

Gruño y me estampo la palma de la mano en la frente, luego la bajo por la cara con brusquedad.

—Princesa, te lo digo de verdad... vende otra cosa. El coche no. Necesitas el coche.

—Es lo único que tengo para vender, Grey.

—¿Estás segura?

—Sí, el coche es lo único que tengo para vender.

—El collar que te di, ¿eso no se puede vender? —suelto sin rodeos.

—No.

—¿No? ¿Por qué no?

—¡Porque es lo único que tengo de ti!

El corazón me da un golpetazo con esa confesión y luego sigue golpeándome por la frustrante urgencia de asegurarle, en persona, que no es cierto.

—No es verdad.

—Es lo único que tengo, Greyson. Me paso los días sola y lo único que tengo para saber que existes y para recordarme que me llamarás son estas piedras. Son lo único que tengo de ti.

—Me tienes a mí, princesa. ¡Por Dios! ¿No ves lo que me provocas? Me tienes entero, Melanie. Estoy a unos cuantos estados de distancia y me siento medio hombre, con ganas de destrozarme algo si no te veo pronto con mis propios ojos... —Me voy apagando.

¿Qué coño hago? ¿Acaso estoy en el programa de Oprah? Me presiono la frente con la palma de la mano y respiro. «¡Cierra la puta boca, nenaza!».

Suaviza la voz como si me entendiera.

—Greyson, ¿cuándo vienes a casa?

Casa.

Dios, adoro que llame *casa* a cualquier lugar en el que estemos juntos.

—Todavía no puedo. Tengo trabajo por hacer —susurro y me froto el dolor agudo que me ha causado en el pecho.

—Pero ¿cuándo vuelves conmigo?

Por Dios santo, acabará conmigo.

—Pronto, cariño —admito. «Por tu cumpleaños. Cuando no quiero más mentiras entre nosotros, nada entre nosotros»—. Volveré a casa pronto y la próxima vez que me vaya, quiero que vengas conmigo —susurro con brusquedad—. Pero contéstame a una cosa. ¿Eres mi chica?

—Primero dime si eres mi chico.

Me echa de menos.

Se lo noto en la voz, en cómo me habla.

—Claro que lo soy, lo que oficialmente te convierte en mi chica. Y, Melanie... —Está callada al otro lado de la línea y respira con fuerza—. Cuando llegue te comeré entera. Serás mi princesa mientras siga respirando.

—Vale, Grey. Entonces tú serás mi príncipe —susurra.

Vale, sí, en definitiva va a acabar conmigo.

—Creo que dijimos que nada de bromas sobre la realeza.

—No era una broma —replica. Luego añade—: ¿Grey?

—¿Sí?

—Sabía que llamarías. Por eso nunca venderé el collar.

—Siempre llamaré, haya collar o no. Véndelo, cariño, y te daré algo mejor.

Cuelgo e intento comprenderme, pero la sangre me arde por hablar con ella. Recuerdo el primer día que la vi gritándole al Depredador en el Clandestino. Saltaba y vociferaba por otro hombre y me quedé allí de pie con la extraña seguridad de que esa chica sería mía, tal como decía una voz en mi cabeza. Supe que estaba pillado de la misma manera que sé que lo estoy ahora que tengo los blancos en el bolsillo y la deuda saldada.

Todo mi ser, o una parte, la que quiera, puede ser suya.

Lo tengo todo planeado a la perfección.

Dos blancos más... sin contar con mi princesa. Recogeré las pruebas del penúltimo en Denver y esa noche no me ocuparé de ninguna mierda mientras el equipo se asegura de que las peleas del Clandestino van como la seda. Después volaré a Seattle justo a tiempo para su cumpleaños. Le daré una sorpresa. Tendré que decirle que no, cariño, no soy un engendro del demonio y pronto podrás conocer a mi madre de verdad...

Gruño porque el primer parpadeo de esperanza que he tenido en años echa raíces en mi barriga, y doy vueltas en la cama intentando dormir un poco, aunque intuyo que no lo conseguiré. No hasta que sepa que mis dos chicas estás sanas y salvas, y conmigo.

El clandestino

Melanie

El Clandestino está como lo recuerdo.

Abarrotado.

Ruidoso.

Apestoso.

Nerviosa por si me encuentro con algún hombre malo, pero feliz porque Brooke nos espera, tiro de Pandora hacia nuestros asientos junto al cuadrilátero y entonces la veo.

Mi mejor amiga. Pelo oscuro recogido en una cola de caballo, vaqueros ajustados y camiseta de tirantes. Tiene la mirada fija en el *ring*, donde dos luchadores se pegan hasta que uno de ellos se desplome.

—¡Brooke! —la llamo y echo a correr hacia ella, que se levanta de la silla de un salto.

Es mi mejor amiga desde que tuvimos edad suficiente para llevar la mitad de un medallón que decía «Mejores amigas» y se rompió por el centro. Sin duda, todavía conservo mi parte en una cajita debajo de la cama, pero la parte de Brooke se cayó durante una carrera y nunca la encontramos. No obstante, no pasa nada, porque nuestra amistad nunca se ha roto. Nunca me he peleado, he querido o me he divertido con una chica como con mi mejor amiga, así que, por supuesto, hay grititos cuando nos abrazamos después de haber pasado meses separadas.

Tras un fuerte abrazo, nos apartamos para hacernos una inspección

exhaustiva. Quiero asegurarme de que mister Depredador cuida de mi chica, pero, hostia puta, Brooke está... no hay palabras para describir el brillo de sus ojos y de su pelo y de su sonrisa.

—¡Mírate! —grito. Mierda, claro que la cuida, la adora hasta la médula.

—No, ¡mírate tú! —replica mientras abraza a Pandora, aunque a ella no le gusta abrazar tanto como a mí.

Pete, el ayudante, viene a saludarnos mientras nos instalamos en nuestros asientos. Se pone a hablar con Pandora sobre su romance con la hermana de Brooke, Nora. Odio a Nora, así que me alegro de que esa puta esté en la universidad y lejos de aquí. Pete es muy bueno para ella, pero en secreto espero que se enamore de alguien más simpático y cariñoso e inteligente y que corte con ella para siempre. Nora fue la novia de uno de los luchadores más asquerosos del Clandestino, uno con un tatuaje de un escorpión en su cabeza enorme; con eso lo digo todo.

Le aprieto la mano a Brooke para que me ponga al día de todo.

—¿Cómo está Racer? ¿Podré verlo esta noche o será demasiado tarde? —reclamo.

—Puedes pasarte por nuestra *suite*, ¡claro! Está enorme, Mel. Pero dime... —Deja de hablar y se le agrandan los ojos cuando escuchamos que gritan «Depredador» por los altavoces.

Y el recinto sabe que ha llegado la hora. El Depredador. Remington Tate. El marido de Brooke. El dios sexual; por si no he comentado nada de él, dejadme que diga que sé que todas las vaginas presentes en este acontecimiento se mueren por él.

Las peleas en el Clandestino nunca son tan vivas e intensas como cuando sale él; tiene algo especial. Lo esparce por el aire: emoción, intensidad, pura fuerza y un carácter juguetón e infantiloides.

—Me acaban de explotar los ovarios —masculla Pandora a mi izquierda.

Brooke se pone de pie de un salto cuando Remington «Depredador» Tate salta al *ring*, cubierto con un albornoz de boxeo de un rojo intenso. Estoy tan entusiasmada por estar aquí, por ver esto, por alejar mi mente de mis propias inseguridades y de esa estúpida deuda que no puedo evitar, que acabo gritando:

—¡Remyyy! —Estoy de pie junto a Brooke y no puedo resistirme a abrazarla y a darle un golpecito en el brazo—. Joder, cabrona, ¡no puedo

creer que te lo tires cada noche! —digo.

—¡Varias veces cada noche! —grita.

Y, en ese momento, él le guiña un ojo desde el cuadrilátero.

Deja de hacer el tonto conmigo y le responde con una sonrisa; le dirige toda la atención a su ahora marido. Y, mientras espera a su oponente, él no deja de sonreírle y de dirigirle sus brillantes ojos azules a Brooke. ¿Y esa mirada? Está claro que significa «eres mía», pero es tan puñeteramente tierna que se derrite sobre mí. *Greyson... Greyson... Greyson...* De repente, lo tengo en la cabeza, donde flota su propia versión de esa mirada. Su versión es un poco menos tierna, un poco más moderada, mucho más cruda, mucho más oscura, como si en su interior tuviera algo doloroso que le doliera más cuando sus ojos se cruzan con los míos. Noto como si se acabara de abrir un gran vacío en mi interior solo con pensar en él. En nosotros.

—Por Dios, chicos, me vais a matar —le digo a Brooke mientras observo cómo un culo gordo se acerca al cuadrilátero. Estoy preocupada por Remy cuando empieza la pelea, pero entonces, ¡zas! Toma el control de la situación, por lo que dejo de preocuparme.

—¡Eres la hostia, Remington! —Chillo y acerco la cara de Brooke a la mía—. Mírate. Esposa y madre, tía, y él está tan perdidamente enamorado de ti que ¡ni siquiera puedo aguantarlo!

—Jo, Mel. —Suspira y se deja caer sobre mí como si no pudiera aguantar amar a ese hombre más de lo que ya lo hace.

Otro hombre entra en el *ring* para enfrentarse al Depredador y sus oponentes, a cada temporada que pasa, son más grandes.

—¡Remy! —grito de nuevo cuando los hombres se ponen a combatir en el *ring*.

Brooke me aprieta la mano y yo le devuelvo el apretón y le levanto la mano, bien alta mientras los vemos luchar.

—¡Remy! ¡Tu mujer está cachonda por ti, Remy! —grito.

Brooke siempre ha sido la reservada de las dos, un poco vergonzosa a la hora de hablar con convicción, pero sé que adora que me encargue de gritar.

—¡Remington, estás cañón! —grito de su parte.

Entonces Brooke me deja atónita cuando se levanta de un salto, se pone las manos alrededor de la boca para que su voz llegue más lejos y empieza a

gritar conmigo:

—¡Estás cañón, Remy, acaba con él, cariño!

Él acaba al momento con su contrincante.

El público enloquece cuando su oponente cae al suelo con un ruido sordo, y yo parpadeo como una tonta mirando a mi mejor amiga.

—Dios mío, así que ¿ahora gritas? Y qué bien entrenado está el señor Depredador para complacer al instante a su dulce esposa.

Seguiría, pero Brooke está demasiado ocupada sonriendo a Remy porque él le sonríe a ella, tan sudado y atractivo, y me quedo callada mientras algo me aprieta con fuerza en el corazón.

Nunca más seré la primera persona a la que Brooke acuda cuando quiera llorar, o hablar sobre algo, o desahogarse, o salir a correr. Mi mejor amiga está loca y profundamente enamorada de este hombre que sé que hará cualquier cosa por ella; porque ya lo hace.

Así que, en cierto modo, mi mejor amiga ahora tiene un nuevo mejor amigo. Que también es su marido, un padre para su bebé y su amante.

¿Y yo? A mi chico le gusta follarme. Dice que es malo para mí, pero noto que me necesita. Noto que me echa de menos. ¿Es mi instinto el que me habla o solo mis estúpidas esperanzas? Lo único que sé con seguridad es que me estoy enamorando y ahora mismo estoy tan inmersa en el amor que parece imposible que la gravedad de todo ello deje de atraerme con fuerza a ese pozo oscuro, desconocido y terrorífico.

Mierda, estoy bien jodida.

Parece que Brooke se ha dado cuenta de que me he quedado callada y no me he fijado en que me mira con atención.

—¿Quieres hablar de él? —pregunta con suavidad y me evalúa con la aguda percepción que solo tienen las mejores amigas.

Asiento y me acerco más a ella para que me escuche por encima de la multitud.

—¡Cuando no tenga que gritar por encima de estos capullos!

Más tarde, cuando se acaban las peleas de la noche, Pandora y yo cogemos un taxi hasta nuestro hotel, que, por desgracia, no es donde se quedan Remington y Brooke porque era demasiado caro. Pandora no quería aceptar la *caridad* de nadie y yo estoy en bancarrota, así que nos alojamos en

un pequeño hotel de tres estrellas un par de bloques más allá.

Pandora, sin embargo, decide pasar de visitar la *suite* de Brooke esta la noche.

—¿Por qué? —pregunto y le doy un codazo en los asientos traseros del taxi—. Venga, será divertido. ¡Necesito ver a Racer! La última vez que lo vi le crecía el pelo y olía a talco y me sonreía con ese hoyuelo que algún día matará a muchas chicas. ¡Venga!

—No, estoy cansada. Tenéis que poneros al día. Pediré que me conecten la televisión y te esperaré.

—¿Seguro que no quieres venir? —Parece que el taxista se está impacientando, así que abro la puerta y espero un segundo más.

—Sí, seguro. Sabes que prefiero acariciar a un perro que a un bebé.

Asiento lentamente porque creo que la entiendo. La entiendo más de lo que se imagina. Cree que, como intento divertirme, las cosas no me afectan, o que no quiero nada, o que no me tomo nada en serio. Alejo mi sufrimiento con risas, pero ella usa la ira como barrera. Y sé que a ella también le duele ver a Brooke, porque en algún momento estuvo enamorada de alguien.

Supongo que lo amó mucho.

—Pan —digo con suavidad—, el chico que te hizo tanto daño... no fue el único al que amarás en tu vida.

Ni siquiera sé qué más decir porque no soy experta en este tipo de sentimientos; apenas soporto lo que siento por Greyson y me da miedo llamarlo «amor». Y me siento todavía más rara cuando paramos en el hotel de Brooke.

—Señora, ¿baja o se queda? —pregunta el taxista.

Me bajo rápido.

—Te veo luego. ¡Ponte una comedia en la tele! —grito a Pandora.

Me hace la peineta mientras el taxi se va y yo le sonrío y le digo adiós con la mano. Pero cuando entro en el ascensor, no sé nada. No sé nada excepto que hace un par de meses no conocía a Greyson King. ¿Cómo puedo echarlo tanto de menos?

Lo llevo en las venas, joder.

En un instante te tengo dentro y, al siguiente, ya no estás. Me tomas, me dejas, y todavía sigo esperándote, temblando por que vuelvas y me lo hagas

otra vez.

Buf. ¿Cuándo vas a volver?

Brooke abre la puerta de su *suite*.

—¡Quiero detalles y los quiero ya! —masculla mientras me empuja hacia la primera habitación, lejos del grupo de chicos que hay en la sala de estar.

Me sienta en el borde de la cama y se planta las manos en las caderas como si fuera un angelical sargento, pero con los ojos divertidos por el entusiasmo.

—Dime. ¡Cuéntamelo todo sobre él!

Me río por la emoción, pero luego gruño y le golpeo el pecho con un dedo.

—Estoy teniendo un *déjà vu*, excepto por el hecho de que la pobre inocentona que la otra vez pensaba que se enamoraba del chico incorrecto eras tú.

—Dios mío, Mel, ¿lo amas?

No puedo creer lo difícil que es hablar de él, incluso con mi mejor amiga. Suspiro, me dejo caer sobre la cama y le doy palmaditas al hueco que hay a mi lado para que se tumbe.

El amor no se parece a lo que me había imaginado que sentiría cuando me enamorara. El amor era apasionante y precioso en mi mente, no aterrador e inesperado.

Brooke y yo estamos estiradas de lado y mirándonos la una a la otra, sonriendo como hemos hecho miles de veces que nos hemos contado nuestros secretos y fantasías y demás.

—Brookey, ¿soy una persona a la que se pueda amar? ¿Amar para siempre? Soy buena para divertirse un rato, pero crees que... A veces pienso que Greyson no me quiere mostrar otras partes de su vida. Me pregunto si solo soy su juguete sexual, como lo he sido para los demás, pero entonces me llama o me da esto... —Me toco el collar de diamantes que está debajo de la camiseta de seda—. Me mira de esa manera que... No sé, ni siquiera hay una palabra para esa mirada. Pero Remy también te mira a ti así. Es la mejor mirada. Me da calor, me acelera el corazón y me hace sentir mariposas. Y si lo vieras con mis padres, cómo se reía mientras jugábamos a nuestros estúpidos juegos de los domingos... Me niego a creer que no significo nada para él, ¿sabes? Dice que soy su chica.

Brooke se ríe y se sienta, y me da un breve abrazo.

—Mel, eres divertida y dulce, leal y honesta. Tienes mucho amor que dar. Quieres a todo el mundo, incluso a desconocidos. Eres mi bichito de amor. No solo tiene suerte de que lo ames, sino de que te hayas enamorado de él. —Los ojos le brillan entusiasmados mientras me aprieta los hombros—. Melanie, has encontrado a tu príncipe. Bueno ni siquiera es un príncipe, sino que resulta que es un rey. ¿Te das cuenta de que llevas hablando de este chico sin nombre y sin cara desde que tenías siete años?

—Tía, llevo toda la vida esperando a sentirme así y ahora, en cambio, no quiero sentirme así. Me siento inestable, insegura, vulnerable, feliz, pero también preocupada por si no dura.

—¡No! No, no y no; no te reprimas. ¿Es Pandora quien te envenena las ideas? Mel, acéptalo. Acepta lo que sientes. Díselo. Ve tras él. Ve tras lo que quieres. Siempre lo has perseguido, así que ¡no te echas atrás ahora que lo has encontrado!

—¡Eso lo dices ahora porque ya no estás soltera! Sabes que Remington te ama. Sabes que te ama tanto que nunca te dejará ir. Si pasa algo, lo solucionaréis y los dos lo sabéis. Luchará por ti y tú por él. Pero ¿yo? No sé lo que siente Greyson. Quiere estar conmigo y luego está desaparecido unos días. Sea lo que sea que tenemos, podría ser real o podría ser algo pasajero como...

—La lujuria —dice alguien en voz baja desde la puerta.

Levanto la cabeza y veo a Riley Cole en el umbral de la puerta, el segundo entrenador de Remington, y está más guapo que nunca. Riley y yo somos grandes amigos. Hemos hecho muchas travesuras las pocas veces que hemos coincidido tras un combate del Depredador, y no solo sexuales.

Es un chico acostumbrado a guardar secretos. Lo sé porque cuando intenté indagar en los secretos de Remington Tate cuando iba detrás de Brooke como un torbellino, lo único que Riley me dijo fue que nunca había visto a Remington ir tras una chica como lo hacía con Brooke.

Así que Riley es un hombre que, sin duda, sabe guardar un secreto. Incluso, gracias a Dios, el mío.

Brooke siempre ha dicho que parece un surfista tristón, y tiene razón. Eso le funciona. Esta noche, sin embargo, parece más bien el hermano gemelo enfadado de Pandora, y me mira con el ceño fruncido como la primera vez

que nos conocimos.

—¿Qué te pasa? —pregunto también con el ceño fruncido.

—Si ese novio tuyo alguna vez te hace daño, ya nos encargaremos nosotros. —Hace crujir los nudillos y eso me hace reír en vez de preocuparme por Greyson.

—¿Quieres decir que tú te encargarás de él o que lo hará Remy? —digo y me levanto mientras oigo su risita familiar y discreta.

—Vale, me has pillado. Quizá me llevo a Remy solo con fines intimidatorios —dice de broma, pero su sonrisita se convierte en una línea plana de desagrado—. Nadie te hace daño, Melanie. Sino, le doy un puñetazo. Me da igual las veces que tenga que pegarle para hacerle sangrar, pero haré que sangre.

Me río mientras Brooke me empuja hasta la sala de estar para que pueda ver a su precioso bebé.

—A las *Barbies* no se le hace daño, acuérdate. No te preocupes.

Al pasar junto a Riley le doy con el hombro de broma. Me llamó Barbie cuando nos conocimos, y no como halago, así que le molesta un poco que se lo eche en cara.

Entonces, oigo el ruido de un bebé y me lleno de alegría. Veo a Racer sentado con orgullo sobre el brazo doblado de la niñera y guardaespaldas, Josephine. Pero no quiere estar ahí. Se inclina hacia su padre, que está ingiriendo una bebida isotónica azul, pero cuando ve que su hijo se le acerca, Remington lo coge con una mano y encesta la botella de bebida en el fregadero de la cocina.

Levanta a Racer en el aire, hace ruiditos y lo lleva como si fuera una pelota de fútbol, lo que hace que Brooke gruña a mi lado.

—Remington, conseguirás que vomite toda la cena —lo reprende.

—*Aaah* —dice con chulería mientras cambia a su hijo de posición y lo sienta para evitar la catástrofe. Con la vista fija en Brooke, su sonrisa proyecta dos hoyuelos de lo más sensuales hacia ella, lo que hace que se olvide de todo y os juro que casi me mata.

Entonces Racer sonrío y también le muestra a su madre un hoyuelo.

—¡Uf! ¡Me matáis! —digo—. Remington, ¡si no me dejas tocar al bebé te vas a enterar! —Voy y sujeto a Racer, y, cuando lo abrazo, hago ruiditos

infantiles mientras le froto la barriguita con la nariz.

Protesta como si no le acabara de entusiasmar y, entonces, mira a su madre, luego a su padre y luego a Pete con un nuevo hoyuelo en la mejilla, pero de tristeza.

—¿Qué? ¿No le gusto? —Racer mira de nuevo a su madre y a su padre y pone una cara que resalta todavía más el hoyuelo—. Dios, ¡le hago llorar! —Se lo paso a Brooke—. ¡Menudo fracaso! —ríó.

—No pasa nada —dice Remington mientras se deja caer sobre una silla y arrastra a Brooke hasta su regazo con un brazo y con el otro le pasa a Racer un juguete que hay cerca, de esos que chillan.

Racer mira el juguete y el llanto que le he provocado se transforma en un chillido de placer. Remy lo mira sonriente y luego mira a Brooke, y ver que le da un beso en la cabeza me mata por completo.

Es ese amor verdadero, real de «moriría por ti», con el que siempre he soñado.

—Mel —oigo a mi espalda y cuando me doy la vuelta, veo que Riley no me ha quitado el ojo de encima en todo el rato. Se acerca y me susurra con un tono inquietante—: ¿Podemos hablar?

Asiento. Me mira con lujuria. Noto que me quiere ver a solas para hablar conmigo. Mi antigua yo desearía pasar otra noche con un follamigo. Raras veces le digo que no a un chico atractivo que me desea, pero ahora cada poro de mi piel desea a un solo hombre.

De todas formas, asiento, porque Riley es el único al que le puedo hablar del otro tema que me atormenta, aparte de Greyson.

—Toma. —Riley coloca un cheque encima del mantel blanco de la mesita redonda junto a la barra de un pequeño y elegante restaurante a unos bloques del hotel—. He estado ahorrando —explica.

—¿Qué? —digo con la voz entrecortada—. ¡Riley, no seas tonto! ¡No puedo aceptarlo! —Le devuelvo el cheque y me pongo nerviosa mientras la camarera nos sirve las bebidas. Espero a que se vaya antes de decir entre dientes y en voz baja—: Fue mi decisión. Yo decidí hacerlo, ¿vale?

—Pero yo soy el idiota que lo sugirió —replica también en un susurro, y parece avergonzado de verdad, por lo que no deja de sacudir la cabeza—. Remington nunca pierde, Melanie. Nunca. Si hubiera sabido que se dejaría ganar por...

—¡Uf!, para salvar a la estúpida de Nora simplemente porque ama tanto a Brooke que haría cualquier cosa por ella. Pero, aunque me hubieras dicho que perdería, nunca apostarí por Escorpión. Nunca.

—Entonces déjame que te ayude a saldar la deuda. —Ignoro su mirada de súplica y le devuelvo otra vez el cheque, sacudiendo también la cabeza—. Al menos déjame que se lo diga a Rem —ruega—. La pagaría por ti sin dudarlo, si no te hubiera prometido que no se lo diría a nadie...

—Riley, te mato como se lo cuentas a alguien. Estábamos borrachos, en la ciudad, tú estabas apostando y yo quise meterme donde no me llamaban, pensé que era una gran idea apostar por mi cuenta, sobre todo porque parecía algo superseguro. Luego nos fuimos a tu habitación y lo celebramos pensando que sería genial acostarnos juntos. Me siento estúpida. No sé en qué estaría pensando. —Me pasa por la mente la imagen de un precioso apartamento, el apartamento de mis sueños, y la letra de mi coche saldada, y añado—: Vale, sí lo sé. Podría haber pagado la entrada de mi propio apartamento y quizá incluso echarle huevos para poner en marcha mi propio estudio de diseño.

—Pues déjame ayudarte, Mel.

Miro el cheque y una parte de mí grita «¡Cógelo! ¡Cógelo, Melanie! ¡Sálvate de esos monstruos!».

¿Pero qué querrá Riley a cambio? ¿Cómo puedo aceptar el dinero de un hombre cuando estoy enamorada de otro?

—Es muy bonito por tu parte, pero no. De verdad.

Levanta una ceja rubia.

—¿Y qué pasa con tu nuevo novio? ¿Al menos dejarás que él te ayude?

Me duele el pecho al pensar en él y en todas las razones por las que no puedo dejar que Greyson lo sepa. Me bebo de un trago el resto de mi bebida y admito:

—Creo que... si le pido ayuda a alguien... él sería el último.

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero que sepa que soy tan tonta! Ya sabe que soy un desastre. Riley, me conoció en la calle con el descapotable aparcado sin la capota una noche de lluvia; con eso te lo digo todo. Es un milagro que se quedara lo suficiente para conocerme. No quiero que... me pierda el respeto; que piense mal de mí.

El ceño fruncido de Riley se intensifica a cada segundo que pasa.

—Veo que ya te regala diamantes. —Señala el collar que se entrevé debajo de mi camiseta—. ¿Sabes que los hombres lo hacen para comprar a las mujeres con las que se acuestan? No tiene nada que ver con que le importes.

—No es verdad —replico—. Significa que se tomó el tiempo necesario para ir y buscarme algo bonito que pensó que me haría feliz.

—Puedes utilizar el collar para pagar, Melanie. Simplemente le dices que lo has perdido o algo y te olvidas de la deuda. Esos hombres matan por cinco dólares, ¡son unos putos mafiosos! Incluso el tío con el que trata Pete, Eric, va elegante y pulido siempre con traje, pero no se fían de él una mierda. Solo le besa el culo a Rem porque es su principal máquina de hacer dinero, pero todo el mundo sabe que su jefe, el Carnicero, hace que Escorpión parezca un osito de peluche. Dicen que tiene un sicario que es como un demonio salido directamente del infierno, y que vendrá a cobrarte tanto si quieres como si no.

Mira alrededor con cuidado, luego se inclina más sobre la mesa y baja la voz.

—Pete ha oído rumores de que el único tío con una pizca de sentido común es el hijo mayor del Carnicero, pero que no quiso saber nada de su padre y parece ser que dejó el Clandestino hace años. Ni siquiera su hijo quiere tener nada que ver con un hombre como el Carnicero. Te juro que soy incapaz de dormir al pensar que todavía les debes dinero.

El corazón me late con fuerza en el pecho con una ira renovada, y levanto las manos con las palmas hacia fuera para calmarlo.

—Riley, pedí más tiempo, ¿vale? Solo tenemos que... respirar.

—¿Qué? ¿Qué coño dices? ¿Cuándo pediste más tiempo?

—La última vez que vine a ver a Brooke. No pasa nada. De verdad. Acabo de vender el coche y tal vez pueda ganar más tiempo si les doy la mitad del pago.

—No puedes, joder. Lo cogerán como intereses y te pedirán que lo pagues todo antes de salir por la puerta. Nunca te acerques a ese tipo de hombres sola. Dios, confía en mí y sal de esta, Mel. Yo he pagado mi deuda y quiero pagar la tuya, y si no me dejas, al menos prométeme que dejarás que te ayude tu nuevo novio. Si eres demasiado orgullosa como para pedirselo, finge que has perdido esos diamantes que llevas al cuello y deshazte de esta deuda; créeme. —Supongo que se me ve tan desesperanzada como me siento, porque añade, ahora con un tono más alarmante—. Melanie, te juro que, si no saldás la deuda antes de irte, se lo digo a Tate y nos encargamos nosotros por ti, él y yo.

Resoplo indignada.

—No dejaré que tú o el marido de mi mejor amiga os metáis en esto, ¿me oyes? Y tampoco implicaré a mi novio. Este collar significa algo para mí. —Me toco los diamantes con una horrible y dolorosa sensación en el pecho al preguntarme: «¿esta es la única manera que tengo de liberarme? ¿Desprenderme de lo único que me ha regalado el hombre al que quiero con todo mi corazón?».

—Riley —susurro casi en una súplica—, no soy de esas chicas que consiguen regalos caros de sus novios regalos para cambiarlos por dinero.

Fulmina con la mirada mi valioso collar y me empieza a doler el estómago al pensar en desprenderme de cualquier cosa que tenga que ver con Greyson.

—Ese regalo no significaba para él lo que significa para ti, eso te lo aseguro —dice Riley con una seguridad irritante—. Nunca he visto a un chico más enamorado que Remington, y no necesita tirar de dólares para demostrárselo a Brooke.

—Bueno, Grey es diferente, ¿y? El fin es el mismo. Me siento mimada y cuidada y cuando me ve con él, se le queda una mirada que adoro por completo. —¡No puedo soportar tener a otra persona en mi vida criticando a Greyson! Así que entrecierro los ojos y añado, para que al menos comprenda la verdadera profundidad de mis sentimientos por mi hombre—: Cuando me mira de esa forma te juro que es todo tan perfecto que a veces tengo pesadillas en las que creo que lo he soñado todo, que es demasiado bueno para ser de verdad.

—Quizá lo sea, Melanie. Quizá te esté engañando ahora mismo y se esté

viendo con otra tía en secreto mientras hablamos.

—¡Ja! —Levanto el vaso y le doy un trago a mi bebida—. Es un adicto al trabajo. Si tengo algo de lo que preocuparme es de esa amante llamada «Matarme a trabajar».

Riley me dirige una sonrisa escalofriante, de lo más hostil, y señala hacia la entrada del restaurante.

Me giro unos noventa grados para echar un vistazo... y entonces lo veo entrar.

A él.

El puto Greyson.

Todo mi reconocimiento estalla en incredulidad, en entusiasmo, y luego en ira mezclada con una pizca de lujuria casi cegadora.

Parece como si tuviera una fuente de energía aferrada a la piel, porque todo el aire ha cambiado en cuanto se ha materializado. Más de metro ochenta de pura perfección masculina. El puto. Greyson. King. Mis hormonas despiertan de golpe cuando echa a andar detrás del camarero, con los ojos fijos en una mesa del final.

No me lo puedo creer. Mis ojos recorren su figura de arriba abajo. No hay palabras para describir su forma de andar, con una mano en el bolsillo, la cara sombría, los pómulos marcados, la mandíbula fina y bronceada, la boca perfecta, el pelo oscuro despeinado; puedo asegurar que ese magnífico pelo es lo único descuidado y desenfadado que tiene. El resto es pura perfección de agente 007, incluso esos estrechos ojos verdosos y color avellana, que parecen reservados y remotos. Incluso ahora, después de llevar dos meses con él, sigo con la sensación de que oculta la parte más esencial de sí mismo, pero me imagino a la perfección un «nosotros» y lo que podemos ser, y estoy decidida a hacerlo realidad. Greyson y Melanie, fueron felices y comieron perdices.

Entonces veo a la mujer de la mesa. Esperando. Una pelirroja.

Se me cae el alma a los pies cuando Greyson se inclina para darle un beso en la mejilla.

Riley y yo los miramos fijamente.

Y estoy segura de que no es él. Está trabajando... en algún sitio. No puede ser él.

Pero lo parece.

Va vestido de negro, le brilla el pelo bajo la luz, y se sienta en la silla, se reclina hacia atrás seguro de sí mismo, algo muy propio de él, y se pone a hablar a la pelirroja por encima de una puta vela. Una pelirroja teñida. Y que parece mayor e inexpresiva.

Doña Bótox.

¡Por Dios!

¡No puede ser Greyson!

Nunca me han engañado, soy la mujer con la que engañan.

Tengo los músculos de la barriga rígidos por la ira mientras intento respirar y hacer que mis pulmones se expandan. Echo un vistazo a mi alrededor para buscar algo que tirar, pero lo mejor que se me ocurre es lanzarme yo misma sobre esa zorra.

Los ojos me escuecen y se me nublan por las repentinas ganas de llorar que me entran. Es casi medianoche. En quince minutos tendré veinticinco años y mi novio está sentado en otra mesa con otra mujer. Tengo muchas, pero que muchas ganas de llorar ahora mismo.

No. ¿Y dejar que me vea gimotear y llorar como un bebé dolido otra vez? Mi mente se agita para intentar alejar este dolor. ¿Cómo alejarlo cuando lo tienes en las venas? ¿Cómo? Me río en voz alta, con fuerza, y agarro la mano de Riley, pero Greyson ni siquiera mira hacia aquí, está demasiado lejos como para oírme. Él y su puta vieja están hablando, enfrascados en su propio mundo. Su propio mundo sin Melanie. Una parte de mí todavía se niega a creer que me haría algo así.

Se me ocurre una idea: saco el móvil y le envío una cara enfadada.

—Si es él, como mínimo mirará el mensaje. Es un esclavo de sus móviles —le digo a Riley.

En ese mismo momento, el hombre de la mesa se aparta hacia atrás y se mete la mano enguantada en el bolsillo, mira el móvil, se lo queda mirando un buen rato y luego lo guarda y sigue hablando con la pelirroja.

Se me acaba de partir el corazón en pedazos.

No sé cuánto tiempo nos pasamos ahí sentados, Riley echando humo en su silla y agarrándola con fiereza. Apenas se conocieron en la boda de Brooke, pero estoy segura de que no se cayeron demasiado bien. En el cuello

de Riley acaban de emerger unas venas.

—Voy a ir hasta allí...

—¿Y qué? —Le paro y tiro de él por las mangas del traje para que vuelva a sentarse—. Podría ser una cliente. En realidad, no llegó a decirme dónde estaría esta semana...

Mis palabras se pierden cuando ella alarga la mano por encima de la mesa y él coge algo. Entonces, él le da una caja con lacito y todo. Una caja azul. Ella echa un vistazo, parece encantada y él le devuelve la sonrisa; beben un poco de vino.

—¡Camarero! —grito—. ¡Otra ronda, por favor!

Cuando Greyson paga la cuenta y se levantan para irse, ya llevo un montón de cócteles. Riley también se levanta. Yo me doy la vuelta en la silla como una tonta; el corazón me late con fuerza mientras Greyson y la mujer se dirigen a la puerta.

Entonces me ve.

Un chispazo me recorre el cuerpo por cómo mira a Riley y luego a mí, y veo una docena de expresiones en sus ojos hasta que los cierra, se gira hacia la mujer, le susurra algo y la acompaña hacia la salida como si no me hubiera visto.

Todo este tiempo paseando su maravilloso culo por ahí.

Todo este tiempo riéndose probablemente de lo estúpida que soy.

Mientras sale con ella, veo que se gira una fracción de segundo. Hacia mí, y nuestras miradas se cruzan de nuevo. Inspecciona mi expresión un instante y, en lo más profundo de sus ojos, aparece un destello de... ¿celos? Un chispazo de anticipación me recorre el cuerpo por cómo se le oscurecen los ojos con... ¿furia? Hace que sienta un hormigueo por las extremidades y es solo eso, una mirada robada, y luego ya nada, se ha ido con ella, con otra mujer, justo a la medianoche.

«Feliz cumpleaños, Melanie...».

Riley sigue de pie y me dirige una mirada de «qué-coño-ha-pasado-aquí».

—Tu novio...

—Ex. —Me abrumba una repentina tristeza primitiva—. Exnovio. Dios, ni siquiera se ha molestado en escribirme. Ni siquiera... Riley, por favor, vámonos. Por favor, por favor, vámonos de aquí. —Me van a saltar las lágrimas tanto si quiero como si no, y no quiero que sea aquí. Agarro a Riley antes de que se vuelva a sentar—. Por favor, sácame de aquí. Llévame a tu habitación, por favor. Volvamos a tu hotel, por favor —susurro.

Paga la cuenta y me acompaña fuera del restaurante; me agarra mientras caminamos el par de bloques hasta el hotel. Estoy helada, helada hasta los huesos. Entramos en el ascensor y me alegro de que no haya nadie más. La garganta me arde mientras que, por dentro, me inundan sentimientos de estupidez, y el collar, su collar, me pesa como si fuera de acero y me ahoga con sus mentiras. Me lo arranco y lo aprieto contra la mano de Riley.

—No puedo verlo más. Hazlo. Véndelo, por lo que sea, quédatelo, por favor.

Me duele la garganta por la frustración mientras no dejo de reproducir en mi cabeza a Grey mirándome, marchándose...

Mirándome... marchándose... como si yo no fuera nada.

Como si lo nuestro no significara nada.

—¿Crees que tendrá esposa? ¿Una familia? —Se me quiebra la voz y soy incapaz de hacer más preguntas mientras nos dirigimos a su habitación.

—No sé qué pensar. No parecía contento de verte, eso seguro.

Sigo luchando contra mis lágrimas y aprieto los puños cuando me pongo a temblar.

—Que le den a él y a la zorra esa. A ese capullo mentiroso, a ese... Espero que ella le pase ladillas. De hecho, espero que tengan bebés alienígenas juntos.

Riley me acompaña al interior de su habitación y cierra la puerta, y una sensación de intensa desolación y traición se asienta en lo más profundo de mi estómago. Nunca he sentido tanto dolor. Nunca. Quiero que el dolor se aleje de mí. Quiero que se aleje de mí la imagen de Greyson marchándose con otra mujer.

Parpadeo para alejar las lágrimas, agarro la camisa de Riley y tiro de él hacia mí.

—Riley —suplico.

Se le agrandan los ojos cuando presiono mis labios contra los suyos.

—Mel —protesta, pero no puedo soportar que me diga nada, así que presiono los labios todavía con más fuerza.

—Por favor, no me digas que no —suplico—. Por favor, no me digas que no. Deberían castrar a todos los mujeriegos del mundo. Dijiste que le darías un puñetazo si me hacía daño. Pues me ha hecho daño, Riley. Me ha hecho mucho daño y se acabó. Hemos terminado.

Le beso. Me devuelve el beso solo con los labios y baja sus manos por mis brazos. Su tacto es caluroso, familiar. Me abraza y me siento bien. A salvo. Lo beso y me pregunto si quizás por eso solo valgo para un polvo de una noche. Porque no puedo soportarlo. Me duele demasiado. Y siempre aparece otra persona, y por la razón que sea, mis chicos dejan de tener cualquier interés en mí. Por alguna razón, Greyson ha perdido el interés en mí. Lo he perdido.

«No. Nunca llegó a tenerlo».

Me destroza darme cuenta de eso, así que intento besar a Riley en los labios un poco más y se deja. Sus brazos no son tan grandes, sus labios no son tan feroces, pero los necesito con urgencia. Quiero probar cualquier cosa para intentar dejar de pensar en... Grey tirando de mis pezones con los dientes... chupándolos... jugando con ellos...

Llaman a la puerta y suelto un gemido de protesta cuando Riley me aparta.

—Pete podría necesitarme —explica y observo en silencio cómo se dirige hacia la puerta, pero lo veo todo borroso por las lágrimas.

Me desato un zapato y me enjugo las lágrimas. Una noche con Riley y por la mañana no me parecerá todo tan miserable. Pensaré que Greyson King no es el único hombre en el mundo. Seguiré con el corazón roto, pero lo pegaré de nuevo como pueda y volveré a ser feliz.

Volveré a ser feliz.

Me sorbo los mocos y empiezo a desabrocharme el *top* deprisa cuando oigo una voz familiar y baja.

—¿Dónde está?

Nunca jamás he oído a nadie hablar con tanta tranquilidad y a la vez

sonar tan cabreado.

Me tenso y levanto la vista hacia la puerta.

La figura alta, esbelta y vestida de negro de Greyson está en el umbral, y odio que se colapsen mis sistemas solo con verlo.

Estoy medio desvestida en la habitación. Borracha. Tengo el pelo hecho un desastre, igual que la cara. En mi estómago se arremolinan el dolor y la ira al verlo avanzar con esa implacable mirada territorial.

Cojo el zapato que me había sacado y se lo lanzo.

—¡Aléjate de mí! —grito.

Se agacha y el zapato golpea la pared y cae con un ruido sordo sobre la moqueta. Luego, poco a poco, se endereza, recorre la distancia que nos separa, me coge por los brazos y me levanta. Noto su cuerpo con cada centímetro del mío. Me mira con una furia que nunca antes había visto y empieza a abrocharme el *top*, sin dejar de mirarme con esos ojos hasta que noto que el estómago me pesa como una roca. Se saca la chaqueta del traje y me la coloca sobre los hombros, y me fuerza a meter los brazos por las mangas y luego también la abrocha. A continuación, se acerca hasta la bota que descansa sobre la moqueta y vuelve para ponérmela en el pie. Antes de que me dé tiempo a protestar por la confianza que se toma para ponerme el zapato, ya me lo ha puesto, me lo ha abrochado a la perfección y me dice en un tono bajo y frío:

—Agárrate a mí.

—¿Dónde está tu puta pelirroja? —exijo.

—He dicho que te agarres a mí.

Lo ignoro.

Le da igual.

Me levanta en brazos, su chaqueta me queda enorme, y no me queda más remedio que agarrarme a su cogote. De repente, lo huelo. Lo huelo en la chaqueta que me ha puesto, y en el aroma de su pelo, y de su piel. Bosque, cuero y menta. El dolor de mi corazón se convierte en un tormento feroz e intenso cuando el escozor regresa a mis ojos.

Cuando pasamos junto a Riley, que sigue en la puerta, Greyson le dice con rotundidad:

—Aléjate de ella.

—Si le haces daño... —Empieza Riley, pero Greyson le corta.

—No. Si la tocas otra vez, te mato.

Las palabras de Greyson, «si la tocas otra vez, te mato», me provocan un escalofrío.

Riley da un paso al frente, pero levanto una mano para frenarlo y sacudo la cabeza con un frenético no. No puedo permitir poner en riesgo a Riley y nunca he visto así a Greyson. Le tiembla todo el cuerpo con una energía desatada mientras me lleva hasta los ascensores; me agarra con un brazo y murmura en el móvil: «Entrada trasera de servicio». Luego se guarda el teléfono en el bolsillo del pantalón de vestir y me aprieta más contra su pecho.

Más fuerte que nunca. Estamos solos en el ascensor y, aunque está callado, luce un semblante que no había visto antes.

Creo que voy a vomitar.

Salimos al garaje subterráneo; el aire frío se me mete en las piernas y las mejillas, y cierro los ojos y me encojo para evitar el frío; me siento de lo más miserable cuando su calor corporal aumenta para calentarme. Me pregunto si ella le habrá lamido la piel. Si le habrá pasado los dedos por el pelo. Si él también la llamará princesa.

Oigo que se enciende el motor de un coche cercano y, cuando levanto la vista, Greyson me está mirando. Cuando nuestras miradas se cruzan, mis nervios viajan hasta mis pies. Mi cuerpo me grita de manera posesiva que se lo reclame a cualquier otra mujer. Pero no. Puede que Greyson me enloquezca, pero me acabo de dar cuenta de que jamás será mi hombre.

Es infiel.

Es mentiroso.

Y está muy, pero que muy enfadado ahora mismo.

Un coche se detiene frente a nosotros y abre la puerta trasera y mientras me ayuda a meterme dentro, toda mi confusión se intensifica, y el alcohol que llevo encima no ayuda.

Greyson entra detrás de mí, se sienta a mi derecha y cierra la puerta de un portazo, luego me sujeta la cara con una mano enguantada y me obliga a mirarle. Sus ojos están llenos de una frustración que también se refleja en su mandíbula tensa.

—A veces no podré contarte todos los detalles de mi trabajo. Lo hago para protegerte.

—¡Que te jodan! Te he visto cogiéndola de la mano. Te he visto...

—Me has visto trabajando, Melanie. Eso es lo que has visto.

—¡Te he visto dándole un regalo, hijo de puta! ¿Desde cuándo un trabajo de seguridad implica eso, eh? —Lo aparto de un empujón y maldice por lo bajo—. ¿Te sientes un macho alfa por tener a un montón de mujeres jadeando por ti? ¿Las tienes engañadas a todas? ¿Piensan que son especiales para ti?

—¡Por Dios, escúchate!

—Lo mismo te digo: escúchame bien, Greyson, ¡esta es la última vez que juegan conmigo! ¿Me oyes?

Doy unos golpecitos en el techo de la limusina y espero que Derek los oiga, pero no para el coche.

Greyson se ríe incrédulo, luego se pasa las manos por el pelo y mira hacia fuera, con los puños cerrados, y yo también miro por la ventanilla con la mirada perdida en los escaparates, sin dejar de aferrarme con testarudez a mi enfado e inseguridades.

—Me gustas, Greyson. ¿Qué tienes en la habitación secreta de acero? ¿Porno? ¿Es ahí donde haces los Skype con...? ¿Quién coño es esa?

Me interrumpe en voz baja:

—He visto tu pintalabios en la boca de otro hombre y todavía puedo volver y rompérsela hasta que sea incapaz de encontrar sus dientes. Joder, quiero que veas cómo se la rompo si así te queda claro de una vez por todas que eres mi chica y que el único capullo con suerte de conseguir un trocito de mi chica soy yo.

—¡Era! —lo corrijo, borracha—. Era tu chica.

Se ríe todavía de forma más amenazante.

—Eres tan mía que no tienes ni idea de lo mía que eres

—dice con un tono de voz bajo y amenazador, y mi cerebro ebrio de repente se percata de que está temblando de rabia. No está preocupado por que lo acabe de pillar engañándome. Parece que todos sus pensamientos se centran en sus celos egoístas. Sin embargo, ni siquiera soy capaz de recordar lo que ha pasado en la habitación de Riley; lo único que veo es a Greyson y a

esa puta.

—¡Pasaste por mi lado como si nunca me hubieras visto! —grito y le pego en el pecho.

Me agarra la muñeca y me la aprieta.

—Porque no quiero que una mujer como ella te use contra mí; que nadie te use contra mí. ¿Me entiendes? ¿Eh, cariño? —pregunta con un tono aún más bajo, tierno y casi suplicante.

—¡Entiendo que eres un mentiroso y un mujeriego, y no querías que ella supiera que también me tenías a mí esperando en el banquillo!

—¡Joder! ¿En serio? ¡Eres tú la que estaba en la puta habitación de otro tío y desnudándote! ¿Querías volverme loco? —De repente, el intenso dolor de sus ojos es real. Igual que lo es el dolor de su voz, tan real que se me parte el pecho como si fuera un vaso de cristal—. ¿De verdad tenías la intención de hacerlo con él? ¿En serio ibas a dejar a ese hijo de puta que te la metiera? —pregunta y cada palabra es como un dardo.

—¡Sí! —grito.

Tiembla como si se estuviera desmoronando y yo empiezo a sollozar.

Me suelta como si necesitara cierta distancia y la voz le tiembla con algo más que ira. Se trata de dolor y eso me destroza.

—¿Crees que puedes follar con alguien para reemplazarme? ¿Crees que él te hará sentir como yo? ¿No fui nada especial para ti, Melanie? ¿Te enamoras de cada capullo con el que quedas?

Una lágrima se me escapa por la mejilla.

Golpea la ventana con una mano.

—¡Joder!

—Duele. —Me sorbo los mocos y me digo a mí misma mientras bajo las manos—: ¡Me haces más daño que nadie, Greyson! No puedo dejar de pensar en ello. ¿También la llamas princesa? ¿Pasas los días entre semana con ella y los fines de semana conmigo?

Se queda en silencio, mirando por la ventana y con los hombros tensos.

—No llamo princesa a nadie más. La única mujer con la que paso tiempo es contigo. Joder, me paso los días trabajando por ahí solo para poder volver a casa contigo.

—¿Entonces qué hacías aquí con ella? No soy de dar segundas

oportunidades, ¡ya lo sabes! ¡Pero te he dado todas las putas oportunidades que has querido! —grito.

—Ella no es nada. —Me sujeta la cara con la mano que tiene libre y suelta entre dientes—. Solo es un contacto del trabajo. Tú lo eres todo, lo has sido todo desde que te vi gritando al Depredador. No me viste, Melanie, pero te he vigilado desde entonces; lo eres todo para mí. ¿Puedes decir lo mismo de mí? ¿Puedes decir lo mismo de él? ¿Que no es nada?

Lo miro perpleja un momento.

—No es nada, es un amigo, te lo juro. Fue un follamigo que tuve cuando a veces venía a ver a Brooke, pero no significó nada.

Se mira las manos fijamente.

—Pero te ha tocado.

De repente, no puedo evitar tocarme las tetas, mucho más pequeñas que las de la pelirroja.

—¿Quién era ella? ¿Cómo se llama? ¿De qué la conoces?

Se frota la cara con las dos manos.

—Es solo un contacto del trabajo. Saca los trapos sucios de los hombres con los que tengo que negociar. Nunca he tenido una relación con ella. He follado mil veces, pero no con ella. La única con la que follo desde hace semanas eres tú. —Mira por la ventanilla y maldice, y yo me enjugo las lágrimas.

Lo miro a la cara y recuerdo cómo le sonreía y entonces se me revuelve el estómago con unos celos renovados.

—Me han entrado ganas de arrancarle los pelos.

—¡Yo quiero sacarle las tripas! —Me agarra por los hombros—. ¿Qué parte de «eres mi chica» no has entendido?

—Me niego a ser tuya si tú no vas a ser mío. Si andas de folleteo por ahí, pues yo también; ¡ojo por ojo!

—Deja de comportarte como una borracha estúpida y tozuda y escúchame bien. No te estoy engañando, pero tú a mí sí. —Me quedo callada—. ¿No?

—Tú y yo cortamos en el momento en que pasaste por mi lado y me di cuenta de que me habías engañado todo este tiempo —grito lloriqueando.

—Ven aquí —dice con voz ronca.

—¿Para qué?

Al acercarme un poco, abre los brazos y se me empañan más los ojos cuando se me pasa por la cabeza explicarle lo que Riley sabe sobre mi secreto.

—Joder, lo siento, Melanie —dice.

Me acerca a su pecho y la familiaridad de su abrazo y el confort que siento entre sus brazos abren repentinamente mis compuertas.

—Yo también lo siento, Grey —grito.

Me pongo a sollozar con más fuerza, él me da un beso fuerte y casi desesperado en la coronilla y me aprieta con tanta fuerza que casi me rompe.

—No pasa nada. Nunca más tendrás que recurrir a otro hombre porque voy a estar ahí. Estaré a tu lado si quieres seguir conmigo después de que te cuente lo que te tengo que contar.

Intento secarme la cara y mirarle a los ojos.

—Me has hecho sentir que no valgo la pena, Grey. Como si me escondieras. No sé quién eres, ni quiénes son tus padres, ni tu familia; no sé nada de ti. Por favor, quiero conocerte. ¿Por qué no entiendes que quiero conocerte? —digo entre sollozos.

Me mira con ojos afligidos.

—Te escondo para protegerte, porque eres mi princesa. —Me acaricia la nariz—. Te hablaré de mí. Solo déjame disfrutar un poco más de cómo me miran esos ojos.

Me besa los párpados húmedos casi con desesperación, como si me fuera a contar algo malo, muy malo, y como si pensara que seré incapaz de quedarme junto a él después de oírlo.

Lloro con más fuerza. Estoy acostumbrada a su tacto. Es único, delicioso, y llevo ocho semanas sintiéndolo, pero sabía que algún día me destrozaría.

Perdida

Greyson

Melanie me pasa las manos por la cintura y entierra su cara en mi camisa. Yo me saco los guantes y me los guardo en el bolsillo para poder pasarle los pulgares por la cara y seguir el rastro de sus lágrimas.

Paz.

Es la mujer más inquieta que conozco, pero me transmite paz. Todo estaba planeado a la perfección.

Melanie estaba en Seattle. Yo estaba aquí en Denver para recoger las pruebas de mi penúltimo objetivo. Iba a entrar a escondidas en su casa a medianoche, chantajearlo y acosarlo para que pagara, para así mañana poder volar de vuelta junto a ella.

Pero hace unas horas Derek me escribió para decirme que Melanie estaba en el aeropuerto. Cuando el puto incompetente consiguió aparcar, ella ya había facturado y la había perdido al pasar el control de seguridad. Le grité que se comprara un puto billete, pasara el control y la encontrara. Compró el billete, pero no consiguió encontrarla. Entonces le pedí a C. C. que buscara en los registros de pasajeros mientras me reunía con Tina y me ocupaba yo mismo del tema.

Pero no. Melanie acabó aquí, en el mismo puñetero restaurante, a la misma hora que Tina Glass y yo estábamos en él, y me vio. No podía permitir que una delincuente como Tina Glass intuyera nada entre nosotros, sino Melanie se vería expuesta al mundo de Cero y sería vulnerable.

Dios, pero ¿y el dolor de sus ojos? Si eso no era suficiente para destrozarme, casi lo consigue el verla en la habitación de hotel de ese gilipollas.

No puedes hacerle daño a alguien como Melanie y esperar que no reaccione. No puedes esperar que no intente arrancarse ese dolor para volver a ser la chica feliz que todos conocen.

Me daba miedo haberla perdido.

Me daba miedo la resolución de sus ojos cuando se abrió la puerta de esa habitación de hotel y la vi.

Y vi el dolor de sus ojos.

Y estaba enfadado, muy enfadado, pero la emoción más arraigada, sorprendente e irritante que había en mi interior era el miedo.

Miedo a no volver a probar esos labios nunca más, a no volver a sentir esos ojos en mí nunca más, a no volver a jugar a sus estúpidos juegos nunca más... Solo me siento bien con ella. No al matar, chantajear y hacer lo que me enseñaron a hacer.

Ahora se mueve y el fuego en mis venas crepita y echa humo cuando su pelo me roza el cuello. Las curvas de su cuerpo encajan perfectamente en el mío. Está sentada sobre mi muslo y me aprieta la polla con la cadera. Al moverse, gruño en voz baja sobre su coronilla y los músculos se me tensan. Solo con su tacto me inunda una capa de lava.

Quiero follarla duro, castigarla por pensar que podía hacerlo con otro cabrón.

Tiene el pelo despeinado como si acabara de salir de la cama de ese capullo, pero nunca estará satisfecha hasta que salga de la mía.

Tiene los ojos anegados en lágrimas por mí.

Tengo todos los músculos del cuerpo tensos, le peino el pelo hacia un lado y le doy un beso detrás de la oreja.

—Estoy muy, pero que muy desesperado por probar tu piel desnuda — murmuro.

Saca mi camisa de la cinturilla de mis pantalones de un tirón y me coloca la mano debajo de la camisa, sobre el corazón, y me toca el aro del pezón. Nos quedamos así: tiene los ojos cerrados, la mejilla apoyada en mi pecho y su cercanía me vuelve loco.

Bajo la cabeza y aguanta la respiración como si hubiera estado rezando para que lo hiciera, y levanta la cabeza para que podamos besarnos. Nuestros labios se encuentran, con suavidad. Eso hace que se me endurezca la polla, que el pulso se me acelere, que mi lengua la saboree. Mi hambre se desata de manera descontrolada al abrirle más la boca y besarla con calma, pero hasta el fondo.

Cada nueva sacudida de su lengua desata la locura en mi interior, y estrecha y fortalece esa atracción elemental que hay entre los dos.

Se reclina hacia atrás y bajo la vista hacia ella, capto su tacto mientras ella, poco a poco, levanta la vista hacia mí, de un verde puro, y noto como si me abrieran el pecho y ella me estrujara el corazón con esas delicadas manos blancas. Siento más por ella de lo que he sentido por nadie en toda mi vida. Nunca pensé que sería capaz. Perdí algo que amaba cuando era demasiado pequeño. Construí una fortaleza a mi alrededor y ahí he estado, sin permitir a nadie conocer ni una pequeña porción de mis sentimientos reales y puros.

Sin embargo, lo que siento por ella...

Nadie ha tenido nunca el poder de herirme como lo ha hecho ella ahora. Desde que mi madre desapareció, no ha habido nada realmente importante para mí. Nunca he permitido que nada ni nadie me importaran. Ni siquiera mi padre, mi tío o mi hermano.

Ahora una chica a quien su padre llama «saltamontes» tiene el poder de partirme en dos; a mí, a un puto criminal que ha estado solo la mayor parte de su vida. Y si lo descubriera alguno de mis enemigos, la usarían para acabar con Cero en un abrir y cerrar de ojos.

Y ahora hemos ido demasiado lejos como para mantenerla ajena a todo mucho más tiempo. Necesito saber si me quiere a mí o a mi personaje.

«Te abandonaré. Te despreciaré. Te rechazaré».

Ya lamento su pérdida cuando lleva la mano a la cremallera de mis pantalones y el simple roce de sus dedos me la pone dura mientras el pecho me duele por la pérdida.

«Yo ya la doy por perdida».

Gruño y cierro los ojos mientras lucho contra mi propia urgencia por tomarla, justo aquí y ahora, pero en vez de eso le freno la mano y la beso. Quiero meterle la mano por debajo de la falda, apartarle las medias e introducirle un dedo. Ya jadea con fuerza y se me aferra al cuello; la cabeza

le cae hacia atrás de placer, sobre mi hombro. Pero está borracha y yo cabreado, y estoy celoso y no solo quiero su cuerpo. Quiero su puta alma, y quiero que me la entregue al saber quién soy.

«Pobre estúpido, no lo haré».

Grito de dolor, me inclino sobre su boca y me besa con intensidad.

Murmura mi nombre y me oigo susurrando que fue un ángel bajo la lluvia... la única mujer con la que he pasado la noche, a la que le he comprado una casa, a la que he seguido solo por verla un segundo...

Una nueva lágrima le cae por la mejilla, pero soy yo el que está destrozado. Lo que me sacude es la ternura con la que se acurruca en mí a pesar de estar llorando.

Le doy un beso en la coronilla y me siento incapaz de dejar de darle besos en el pelo; a cada segundo que pasa se intensifica el odio que siento por mí mismo.

Ahora solo me queda un blanco más. Tengo las pruebas para pillarlo. Y luego solo necesito susurrarle al oído a Melanie que me dé el puto collar que le regalé porque le voy a dar otro mejor y que este lo arreglará todo.

Me encargaré del Clandestino. Seré más listo, me organizaré mejor, me aseguraré de que mi madre esté a salvo, y en cuanto a Melanie...

Le doy un golpecito al techo del coche y bajo el cristal que nos separa de Derek.

—Ve a buscar a su amiga, la simpática —digo con sarcasmo.

Protesta por lo bajo y sacude la cabeza.

—No vayas. He soñado contigo.

—Y llama a uno de los chicos —le digo a Derek—. Necesitaré que te quedes con mi princesa mientras alguien me lleva al aeropuerto. —Levanto el cristal que nos separa de Derek y gruño—. No digas eso ahora —susurro.

Me agarra la mano y me la coloca en sus tetas.

—Cuando te veo me duelen las tetas.

Dios. Está muy borracha.

—Cuando estés sobria te contaré una mierda que no te va a gustar —le advierto con brusquedad—. Ahora no digas nada más.

—Greyson...

—Te contaré algo sobre mí, pero no quiero que me intentes arreglar. No

tengo arreglo. Tendrás que aceptar quien soy o decirme que te quieres ir, y te doy mi palabra de que te dejaré marchar si es lo que quieres.

Se para y parpadea.

—Lo dices como si fueras alguien malo para mí —replica con voz emotiva.

—Lo soy.

Miro por la ventanilla y me rechinan los dientes y la abrazo con más fuerza porque quizá esta sea la última vez que la abrazo así.

—No lo eres. Lo que hiciste por mí el día de la lluvia es de las cosas más bonitas que nadie ha hecho por mí.

—Joder. Deja de decir eso, ya lo has dicho antes y me toca las narices.

—¿Por qué?

—Porque deberías estar rodeada de un montón de gente que hiciera cosas bonitas por ti. Para ti.

Sonríe con picardía.

—No me gusta que me hagan cosas bonitas, me gusta que me hagan cosas un poco malas. Como tú.

Río.

—Ya, estás muy borracha. Primero querías matarme. Después follarme. ¿Ahora quieres canonizarme?

—Porque eres un chico malo, pero un buen hombre y estoy ena...

La hago callar con mi boca porque no puedo soportarlo. No puedo soportar su sinceridad, pensar que quizás ahora parece que me ha perdonado. Pero no lo hará cuando le diga a qué me dedico; eso es algo que no puedo soportar. Se ha hecho demasiado grande lo que siento por ella, lo mucho que la respeto, lo mucho que la quiero, lo mucho que la admiro, lo mucho que necesito que sea feliz y lo mucho que me atormenta saber que cada vez que estoy con ella podría estar poniéndola en riesgo. No puedo ponerla en riesgo. Tiene que saberlo.

Así es como Greyson King no tendrá ningún futuro con ella.

Está dormida cuando Derek trae a su amiga, que no deja de echar humo

mientras carga su maleta y la de Melanie en el maletero.

Se mete en el coche.

—¿Qué coño le has hecho? —Señala de inmediato hacia el cuello de Melanie—. Nunca se saca su preciado collar. Siempre lo lleva debajo de la camiseta y hoy lo llevaba por encima. Así que, ¿qué le has hecho?

Me fijo en eso por primera vez.

Melanie se sacó mi collar.

Se me agita el estómago y noto que me hundo al pasarle con tristeza los dedos por el cuello desnudo. No quería que lo usara, quería que lo vendiera.

No debería dolerme así, ni siquiera debería importarme una puta mierda.

—Os voy a llevar a las dos a una *suite* en un hotel mejor y más seguro —digo con un tono de voz frío, bajo y sin emoción ninguna, y no aparto la vista de Melanie—. Apreciaría que le hicieras compañía hasta que vuelva.

—Lo haré por ella porque es su cumpleaños, pero no porque me lo hayas pedido tú, imbécil.

Confundida

Melanie

Desperto desorientada y, de repente, la realidad me golpea como si fuera un ladrillo.

Todavía sigo borracha.

Bueno, más bien resacosa.

Las sienes me laten con fuerza, lo que me hace entornar los ojos para intentar ubicarme. Gruño y me doy la vuelta en la cama y entonces me doy cuenta de que llevo una trenza y no recuerdo habérmela hecho. Pensar que quizás Greyson ha puesto sus manos en mi pelo hace que me duela el estómago.

Me pongo de pie y echo un vistazo por la habitación. Son las tres de la mañana.

¿Me quedé dormida en el coche?

Hay un baño enorme y me siento muy sucia; voy por la habitación en busca de mis cosas y entonces veo mi maleta. Saco mi ropa y cojo una camiseta de manga corta y unas bragas de algodón, y camino por la habitación muerta de sed. Me bebo una botella de agua de golpe y sigo inspeccionando la *suite*. Nunca había estado en una habitación tan grande. Está profusamente decorada y es muy acogedora. En la pared hay cuadros de naturaleza junto a bumeranes de madera.

En el comedor hay una pared llena de libros de punta a punta y hay otra habitación que está cerrada. Veo los zapatos de Pandora junto al bar y frunzo

el ceño, confundida.

Oigo un ruido de una tercera habitación y miro dentro, y lo veo.

Me tenso porque no me ve.

Por toda su cama hay objetos de plata que brillan. Parece que se acaba de duchar y se está poniendo una camisa y en la cintura lleva unos pantalones de vestir negros y estrechos todavía sin abrochar.

Las lámparas a ambos lados de la cama son de ónix y cada una tiene una bombilla que brilla con calidez en el centro, y la luz se filtra por el ónix con mucha elegancia. Le besa la piel dorada, se mete entre su pelo, le toca de una manera que me hace apretar los puños.

Verlo me recuerda mucho a otras mañanas. En su enorme y vacío apartamento, cuando hacíamos el tonto por allí; a veces nos bañábamos juntos. Me daba la sensación de que era mío.

Pero no.

Al instante crece una gran emoción en mi interior al pensar en él y aquella mujer.

Entonces me acuerdo de Riley.

Nuestra pelea.

¿Qué más pasó?

Mientras intento descifrar qué hay sobre la cama, me doy cuenta de que ha empezado a observarme con los ojos entrecerrados y en silencio, y un anhelo nostálgico le cruza el rostro, lo que hace que mi propio deseo me parta en cuatro pedazos.

—¿Dónde estamos? —pregunto con voz ronca.

—En un hotel.

—No es el mío.

—Ahora sí.

Me tienta ver brillar el aro de su pezón con la luz de la lámpara mientras se abrocha la camisa. Quiero chupárselo mientras lo monto. Tirar de él y jugar con él mientras me folla, mientras me ama. No, joder, nunca me amaré.

—Cero... —susurro—. Mientras me quedaba dormida, no paraba de oír a alguien repitiendo una y otra vez ese número. ¿Qué significa? Le dijiste a Derek que llamara a alguien para que te llevara al aeropuerto, y dijo varias veces lo de cero... ¿Qué es eso?

Suspira y se gira, luego abre los brazos y me mira con cautela.

—Yo.

—¿Cero? —Casi me ahogo con la palabra—. ¿Ni siquiera te llamas Greyson?

Se queda esperando.

Eso aumenta mi confusión, mi frustración.

—¿Cero? —repito—. ¿Qué coño significa eso? Desde luego, no es el número de mujeres con las que has follado. Joder, ¡pensaba que te conocía!

—¿Pensabas que me conocías? —Su furia casi es palpable en la habitación—. ¡Yo sí que pensaba que te conocía! ¿Qué coño me dices, Melanie? ¡Tu collar ha desaparecido! ¡Te encuentro en la habitación de otro tío! ¿Por qué no me cuentas tú qué coño pasa? ¡Tienes un montón de trapos sucios, princesa, así que no soy el único mentiroso de aquí!

Alguien llama a la puerta y entra un hombre de rostro delicado.

—Estoy listo cuando quieras. Derek se quedará aquí; tu reserva es...

—Leon, déjame un momento, joder —lo interrumpe Greyson mientras cruza la habitación y le cierra la puerta en los morros con un portazo, pero no es lo bastante rápido. Me da tiempo a ver al hombre. Reconozco a ese tipo alto y larguirucho.

De un fin de semana que vine a visitar a Brooke y fui sola hasta el Clandestino a suplicar que me ampliaran la fecha límite.

«¿Ampliar la fecha límite? Puedes convertirte en una ampliación de nuestros penes, ¿qué te parece, bonita?».

Miro a Grey y comprendo algo todavía más terrible, y con un dolor espantoso en el estómago, por fin todo encaja.

Greyson, ese chico delgado llamado Leon y el otro grupo de hombres que se rieron de mí cuando pedí más tiempo... son los amos y señores del Clandestino.

El larguirucho y feo ha mirado a Greyson como si fuera un dios, y es el que quería follar conmigo como pago. Como pago de mi deuda. Suelto una bocanada de aire al caer en la cuenta y me abrazo la barriga porque me invade una oleada de náuseas.

—Dios mío, eres uno de ellos.

Sus ojos saltan de la puerta cerrada a mí.

—Si te pone un dedo encima, se lo corto, te juro que se los corto todos...
—dice.

—¡Dios mío!

Me llevo las manos a la boca y me siento en el borde de la cama cuando me fallan las piernas. Me balanceo hacia delante y hacia atrás; no es solo un mentiroso, es...

Es...

Ni siquiera sé lo que es.

De repente, pienso en cómo nos conocimos... ¡Por Dios!, ¿me estaba siguiendo?

¿Aquellos hombres? ¿Fue él quien me llevó a casa y me dejó allí, empapada con su sangre?

No puede ser. No puede ser.

Me inclino hacia delante y me sujeto la barriga intentando no ponerme mala.

—¡Dios mío!

—Princesa —susurra la palabra casi de forma reverencial y camina hacia mí.

«¡Hijo de puta!»

Me pongo en pie de un salto y estiro un brazo para que no se me acerque.

—¡No! Para. No te acerques, no me toques. Dime solo una cosa... —El dolor no deja de atacarme a medida que se amontonan otros recuerdos en mi cabeza.

Mentiras... mentiras... mentiras...

Apenas puedo hablar.

—¿Estabas cobrando? —Se me empañan los ojos por las lágrimas mientras lo observo, como si el cabrón no me hubiera hecho llorar ya bastante por hoy—. ¿Me estabas cobrando?

—¿Eso es lo que piensas? —pregunta en voz baja a tan solo unos metros de distancia mientras que a su alrededor hierve a fuego lento una energía equiparable a la de un tornado.

Una furia descomunal burbujea dentro de mí mientras me llevo la mano al dobladillo de mi camiseta de manga corta.

—¡Pues vamos allá! —Me quito la camiseta por la cabeza, dejo caer los

shorts y les doy una patada para que salgan volando en su dirección—. Vamos a cobrar. Acabemos con esa apuesta. Bueno, ya has recibido parte del pago con las otras veces que has follado conmigo, ¿no? —Entonces me pongo a bajarme el tanga—. Así que, ¿cuántos quedan? ¿Cuántos polvos quedan? ¿Eh? —Aparto las medias de una patada y me quedo desnuda frente a él—. ¿Eh, Greyson? —Está tieso como una estatua y me observa con ojos brillantes coger mi camiseta con la mano apretada y tirársela—. Venga, acabemos con esto. Solo dime cuántos polvos harán falta.

Agarra la camiseta y en apenas un segundo recorre la distancia que nos separa y la presiona contra mi pecho.

—Vístete. Ya hablaremos más tarde. Tengo que visitar a un hombre y no me queda mucho tiempo, Melanie. Mi padre está muy enfermo... —murmura con calma.

—No hay nada de que hablar.

—Ponte esto, por favor —grita.

Enfadada, pero también asustada, vuelvo a ponerme la camiseta mientras él se dirige hacia la ventana y se queda mirando una montaña que hay a lo lejos con un silencio amargo.

El silencio es clamoroso.

De repente... se me parte el corazón.

Ya ni siquiera estoy enfadada. Me siento como si hubiera juntado todos mis sueños, esperanzas y sentimientos y los hubiera puesto en una batidora y ahora fueran puré. Nunca se reconstruirán, jamás.

—¿Quién eres? —pregunto con desánimo. Se me está formando una bola de fuego en la garganta—. Al menos dime eso. Al menos eso, Greyson.

—Cero es un alias. Porque soy... —Se da la vuelta y abre esos brazos que siempre me han hecho sentir protegida para abarcar la habitación... indetectable, se supone.

Un tenso silencio se establece entre nosotros.

—Me retiré, pero ahora parece que ayudo a recaudar los pagos de las apuestas que deben a mi padre. Cuarenta y ocho cobros. Es lo que tenía que hacer para retirarme de nuevo. Me falta uno más... y el tuyo... y luego habré acabado con esto. Entonces me dirá dónde está mi madre —murmura con los ojos cerrados, como si no quisiera confesarlo, pero una parte decente de él lo forzara a hacerlo.

«Y el tuyo», repito en silencio y la batidora me tritura de nuevo los sentimientos.

—¿Cómo te llamas en realidad? —pregunto con voz pastosa.

—Ya lo sabes —dice en un tono de voz bajo y ronco mientras que en sus ojos irrumpe una chispa de ternura—. Lo has dicho entre gemidos. Lo has gritado. Lo has susurrado. Me llamo Greyson, Melanie.

Se me acerca como si de repente necesitara contacto, pero no soporto que me toque. Me tiro hacia atrás y sacudo la cabeza de lado a lado.

—Así que eres uno de sus líderes. Líder de esa mafia de hombres que llevan el Clandestino —digo.

Se le encienden los ojos con un sentimiento incalificable.

—Si así es como quieres llamarme, sí.

—El collar. Ni siquiera lo compraste, ¿verdad? —Apenas puedo hablar, por lo que me sale una voz ronca y llena de dolor.

—Algunos pagos se realizan en especias. Y los tenemos siempre a mano para los sobornos, así que sí, princesa, es verdad que no te compré esa baratija.

—Vaya. Mis amigos tenían razón, no significó nada para ti.

—¿Qué amigo en concreto? ¿Al que besabas anoche? ¿Dónde está el collar, Melanie? —Se me acerca ofendido y yo me aparto hasta que la espalda me choca con la pared y me aprieta contra ella, como un gran depredador con unos ojos que me poseen mientras me miran.

Me rodea el cuello con una mano y sus ansias me alcanzan, me debilitan. Noto que se me tambalean las rodillas por su cercanía. Su aroma. Dios, lo echaba de menos y odio haberlo hecho. Odio hacerlo.

Lo tengo frente a mí y todavía lo hago.

Lo de echarle de menos.

Lo de quererle.

—Matas a gente —digo con voz ronca.

Dibuja círculos por mi cuello con la mano y con la yema del pulgar me acaricia la carótida lentamente mientras baja la mirada hacia mis labios.

—A veces —dice con un murmullo ronco.

—¿Los torturas?

Estoy sin aliento.

Estoy sin aliento y dolida, pero ¿por qué no puedo dejar de amarle? ¿Por qué no puedo dejar de amarle?

—Hago lo que tengo que hacer —murmura mientras me acaricia el cuello con el pulgar y me sigue mirando fijamente la boca, ansioso por ella, y su mirada es tan potente que me paso la lengua por los labios nerviosa, y lo único que eso consigue es que se le oscurezcan aún más los ojos. Ahora está todavía más hambriento.

La respiración ya no me responde. Pero sigo intentando que me llegue aire a los pulmones, porque todas las emociones que tengo en el pecho son demasiado dolorosas como para reprimirlas.

—Soy una rubita guapa y tonta, ¿por eso me elegiste? —pregunto con voz pastosa.

—¿Elegirte? Si hubiera elegido a una chica, nunca te habría elegido a ti. —Me roza los labios con un nudillo mientras sigue follándolos con la mirada—. Eres un pibón desastroso, Melanie —dice con voz ronca—. Eres un pibón desastroso e inocente y nunca me pillaría los huevos por voluntad propia de alguien tan divertida, alegre, inocente y despreocupada como tú. No te elegí, pero te aseguro que soy incapaz de liberarme de ti. Estás en mi cabeza y eres como un puto demonio en mi corazón.

—¡Que te den! —Lo empujo, pero me sujeta las muñecas para detenerme y me levanta las manos por encima de la cabeza, lo que hace que mi cuerpo se doble de forma instintiva y que la punta de mis pezones roce contra su duro pecho. Noto un repentino chute de excitación que envía mi propio enfado contra mí—. Úsame —grito mientras intento liberarme de su agarre— y luego deshazte de mí. ¿No era ese el plan? ¿Tirártela y después volver a tirártela? ¡Consigue a una rubia que no piense demasiado ni haga muchas preguntas! ¡Una de la que puedas librarte fácilmente!

—¿Te parece que tengo ganas de librarme de ti? —exclama, me aprieta las muñecas con más fuerza y me presiona contra su erección—. Te quiero igual que quiero una nueva vida, Melanie —dice con convicción—. Tengo un montón de informes sobre ti y otras personas; sé lo de tu deuda. Sabía lo de tu gemela antes de que me lo contaras, Melanie.

Me atraganto cuando menciona a Lauren. Se me empañan los ojos mientras sigue hablando con dulzura y me suelta las muñecas y, poco a poco, baja su mano con una caricia por la parte interna de mis brazos desnudos.

—Sé que tus padres la perdieron y que te culpas por vivir, ¿no?

Creo que no solo tengo una bola de fuego en la garganta, sino también en los ojos y en el corazón.

—Así que toda tu vida has intentado compensar lo que crees que les arrebataste a tus padres. Has intentado hacerles felices, has intentado que todo el mundo a tu alrededor fuera feliz quizás porque, en lo más profundo de tu ser, no quieres que piensen que no te mereces la oportunidad que tu hermana nunca tuvo.

—Para —digo con voz pausada, pero un torrente de lágrimas me baja por la cara porque nunca nadie me había calado con tanta claridad, y estoy aterrada y dolorida, y esos ojos color avellana no me soltarán.

Ahora me aprieta los hombros; me sigue mirando con una ternura salvaje y ansiosa por tenerme.

—Sé que has usado el sexo para dejar de sentirte sola demasiado tiempo, Melanie, y sé que eres lo más adorable que he visto nunca, que siempre intentas sacar el mayor partido de todo. Que le das una oportunidad a todos los sapos, porque a ti te la dieron, ¿verdad? Entonces, ¿por qué ibas a negársela tú a alguien? ¿A quien fuera? ¿Incluso a un gilipollas como yo? —añade.

Me pasa una mano por la cara y me acaricia la mejilla con esas caricias que solo me da él. Que me traspasan la piel y me llegan a los nervios, a los huesos.

—Sé que dejaste un semestre la universidad para estar con tu amiga cuando se hizo daño —continúa—. Y que nunca le dijiste que pospusiste un semestre porque querías hacerle compañía. Sé que eres el tipo de chica que se compraría un Mustang en una ciudad en la que llueve casi todos los días del año porque vale la pena conducirlo con la capota bajada los días que hay sol. Te conozco, Melanie. Joder, te conozco más de lo que me gustaría porque no cambiaría nada de ti... ni una sola cosa... ni una palabra... del informe de veinticinco centímetros de grosor que tengo sobre ti... sobre mi puta mesa.

Bajo la mirada con un leve sollozo y me levanta de nuevo la cabeza y me obliga a mirarle a la cara, que muestra una convicción extrema, igual que su mirada ardiente y penetrante.

—Me gusta tu fresca imagen de «lo tengo todo controlado». La conozco,

pero veo tus destellos, Melanie. Los de tu yo real. Tu yo aterrado. Tu yo al que no le gusta estar sola. Tu yo vulnerable y que me hace querer decirte que te tengo. Ven aquí que te cuido, princesa.

—¿Sabes todo eso de mí y yo ni siquiera te conozco! —grito.

—Sí que me conoces —replica, me coge la cara y estampa su boca contra la mía, y el ansia de su beso crepita en mis terminaciones nerviosas y enciende el fuego en mi interior.

Saborear esos labios ardientes. No es el único hambriento por saborear unos labios. Yo también tengo muchas ganas.

«¡Por favor, Melanie, sé lista! ¡Vete, Melanie!».

—Dios —ruge cuando mi boca parece abrirse por voluntad propia y de alguna manera me encuentro clavándole los dedos en los bíceps—. Me han enseñado a estafar, a extorsionar, a mentir, a jugar sucio y a hacer lo que haga falta para conseguir lo que quiero. —Los lametones de su boca me ponen a mil y hacen que me arda el cuerpo y que me acerque más a él mientras me rodea la cintura con los brazos—. Y te quiero a ti. Quiero estas dulces tetitas. Quiero volver a poner mi boca sobre ellas. —Me agarra el culo con una mano y una teta con la otra—. Adoro cuando tus pezones se endurecen por mí, al oírme. Cuando los miro. Adoro tu culo. Adoro tu puta boca.

Parece que se está volviendo loco intentando hacerlo todo a la vez. Me masajea el culo. Me masajea el pecho. Me devora la boca. Luego me besa el cuello y saca la lengua para saborearlo. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Dios. Se trata de éxtasis. De agonía. De ambas cosas.

—¿Sabes lo que hace Cero, princesa? —me reta después de darme un mordisco pícaro y sensual en el labio inferior y antes de echarse hacia atrás para mirarme con ojos tristes—. Busca una debilidad y se aprovecha de ella, destroza a la presa y hace que pague.

Me estremezco por su tono de voz sensual.

—Lo siento por esas personas —susurro.

—*Mmm*. Y haces bien. —Se lanza hacia mi oreja y noto su ardiente aliento mientras me presiona contra su erección—. Creo que conozco tu debilidad, Melanie. Conozco tu debilidad. Y tu debilidad... soy yo.

—Para.

—Pararía si lo dijeras en serio. Dilo en serio —ordena, me sujeta la cara

y me mira a la espera de que lo diga de verdad; los ojos le echan chispas—. Dilo en serio. Ahora —susurra con voz seductora; noto su aliento caliente en la cara—. ¿Lágrimas? —Se echa hacia atrás con ojos serios e implacables—. ¿Lágrimas? ¿Por qué? Todavía no he conseguido que te corras.

Quiero liberarme.

Pero estoy temblando y ansiosa y con ganas de él. Es cierto que quiero su cuerpo, cada ardiente centímetro de él, pero lo que más quiero es saber quién es; quién es el hombre que produce este efecto en mí.

«Él. No es. ¡Real! ¡Melanie! Es un mentiroso, un mujeriego, un sinvergüenza y un canalla. ¡No lo necesitas! ¡No lo quieres!».

—¡Dime quién eres! —exclamo levantando la voz perpleja.

Me mira, unas sombras oscuras le recorren los ojos y me sorprende al alejarse y sentarse en la cama. Se inclina y apoya los codos en las rodillas, sin dejar de mirarme, atormentado. Se pasa la mano por el pelo lleno de mechaz cobrizas y, poco a poco, veo que cada mechón vuelve a su sitio. El silencio se hace eterno y la tensión es palpable hasta que habla con una voz baja y llena de amargura.

—Me crio mi madre, Lana King. Abandonó a mi padre cuando se quedó embarazada, para protegerme. Un día, cuando tenía trece años, volví a casa y estaba atada a una silla y amordazada entre un grupo de hombres, entre ellos mi padre. Me ofreció... —Se le apaga la voz y sonrío con frialdad—. Me dijo que si mataba a uno de sus hombres la desatarían y la dejarían libre. No sabía que había hecho un trato con ella, que ella le había dicho que yo no era un asesino como él, que él le había prometido dejarme ir si eso era verdad. No tenía ni idea de ese puñetero trato cuando cogí la pistola que me ofreció, apunté, disparé y lo maté. Y nunca más la volví a ver.

Su voz se vuelve vacía y fría, como un eco de ultratumba.

No sé si es por el tono que utiliza, por sus palabras o por la falta de brillo que casi siempre tienen sus preciosos ojos.

—Mi tío Eric me contó que mi padre había hecho un trato con mi madre. Se me llevaría si demostraba que era su hijo. Mi madre le prometió que no me parecía en nada a él. Entonces, disparé a un hombre. Sin dudarlo. Disparé.

En mi interior se produce un conflicto de emociones; mis sentimientos por él se vuelven confusos y siento más dolor que en toda mi vida.

—Me condené a esta vida. —Señala a su alrededor—. Quizá debería haber disparado a mi padre. Se podría haber acabado todo justo allí y entonces. Pero la sangre es algo muy curioso. —Me mira con una ligera confusión en sus ojos de halcón—. Te ata. Incluso cuando odias a los tuyos, hay algo aquí... —Se lleva el puño al pecho—. Hay algo aquí que te hace ser leal. Me pasé ocho años con él pensando que me dejaría verla. Hasta que me di cuenta de que nunca me dejaría verla mientras supiera que él me importaba una mierda. Así que fui un canalla, lo abandoné e intenté encontrarla mientras hacía algún que otro trabajito. Seguí todos los rastros que encontré. Nada. Se desvaneció sin dejar rastro.

Su gesto es severo y orgulloso, pero al final veo el caos en sus ojos. Me lo imagino de adolescente partiéndose en dos. Usando sus habilidades para sobrevivir mientras seguía intentando encontrar y proteger a su madre.

Cada una de sus inquietantes palabras corre por mi mente; ha tenido una infancia tan diferente a la mía que casi soy incapaz de comprenderla.

—Me ha vuelto a llamar ahora que se está muriendo. Tiene leucemia y quiere que tome las riendas del Clandestino. —Ríe con tristeza—. Un hombre como él... soy incapaz de creerme que está enfermo. Pero necesita pasar el relevo. Sé que Wyatt ha sido más un hijo para él que yo. Pero él quiere al macho alfa. —Saca un trozo de papel—. Cuando te vi en la lista, se supone que te tenía que sacar de encima y ya está. A la rubia de mis sueños. Y allí estabas. Allí estabas en el puto bar con aquel puto gilipollas que te quería llevar a casa; y luego allí estabas otra vez, un puto ángel del demonio bajo la lluvia.

—¡Ni me hables de la lluvia!

—Tú querías hablar, pues ahora te hablo. —Camina hacia delante y se detiene frente a mí; esta vez la vaga sonrisa que le tensa los labios contiene una tristeza infinita—. No quería pasar tu cumpleaños así, Melanie —murmura con ternura, lo que me exprime el corazón.

No voy a llorar, no voy a llorar, joder. Parpadeo y trago saliva.

—Lo único que te pido es que me dejes homenajearme cuando vuelva. Si solo puedo pasar un día contigo, quiero que sea este. Contigo.

No puedo soportar cómo me conoce. Cómo me comprende. Cómo hace realidad todos mis sueños y fantasías. Si lo necesitara un día del año, ese sería el día de mi cumpleaños. Pero de repente necesito con urgencia irme a

casa.

—¿Te vas a ir ahora mismo? —susurro.

Levanta las cejas de manera inquisitiva.

—Sí, tengo que irme. Solo un blanco más. Se lo debo a mi madre.

Se me acerca y me abraza. Cierro los ojos mientras me envuelve con su calidez, con su aroma, con su ser. Cuando intenta apartarme, lo aprieto con más fuerza, porque necesito ese abrazo un minuto más.

—¿Por qué quieres mis brazos? —me susurra al oído—. Te acabo de contar que han hecho más mal que bien.

—Pero a mí no.

—Porque estás colada por mí, estás enamorada de mí y de toda mi mierda, e incluso con todo lo que te he dicho, sigues enamorada, ¿verdad? —dice con voz ronca. Me besa detrás de la oreja—. Estoy aquí para abrazarte. —Me besa detrás de la oreja con más intensidad—. Deja que te abrace.

Agacho la cabeza para tranquilizarme.

Él también agacha la cabeza y me mira los pies. En las uñas de cada pie se puede ver deletreado al revés «GREY ♥» de color azul y rosa chillón.

—Bonitos pies.

Me encojo y los escondo con la moqueta.

—Me hice la pedicura en el mejor sitio de Seattle.

«Todo por ti», pienso con tristeza.

Su sonrisa me hace sentir mariposas en el estómago y desearía tener un hacha para matarlas.

—Que alguien consiga sentar tu culo inquieto un rato para hacer eso es una muestra de su habilidad. —Me mira con esos ojos que llegan a pequeños y desconocidos lugares de mi interior, y el estómago me empieza a pesar por la saturación de emociones—. ¿O de tu convicción por llevar mi nombre en los pies?

Se arrodilla y aguanto la respiración cuando me agarra el pie y lo besa.

—Grey, me estás besando el pie —digo con voz pastosa y algodónosa.

—Tiene mi nombre.

Cuando me libero los pies, exhala con fuerza y se pone de pie, sobre su más de metro ochenta de belleza masculina, y entonces se guarda en la chaqueta negra algunas de las cosas que tiene sobre la cama. Miro hacia las

sombras, lo veo ponerse los guantes y sé que jamás recuperaré la inocencia que acabo de perder.

—Me siento como si mi novio acabara de morir. Ya nunca tendré a Greyson.

Si yo he sonado triste, él parece destrozado.

—Me siento como si mi alias acabara de matar a mi chica. Y que nunca me mirará como antes.

Nos miramos como siempre, excepto por el hecho de que antes sonreíamos.

Esta vez no lo hacemos.

«Vete a casa, Melanie», pienso con tristeza.

Da un paso al frente con cautela, recuerdo lo obsesionado que está con mis ojos y siento una rara tristeza por él cuando me sujeta la cara, se plantea besármelos, pero en vez de eso baja las manos.

—Volveré. Quédate aquí con tu amiga hasta mañana y piensa, Melanie. Cuando vuelva te invito a que me mires a los ojos y me digas que no me quieres.

No sé qué va a hacer, pero terror, lujuria, amor y todas las emociones me inundan cuando cruza la habitación para marcharse.

—¡Greyson, prométeme que no matarás a nadie! —grito—. Júramelo o no habrá nada de lo que hablar. Nada.

El pulso me late con fuerza en las sienes, en el pecho, en las yemas de los dedos mientras espero su respuesta a mi impulsivo ultimátum. Se detiene junto a la puerta y se ríe por lo bajo; luego se saca algo de la chaqueta, le quita el cartucho a la pistola, lo deja en el suelo y abre la puerta. No me ha dado su palabra, pero le creo.

No sé por qué, pero le creo.

Espero hasta que cierra la puerta para tener la madre de las crisis nerviosas.

La lista

Greyson

Ha sido un blanco fácil.

Me cuelo en la casa a oscuras, lo despierto con la punta de mi SIG justo sobre la sien, lo que hace que se sobresalte. Tiembla como una bandera que ondea al viento mientras abre la caja fuerte y me da el dinero.

Quizás nunca más vuelva a dormir.

«Bienvenido al club, viejo...».

Pero ya no pienso en eso. Su nombre está tachado y las peleas han ido bien esta noche. El Depredador se ha apoderado del cuadrilátero y eso me parece bien. El Depredador es dinero, y en el Clandestino todo se reduce al dinero.

Pero tampoco pienso en eso.

Pienso en ella. Me pregunto si estará durmiendo. O si estará la mitad de atormentada que yo. Son las seis de la mañana en el hospital y estoy aquí, sentado, odiando lo que ya sé.

Odio saber lo que me dirá cuando vaya a verla.

Que no me la merezco, que soy un mentiroso, un estafador, y que no soy el hombre que quiere y eso me jode. Me consume vivo.

No paro de moverme mientras estoy sentado. No puedo dejar de darle vueltas a las cosas en mi cabeza.

Llevo toda la noche sentado en el hospital viendo cómo mi padre lucha

por respirar.

Yo mismo noto que me ahogo, que tengo el aire atascado en los pulmones. Conocía mi vida y lo que quería. Todo estaba claro.

Ahora, en cambio, lo único que tengo claro es que soy incapaz de imaginarme un día sin ella. Si no quiere tenerme, sé que me obsesionaré. Que la seguiré. No podré soltarla. Necesitaré asegurarme de que está bien, de que es ella misma, de que se ríe. Tendré que ver cómo la toca otra persona. El hombre que quería y que yo no pude ser. El corazón me golpea con fuerza en el pecho. Por mi cuerpo se propaga una tormenta de fuego al imaginarme a otra persona tocándola, a alguien que no soy yo.

Pero no seré el Hades que arrastré a su Perséfone al infierno con él.

Ella no es Perséfone. Es Melanie Meyers Dean, y la amo.

Suspiro y apoyo la cabeza en las manos para intentar calmarme y dejar de temblar.

Estoy enfermo y ella es la única cura.

Estoy enfermo por ella, tan enfermo como mi padre.

Levanto la vista y apenas se mueve en la cama; el sonido de su respiración es flojo y regular. Sí, me duele. Lo he odiado toda mi vida. Se llevó todo lo bueno de mi vida. Y me duele que, aunque está débil y en las últimas, el hijo de puta todavía se aferra con fiereza a la ubicación de mi madre.

La rabia e impotencia no dejan de aumentar en mi pecho. Acabo de encargarme del último blanco gracias a la información de Tina. Me he encargado con cautela de todos los números para que solo quede uno... el cinco.

—¿La lista? —pregunta Eric con impaciencia tras consultar a los doctores y enterarse de que a mi padre solo le quedan unas horas de vida. Unas horas.

—Voy a conseguir cobrar —miento, aparto la silla y me levanto.

Pero no lo haré. Voy a volver junto a mi chica y luego regresaré aquí y le diré a mi padre que ha fracasado. Que ha fracasado al intentar convertirme en alguien como él. Al intentar convertirme en alguien malvado y egoísta.

Voy a recuperar a mi chica y voy a coger algo de dinero en efectivo para pagar su deuda. Puede poner el precio que quiera. Como si quiere poner mi

vida. O el Clandestino. Pero va a decirme dónde está mi madre y me verá tachar el nombre de Melanie mientras le doy el dinero que ella le debe.

Pensaré que soy débil. Morirá pensando que soy débil.

Ya no me importa una mierda.

Estoy luchando por lo que me importa y lucharé por lo que me importa, aunque me tenga que pasar el resto de mis días en las sombras para asegurarme de que mi chica está bien.

Decisión

Melanie

—Quiero irme a casa.

Esas son las primeras palabras que salen de mi boca al día siguiente cuando Greyson está junto a la puerta de mi habitación de hotel, vestido con ropa oscura y con el pelo recién lavado. No es mi príncipe. No es mi caballero de reluciente armadura. Más bien es mi villano vestido de negro.

—De verdad, quiero irme a casa —repito con una voz ronca y rota—. Le he dado vueltas a nuestra... conversación y lo único que quiero hacer es irme a casa.

Es lo único que digo.

No digo «hola». Ni «buenos días». Ni siquiera hago un comentario sobre la caja que sujeta, ni sobre la margarita rosa que le cuelga de una mano, como la que clavó en la pared en casa de mis padres. La emoción se apodera de mí al recordar aquel día, lo real que fue, lo divertido que fue.

«Los que juegan juntos, permanecen juntos».

Eso no es verdad, abuela. A veces los hombres solo juegan contigo y te destrozan.

No puedo decir que Greyson no me advirtiera.

Me siento como si un vampiro me acabara de chupar toda la sangre del corazón cuando le abro más la puerta para que entre. La habitación se encoge cuando entra y su mirada nunca se aparta de la mía mientras deja todo lo que lleva en la mesa de centro, como si se hubiera dado cuenta de que no quiero

regalos. Ni siquiera tengo ganas de celebrar mi cumpleaños.

—Eh —lo saluda Pandora desde donde estaba tomando el café en una mesita de comedor. Es la primera vez que no suena tan hostil hacia él. Quizá porque llevamos toda la mañana hablando del tema y al final me ha convencido, y me he convencido a mí misma, de que él es malo para mí.

Pero ahora que lo tengo cerca, se me hace muy difícil creérmelo.

Noto su pena mientras me sigue hasta la habitación.

Mi interior me grita que me lance a sus brazos y que lo solucionemos. ¿Cómo es posible que no lo solucionemos? Me ha poseído. Durante más de cuatro meses, él y todo lo que representa me han poseído. Pero necesito que me deje marchar o me destrozará.

Soy demasiado romántica; él es demasiado duro, demasiado frío por lo que ha hecho durante toda su vida.

Cuando cierro la puerta de la habitación, me giro de repente y tira de mí hacia él y me besa. Nos besamos, sin oponernos, derritiéndonos en la boca del otro mientras nos besamos más tiempo que nunca. Minutos y minutos y minutos. Mi ansioso cuerpo se hunde en el suyo, duro, y con las manos me sujeta por los lumbares, enganchados a él con fuerza. Nuestras lenguas se mueven con más rapidez que nunca, hambrientas, y mientras tanto vamos memorizando el sabor del otro, la sedosidad de nuestro beso. Hasta que gruñe y se aparta y se dirige a la ventana.

Lo veo luchar por volver a erigir sus muros. Muros que he hecho polvo porque quería que me amara. Me ama, lo sé. Estaba en su tacto y en la desesperación de sus ojos ahora mismo, como si quisiera dejarme marchar, pero no pudiera.

Se queda mirando a la ventana con las manos en los bolsillos en esa postura de «quiero-comerme-el-mundo» que tanto me gusta. Cada centímetro de mí sabe que es consciente de mí, pero no lo demuestra hasta que habla, sin girarse, con una voz tan pura que me araña las entrañas como si fuera una sierra:

—¿Estás segura de que quieres marcharte?

—Lo estoy —digo con una voz también de papel de lija.

—Entonces, Derek puede llevarte al aeropuerto. —Se le quiebra la voz.

—Puedo pedir un taxi.

Doy un paso hacia él y me detengo. ¿Qué voy a hacer? ¿Abrazarlo? No puedo. Necesito romper con esto.

Me fijo en los guantes que ha tirado sobre la cama y los cojo con cariño con una mano, porque necesito sentirlos una vez más. Se gira y me mira, y me rompo en dos al mirarlo a los ojos. A esos ojos orgullosos de Greyson King. Bajo la vista al suelo y parpadeo.

—Acabas con quien acabes, recuerda que primero fuiste mía. Una parte de ti siempre será mía. Cuando encuentres a tu príncipe azul, el que tenga todo lo que buscas, el que sea perfecto, seguirás siendo mi puñetera princesa y no la de nadie más.

Se me inundan los ojos porque sus palabras me duelen, la realidad que transmiten me duele mientras le aprieto los guantes en las manos.

—Por favor, déjalo estar, incluso esa parte.

—Podría hacer que me amaras, Melanie. Puedo conseguir que me elijas.

Rompo a llorar y apoyo la cabeza en su pecho, entonces él me huele el pelo.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que sea tu juguete y tú el mío, hacer cosas malas todas las noches y después volver conmigo para hacerme el amor, y entonces hacerme sentir en el cielo entre tus brazos y en el infierno cuando no esté en ellos porque están haciendo algo horrible?

—Soy el dueño de este cuerpo, Melanie —dice acariciándome las curvas—. De cada centímetro. Estas manos saben amarte más de lo que saben hacer lo que hacen.

Me enjugo las lágrimas.

—Me ha gustado que seas su dueño. El dueño de cada centímetro. Pero el amor de mi vida no puede hacer lo que tú haces, no puede.

Me sujeta la cara.

—Sí que puede —dice con ternura.

Trago saliva y lo admito.

—Pero desearía que no lo hiciera.

Sacudo la cabeza, pero me mira con esos penetrantes ojos color avellana con manchas verdosas que ahora mismo parece que brillan.

—Y, sin embargo, es una parte de mí —dice con voz ronca y da un paso al frente—. No soy tu príncipe, soy todo lo que no deseas y aun así me

quieres. Me necesitas, Melanie; has estado esperándome. Deja estar la idea de quién debería ser y...

—¡No! ¡No quiero estar enamorada de ti! ¡De ti no! —lo aparto de un empujón.

—Cariño, no dejaré que te manche, solo tiene que mancharme a mí. No sabrás nada sobre lo que hay que hacer. Nada...

—¡No! ¡No podría soportar saber que haces esas cosas, Grey!

No insiste y se aleja para mirar hacia la calle. La luz del sol le golpea todos los preciosos ángulos del rostro y en mi cerebro parece que todavía funcionan bastantes células como para registrar lo que sucede. Greyson y yo estamos cortando. Yo quería amor y lo encontré, y ahora lo dejaré escapar porque... no es como el de los sueños, no es como el de los cuentos, no es como me lo imaginaba.

Con lo que acabo de hacer noto como si me apuñalaran en el pecho, pero todos mis instintos de supervivencia me dicen que tengo que irme.

Me duelen las entrañas cuando Greyson se gira hacia mí, me acaricia la cara y me inclina la cabeza otra vez hacia la suya.

—El Clandestino estará más organizado que con mi padre. Melanie, yo no perderé la cabeza... —dice con voz firme.

—No me puedes pedir que me quede a tu lado mientras chantajeas a gente, intimidas...

Gruñe y cierra los ojos.

—Será trabajo, nadie saldrá herido. Entiende que no puedo dejar esto de repente. Hay vidas en juego... luchadores que viven de esto. Tu amiga... y su marido, el Depredador... prosperan, respiran, ¡adoran el Clandestino!

—¡Lo sé! Sé que es un mal necesario, ¡pero yo no puedo pertenecer a él! ¡Me da miedo! —grito.

Esa confesión le empaña los ojos de tormento, y no sé si se da cuenta de que, quizá, lo que más miedo me da es lo que siento por él, y que es todo lo que nunca quise y, de repente, todo lo que quiero.

Me duele el pecho mientras le toco la mejilla y lo miro a los ojos y absorbo su forma de mirarme.

—Tienes una belleza de infarto y aquí eres un buen hombre. Cuando piense en ti quiero pensar en quien eras cuando estabas conmigo, Greyson.

—Prefieres enamorarte de la fantasía que del hombre real —dice, y eso le duele de verdad.

—No, ahora mismo sufro por un hombre real. De quien estoy enamorada es de un hombre real. —Trago saliva—. Brooke dijo que eras mi «todo». Así es como llama ahora al amor de su vida. Pero tú no eres mi todo, Greyson. Eres mi caballero con guantes de piel y que se convirtió en un canalla.

—Dios, me matas, Melanie.

Trago saliva, le tomo la mano y le doy los guantes, y acepto en silencio saber quién necesita ser. Dobla los dedos alrededor de los guantes y con la otra mano me sujeta a mí. Baja la vista a mis labios y me los besa, con un suave roce, como si no pudiera evitarlo, y luego me aparta.

—Tienes tres segundos para irte —dice.

Eso me duele, como si me arrancaran un pedacito del corazón, y mi hermana es la única que conozco que podría alejarme del lado de este hombre. Todo lo contrario a mis sueños y fantasías, y, de repente, todo lo que quiero.

—Dos segundos, Mel.

—Grey, párame —digo de repente. «¡Dios mío, no me puedo creer que lo esté dejando!».

—Uno.

Dios, no va a pararme.

Por sus actos criminales, no me obligará a llevar esta vida. Su vida.

Me giro, agarro la maleta con todo lo que me había traído y cierro la puerta. Luego me quedó allí de pie, llorando por el silencio absoluto que proviene de la habitación en la que lo he dejado. Pandora se levanta y va a buscar su maleta en silencio.

He dormido por todo Seattle y ni una vez me he sentido como una puta hasta que le he roto el corazón a este hombre.

En un mundo ideal, solo amas al hombre perfecto.

Pero el mundo no es ideal. Amo a un hombre imperfecto que peca, miente, roba, extorsiona y, por raro que parezca, porque todavía no han pasado los años, ya sé que ni siquiera mi hombre perfecto ni mi príncipe azul estarán a la altura del que acabo de dejar.

Pandora y yo no hablamos de camino al aeropuerto. Derek acabó insistiendo en llevarnos y yo estaba demasiado devastada como para protestar. Encontré el amor y lo dejé. Encontré todo lo que quería y todo estaba mal, y lo dejé en una habitación de hotel que él mismo había pagado, mirando por la ventana como si me encadenara a él con apenas mirarme.

—Estoy escribiendo a Kyle para que organice algo para esta noche — dice Pandora.

—No —digo.

—Mel, es tu cumpleaños.

—¡No! —digo—. Por favor. Quiero estar sola.

Embarcamos. Incluso llego a colocar la maleta en el compartimento superior del avión. Y lo recuerdo a él bajo la lluvia. Recuerdo todas y cada una de las cosas que ha hecho por mí.

«Yo me encargo de tu coche».

«No te muevas de casa esta noche».

«Mi vida también tiene un precio muy elevado. Cada día. Son muchos días intentando encontrarle algún puto sentido».

«¿Soy el primer hombre para el que cocinas?».

«Me tienes a mí, princesa. ¡Por Dios! ¿No ves lo que me provocas? Me tienes entero, Melanie. Estoy a unos cuantos estados de distancia y me siento medio hombre, con ganas de destrozarme algo si no te veo pronto con mis propios ojos...».

«Sé que has usado el sexo para dejar de sentirte sola demasiado tiempo, Melanie, y sé que eres lo más adorable que he visto nunca, que siempre intentas sacar el mayor partido de todo. Que le das una oportunidad a todos los sapos, porque a ti te la dieron, ¿verdad? Entonces, ¿por qué ibas a negársela tú a alguien? ¿A quien fuera? ¿Incluso a un gilipollas como yo?».

Me llevó en brazos... De repente recuerdo que me llevó a casa, sangrando por un corte que le había hecho yo, y me puso en la cama, me llenó la bañera y me apretó la mano. Me protegió. Me sostuvo. Intentó prevenirme de él porque no quería herirme, pero de alguna manera, igual que yo, no pudo mantenerse alejado. Lo veo muy claro. ¿La mirada que me

dedica? Eso es real. Esa mirada es real. Toda la demás mierda no importa.

La gratitud y fiereza de sus ojos cuando cociné para él y se sintió... aceptado.

Las veces que se sinceró sobre sus sentimientos hacia mí. ¡Él!, un hombre que probablemente está acostumbrado a no sentir nada en absoluto.

Cómo me conoce. Desde el principio ha sabido todo lo bueno y malo de mí, y aun así me mira como si fuera el diamante más valioso de todos.

De repente recuerdo a Brooke diciéndome «¡Melanie, acéptalo!». Llevas toda la vida buscándolo, ¡lucha por ello!

—Pan —susurro. Mis sentimientos por él se intensifican hasta el punto de querer gritar o implosionar porque no viviré ocultándolos; me niego a vivir con todo esto guardado. Me niego a vivir sola cuando puedo tenerlo. ¿Conseguirá el miedo mantenerme alejada de mi chico? ¿De mi hombre? ¿De mi canalla? Me tiemblan las manos mientras me desabrocho el cinturón de seguridad y casi tropiezo al levantarme del asiento antes de que cierren la puerta—. Te veo en Seattle.

—¿Qué quieres decir? Tía, me da miedo volar y ¡sabes que acabo de tragarme una puta pastilla para dormir!

—No me detengas. No quiero que me detengas. Por favor. ¡Por favor, Pan! Le quiero. Lo amo.

No dejo que me convenza de lo estúpida que estoy siendo, o insensata. Siento una sacudida de emoción en mi interior con solo pensar en correr de nuevo a sus brazos, y todo mi cuerpo tintinea y está fuera de control al salir del avión justo antes de que cierren la puerta. Corro por la terminal del aeropuerto intentando encontrar a Derek.

—¡Derek! —grito y me apresuro con la esperanza de pillarlo. Cuando cruzo una puerta corredera de un salto, me para un hombre con botas de cowboy y una camisa de cuadros.

—¡Joder, ahí estás! —dice.

—¿Cómo? —Parpadeo y miro al joven hombre. Tiene esa cara que me recuerda a la de muchos hombres, normalita y afable, pero unas gafas de sol le escudan los ojos y por nada del mundo recuerdo haberlo conocido antes.

—Melanie. Eres Melanie —repite, y lo dice como si acabara de encontrar oro.

—¿Nos conocemos? —pregunto y miro por encima de su hombro con la esperanza de ver la enorme y ancha espalda de Derek. De repente, no puedo soportarlo más; quiero volver, ponerme frente a Grey y decirle: «Te quiero. Te quiero y confío en ti y vamos a hacer que funcione. De alguna manera. ¡Imbécil, eres mi príncipe tanto si quieres como si no!».

—No, todavía no me conoces. —El joven hombre sonríe y me extiende la mano—. Soy el hermano de Greyson, Wyatt. He oído que te ibas. Incluso pensé que había perdido tu vuelo, pero vine de todas formas con la esperanza de convencerte para que te quedaras.

Le brillan los ojos como si supiera lo de Greyson y lo mío, lo que hay entre nosotros. Lo que acabamos de perder porque soy una gallina y él estaba siendo... noble.

Noble.

Y me dejó ir.

La ansiedad por verlo aumenta al instante.

—¿Vas a verlo ahora? ¿A dónde vas? ¿Puedes llevarme?

—En realidad, primero iba a ver a la madre de Greyson.

—¿Qué? —La felicidad que siento casi me tumba—. ¿Sabes dónde está?

—Lo acabo de descubrir, pero *shhh*. No se lo digas a Greyson, es una sorpresa. Mi padre ya no está bien... lleva días en el hospital y no le queda mucho tiempo.

Estoy boquiabierta por las noticias. Boquiabierta de felicidad, esperanza, expectación.

—¡Dios mío! —Se me empañan los ojos al pensar cuánto significará esto para Greyson. ¿Después de cuántos años podrá ver por fin a su madre?

—¿Quieres venir y llevarla junto a él? —ofrece Wyatt de repente.

—¡Claro!

Novedades

Greyson

El mensaje viene del móvil de Melanie, pero se me congela el estómago al instante al darme cuenta de que no es ella la que escribe.

«Enhorabuena. Has ganado».

«¿Y tú quién eres?», contesto.

«Melanie se ha dejado el móvil en el avión. Soy Pandora. Has ganado, espero que estés contento. Va de camino hacia ti. Está ciega y perdidamente enamorada de tu puta estampa».

Las palabras me envuelven como si fueran una manta, me calientan. Al mismo tiempo, una extraña alarma primitiva resuena en mi cerebro. Marco el número de Derek.

—¿Dónde coño estás?

—Volviendo, después de dejar a tu reina. ¿Por?

—Mueve el culo hacia el aeropuerto y tráela de vuelta. ¡Tráemela de vuelta, joder!

Todos mis instintos protectores se han activado de repente, mezclados con el entusiasmo salvaje y primario por lo que acabo de leer en el móvil.

Viene aquí.

Vuelve conmigo.

Veinte minutos después, recibo una llamada de Derek.

—No está. Un taxista la vio marcharse con un chico de camisa a cuadros

y botas.

Se me agita el estómago y, de repente, todo encaja y se me hiela la sangre de las venas.

«Wyatt».

La voz familiar de Eric suena detrás de mí.

—Hijo, tu padre quiere que...

He estado esperando fuera de su habitación de hospital, esperando para hablar con él, con el talonario a mano, listo para resolver lo de Melanie, y ahora miro a Eric y aprieto los dientes.

—Dile que me he ido. Dile que ya volveré. —Corro por el vestíbulo y saco las llaves del coche de alquiler mientras llamo a C. C.—. La tiene Wyatt. Ve al sur de la ciudad, yo iré al norte, desplegaré a Derek por el este y pon al resto del equipo a trabajar. ¡Encuentra a Wyatt, ayúdame a encontrarla, joder!

Llevo trece años buscando a mi madre.

Trece.

Si Melanie desaparece más de un día, me convertiré en un monstruo, en un auténtico monstruo desbocado con una única misión.

Encontrarla, protegerla, mantenerla a mi lado, follarla. Nunca más la dejaré marchar.

Nunca he rezado, pero me dirijo a un dios en el que nunca he creído y le grito que se lleve lo que sea, lo que quiera de mí, pero no a ella.

Revelación

Melanie

—¿Y dónde está? ¿Dónde ha estado todo este tiempo? —pregunto con curiosidad desde el asiento de atrás.

El hermano de Greyson se limita a sonreír y sigue adentrándose con el coche en los barrios bajos de las afueras de Denver. Es un chico bajito con un estilo de vestir que revela «quiero-ser-un-cowboy».

No sé si es el sexto sentido que dicen que tenemos las mujeres, o la espeluznante mirada de sus ojos, o cómo se me acelera el corazón en el pecho, pero algo va muy, pero que muy mal.

Entonces caigo en la cuenta de que Wyatt no me lleva a conocer a la madre de Greyson, como dijo que haría.

—Quiero volver —digo en voz baja.

Ríe.

—¿En serio? ¿Ahora das órdenes? —Chasquea la lengua y me mira—. Dejemos que sea él el que venga a por ti, ¿vale? ¿No es lo que queréis todas las chicas? ¿Que os rescaten? No hay duda de que mi hermano querrá rescatar a su «princesa».

—Oye, ahora mismo no le importo nada. Él y yo hemos terminado...

Cuando estiro la mano para abrir la puerta, saca una pistola.

—Siéntate y cállate.

El *shock* que me produce que me apunten con una pistola hace que me

deje caer de nuevo en el asiento y en silencio. El corazón me golpea con fuerza y mi respiración es irregular. No quiero que sepa que estoy asustada, pero me estremezco por el miedo al recordar unas manos agarrándome... llevándome...

Fue él.

—Créeme, le importas. Dios, estudiarlo se ha convertido en una religión para mí. Mi puñetero padre quería que fuera como él —dice con desprecio—. Está enamorado de ti. Hace años que tiene tu nombre en la lista y ha empezado por el número cuarenta y ocho y ha ido hacia arriba, en vez de arriba abajo, solo para posponer el momento de cobrarte. Mientras tanto, desaparecía y lo veía observándote por las cámaras del Clandestino. ¿Todas las peleas a las que has venido? Greyson te ha estado observando. Te para, te rebobina y te vuelve a ver. Anda que no, le importas más de lo que le ha importado nada en la vida, y quería joderle. Quería que pensara que también te había perdido a ti. Dejarlo tan jodido que no pudiera acabar la lista; así el Clandestino pasaría a manos de quien pertenece, las mías.

Ríe para sí mismo, una risa que transmite la innombrable furia de su interior.

—Incluso le hizo prometer a mi padre que nadie tocara sus blancos... y todo eso porque el cabrón no podía soportar que nadie se acercara a ti.

Me mira de reojo y su sonrisa es lo más falso que he visto nunca.

—Créeme, princesa, le importas muchas mierdas, más de lo que le ha importado nunca nada. Antes era imposible negociar con él. Su madre había desaparecido y no había forma de encontrarla. Nuestro padre le importa una mierda. Ni siquiera le importaba una mierda estar vivo. Hasta que tú...

Esa risa de nuevo hace que suenen todas las alarmas de mi sistema a pesar de que no tengo escapatoria; estoy atrapada, atrapada a plena luz del día en el asiento trasero de su coche.

—Greyson es listo, metódico —dice su hermanastro y entrecierra los ojos mientras me observa la cara—, pero no tiene lo que hay que tener. Quiere que todo sea limpio, bonito, caballeros que hacen negocios. Este es mi mundo. Él ni siquiera lo quiere, solo lo hace para saber dónde está su mamá.

Sonríe de nuevo, se ríe de nuevo.

Odio esa sonrisa.

Odio esa risa.

—Sí, Grey, el chico guapo, piensa que papá es un chico malo. Siempre salvando a la gente. Muertes por las razones equivocadas. El Clandestino es un mundo sucio. Cuando mi padre muera, ¿Cero lo convertirá en una empresa legal? ¿Eh? ¿Nos sentaremos en una puta mesa a negociar como un comité? —Ríe—. Esto no funciona así y, mientras yo viva, no funcionará así. Ahora te tengo a ti, así que también lo tengo a él. Esta vez soy yo el que arrebató a la chica de su vida.

—Puedes negociar sin mí. Ya no me quiere —aseguro—. Por qué no vamos con su madre... —propongo.

—Subnormal, nadie sabe dónde está esa zorra excepto el Carnicero, ¡y no dirá una mierda! —Gira el volante con brusquedad y nos vamos hacia un lado, luego me mira mientras endereza de nuevo el coche—. ¡Dios! Es de lo más interesante que mi brillante y talentoso hermano se enamorara de una rubia tonta como tú. Pero estoy seguro de que la chupas bien.

Me quedo en silencio; estoy demasiado asustada como para hablar.

Greyson cree que me he ido. Me dejó ir.

No vendrá a por mí.

Conozco la sombra exacta en los ojos de Grey cuando me mira.

Sé que duerme con un brazo bajo la almohada, bocabajo y con la cabeza girada hacia mí.

Sé que huele como un bosque en el que me gustaría perderme, para siempre, y que nunca me encontrarán.

Y no tengo ni idea de sus estúpidas actividades criminales.

Excepto que me las ocultó.

Y ahora ni siquiera sé lo peligroso que es su hermano. Si también es un violador y un asesino, además de un secuestrador. Si solo me retiene para pedir un rescate o si planea torturarme simplemente porque puede hacerlo...

¡No tengo ni puta idea de qué hacer!

—Venga. Júzgame. Me importa una mierda —suelta.

Aparca el coche en un garaje subterráneo y cierra la puerta. Me saca del asiento trasero del coche con la pistola justo en la sien, fría, dura, de acero.

Se me revuelve el estómago cuando me sujeta por el brazo y me arrastra al interior del ascensor.

—Dime —habla mientras subimos y apenas puedo escucharlo por encima del martilleo de mi corazón—. ¿Quién le hacía el trabajo sucio al Carnicero cuando su querido Greyson se largó? Estaba seguro de que nunca volvería, pero, vaya. Resulta que Julian quería que volviera hasta casi suplicarle. Le aterrorizaba demasiado perder a su hijo preferido. Cuando supo que estaba enfermo, no podía dormir al pensar que nunca más vería a su preciado Cero, que su Clandestino (todas las peleas, todas las apuestas, el negocio lucrativo, el prestigio entre las ligas de lucha) se echaría a perder si Cero no llevaba las riendas.

Estoy atenta a sus palabras, pero, sobre todo, noto el resentimiento enfermizo que descarga hacia mí.

«¡Dale una patada en los huevos, Melanie!». Pero estoy paralizada.

—Mira, no soy celoso.

«¡Melanie, date media vuelta y sal corriendo!».

En la televisión parece muy fácil, pero mis puñeteras rodillas... parecen de gelatina, así que no seré capaz de correr para salvarme.

—Cuando el Carnicero muera, Greyson no recibirá nada mientras te tenga a ti. —Continúa Wyatt cuando se abre la puerta del ascensor y me empuja a un desván abandonado lleno de madera vieja y botes de pintura resecos—. Siéntate en esa puta silla o te disparo en las piernas.

Me dejo caer en la silla sin rechistar y aprieto la mandíbula para evitar que me castañeteen los dientes.

—Se está muriendo ahora mismo y yo te tengo. Greyson pierde. La lista está incompleta, así que pierde. Aunque estuviera dispuesto a luchar por el Clandestino, si quiere recuperarte, tendrá que dejarlo a cambio de ti, y tendré que matarle. Y tú, si quieres vivir, dame un jugoso polvo y después ya veremos. —Me mira—. Exacto, Melanie. Ya ves, últimamente yo también te he estado observando. Los vídeos que miraba. Yo también los he visto. Cómo te saltaban las tetas. Cómo gritabas «¡Depredador!».

Sí, mi hermano no es el único al que se la pones dura.

Wyatt empieza a atarme los brazos detrás de la espalda con una gruesa cuerda de cáñamo.

El pánico me devora. Oigo perfectamente cómo me castañetean los dientes.

Cómo sopla el viento afuera.

Me ata y parpadeo porque, no, no quiero que este capullo me vea llorar.

—Te matará cuando te encuentre —digo con voz ronca y odio el miedo que muestra mi voz.

Ríe.

—Cariño, ya estoy muerto. —Se inclina sobre mí—. Y no. No me matará. Mira, esa es la clave. No le gusta matar. Solo lo hace cuando tiene que hacerlo. Pero soy la única familia que le quedará. Todavía se siente responsable de mí. Que me tiene que rescatar de mis mierdas. Sentirá, en esa parte de él que odia ser un Slater, que es culpa de mi padre que sea como él. Me dejará vivir.

Me tapa la boca con algo y se va un momento. De repente todo está en silencio, y eso es lo que más me asusta.

Me escuecen los ojos por las ganas de llorar.

Tengo la garganta en carne viva y, bajo el trapo con el que me ha tapado la boca, tengo la lengua seca y pegada al paladar.

Puede que muera hoy.

Me he fallado a mí misma, a mi hermana y a mis padres. Y no me satisface nada saber que la última vez que vi al único hombre que he querido, tiré por la borda nuestro amor. Dios mío.

Le dije lo malo que era para mí, pero nunca lo bueno. Nunca supo que era feliz, dichosamente feliz (aunque también estaba asustada) de estar enamorada de él. No dije que creo que me enamoré en el momento en que se lanzó bajo la lluvia para evitar que me mojara. Nunca le dije que en lo más profundo de mí ser pienso que es *sexy* que sea malo, y aún más *sexy* que sea tan bueno siendo malo. Nunca le dije que incluso después de haberme mentido, confiaba en que jamás me haría daño. Nunca le dije nada de eso, solo que tenía miedo. Una puta cobarde.

Nunca sabrá que creo, sin ninguna sombra de duda, que es mío, ya sea por una cruel casualidad de la vida o por una bendición celestial. Y que yo era suya antes siquiera de que me tocara.

Es lo que nunca supe que quería y todo lo que necesito ahora.

Me lo creí lo suficiente como para regresar junto a él. Lo suficiente como para abandonar mi mundo de cuento de hadas y seguirle hasta el interior de su fascinante y aterrador Clandestino.

Quizá nunca lo sepa.

Se oyen ruidos en una habitación contigua y se me forma un nudo en el estómago cuando regresa.

Unos temblores incontrolables se apoderan de mí mientras intento llegar con las uñas al nudo de la cuerda que se me clava en las muñecas. Tengo el pelo delante de la cara y lo odio. Lo odio. Tengo los músculos agarrotados porque la sangre corre por todo mi organismo en un intento de que me mueva, de ayudarme a escapar. La silla cruje debajo de mí y hago una mueca de dolor al oír el ruido.

Wyatt camina hacia una pequeña ventana rota y mira fuera, entonces inclina la cabeza hacia mí y se me queda mirando, me repasa de arriba abajo con la vista.

La lujuria de su mirada es inconfundible, y dispara mi miedo sin control. «¡Dios, esto no me puede estar pasando!».

Noto un subidón de adrenalina. Aguanto la respiración, junto las dos muñecas con fuerza y meto el pulgar en medio del nudo, y con la uña intento encontrar un pequeño lazo del que tirar para deshacerlo. La cuerda se afloja cuando meto el pulgar en un agujero y el otro pulgar en otro y tiro en direcciones contrarias para deshacerlo, y hago ver que me estiro mientras consigo liberar por fin una mano de un tirón y luego meneo la otra para sacarla.

En menos de tres segundos, lo tengo de nuevo encima de mí. Me agarra por el pelo con el puño y me arrastra de la silla y me tira bocabajo sobre un asqueroso colchón improvisado.

—¿Qué intentas? ¿Eh? ¿Escapar?

Gateo y lucho por liberarme, pero me da media vuelta y se sienta a horcajadas sobre mí mientras me toca las tetas y las aprieta. El pulso me va a mil y cada vez me pongo más roja por la humillación mientras sigo luchando contra él.

—¡No me toques, capullo! —grito y me sacudo e intento usar las rodillas.

Me sujeta los brazos, tuerzo la cabeza y doy un mordisco a ciegas, y arranco un trozo de carne.

Gime y me retuerzo hasta que me libero, jadeando mientras me oriento y el corazón me sigue latiendo con frenesí.

Ruge y me embiste y lo golpeo con el tacón, lo que hace que la pistola caiga al suelo con un golpe sordo. Escupo la sangre de cuando lo he mordido, cojo la pistola y me giro con rapidez, pero la aleja de mí de una patada.

—Putá.

Me da una bofetada.

El dolor se extiende rápido por mi cuerpo, luego me agarra por el cuello y me levanta del suelo, y el dolor y la urgencia por conseguir oxígeno se agudizan con cada respiración que sale de mi garganta. Recoge la pistola y mientras pataleo en el aire, levanto una rodilla y le golpeo con fuerza en los huevos.

—*Ufff.*

Me suelta.

Echo a correr hacia el ascensor, pero cuando veo las escaleras a solo tres pasos, corro hacia allí, cojo el pomo de la puerta y tiro de él con fuerza para intentar abrirla.

—Venga, venga —grito. Pero la puerta está atascada y, cuando estoy a punto de darle una patada para abrirla, oigo que se abre la puerta del ascensor y unos bramidos de enfado detrás de mí.

—¡Vuelve aquí, zorra!

Entonces la puerta que intentaba abrir al fin cede. Se abre, hacia afuera, y sujeto el pomo con tanta fuerza que me voy con él, con un gran paso hacia el frente, y me encuentro con que no hay escaleras, solo una caída de cinco pisos, y mi cuerpo se lanza a la nada mientras oigo el grito más helador y desesperado que he odio nunca, «¡No, princesa!», y me estampo en la oscuridad.

Caída

Greyson

Toco fondo.

Veo a Melanie desaparecer por el enorme agujero de la puerta. Me da algo. Me oigo gritando una vez más «¡princesa!» mientras me lanzo hacia el espacio vacío. Mi hermano se abalanza sobre mí, me empuja contra la pared y me agarra el brazo con el que sujeto mi arma. Le venzo con facilidad, pongo mi SIG entre los dos y apunto directamente al centro de sus costillas.

¡Bum!

Chilla y deajo que caiga al suelo mientras se retuerce de dolor y tiro la pistola mientras corro hacia la puerta vacía. Tengo el pecho tenso. Soy incapaz de respirar. Cinco pisos más abajo veo una mata de pelo dorada.

—¡Melanie!

Ninguna respuesta.

Derek sale del ascensor y al instante lo tengo a mi lado, lanzando una cuerda.

—Bájame, no quiero aplastarla —le grito. Sujeto un extremo de la cuerda y poco a poco me va bajando un piso, luego dos, y así hasta que se acaba la cuerda. Salto cuando quedan dos pisos, y me estrello contra el suelo con una palabrota—. ¡Llama a una ambulancia! —grito a Derek.

—Princesa. —Ruedo hacia un lado y gateo hasta ella—. Princesa.

Está pálida e inmóvil. Tiene las mejillas cubiertas de sangre que le brota de los labios y la nariz. Murmura algo ininteligible.

—Cariño —digo y estiro el brazo para tocarle el cuello en busca de pulso.

Lo noto, palpita débil bajo mis dedos. Me duele el corazón. Me duele a más no poder. Por primera vez en la vida, me siento impotente.

—Melanie, quédate conmigo. —Sueno como una nenaza. Estoy suplicando. Pero, hostia puta, no puede dejarme. No puede dejarme, joder.

Miro la parte de atrás de su cuello; no está roto, pero no voy a moverla. No me atrevo. Solo le sujeto la cabeza con las manos porque había pensado que nunca más volvería a ver esta puñetera carita y me la quedo mirando. Tiene los ojos cerrados, se le ha ido la sonrisa y la sangre le sale de los labios. Antes de darme cuenta, agacho la cabeza y presiono mis labios contra los suyos, le beso los labios ensangrentados, y se me enronquece la voz mientras digo:

—Cariño, te dije que te alejaras de mí.

No se mueve. No puedo respirar.

Noto que la estancia nos asfixia, que chupa todo el oxígeno. No puedo respirar.

—Melanie, mira lo que te he hecho.

Le peino el pelo hacia atrás con la mano enguantada. Grito enfadado y me saco los guantes, los guardo en el bolsillo trasero de los vaqueros y le toco el pelo, suave como la seda entre mis dedos, y le cruzo los mechones en una trenza para que no se tenga que preocupar de tener el pelo delante de la cara.

Siento como si estuviera perdiendo el control, como si estuviera a punto de partirme y nada consiguiera unirme de nuevo.

—Quédate conmigo —sigo suplicando, le levanto la mano hacia mis labios y se la beso, una y otra vez—. No te vayas. Quédate conmigo.

Quiero verle los ojos. Esos ojos verdes que decían «sálvame». Hostia puta. Necesito verla sonriendo, riendo. Llamándome capullo y diciéndome que me quiere.

Cuando se abren las puertas del ascensor del sótano, tiemblo de rabia al levantar la vista y ver a Derek empujando a mi hermano en mi dirección. Dios, voy a matarlo, joder.

Cruzo la estancia como un loco hasta Wyatt, que tiene los brazos atados

detrás y el estómago le sangra. Está herido, pero eso no me calma para nada. Quiero coger todos mis cuchillos y cortarle las extremidades poco a poco. Quiero oírle gritar, quiero derramar su sangre, quiero vengarme por lo que le ha pasado a ella.

Lleno de dolor, le estampo el puño en la cara.

—¿Por qué te la llevaste? ¿Por qué? ¿Eh, hijoputa? ¿Por qué a ella?

—¡Para joderte! —grita y escupe la sangre de la boca.

—¿Qué ha dicho? —Lo zarandeo con fuerza antes de golpearle de nuevo con los nudillos en la mandíbula—. Sus últimas palabras antes de caer, ¿qué ha dicho?

Sonríe con una sonrisa ensangrentada y le doy un puñetazo con los nudillos, lo que hace que le salga un chorro de sangre de la boca.

—¿Qué ha dicho, capullo? —exijo y siento un dolor tan profundo que me convierto en un animal salvaje, desalmado y desolado. Una máquina de matar, simplemente. En mi interior late una rabia brutal.

Soy un loco enfurecido al que le hierve la sangre y le duele todo por dentro.

Soy inapropiado para ella, pero eso no me va a frenar.

Es el alma que no tengo.

Antes pensaba que estaba muerto.

Pero no.

Solo estaba dormido.

Ella me despertó, pero ahora, si le pasa algo, estoy muerto. Sería un cadáver andante. Gruñe de dolor cuando le pego de nuevo.

—¿La hiciste suplicar? ¿Hiciste que te suplicara para que la dejaras marchar?

Wyatt toma aire.

—Sí, capullo, la hice suplicar.

—¿Cómo te iba a suplicar? ¿Cuánto tiempo?

—Mira, estaba enfadado.

—¿Cuánto tiempo te suplicó por su vida? ¿Te dijo «por favor»? ¿Eh?

—Minutos. ¡Solo unos minutos!

—¿Te dijo que te mataría? ¿Te dijo que te arrancaría la piel a tiras en vida por atreverte siquiera a tocarle un pelo de la cabeza? —Le estampo otra

vez el puño y gime y se aparta a un lado incómodo, y se lleva la silla con él.

—¡Cero, se ha caído sola...! —suplica—. ¡Solo la retenía para evitar que acabaras la lista!

—La has tocado, hijo de puta, ¿verdad?

—¡Sí! Le agarré las tetas, ¡quería cabrearte!

Le estampo el puño, una y otra vez, y grito:

—Enhorabuena, estoy cabreado y ahora tú estás muerto.

Le golpeo, le rodeo el cuello con un arma y me propongo quitarle la vida.

«Prométeme que no matarás a nadie». Esas palabras vuelven a mi mente para atormentarme. Me empiezan a escocer los ojos al recordar la esperanza en sus ojos esa noche. «Prométeme que no matarás a nadie».

Refunfuño derrotado, me dejo ir y jadeo mientras me tomo un respiro y me paso el brazo por los ojos húmedos.

«Prométeme que no matarás a nadie...» .

—Cero. —Oigo que gritan—. Ha llegado la ambulancia.

Camino hacia mi chica inconsciente, que sigue tumbada en el mismo sitio, y me dejo caer de rodillas y le cojo la mano.

—¿Recuerdas que te dije que no suplicaba? —susurro—. Pues te suplico que vuelvas junto a mí.

Con trece años perdí lo más preciado de mi vida.

Entonces construí una fortaleza a mi alrededor para no volver a perder nunca algo que me importara. Para no volver a sentirme perdido, traicionado, solo o secuestrado.

Me volví tan frío como el hielo y tan calculador como un robot.

No dejé entrar a nadie. No quise a nadie, ni siquiera a mi familia.

Y todo funciona genial hasta que bajas la guardia.

Y al final dejas entrar a alguien.

A una rubia de ojos verdes que se ríe por todo.

Que ama todo y a todos.

Que conecta con la gente como si hubiera nacido para eso.

Y entonces es cuando empiezas a desear en lo más profundo de tu ser que conecte contigo.

Y da igual lo demoníaco que seas, lo capullo que seas, que le mientas, que te niegues a decirle la verdad sobre ti, porque ella conecta contigo.

Abre la reja y entra dentro de ti antes de que te des cuenta, y te sientes tan lleno y afortunado que cierras todas las puertas de un portazo y la encierras en tu interior, para protegerte y para protegerla.

Hasta que te das cuenta de que estás jodido.

Hasta que dejas de ser frío, de ser un robot. Llevas las flaquezas en lo más profundo del corazón y su dolor se convierte en tu dolor.

Hasta que te sientas en la silla de un hospital, esperas y rezas por primera vez en tu vida a un dios que nunca te ha escuchado cuando le has rezado que te permita ver a tu madre.

Rezas porque Cero no tiene ningún poder ahí. Porque ahí tu dinero no tiene ninguna influencia. Nada vale excepto tu voluntad, y lo único que puedes hacer es rezar que, por favor, no sea ella.

Pero sí lo es.

Los doctores salieron para hablar conmigo. Para ponerme al corriente de la situación.

Está en coma.

Apenas respira por sí misma.

Está en algún lugar muy lejano donde no existo, donde no puedo cogerla, ni protegerla. Y aun así la veo, la noto, la oigo, la necesito, la amo con locura.

Nunca lo supo.

Dios, ni yo lo sabía.

Ninguno de los dos lo sabía.

Me restriego los ojos con el brazo cuando empiezan a arderme y luego me quedo mirando el mensaje de C. C. que he recibido hace unos minutos, paralizado por lo que dice.

«Tu padre acaba de morir».

Sin decir palabra, me levanto y la miro desde la ventana, a mi incomparable princesa, y luego me dirijo pasillo abajo para organizar el funeral de mi padre.

—Enhorabuena, C.

—¡Enhorabuena, C.!

—Enhorabuena, Cero.

Frunzo el ceño cuando llegamos al Clandestino el día después del funeral de mi padre y veo que Eric se me acerca con cautela con una gran caja de acero cerrada.

—¿Qué es esto? —pregunto. No solo estoy descolocado por el recibimiento del equipo, sino también por los artículos que lleva en las manos y que me tiende.

—Todo, Greyson. La propiedad del Clandestino. Algo que perteneció a tu madre y esto.

Estoy confuso cuando me da un sobre, pero tengo la mente para el arrastre. Yo estoy para el arrastre, me siento como un animal atropellado. En cuarenta y ocho horas no he comido nada, ni he dormido y ni me he duchado.

—No acabé la lista, Eric. —Siento la obligación de precisarlo.

—Mentira. Cuando murió tu padre, todos y cada uno de los nombres de la lista habían dado cuenta de sus pagos.

—No, Melanie...

—Su amigo pagó en su nombre.

Se saca el collar del bolsillo y casi me da algo al ver esos diamantes tan familiares, brillando como locos.

Los diamantes destellan y toco el collar que siempre llevaba en el cuello.

Me asaltan los recuerdos. Melanie preguntándome de qué era esta lista. Melanie queriendo entrar en mi habitación de acero. Melanie cocinándome. Melanie, Melanie, Melanie. Quiero ver sus ojos brillando con intensidad. ¡Quiero verla abrir los ojos y que me mire como siempre! Con vida. Como si fuera su dios. Como si fuera su chico.

«Princesa, ¿te das cuenta de lo que esto significa?». Quiero decírselo mientras sostengo el collar entre las manos y me lo quedo mirando con una sensación como si me clavaran un hacha en el estómago y me hubieran

partido el pecho con una motosierra. «Me has salvado, cariño. Me has salvado, joder. Ahora puedo encontrar a mi madre».

Pero no hay ni pizca de alegría en mi corazón, ni siquiera con esa noticia. Nunca más habrá alegría en mi corazón si esos ojos verdes no se abren y me miran, joder. Por favor, mírame, aunque solo sea para decirme lo capullo que piensas que soy. Dime que soy el motivo por el que estás así ahora mismo.

—¿Así que es esto? ¿Aquí es donde está? —pregunto a Eric mientras miro el sobre. Tengo la voz ronca por las emociones que intento ocultar con todas mis fuerzas.

Asiente hacia el sobre, el que contiene la información que llevo más de una década esperando. Siento punzadas y puñaladas por todo el cuerpo cuando lo cojo y lo abro. Llevo trece años esperando este momento. ¡Trece! He hecho cosas innombrables por esto, por ella, por encontrarla y por intentar protegerla.

Saco el papel, leo la dirección escrita con la caligrafía de mi padre y entonces la realidad me golpea. Me golpea como un torpedo.

Mi madre está en el cementerio.

Me quedo allí de pie asimilándolo sin moverme, sin contraer ni un solo músculo. Estoy inmóvil y, a la vez, ha estallado una bomba nuclear en mi interior. Ahí está la respuesta a por qué nunca pude encontrarla.

Mi madre está muerta.

El certificado de defunción tiene fecha de hace años. Más o menos por cuando dejé el Clandestino para buscarla. Estaba en una isla, en una isla privada, y allí murió. Por causas naturales, según la autopsia. Mi madre murió sola en alguna isla secreta que ahora será mía.

Mi madre está muerta.

Mi padre está muerto.

Y mi novia está...

Pensar que está en esa cama de hospital hace que sienta un dolor intenso y fulminante por todo el cuerpo. Por cómo la encontré, inconsciente, con un golpe en la cabeza, desangrándose, pálida e inmóvil.

Mi. Puñetera. Princesa.

Apenas le latía el pulso en el cuello.

Pálida y sin moverse en el suelo cuando todo lo que quería era cogerla en

brazos.

Camino con paso airado hacia el bar y grito cuando le doy un puñetazo a la pared.

Despierto en medio de un silencio espeluznante y veo docenas de botellas esparcidas por el suelo. Esta cloaca no puede ser mi habitación. No puedo haber dormido en esta leonera.

Gruño al levantarme y el martilleo de mi mente se expande por toda mi cabeza. Pestañeo y asimilo mi entorno mientras que, de forma instintiva, saco la pistola de debajo de la almohada. La cargo al ponerme de pie y aparto de una patada un cojín del suelo. El lugar parece destrozado, como si algún hijo de puta no quisiera que sobreviviera nada de lo que allí había.

—¿Estás vivo, tío?

Gruño y apunto el arma hacia atrás, donde veo a C. C. Parece que algo sí sobrevivió, lo único que el hijo de puta no quería: yo.

—¿Tienes algo más para romper? —pregunta.

—¿He sido yo el que ha hecho esto?

Yo he destrozado mi casa. Genial.

Estoy de lo más orgulloso de mí.

—Joder, podría ser peor. Hermano, eres una puta leyenda, el rey del Clandestino, rico de cojones...

—Mi madre está muerta. Mi madre está muerta y mi chica está...

No puedo decirlo. Se me desgarran el corazón al pensar en ella. Apoyo la cabeza en las manos.

—Lo siento, C. Joder, siento no haber llegado hasta ella a tiempo.

—Volvía conmigo, C. C. Volvía conmigo a pesar de estos... —Abro los brazos y miro la leonera de mi alrededor y a la que me parezco; por fin veo mi faceta criminal—. Quizá se me reverencia en nuestro pequeño y oscuro mundillo, pero fuera de él soy una mierda. Fuera de él, lo que hacemos está muy mal, C. C. Y una chica como ella puede hacer mucho pero que mucho más bien que yo. A pesar de eso, regresaba conmigo.

Se queda en silencio.

Me pongo a recoger los cuchillos, que están esparcidos por todos lados.

—Si voy a seguir con esto, C. C., si el Clandestino es mío y me tengo que encargar de él... las cosas van a cambiar.

—¿Qué hago con Wyatt?

—Enciérralo. Cárgale todos los delitos del Clandestino y de mi padre. Empezaremos de cero. —Lo miro—. C. C., quiero ser el hombre que ella quiere. El hombre que necesita. El hombre que podría ser.

—Cero, quizá nunca despierte. Podría seguir así meses, hasta que su familia decida que es hora de desconectarla...

Lo agarro por la camisa y le advierto:

—¡Ni se te ocurra acabar la frase!

C. C. se calla y yo me pongo a colocar todas mis armas a un lado.

—Grey, el Clandestino prosperará contigo, joder. Tu padre lo estaba hundiendo. Tú puedes llevarlo a otro nivel. Puedes ofrecer más a nuestros luchadores y más a nuestros clientes.

—Me encargaré de las cosas. Me encargaré de las cosas como siempre hago, pero ahora mismo no. Ahora mismo no. Ahora no puedo.

Me pongo a guardar cosas en una mochila.

—Tío, ¿dónde vas a dormir?

—De momento, en el hospital.

Señala la caja, la caja de mi madre, que está encima de la cama.

—¿No la abrirás antes de marcharte?

Es una caja de acero bastante grande. Me la quedo mirando mucho rato, afligido con solo verla. Acaricio la tapa y pienso que ojalá pudiera hablar con ella. «Siento haberte fallado. Siento mucho haberte fallado».

Fallé en demostrarle que podía ser bueno y contenerme cuando disparé a aquel hombre. Fallé en encontrarla a tiempo. Me convertí en aquello de lo que había estado huyendo desde que tengo memoria. Murió pensando que era un asesino y que probablemente nunca quise verla. Murió pensando que era un criminal como el hombre al que odiaba, mi padre. La razón por la que perdí a mi madre es la misma por la que he perdido a la mujer que amo. El Clandestino.

C. C. se va. Cierro el puño alrededor de la llave y miro la ranura. La caja es vieja, más grande que una caja de zapatos, y es de acero.

—Acabemos con esto, joder.

Me obligo a meter la llave en la ranura y la giro para abrirla. Saco la tapa, que pesa y cruje. Luego miro dentro. Hay un colgante con un diamante que recuerdo que se ponía. Así de sencillo. De alguna manera perdura su aroma. Saco un puñado de fotografías de mí. ¿Con quince? Ahí está. ¿Con dieciocho? Ahí está. ¿Con veinte? Ahí está. En todas salgo entrenando con los cuchillos o en un campo de tiro; sin ser consciente de la cámara. Joder. Qué forma de saludar a mi madre.

Lo siguiente que veo es un legajo de cartas atado con un cordón blanco. Entregadas en mano, quizá. Sin direcciones. Solo el nombre de ella. Abro las tres y reconozco de inmediato la letra de mi padre.

Lana,

Me han dicho que últimamente estás siendo poco colaborativa. Déjame asegurarte que yo sí seré muy colaborativo si dejas de intentar abandonar la isla...

J

Lana,

Le va bien. ¿Qué otra cosa podrías esperar de un hijo mío? Se crece bajo presión y ahora está prosperando. Si querías decir si pregunta por ti, sí. Le he asegurado que estás bien. No me conviertas en un mentiroso.

No te puedo garantizar que te deje verlo y poner en peligro todo el trabajo que he hecho hasta ahora, pero por el bien de los dos lo mejor es que no me hagas enfadar.

J

P. D. Para algo hay un cocinero en la isla. Come.

Lana,

Tal como pediste, estás rodeada de mar. El trato fue para que cooperaras; se acabará de inmediato si me desafías a mí o a mi voluntad

otra vez.

J

Hijo de puta. La tenía encerrada y aun así ¿quería que aceptara su destino sin pelear? Aprieto la mandíbula y saco el resto de los artículos de la caja.

Cae al suelo un juego de llaves. Estoy a punto de agacharme para cogerlas cuando veo, al fondo de la caja, otra carta.

Para mi hijo Greyson,

Me acuerdo de ti. Cada día me pregunto cómo te va y cómo creces. Pido fotografías, pero, como puedes observar, he conseguido muy pocas. Eres tan guapo como imaginé que serías cuando crecieras. Las miro y deseo que tu fuerza interior te permita aguantar el hecho de vivir con un hombre tan duro como tu padre. Pero intento fingir que estás bien. Intento recordar lo fuerte y resistente que eres, y me digo que un día pasarás por encima de tu padre y entonces serás imparable. Te convertirás en lo que quieras.

Te he escrito innumerables cartas, pero ninguna de ellas te ha llegado. Así que he guardado esta para asegurarme de que, de alguna manera, te llegará.

Recuerdo nuestros años juntos, me aferro a ellos. Y de todos esos años, lo que más recuerdo es nuestra temporada en Seattle. Te gustaba cuando caminábamos hasta la costa.

Nos quedábamos mirando los yates que flotaban en el agua y nos preguntábamos cómo sería tener una casa que nos proporcionara esa libertad.

Ambos queríamos dejar de huir, ¿recuerdas? Estábamos cansados de huir de ciudad en ciudad, de casa en casa, y, de todas formas, cada vez que te decía que tocaba hacer las maletas, lo hacías en silencio y sin quejarte.

Nunca he olvidado tu nobleza como hijo, y nunca me olvido de esos días. De cuando nos mudamos a Dallas, Ohio, Pensilvania o Boston.

Ahora estoy rodeada de agua.

Desde que llegué aquí he visto navegar esos yates maravillosos, y me he

obsesionado con encontrar la manera de que algún día tengas tu propio barco, con el que puedas navegar bien lejos de cualquier problema, lejos de esos hombres malos que te rodean.

A la larga, la única vía que encontré para hacer esto fue cooperar con tu padre.

Escapar ha sido en vano y, aunque lo consiguiera, ¿quién me dice a mí que no pagaría su rabia contigo antes de que te localizara?

Me he quedado quieta y he intentado sacar el mayor provecho de lo que tengo.

Y lo mejor que tengo eres tú, Greyson.

En esta caja encontrarás lo poco que tengo de valor, sobre todo las llaves del barco que quería que tuvieras. No es mucho, y ni siquiera se acerca a todo lo que me habría gustado darte, pero espero que el océano pueda ofrecerte el consuelo que me ha dado a mí todo este tiempo.

Tu querida madre,

Lana

En las sombras

Melanie

Oscuridad. Frío. Pitidos. Me siento sola. Me siento vacía. Quiero moverme, abrir los ojos al oír voces a mi alrededor. ¿Por qué no puedo moverme? No lo recuerdo. Veo caras. A una mujer. A un hombre. Me suenan. Sus voces son familiares.

—¿Melanie? —pregunta ella.

—Cielito, ¿nos recuerdas?

Parpadeo y la luz me quema las retinas.

Quién...

Dónde...

Me asalta el pánico y entonces veo la gran figura que hay en la otra punta de la habitación. Mi cuerpo reacciona con un temblor, no por miedo, sino por alguna emoción innata y el corazón empieza a latir con fuerza. Tiene la cara tensa, se le ve remordimiento y angustia. Ver su dolor me destroza. Me empieza a doler muy adentro. Soy incapaz de comprender cómo un dolor puede llegar tan adentro como este.

Abro los labios, pero no puedo hablar, y entonces la mujer me mete una pajita entre los labios. Trago con dificultad, tengo la garganta en carne viva. El hombre (a él, a él es a quien quiero ver) se aparta de la pared y se acerca, absorbiéndome con la vista: la frente, las cejas, la nariz, los labios, los pómulos y el cuello.

Noto un hormigueo que me recorre el cuerpo con rapidez cuando se

acerca lo suficiente para poder oler algo más que desinfectante. Bosque. Bosque. Me asaltan recuerdos. Bosque. Besos. Bosque. Amor. Bosque. Peligro. Una lágrima me baja por la mejilla al abrir la boca de nuevo y no me sale nada.

—Bueno, creo que... quizá deberías irte —le susurra la mujer. No es «la mujer». Es mi madre. Mi madre, que me sostuvo cuando tenía tres años, diez, quince... ¿qué pasó después?

El hombre duda.

El hombre me mira como si se hubiera perdido a sí mismo y no pensara que fuera a recuperar lo que ha perdido.

—No —digo con voz ronca—, no te vayas.

Me mira y se ve cómo los sentimientos agitan las aguas más profundas de esos charcos color avellana con toques verdosos. Frustración, arrepentimiento y un sentimiento más poderoso...

Este hombre me ama...

Tiene los ojos enrojecidos, y parece orgulloso, pero nada me convencerá de que no ha estado sentado en esa silla de la esquina llorando por mí.

Espera y mis padres se apartan para darnos unos minutos. Me susurra con una voz baja y llena de dolor, y ese timbre de voz bajo me atormenta y, a la vez, me sana:

—Eh, princesa —dice y pasa una mano con delicadeza por mi trenza.

Llevo una trenza. Alguien me ha hecho una trenza.

«Eh, princesa...».

Apenas puedo soportar cómo me mira. Está ahí de pie, temblando por la tensión que le produce el intentar no derrumbarse. Se le ve desamparado, tan roto como yo me siento. Me duelen todos los sentidos y me escuece el cuerpo y me duelen los brazos y mi alma arde en deseos de abrazarlo. De acercarme a él, de reconfortarlo, pero no puedo moverme y las ganas de estar cerca de él me dejan sin aliento, me aceleran el pulso.

—¿Te acuerdas? —pregunta con esa voz baja llena de dolor que me hace cerrar los ojos y recordar haberla oído. Amarla.

—Los doctores dijeron que puede que... hayas olvidado un par de cosas.

Estoy muda, atrapando con desesperación su voz en mis oídos; es preciosa.

—Eres Melanie Meyers Dean —dice con esa voz baja, tierna y profunda—. La pareja que acaba de marcharse son tus padres. Eres una encantadora decoradora de veinticinco años. Te encanta vestir tres colores a la vez. Te encantan las cosas que son malas para ti, te encanta reír, y te encanta...

«Tú», grita mi mente.

Se ha quedado en silencio, como si no tuviera palabras para mí, y me barre la cara con la mirada como si no tuviera nada para beber y yo fuera un oasis en su desierto.

—Melanie —dice con voz ronca, y busca en mi cara cualquier señal de reconocimiento, estira una mano y luego se lo piensa mejor y la aparta—. Soy Greyson King y soy tu chico.

Espera en silencio y cierra la mano en un puño como si eso fuera suficiente para abstenerse de tocarme. Se me forma un nudo en la garganta y, mientras nos miramos, cada vez se le ve más desesperado. Se saca la camisa de la pretina de los pantalones de vestir y desliza mi mano por debajo, sobre su pecho suave y ardiente, más allá de su cicatriz, hasta el aro de su pezón. Siento que su piel, su calidez, cala en mí, y noto los latidos de su corazón contra la palma de la mano. Late tan deprisa como el mío, y las lágrimas se deslizan por mi cara.

Lágrimas de alegría.

De que me siento a salvo, de que no me siento sola, porque me inunda todo el amor que siento por él.

—Greyson —digo entre sollozos.

Suspira como si hubiera estado aguantando la respiración todo este tiempo y luego me roza los párpados con los labios.

—¿Te acuerdas de mí? ¿Eh, princesa? ¿Recuerdas lo que hago? ¿Quién soy? ¿Lo que significas para mí?

Los recuerdos se arremolinan en mi cabeza, uno detrás de otro. Yo huyendo de él. Yo volviendo con él. Él y yo.

Él y yo.

Guantes negros... collar de diamantes... besos en la oscuridad... esa casi sonrisa...

De repente, me siento débil, pero ni siquiera esa debilidad me puede frenar de subir poco a poco las manos por su pecho, por su cuello, por su

mandíbula oscurecida por una barba de varios días mientras lo miro a los ojos, unos ojos que me miran igual que el primer día.

Esa forma con la que Greyson King mira a Melanie.

—¿Acordarme de ti? —digo con voz ronca—. Volví por ti.

Perfecta

Melanie

Es la noche perfecta para una fiesta.

La noche perfecta para un beso.

La noche más perfecta para estar enamorada.

Estoy sentada sobre la barandilla de caliza de una terraza, con el vestido levantado hasta la cintura para que Greyson pueda colocarse entre mis piernas.

Me toca el pezón con el pulgar e intento evitar gemir mientras lo devoro con la vista; va vestido con un traje negro, tiene el pelo despeinado por mis manos y los labios un poco rojos por mi pintalabios. Me devuelve la mirada mientras me sube su enorme y caliente mano por el muslo y me saca las medias. Me quedo sin aliento cuando lo veo metérselas en el bolsillo de la chaqueta, y vuelve a acercar la mano para tocarme mi sexo mientras que la otra juega con mi dolorido pezón.

¿Se puede morir de placer?

¿Se puede morir por cómo te mira y mira y mira tu novio?

Estoy loca por este hombre.

Haría cualquier cosa por este hombre.

Y llevo meses esperando este momento, fantaseando con él.

Detrás de su cuerpo veo la fiesta que está en marcha; una fiesta organizada por él para celebrar mi vigésimo quinto aniversario, aunque con

más de tres meses de retraso. Pero trivialidades como esa no le importan a un hombre como Greyson King.

Lo que le importa es salirse con la suya.

Y desde el nuevo collar de diamantes de Harry Winston que me cuelga del cuello, pasando por la fastuosa fiesta que hay detrás de nosotros, hasta el brillo de sus ojos que me indica casi con todo lujo de detalles lo que tiene planeado hacerme después, no me cabe la menor duda de que esta noche mi novio se saldrá con la suya.

Y solo puedo pensar en que es cuestión de tiempo.

Estoy tan ansiosa que no sé si podré esperar a encontrar el momento para ir a la cama.

«Quizás si le desabrochara los pantalones y lo acercara lo suficiente para montarlo...».

Pero ahora mismo cientos de amigos nuestros deambulan por el salón de baile Ceres. Entre ellos, mi jefe y compañeros de trabajo, mis padres, mis amigos, y los viejos y nuevos socios de Greyson. Los viejos son los peligrosos, los que trabajan para él en el circuito de combates del Clandestino. Los nuevos forman parte del reciente comité de la compañía King Yacht que ha fundado en honor a su madre.

Cualquiera podría salir y vernos. A él de pie delante de mí con su elegante traje y a mí... con mi melena secada al aire y ahora despeinada por el viento, con el cuerpo tembloroso bajo sus manos y labios y esa mirada de sus preciosos ojos color avellana.

—Greyson... —digo. Usa su cuerpo para escudarme de las puertas de la sala de baile, y es como una torre encima de mí cuando se agacha para poder recorrerme la mandíbula con los labios.

—Estás muy atractiva, Melanie, y deliciosa. ¿Por quién jadeas?

Lo agarro por los hombros para no caerme por el encantador mareo que se apodera de mí.

—¿Por quién crees tú?

—Llevo meses esperando esto, princesa. Meses. —Me pellizca el pezón con su enorme mano y se lo lleva a los labios, me cubre la punta con la boca.

Me frota la lengua contra ese puntito duro y me muero. Me muero mientras me lo chupa, con suavidad al principio, y después con más fuerza,

lo que me provoca un escalofrío de placer por la columna vertebral.

Sé que Greyson no es un hombre acostumbrado a amar. Creo que nunca ha amado a ningún ser humano desde que se llevaron a su madre hace más de una década. Una década sin sentir nada... hasta que me conoció.

Ahora está ansioso. He notado cómo se formaba el ansia en su interior desde que se aproximaba nuestra vuelta a Seattle y por fin salí del hospital. Está hambriento y decidido a no centrarse en nada que no sea su hambre de esta noche; así que sin pensárselo dos veces, me baja el tirante de ese pecho para desnudarme y se mueve para chuparme el otro pecho. Me estremezco por la lujuria y lo agarro por el pelo espeso y con mechas cobrizas, y le levanto la cabeza para que nuestros labios se encuentren.

—Bésame —grito.

Primero me examina la boca, que ya me ha besado muy bien. Me frota el dedo índice por el pintalabios para quitar lo que queda de él.

Se toma su tiempo, su agradable y largo tiempo, me quejo y luego suspiro cuando baja la boca para morderme el labio inferior. Los dos gemimos y nos besamos; su boca hace que se esfume todo lo que hay a nuestro alrededor, excepto él.

Me coge la mano y me la coloca alrededor de su cuello, donde quiere que esté, lo que hace que mis dedos se curven en su nuca.

—Alguien podría aparecer en cualquier momento... —susurro.

La brisa me acaricia con suavidad. A mis fosas nasales les llega un aroma a aire salado, a lluvia reciente, a cemento húmedo y a hierba. Pero, sobre todo, lo huelo a él, huelo a bosque húmedo. A metal y a cuero. Sus aromas.

—He puesto a Derek en la puerta. Nadie se atreverá a venir.

Su susurro es más una exhalación que voz, más un gemido. Se echa hacia atrás una fracción de segundo, lo suficiente para absorberme con esos ojos color avellana que brillan como todas las estrellas del cielo juntas.

—¿Y qué pasa si mis amigos quieren un poco de aire fresco? —replico.

—Bueno, mi chica ya acapara toda la frescura que hay aquí fuera. — Sonríe con satisfacción e internaliza mi aspecto desaliñado. El pelo me azota la cara, noto algunos mechones en las mejillas. El vestido muestra mis zonas más íntimas sin ningún decoro. Los tacones se clavan en sus lumbares, porque lo rodeo con las piernas.

—Mírate, completamente *sexy* y desatada por mí —susurra con voz ronca mientras me devora con la vista.

—¿Y si me he olvidado de cómo hacer esto? —susurro temblando.

—Entonces tendré que enseñarte dónde va cada cosa. Mi lengua... —Me la restriega por el labio superior—. Como puedes ver mi lengua va aquí... —Me la mete en la boca, húmeda y ardiente—. A mis dedos les gusta estar aquí, donde están calientes, abrigados y apretaditos. Donde son codiciados.

—Dios, Grey. —Sacudo las caderas cuando me mete un dedo largo y astuto.

—No tengo ningún problema con enseñarte. Tienes un coño precioso y perfecto hecho a medida para mi polla. Ya no estás postrada en una cama, Melanie —murmura entre besos mientras me frota ese dedo bien adentro—. Estás muy viva... más viva que nunca, te brillan los ojos verdes llenos de vida, el cuerpo te vibra por mí y ese precioso coño desnudo... —murmura mientras se agacha... más y más... y zambulle la cabeza entre mis piernas.

Me pasa la lengua por el clítoris y el placer me recorre el cuerpo como un cohete. Me acaricia la espalda con una mano mientras me coge el clítoris con la boca y me rodea esa zona tan sensible con la lengua, jugando.

Estoy caliente y lo necesito, lo necesito con desesperación. Pongo las manos detrás de su cabeza y lo sujeto contra mí por el pelo.

Ahora noto que me aprieta el clítoris con los labios y tira ligeramente de él, y se me acelera aún más el pulso cuando introduce dos dedos en mi sexo.

He pasado semanas... más de tres meses... en el hospital, primero en coma y después de rehabilitación. Estuvo ahí conmigo todo ese tiempo. Estuvo ahí cuando desperté, y cada vez que me dormía. Me escuecen los ojos al notar un apabullante deseo de llegar al orgasmo, así como la necesidad de hacerle el amor.

—¡Grey! —grito y tiro de él hacia atrás por el pelo.

Se aparta y me mira mientras se coloca bien la corbata negra con una sonrisa.

—Me encantas así, cachonda y húmeda por mí. —Desliza las caderas entre mis muslos y tira de mí hacia sus brazos, llenándome la cara de besos mientras me abraza con fuerza.

Se me cierran los ojos. Noto su erección contra mi sexo desnudo. Tensando la bragueta de sus pantalones de traje. Pero sé que espera a esta

noche, que será especial. Me ha dicho que se muere por hundirse en mí... por perderse en mí...

¡Igual que yo!

Sigo con mi sexo húmedo y se aprieta un poco al pensar en mi chico, el único hombre que he amado, haciéndome el amor. Por fin. Después de unos meses que se han hecho eternos, como si llevara toda la vida esperando. Me ha dicho que necesita hacerme el amor sin condón. Hemos hablado con los doctores y durante un tiempo tomaré una dosis baja de anticonceptivos. Mencionaron que solo podría ser durante un corto período de tiempo, porque llevo muchos años con medicamentos antirrechazo por el trasplante de riñón. Pero no pasa nada. Aprovecharemos estos meses como nadie.

Estoy tan preparada para sentirlo, para estar con él... Yo no quería la fiesta. Solo quería volver a casa y tumbarme en la cama con él. Pero parece que Greyson no podía pasar por alto el hecho de que me perdí mi vigésimo quinto cumpleaños y lo está compensando con estilo.

Me ayuda a ponerme bien el vestido y me da un caluroso beso en la parte superior de la oreja.

—¿Preparada?

—Antes lo solucionaba todo con una fiesta. ¿Triste? Fiesta, tía. ¿Enfadada? Fiesta, tía. ¿Aburrida? ¡Pues celebra una fiesta, tía! ¿Cómo puede ser que haya perdido todo el encanto que tenía? —Frunzo el ceño y le clavo un dedo en el pecho—. Es culpa tuya. Ahora las mejores fiestas son las privadas entre tú y yo. —Me bajo de la barandilla y digo con voz juguetona para esconder la lujuria que recorre mi cuerpo—. No me mires el culo mientras me alejo.

—¿Por qué? ¿Acaso lo notas?

—¡Sí! —Me tiemblan las extremidades mientras me dirijo hacia las puertas abovedadas que dan al salón de baile.

—Tu princesa está de lo más apetecible —dice Derek al abrirme la puerta.

Greyson le da una colleja al pasar.

—Discúlpate.

Derek me mira con una sonrisa que deja ver sus dientes de plata, y yo muevo la mano para restarle importancia, riendo.

—Estás perdonado.

Greyson le da una nueva colleja.

—No pienses en ella, no la mires y, por supuesto, no la molestes. Ese es mi puñetero trabajo.

Me divierten mucho sus celos mientras hago mi entrada triunfal a la sala de baile. Unas columnas altas y blancas nos dan la bienvenida y ya veo a la multitud de dentro curiosa por el CEO de la nueva compañía King Yacht; del cual se rumorea que también es el jefe de uno de los más altos circuitos de combates del Clandestino. Es como un *sexy* J. F. K. y, de repente, yo soy su Jackie...

Localizo a Pandora junto a la fuente de alcohol; está con Kyle y se cogen una nueva copa de champán. Me ven casi al mismo tiempo. Kyle me saluda con la mano; Pandora sonrío y levanta la copa para brindar, además, le brillan los ojos con calidez. Parece que el único toque de color de la noche soy yo. Todo el mundo va vestido de blanco y negro, mientras que yo voy de rojo.

—¿Es una fiesta de blanco y negro? —pregunté a Greyson al llegar.

Se le arquearon los labios.

—Para ti nunca es blanco y negro.

Greyson me pasa la mano de arriba abajo por la espalda cuando me alcanza, y se me acelera el pulso al recordar destellos de nuestro pasado.

«Me llamo Greyson, Melanie».

Cierro los ojos y saboreo ese recuerdo. Cuando estaba en coma, no recordaba nada, pero cuando recobré el conocimiento, me golpearon todos los recuerdos de tal forma que apenas podía separar unos de otros.

Ahora me encantan mis recuerdos. Es un tesoro saber quién eres, a quién amas, qué hiciste ayer, lo que esperabas del mañana. Menudo tesoro recordar el día que conocí al hombre que amo.

Y lo recuerdo; con todos los detalles.

Cuando por fin abro los ojos, noto su mirada puesta en mí.

Como si esperara algo...

Entonces, en el techo, el toldo que tenemos sobre la cabeza, blanco y elegante, se abre y empieza a caer una lluvia de globos de color blanco, rojo y negro, tres colores.

Con un grito, tiro la cabeza hacia atrás y los veo caer sobre nosotros, y estiro los brazos para notar cómo me rebotan en la palma de las manos. Es mágico, especial e inolvidable.

Algunos de mis amigos cogen las plumas largas y elegantes que adornan las mesas y usan la punta para explotar los globos. Greyson está más feliz cuando yo estoy feliz; me he dado cuenta de ello. Ahora me mira con los labios curvados, reclinado contra la pared con las piernas separadas y los brazos cruzados; mira cómo me uno a la diversión y me pongo a explotar globos. La música se pone en marcha cuando la mayoría de los globos han caído sobre la pista de baile, y mientras la banda empieza a tocar, unos intentan bailar entre ellos y otros han convertido en un juego el hecho de explotarlos con los pies.

Yo me río y me levanto el vestido, y clavo los tacones de los zapatos en los globos.

¡Pum!

¡Pum!

¡Pum!

Cuando levanto la vista, todavía me mira.

Noto su felicidad como si fuera mía.

La canción *This is What it Feels Like* de Armann suena a nuestro alrededor, y me pongo a bailar con la música en el centro de la sala; noto que me corre por el cuerpo y veo que Greyson coge una silla y se sienta, se inclina hacia delante, con los codos en las rodillas, y los ojos entrecerrados y brillando fijos en mí mientras bailo sola.

Llena la chaqueta a la perfección. Veo sus musculosos brazos, el triángulo perfecto que forman sus amplios hombros y la cintura estrecha, y lo quiero todo. Esa boca que parece que está un poco más rosada de lo normal por mis besos. Esos ojos hambrientos. Ese hombre precioso.

Me observa acercarme con una mirada que brilla de amor y noto un nudo en el estómago porque de repente quiero que toda esta gente desaparezca como los globos para estar los dos solos. Él y yo. Sonríe y yo le devuelvo la sonrisa, con un cosquilleo en lo más profundo de mi barriga.

Incluso antes de conocernos, me había estado observando y yo no lo sabía. Tenía algo que pertenecía a su padre, y Greyson se convirtió en una sombra que nunca vi, pero él sí que me vio. Le gusta mirarme. Así que dejo

que me mire hasta que se llene mientras me balanceo hacia él y, cuando estoy a unos centímetros, levanta la mano y me hace un gesto con el dedo.

Me pongo en marcha de nuevo y río cuando me sujeta por la cintura y me pone sobre su rodilla.

—¿Te das cuenta de lo preciosa que estás esta noche? —me susurra con un gruñido en el cuello, y con ese traje negro, yo soy Buttercup y él es Westley, el que derrotó al que tenía seis dedos y ahora... podemos ser felices. Bueno, somos felices.

Me acerca más a su pecho; está claro que saborea mi tacto, mi aroma.

—Sería imposible que fueras más *sexy*, princesa. Imposible. Podría mirarte hasta que te cansaras, pero necesito que guardes energía para lo que he planeado.

Su voz sensual tan cerca de mi oreja se propaga por todo mi cuerpo. Empiezo a besarle la mandíbula marcada.

—¿Cuándo?

—Cuando volvamos al apartamento —promete con una voz tensa por la lujuria.

Me peina el pelo y me lo aparta de la cara, y los escalofríos viajan desde la raíz de mi cabello hasta la punta de mis pies. Él es todo lo que veo y respiro. Todo lo que quiero y necesito. Sus ojos fieros color avellana con toques verdosos. Su boca. Unos labios suaves y firmes. Me da un escalofrío cuando me acaricia con la mano toda la espalda desnuda y, con la caricia, el pulso se me pone por las nubes mientras añade con voz grave:

—Te adoro. Te aprecio. Te quiero. Creo que hago muy bien manteniéndote junto a mí.

Todo mi cuerpo responde. Me siento muy querida. Soy su chica. Yo. Yo. Yo.

—Sí, mantenme junto a ti. Ámame. Hazme el amor con fuerza esta noche, Grey. Con la misma fuerza con la que tratas a tus hombres —bromeo.

Sus hombres lo respetan, están impresionados con él, aunque quizá también un poco asustados.

Pero yo no estoy asustada.

Puede que haga temblar a hombres dos veces más grandes que yo, pero no a mí. Bueno, sí. Me hace temblar. Me hace temblar por amor. Por lujuria.

Pero no por miedo. Porque sé que nunca me haría daño. De hecho, es el único que de verdad puede hacerme sentir segura.

Suelta una risita baja y profunda.

—Un nido de serpientes no se dirige con delicadeza, pero con mi princesa me gusta usar una mano firme y a la vez delicada.

—*Mmm*. Bueno, espero que sepas que en mi caso con una mano no basta. ¡Tienes que usar las dos!

Nos reímos y, mientras tanto, me frota la nariz. Adoro que me llame princesa, aunque no sea un príncipe. Pero en mi corazón, es mucho más que eso. Es mi rey.

Es más de medianoche cuando llegamos al edificio de nuestro apartamento. Evidentemente, era su apartamento, pero me pidió que me mudara, así que ahora también es mío.

Cruzamos el portal del edificio, agarrados de la mano, y cuando aprieta el botón del ascensor me sorprende cogiéndome en brazos.

—¿Eh? Puedo caminar —digo.

—Sé que puedes hacer muchas cosas, incluso volverme loco con esa forma de caminar, pero vas a necesitar toda tu energía para lo que vamos a hacer. Así que relájate y espera tranquila.

Sonrío y hago exactamente lo que me pide.

—Nada me hace sentir más viva que tú, que olerte, que sentirte, que amarte —le susurro al oído mientras subimos. Le beso en el cuello y detrás de la oreja, feliz de que estemos solos en el ascensor porque así puedo morderle y besarle con cariño todo lo que quiero—. Te amo —susurro, cierro los ojos e inspiro su aroma, y subo las manos por las solapas de su chaqueta—. Te quiero tanto que he echado de menos el olor de tu piel, de tu pelo y de tus camisas.

Me gira la cabeza para que lo mire a los ojos.

—Melanie. —Me duele el corazón por cómo me mira, como si para él fuera un sueño hecho realidad.

Me da un beso largo y ardiente hasta que llegamos a nuestra planta.

Luego me saca del ascensor y entramos en nuestro apartamento. Juego con el cuello de su camisa.

—Déjame en el suelo para que pueda quitarme los zapatos y colgar el vestido que me regalaste —susurro.

Me da un beso en la boca y me deja en el suelo, luego cierra con pestillo la puerta del apartamento.

—Un minuto. No tardo más.

Me encantan las sensaciones que percibo cuando entramos en este sitio. Lo he decorado porque no íbamos a vivir para siempre en Esparta; estoy intentando crear nuestro hogar. Mudarme a vivir con un hombre ha sido un paso enorme en mi vida. Con un hombre al que amo. Con un hombre peligroso, poderoso, esquivo, generoso, reservado y todo lo que ya mencionado. Con un hombre en quien, a pesar de todo, confío para protegerme.

—Me cuesta acostumbrarme a vivir aquí contigo —confieso mientras admiro mi trabajo. Las obras de arte sobre la chimenea de piedra. El trío de plantas vivas junto a la ventana, unas más altas que otras.

—Yo no me acostumbro a las mierdas con las que tengo que vivir para vivir contigo.

Río y después sonrío con timidez mientras me sigue hacia la habitación.

—No finjas que no te gusta porque te he pedido opinión en todo momento y todavía no he acabado, ya lo sabes. Quiero pintar la habitación principal de azul real y añadir un poco de violeta al salón. Luego tengo planeado...

—Ya está, cariño.

Hemos llegado a la habitación y se tira de la corbata para aflojarla. Dios...

¿Podrías ser más *sexy*, por favor?

Dios mío. Esta noche está decidido. Lanza la corbata a un lado y se quita la chaqueta.

—Puedes hacer lo que quieras con mi apartamento mientras yo pueda hacerte lo que quiera a ti —dice con su voz más sensual.

No tengo escapatoria.

Tampoco la quiero.

Me saco los tacones, los negros con la suela roja que me compró, y los coloco a un lado con cuidado.

—Hazme la proposición indecente que quieras, la respuesta es sí, señor King.

—Buena respuesta, princesa. —Le brillan los ojos, se saca mis medias de la chaqueta y me las ofrece, luego dobla un dedo de la mano que tiene libre —. Ven aquí, princesa —murmura al fin; la orden es sensual. Ardiente.

—Ya estoy aquí —replico.

Lanza mis medias a una silla que hay junto a la ventana.

—Estás en la otra punta de la cama. Y yo te quiero aquí.

Dios. En serio. Me quiere justo donde está él. Empieza a desabotonarse la camisa y por la abertura asoma su piel morena, lo que provoca a mis dedos. Camino y le oigo murmurar «eso es, princesa»; su voz me produce un escalofrío en la nuca cuando se aproxima los últimos pasos, los últimos, que nos separan. Empiezo a temblar por la adrenalina mientras le cojo la cabeza por detrás y al instante le paso los labios por la mandíbula y le susurro al oído:

—Sí.

Gruñe con voz ronca, me sube una mano por la espalda y me sostiene contra su cuerpo; su impresionante erección se me clava en la pelvis.

—Ni siquiera sabes lo que te voy a pedir... —replica con voz ronca.

—Es un sí, Greyson —susurro y levanto la vista hacia su cara tensa—. Quiero sentirte. Quiero que no haya nada entre nosotros. Ya lo hemos hablado. Estoy tomando las pastillas, y tú estás limpio y eres mío. Así que es un sí, hombre perfecto. Fóllame, ámame, lucha conmigo, míname, y no me abandones.

—Melanie.

Susurra mi nombre como si estuviera rezando. En unos segundos, se desabrocha los últimos botones de la camisa y la tira a un lado, lo que muestra ese magnífico pecho desnudo, y me abraza. Es ardiente, musculoso, fuerte, tenaz y zumba entre mis brazos como si fuera una abeja.

De repente, estoy frenética.

—Greyson, desnúdame y métete dentro de mí.

Le acaricio los fuertes músculos, dejo caer besos con avidez en la

comisura de sus labios, en su cuello, en sus hombros, mientras le desabrocho el cinturón y se lo saco del pantalón.

Lo tiro a un lado, me inclino para chuparle el aro del pezón, y uso los dientes para tirar del liso círculo de oro blanco. Gime, me echa sobre la cama y se deja caer conmigo. Me besa. Me rodea la cara con sus grandes manos y yo lo agarro por la cabeza, nuestras lenguas se saborean con energía. Nuestra respiración se vuelve errática, pero no vamos a parar de besarnos.

Se da un festín con mi boca antes de apartarse y deslizar las manos por mi espalda para bajarme la cremallera del vestido.

—Greyson, por favor —digo gimoteando e intento acercarlo a mí otra vez para que me bese más.

—*Chsss*. Espera un momento. —Me baja el vestido.

—¡Se va a arrugar!

—*Chsss*. Ya lo arreglaré. Te lo prometo. —Lo tira a un lado como si pensara arreglarlo comprándome uno nuevo, luego me toma las piernas desnudas y sube por ellas dándome besos, por las pantorrillas, las rodillas, los muslos—. Quiero besar cada centímetro de tu piel, desde el pie, pasando por la parte de atrás de las orejas, hasta tu adorable cabecita.

Me cubre un pezón con la boca y me pasa la lengua por la punta.

—Dios, por favor. —Que le den al vestido. ¿A quién le importa? ¿A quién le puede importar otra cosa que no sea esto?

Me pasa la lengua por el otro pezón y me acaricia los costados con los dedos, luego las costillas.

Arqueo la espalda.

Me roza la oreja con los dientes y me tira del lóbulo.

Las puntas de mis pechos se aprietan cuando las pellizca con los dedos pulgar e índice. La sangre que me corre por las venas parece lava.

Sigue torturándome con los labios, implacable, ardiente, húmedo, cubriéndome toda la piel, saboreando, mordisqueando, rozándome con los dientes. Me envuelve una neblina de placer, y cada uno de mis sentimientos crece de forma exponencial. Me presiona los labios contra el clítoris, luego lo agarra entre ellos y lo chupa con delicadeza mientras me introduce dos dedos.

Noto que necesitaba esto, que me necesitaba. Estuvo a punto de

perderme. Estuvo a punto de perderme por segunda vez, y para siempre. Sus ojos han estado afligidos, como si a veces volviera al momento en que me encontró. Inconsciente y a punto de abandonarlo para siempre.

No sé si todo esto ha sido más duro para él o para mí, pero no quiero que pasemos nunca más por algo parecido. Y por la resolución que veo en su cara cuando me mira, él tampoco quiere.

—Dios, ¿estás preparada, cariño? —Se levanta y se desabrocha el pantalón, y veo cómo su erección sale disparada. Pulsante y rosada, lista para mí. Ansiosa por mí.

Sin protección esta noche. Cada centímetro de él estará en mi interior.

Temblando, me siento en la cama.

—Esta vez no me hagas esperar, Greyson. De verdad que anhelo y necesito... —digo con voz temblorosa.

Me presiona un dedo en los labios para callarme y estoy tan muerta de hambre que se lo chupo.

Le arden los ojos mientras me observa recorrerle el dedo con la lengua.

—¿Hambrienta? Pues come —ordena con voz ronca.

—Oblígame —respondo.

Me mete el dedo en la boca; me obliga.

—Tienes razón —susurra con una ligera sonrisa y me acaricia la lengua con el dedo—. Tu placer y ansia son míos para usarlos y removerlos y mezclarlos hasta verte desaliñada y preciosa. Desaliñada y húmeda.

Mientras lo chupo, lo muerdo, le mordisqueo y le saboreo la piel, estoy tan caliente como para consumirme y convertirme en cenizas. Poco a poco retira los labios, baja la cabeza y, a medida que se acerca más, veo cómo le brillan las mechas cobrizas del pelo con la luz.

De repente, tengo los labios debajo de los suyos, la boca entre la suya, mi respiración se funde con la suya mientras inclino la cabeza hacia atrás y me derrito con el beso más delicioso e intenso que me han dado nunca. Con dientes, mordiscos y después... con la lengua.

Noto su pecho caliente, duro y aterciopelado bajo los dedos. Oleadas de placer me recorren el cuerpo al deslizar sus manos hacia mi culo. Me late la boca por sus mordiscos y yo se los devuelvo con la misma fuerza con la que los recibo.

Se abre paso entre mis piernas sobre el suave colchón que tengo debajo, y luego se acerca y frota mi sexo con el pulgar. Gimo desde lo más profundo de la garganta y apenas puedo soportarlo mientras se desliza por mi cuerpo hacia abajo y me besa mi sexo, levanta la cabeza para mirarme lo que dura un frenético y salvaje latido, los ojos le brillan como dos piedras preciosas, y luego se inclina de nuevo y me besa más ahí abajo.

—Párame si te hago daño.

—Ahí abajo me duele —grito y le sujeto la cabeza entre los muslos mientras me retuerzo de intenso placer—. Me duele porque te echa de menos.

—No pasa nada, preciosa, tengo justo lo que necesitas. —Introduce su largo dedo dentro de mí. Me contraigo y casi soy incapaz de evitar llegar al orgasmo.

Se da cuenta de lo cerca que estoy, sujeto las sábanas con los puños, y se tira hacia delante y me besa en la boca para saborearme.

—Tu aroma cuando estás cachonda por mí me vuelve loco. Y siempre estás cachonda por mí, ¿no?

Noto el calor de sus palabras; su voz transmite una fuerza única, pero dulce.

—Sí —digo jadeando.

Sus deliciosos y ardientes besos me llevan al éxtasis. El amor, la lujuria y el ansia fluyen por mi cuerpo cuando me roza los párpados con los labios.

—Quiero esos vivos ojos verdes, Melanie. Los necesito mirándome... cuando esté dentro de ti. Solo tú y yo.

Está encima de mí, piel contra piel, solo con el collar reposando entre mis pechos como si fuera una marca suya. Sonríe; le encanta. Me observa mientras me agarra los pezones con las manos y yo le aprieto los suyos, uno desnudo y el otro perforado. Los míos se estremecen por él. Gruñe al mirarlos y coge uno con la boca como si fuera algo valioso. Lo chupa con tanta fuerza que mi sexo se tensa alrededor de su dedo.

Gimo y le paso las manos por el cuerpo.

—Oooh. —Le acaricio la erección; está rebosante y dura como una piedra por mí—. Dios, ahí estás —susurro.

Me saca el dedo y me frota el clítoris con mis propios fluidos mientras

me chupa la barbilla, la mandíbula.

—¿Sí? —dice con voz ronca. Más bien pregunta «¿todo bien?».

—Sí —digo con voz entrecortada mientras le acaricio la polla. Paso el pulgar por las gotas de semen que ya hay en la punta. Está tenso encima de mí y el pecho le vibra con un encantador murmullo mientras gira la cabeza y coloca sus ardientes labios sobre los míos. Húmedos. Nuestras bocas están húmedas y hambrientas y nuestra respiración es rápida y viva. Los dos estamos totalmente desnudos y él es perfecto. Su erección es larga, grande, rosada. Me doblo encima con ansia, le cojo por la base y le beso la punta.

—Por Dios, Melanie —dice con voz ronca mientras lo saboreo y chupo con cuidado.

Toma aire con dificultad y me levanta la cabeza con cuidado, sujetándome por el pelo.

—Ven aquí, joder, y déjame meter la polla donde más queremos los dos —dice.

Presiono la nariz contra su cuello y me pongo a temblar porque sé que lo sentiré sin condón por primera vez.

—Te quiero —apenas soy capaz de pronunciar las palabras, estoy muy excitada—. No sabes cuánto te quiero. Quiero esa polla dentro de mí. A este chico. A este hombre. Dentro de mí.

Dice mi nombre con sequedad, se echa hacia atrás y me baja hacia su regazo. Me quedo sin aliento cuando lo noto, duro y palpitante, en el borde. Abro las piernas encima de él, bajo hacia su erección con un ligero meneo de caderas mientras jadeo excitada. Me mira con unos ardientes ojos color avellana con toques verdosos, y con esa mirada que me apasiona.

Le beso la comisura de los ojos y le paso los brazos por el cuello cuando me acerco a su cabeza. Deja escapar otro gruñido, más profundo esta vez, me coge en brazos y me deja caer de espaldas, y cuando se incorpora, me sujeta la cabeza con las dos manos, me mete la lengua en la boca, me embiste con las caderas y me mete la polla bien adentro. Se me escapa un gritito de la garganta y me quedo sin aliento. Lo tengo dentro de mí, hasta el fondo. Dios. A pelo. Lo noto pulsante en mi interior. El placer es tan exquisito que pongo los ojos en blanco. Balbuceo mientras mi cuerpo se retuerce por más, más hambriento que nunca. Greyson me empuja, sin dejar de besarme, y mi cuerpo se tensa con cada sacudida de infarto, que te deja sin aire.

Me mordisquea el cuello con fiereza y me pasa las piernas alrededor de sus caderas.

—Agárrate a mí —me dice con voz ronca al oído.

Gimo, desatada. Él está igual. También gime. Empuja. Embiste. Gira las caderas. Agarra. Reclama.

—Te necesito —dice entre dientes—. Te necesito, ¡joder!

Intento seguirle el ritmo, aferrada a él con fuerza mientras mis caderas van con las suyas en cada movimiento, en cada embestida frenética. Como si intentara que nos fundiéramos el uno en el otro. Tengo las manos y la boca por todo su cuerpo musculoso para intentar absorber lo máximo que pueda de él; tengo los dedos y la boca ocupados, y no dejo de menear las caderas. «Greyson, Greyson, Greyson», late mi corazón. Me estremezco con el calor de su piel cuando me desliza por el brazo la palma de la mano que tiene una cicatriz. Dice mi nombre entre gemidos y me pasa la lengua por el pezón; me saborea y estudia con la boca; con los dedos me explora y recorre las curvas. Arqueo la espalda. Estoy excitada de la cabeza a los pies. No puedo creer los sonidos que hacemos en las sombras. Su tacto. Su aroma. Cómo me quiere.

Me mira con ojos llenos de pasión. Le chupo el lóbulo de la oreja. Se estremece cuando le tiro de la oreja y le digo al oído entre gemidos que lo amo, que lo amo y que lo amo.

Cuando llego al orgasmo, me golpea una sacudida tras otra. Con un leve grito, me estremezco debajo de él, y noto que Greyson sigue y me agarra con fuerza mientras ruge y eyacula dentro de mí. Lo noto caliente. Húmedo. Mi rey... me llena de él. Todo es tan delicioso e íntimo que me escuecen los ojos.

Me enjugo con rapidez dos lágrimas que se me escapan y él murmura mi nombre, y me pasa con dulzura los pulgares por las comisuras de los ojos.

—Pellízcame para que me crea que esto es de verdad —susurro de repente.

En vez de eso, me besa los párpados y me seca las lágrimas con ternura con los pulgares.

—Sí, esto es de verdad. No lo estoy estropeando... —Le aprieto el aro del pezón—. ¡Au! Eso no está bien, Melanie —me reprende, me coge el culo con las dos manos y me da un ligero azote.

—*Mmm*. Eso ha estado bastante bien —bromeo, y se le desvanece la

sonrisa y se le oscurecen los ojos con una lujuria renovada.

—Me ha gustado mucho estar dentro de ti, cariño. ¿Me sientes? — pregunta con voz ronca mientras me acerca hacia él.

—Sí —digo en voz baja.

Mi cuerpo se concentra en cómo se siente dentro de mí, todavía tan duro como al principio, y no quiero que la saque.

Como si estuviéramos pensando lo mismo, me sujeta los brazos encima de la cabeza y entonces se mueve en mi interior de nuevo, murmurando en voz baja, tierna y ronca mientras me hace el amor otra vez:

—Di que te encanta.

Gimo y cierro los ojos.

—Dios, ya sabes que sí.

—Di que lo quieres.

—Lo quiero, lo quiero.

—Dime que soy yo, que siempre he sido yo, dilo, princesa.

—Siempre tú, solo tú. Puede que en tu mundo seas un cero... pero para mí lo eres todo.

Nuestros cuerpos se tensan y se mueven juntos, nuestros pechos se rozan y su *piercing* roza uno de mis pechos mientras me besa. Y me besa hasta que tenemos la boca hinchada y roja y nuestra necesidad y ansia y nuestras emociones nos han roído, y él es mío y yo soy suya.

Al fin, el chico perfecto para mí.

Canciones de *Canalla*

Waiting for Superman de Daughtry

The Haunted Man de Bat for Lashes

Story of My Life de One Direction

Million Dollar Man de Lana Del Rey

Dark Horse de Katy Perry

Gravity de Alex & Sierra

Home de Daughtry

XO de Beyoncé

Say Something de Alex & Sierra

The Last Song Ever de Secondhand Serenade

This Is What It Feels Like de Armin Van Buuren

Agradecimientos

Como siempre, este libro no habría sido posible sin la ayuda de un gran número de personas increíbles.

Quiero mostrar mi inmensa gratitud a mi familia, que me apoya mucho: a mi marido, a mis hijos y a mis padres.

A mis amigos autores (¡ya sabéis quiénes sois!). Os aprecio más de lo que se puede expresar con palabras.

A mis adorables Angie, Kati D., CeCe y Dana, que me han ayudado a preparar a este bebé y siempre tienen la mejor y más asombrosa crítica posible.

A mis editores norteamericanos y extranjeros, gracias por apoyar mi trabajo y hacer que llegue a las estanterías, y por trabajar conmigo para conseguirlo de la mejor manera posible.

A Amy, de verdad, eres una agente de ensueño y soy una afortunada por tenerte en mi vida.

Y a ti, que estás leyendo esto, gracias. Has dejado que mis palabras te lleguen y ahora vivo para lograr eso.

Katy

Sobre la autora



Katy Evans creció entre libros y fantasías hasta que encontró un novio *sexy* de carne y hueso con el que vivir. Está casada y le gusta leer, pasear y cocinar, aunque se entrega por completo a sus personajes hasta que teclea fin. Con los libros de la saga *Real* llegó a las listas de más vendidos de Estados Unidos. *Real*, *Mía* y *Remy* son las tres primeras entregas de esta

serie.

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que
hayas disfrutado de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY



EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

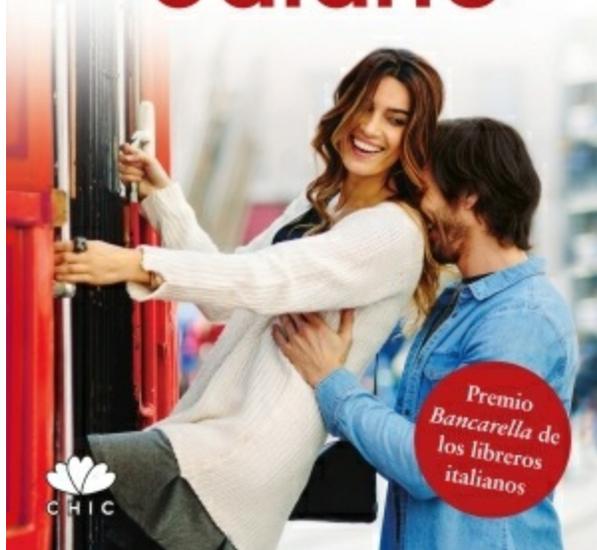
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librerios italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

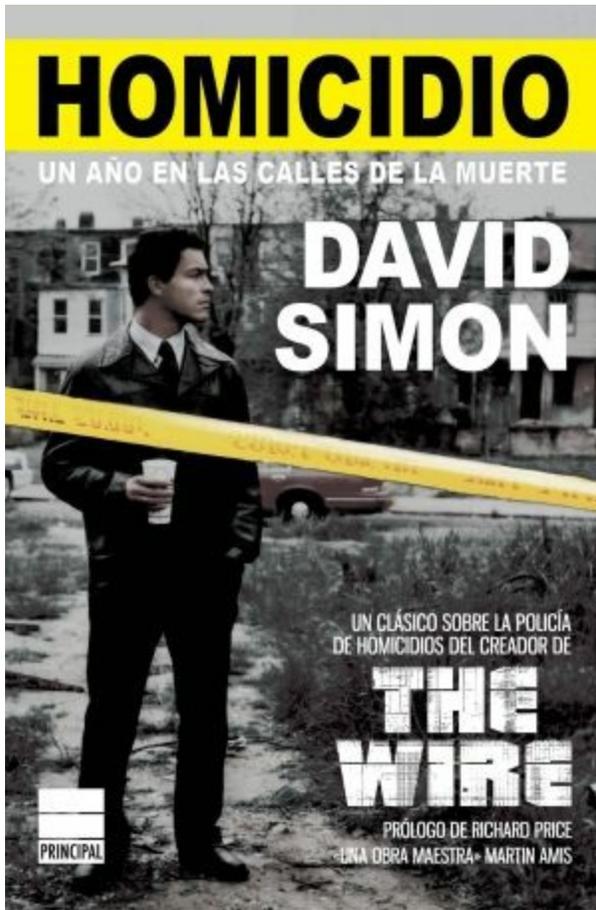
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
-UNA OBRA MAESTRA- MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

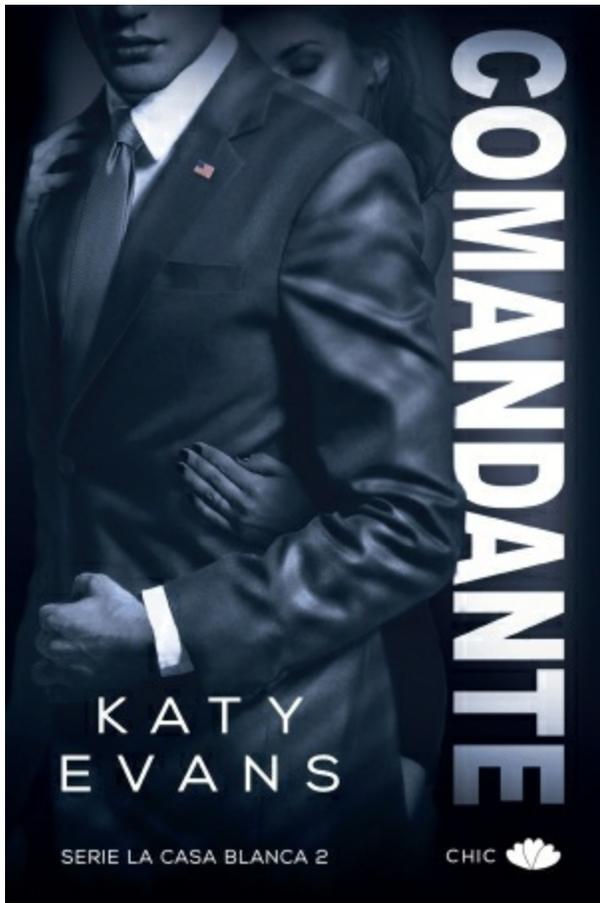
9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



COMANDANTE

KATY
EVANS

SERIE LA CASA BLANCA 2

CHIC 

Comandante

Evans, Katy

9788417333133

272 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La pasión de Matt y Charlotte llega a la Casa BlancaNos enamoramos en la campaña electoral.Y eso solo fue el principio. Ahora él es el presidente de Estados Unidos.Y me desea. Desea mi cuerpo. Mi corazón. Mi alma. Y me quiere a su lado. En la Casa Blanca."En Comandante, Katy Evans mezcla realidad, erotismo y romance. El resultado es pura magia." Audrey Carlan, autora de Calendar Girl"Katy Evans siempre crea personajes que te dejan sin aliento, y con Matthew Hamilton se ha superado."C. D. Reiss, autora best seller"Si eres fan de las historias de amor, llenas de emociones honestas, deseo y personajes que te hacen desearles lo mejor, este libro es para ti." Harlequin Junkie Blog"¡La política nunca había sido tan sexy!"Kim Karr, autora best seller del New York Times y el USA Today"Katy Evans tiene un talento mágico para las historias emocionantes, románticas y que no puedes dejar de leer."Book Lovers For Life Blog"Me encantó el intenso y honesto romanticismo de esta historia."Top Ten Romance Book

[Cómpralo y empieza a leer](#)